

PERU
EXPLORACION E INCIDENTES DE VIAJE
EN LA TIERRA DE LOS INCAS

POR

E. GEORGE SQUIER,
M. A., F. S. A.

Maestro en Artes,
Miembro de la Sociedad de Anticuarios.

Comisionado que fué de los EE. UU.
en el Perú. Autor de "Nicaragua"

"Monumentos Antiguos del
Missisipi", etc, etc.

CON ILUSTRACIONES

NEW YORK

AÑO 1877



Harper & Brothers, Publishers
Franklin Square

Traducción del Inglés por
FEDERICO PONCE DE LEON
Catedrático de la Universidad del Cuzco

EDITORIAL ROZAS
CUZCO

PERU

Rosa

Rosita Acuña, afectuosamente.

J. P. Carranza

Leones a 3 de noviembre de 1932

PROPIEDAD RESERVADA





Exploración e Incidentes de Viaje en la Tierra de los Incas

CAPÍTULO I.

INTRODUCCION

Lo que dice Prescott acerca de los monumentos incasicos.—Influencia de sus palabras.—Aspiraciones i propósitos del autor.—Amenazado de ceguera.—Nombrado comisionado de los E. E. U. U. en el Perú.—Se cura de la vista.—Comienzo de las exploraciones.—Extensión de la región explorada.—Planos, dibujos y fotografías.—Importancia del material recogido.—Descripción general del Imperio de los Incas.—Sus límites.—Configuración física.—Lagos y Ríos.—Cadenas de montañas.—Desierto de la Costa.—Valles fértiles.—Habitantes de los valles.—La Cordillera.—El despoblado.—Distinción entre la Cordillera y los Andes.—La cuenca del Titicaca.—Dos únicas cuencas semejantes en América.—El lago Aullagas.—El lago Titicaca.—Sus islas Sagradas.—Los bolsones o valles.—El bolsón del Cuzco.—La montaña.—Los Incas y los pueblos de la montaña.—Población probable del Imperio de los Incas.—Divisiones de los antiguos habitantes del Perú.—Su carácter e instituciones determinados por las condiciones físicas.—Objeto de esta obra.

Hace muchos años, Mr. Prescott en el "Ensayo sobre la Civilización de los Incas" que precede a su "Historia de la Conquista del Perú", dijo en palabras que han sido repetidas por todos los anticuarios: "Los Conquistadores, en su ciego y supersticioso afán por buscar tesoros ocultos se ensañaron contra los monumentos del Perú y les causaron más daño que los mismos terremotos.

"Sin embargo quedan aún bastantes monumentos que se ofrecen a las investigaciones del anticuario. Hasta ahora no han sido examinados sino aquellos que se destacan por su situación, pero según el testimonio de los viajeros existen muchos más en regiones menos frecuentadas del País. Esperamos que algún día serán explorados con tan buen éxito y

a impulsos de un espíritu tan empujador como el del que ha penetrado las misteriosas soledades de la América del Centro y del Yucatán".

En aquellos tiempos, muy joven aún, estaba empeñado con escasos recursos, pero propósito firme en el estudio de los monumentos aborígenes del valle del Missisipi y no fui sordo a las palabras de Prescott. Uno de los resultados de mis investigaciones fué la calurosa amistad personal de aquel distinguido historiador. Principalmente por sus influencias fui enviado como representante de los E. E. U. U. a Centro América donde todo el tiempo desocupado lo dediqué al descubrimiento de los recursos y a la elucidación de la historia precolombina, todavía imperfectamente comprendida de aquella interesante región. En todos mis trabajos fui estimulado de veras y constantemente por la simpatía y por el aprecio que le merecieron mis estudios a aquel hombre estimable y concienzudo investigador. Así, el visitar la tierra del Sol y realizar siquiera en parte sus aspiraciones, vino a ser un propósito capital de mi vida.

Pero circunstancias inexorables, ocupaciones derivativas y las mil vicisitudes que hacen de nosotros lo que somos e impiden lo que pudiéramos ser, concurrieron a frustrar mis aspiraciones; aún más, debido a la acción desmedida de la intemperie y al trabajo excesivo, la luz huyó de mis ojos y un negro velo se interpuso entre ellos y el brillante y móvil mundo exterior. Fueron vanos los esfuerzos de los mejores oculistas quienes me dijeron que debía entregarme a un reposo mental absoluto, si no quería condenarme a una total ceguera y que el descanso y un cambio completo de medio y de ocupación, podrían quizás, hacerme recuperar, siquiera en parte la visión perdida.

Entonces y sólo entonces una serie de circunstancias inesperadas me pusieron en vías de realizar el sueño que tanto tiempo había acariciado. Fui nombrado comisionado de los E. E. U. U. en el Perú, encargado de finiquitar las reclamaciones de ambos países. Lejos de la fiebre de los negocios y del asalto de los periódicos de la mañana; en los tibios corredores del Palacio de la Inquisición, en Lima, la Ciudad de los Reyes donde murió su fundador Pizarro, escuchando tranquilamente las citas de Vattel, Puffendorf, y Wheaton; tasando el guano con indiferencia que podría asustar a los económicos agricultores; y arreglando en un día las reclamaciones que habían dado lugar al envío de más de un buque de guerra al rededor del Cabo de Hornos y habían ocasionado en momentos de terrible exaltación, la injuria a la

Bandera de un enviado extraordinario: aquí, cerca del sitio en que más de cien herejes fueron quemados vivos y más de trescientos azotados con una varilla, volvió la luz a mis ojos y mis nervios respondieron a su gloriosa vibración, llenando mi entristecido pecho de alegría y de gratitud.

Fué a la terminación de mis trabajos de comisionado oficial cuando comencé en el Perú mis exploraciones dirigidas principalmente a la investigación de sus monumentos aborígenes, únicas pruebas seguras y positivas del verdadero estado de sus antiguos habitantes. Mis viajes e investigaciones me ocuparon activamente por más de un año y medio. Durante ese tiempo recorrí probablemente el territorio en más extensión que ninguno de mis predecesores. Llevaba conmigo la brújula, la medida, el lápiz y la cámara fotográfica, convencido de que solamente los planos exactos, las secciones, las elevaciones, los dibujos y las vistas pueden responder con exactitud a las exigencias de la Ciencia Moderna y aclarar lo que por descripciones simplemente verbales resulta ininteligible.

Mis expediciones me llevaron primero a lo largo de la Costa del Perú, que se extiende entre la cordillera y el mar, desde Tumbes hasta Cobija o sea de 2° a 22° de latitud Sur. En esta región se encuentran las extensas ruinas del Gran Chimú, Pachacamac y Cajamarquilla, además de otras innumerables, menos conocidas, pero igualmente interesantes, en los valles de Santa, Nepeña, Casma, Chillón, Rimac, Cañete, Pisco y Arica. Del puerto de Arica penetré a través de la Cordillera en Bolivia, donde se encuentran las notables ruinas de Tiahuanaco; de allí pasé al lago Titicaca y sus islas sagradas, donde los Incas señalan su origen. Creo ser el único viajero que ha atravesado en todas direcciones éste interesante lago, cuya altura es de 12,500 pies sobre el nivel del mar; aunque no con poca dificultad y peligro en un pequeño bote descubierto. De la hoya del Titicaca mi ruta se dirigió al norte, a través del paso que separa las aguas de las hoyas del Titicaca y del Amazonas, descendiendo por el valle del Vilcanota, que es probablemente el origen más lejano del Amazonas, hacia el grupo de bolsones, cercados por montañas, o valles elevados, en uno de los cuales fundaron los Incas la capital de su poderoso Imperio. Del Cuzco mis expediciones radiaron unas cien millas en todas direcciones, y llegué hasta la región de los salvajes en la vertiente Atlántica de los Andes. Pasé varios meses en el Cuzco, y alrededor del Cuzco, que es desde diversos puntos de vista la región más interesante del Continente. De aquí me dirigí

hacia N. O., casi en la misma dirección del gran camino de los Incas, que iba del Cuzco a Quito, cruzando el Apurímac, pasando por Abancay hasta Huamanga que hoy se llama Ayacucho, y de allí otra vez a Lima.

Con más tiempo y medios adecuados a mi disposición, podría haber extendido mucho más el campo de mis exploraciones; pero en cuanto a mi objeto principal—la explicación de la civilización Incaica por sus monumentos existentes—los resultados habrían sido creo, simplemente de mayor acumulación de documentos. Sin embargo traje de regreso más de cuatrocientos planos, secciones transversales y verticales; casi igual número de bocetos y dibujos; un gran número de fotografías y una colección considerable de artefactos. Para el presente volumen, se ha seleccionado lo más importante de este material que dejaré poco que desear al arqueólogo, en cuanto a la explicación de los monumentos del Perú.

Estos materiales mostrarán no solamente que existieron varias civilizaciones distintas y aisladas en el Perú, sino que algunas de ellas son más antiguas que la Incaica; en tanto que mis observaciones sobre la Geografía y Topografía del País harán ver cómo los Incas establecieron su extensa dominación y cómo su sabia política de conquista se originó y desarrolló. Mis investigaciones creo corregirán muchos errores y exageraciones sobre el antiguo Perú y conducirán a un criterio justo y racional, acerca del mejor organizado, del más sabiamente administrado y del más vasto Imperio aborígen de América, sobre el que teníamos hasta ahora tan escasos datos para guiar nuestro juicio, como son, las tradiciones locales y las crónicas de los conquistadores, frecuentemente apasionadas e injustas. Como los Incas no conocieron la escritura, sólo han quedado de ellos recuerdos tradicionales, y de aquí que el valor de las investigaciones debe apreciarse, no tanto por la capacidad de la persona que las ha llevado a cabo, sino por el número y naturaleza de los hechos y materiales expuestos.

El Imperio de los Incas llegó al máximo de su poder y expansión precisamente en la época del descubrimiento de América, en el reinado de Huayna-Ccapac, quien con más propiedad que Huascar y Atahualpa, podría ser llamado el último de los Incas. Su padre el Inca Tupac-Yupanqui, había extendido sus conquistas por el Sur más allá del desierto de Atacama, hasta el río Maule en Chile; y al mismo tiempo el mismo Huayna-Ccapac había sometido el poderoso reino de los Sciris—el de Quito, en el Norte. Desde su dominante gran meseta central, los Incas se expandieron hacia el Paci-

fico por una parte y hasta los bosques impenetrables de los valles Amazónicos por otra. Huayna-Ccapac reinó a principios del siglo XVI en esta inmensa región y todos sus pueblos. Su Imperio se extendía desde 4° Norte del Ecuador hasta los 34° de latitud Sur, aproximadamente, una extensión de unas tres mil millas; y de Este a Oeste, desde el Pacífico hasta los valles de Paucartambo y Chuquisaca, una anchura variable cuyo promedio, es de unas cuatrocientas millas, comprendiendo, por consiguiente, una superficie de más de un millón de millas cuadradas, casi igual a una tercera parte de los E. E. U. U. o sea como toda la parte de los E. E. U. U. que queda al Este del Misisipi.

La configuración geográfica de esta vasta región es singularmente notable y escarpada y ha influido poderosamente, sobre sus antiguos habitantes.

Como influye sobre sus pobladores actuales. Los caracteres morales y mentales, la Política y la Religión, La Arquitectura y demás artes, los usos y costumbres, el género de vida de la población aborígen han sido modelados por las causas y condiciones naturales, extraordinarias y poderosas que dominaban en la tierra de los Incas. El Imperio mismo no habría existido nunca ni los Incas habrían adquirido tan extraordinaria ascendencia, ni habrían desarrollado una civilización como la suya, sin la influencia de esas condiciones excepcionales de situación, clima y producciones que guiaron su poder y ambiciones por cauces determinados.

En ninguna parte del mundo exhibe la Naturaleza formas más variadas ni más imponentes y grandiosas. Desiertos tan áridos y repulsivos como los del Sahara alternan con valles tan fértiles y frondosos como los de Italia. Excelsas montañas coronadas de nieve eterna, yerguen sus escarpados flancos sobre las vastas y desoladas *punas* o mesetas más altas que las cumbres de los Montes Alleghanies. Ríos, que nacen del deshielo, se precipitan por profundos barrancos hacia el Pacífico o serpentean veloces, pero menos rápidos a través de los majestuosos y fragosos Andes, para engrosar el caudal del Amazonas. Lagos tan grandes como el alimentado por el San Lorenzo, cuya superficie es casi tan alta como la cumbre del Monte Blanco, se encuentran en el fondo de depresiones terrestres, con sistema fluvial propio y sin desagüe hacia el mar.

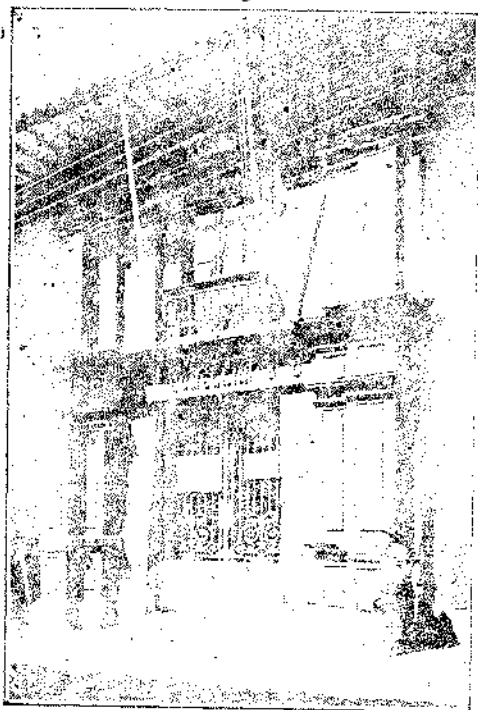
Las dos grandes cadenas de montañas, que caracterizan el aspecto físico del continente Sud Americano, alcanzan su magnitud máxima y sus accidentes más notables en el territorio que formó el Imperio de los Incas. La Cadena Occiden-

tal, llamada vulgarmente la Cordillera, se extiende paralela a la costa y a corta distancia de la Costa, de tal modo que, para el viajero parece que el mar se encuentra en su base misma. Aun en las secciones donde se aleja más de la Costa, sus estribaciones o ramales parecen menos imponentes sólo en contraste con la enormidad de la Cadena principal. Sin embargo, existe una faja estrecha de llanuras discontinuas, y que a partir de Guayaquil son enteramente desiertas, desnudas y repulsivas, como las laderas mismas en que rematan. Constituyen un erial de roca y arenal donde reinan el silencio y la muerte, un silencio interrumpido apenas por el chillar de las aves acuáticas y los aullidos de los lobos marinos, que pululan en esta costa barrida e inhospitalaria.

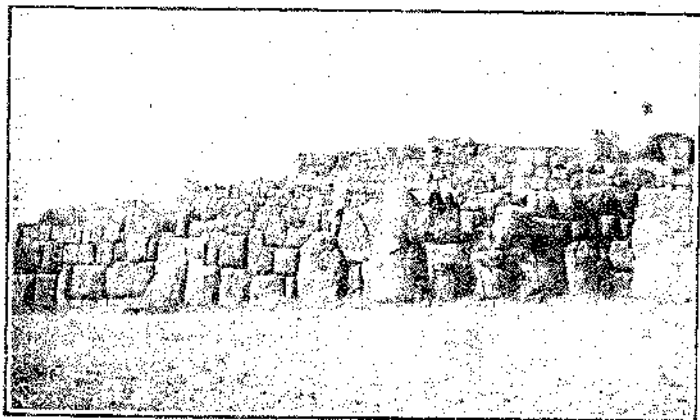
Hombres denodados fueron los *conquistadores*, que surcaron lentamente estas costas áridas contra el viento dominante del Sur y la gran corriente Antártica. Ni la obsesión de aventura, ni la devoradora e inextinguible avaricia, hubieran sido bastantes, para impedirles que volvieran sus timones y huyeran espantados de la gran desolación que se ofrecía a su vista.

En su mayor parte la arena es áspera, barrida por los vientos sin más variación que una que otra piedra y los esqueletos de mulos y caballos que perecieron en la travesía del desierto. Sin embargo, pueden verse de trecho en trecho montículos, formados por la movediza arena, llamados *médanos*. Todos tienen la forma de media luna, con la parte arqueada contra el viento. Los contornos son tan regulares como los de la luna nueva. Algunos que tienen un núcleo de roca, son permanentes, pero la mayor parte son móviles y cambian de figura y posición con la variación de los tiempos.

Esta faja desierta, cuyo ancho es probablemente de unas cuarenta millas por término medio, donde llueve sólo a intervalos raros y variables, está entrecortada sin embargo, aquí y acullá por valles muy fértiles y bellos, algunos de ellos de considerables dimensiones. Estos valles están formados por los ríos y torrentes de las montañas, alimentados por el deshielo y por las lluvias que caen una parte del año, en las alturas. Algunas de estas corrientes se pierden en la arena antes de llegar al mar, y forman oasis en las desembocaduras de las quebradas. Sin embargo los valles y los oasis, fueron densamente poblados en tiempos antiguos hasta su máximo de habitabilidad por hombres que dejaron monumentos de su grandeza y habilidad. Bajo la presión de condiciones peculiares y de medios limitados, desarrollaron un



Las ruinas por
indica de los edificios
mayores, que los con-
quistadores observaron
con puertas de los
suyos. (Fig. 48.)



Los muros de Sahagún. No parece sino que
estuviesen por obra de granito. (Véase la
Vista. Página 74.)

sistema industrial y social (que atestiguan sus monumentos) que habría envidiado Fourier y que los apóstoles de la organización económica pueden estudiar con provecho y admiración.

Estos valles están separados por lo general, por desiertos de muchas leguas en su parte inferior, y por montañas inaccesibles, en su parte superior. Sus habitantes, por consiguiente, formaron comunidades aisladas, de gobiernos independientes y con poca o ninguna relación o afinidad. En algunos casos, no obstante, se formaron grandes y eficientes organizaciones civiles y políticas y las comunidades asociadas alcanzaron la forma y desarrollo de un Estado, donde varios considerables valles convergían y se juntaban, como ocurre en Trujillo y Lima. Pero por lo general, las poblaciones de los diferentes valles fueron aisladas y relativamente débiles; librándose de la codicia y ambición de sus vecinos más poderosos por los desiertos y montañas que las rodeaban. En vista de estas circunstancias se comprende que los españoles no desembarcaran en la Costa.

Detrás de esta estrecha faja de la Costa, se encuentra la masa gigantesca de la Cordillera. Es una enorme ola terrestre, erizada de volcanes y picos nevados y que se ramifica en una serie de montes y colinas. Aunque el promedio de su elevación es probablemente menor que el de la Cordillera Oriental de los Andes, es sin embargo la verdadera divisoria o línea de separación de las aguas del continente Sud Americano. Los Andes Orientales están entrecortados por sinnúmero de valles profundos por los cuales, la mayor parte de las aguas que caen entre la Cadena Oriental y Occidental, corren por infinidad de ríos y torrentes hacia el Amazonas; pero la Cordillera del Pacífico no es franqueada por ningún río. De las cumbres de los Andes Orientales se desciende a las anchas llanuras ondulantes o *Punas*, de catorce mil a dieciocho mil pies de elevación, frías, áridas, desoladas, donde apenas viven la resistente vicuña y el cóndor. Esta región inhospitalaria es el gran *Despoblado*, o región inhabitable del Perú. No se descubre aquí ni rastros de habitaciones humanas, a no ser, en los caminos principales, las ruinas de los *tambos* Incaicos o chozas de refugio o *postas* de los tiempos modernos. El viajero se siente feliz si puede encontrar la protección de una cueva o el techo de una roca durante la noche, y durante el día apura cuanto puede su mula hambrienta y vacilante, que sufre por el enrarecimiento de la atmósfera, para cruzar el monótono desierto.

El Despoblado, llamado a veces la Puna Negra, tiene un ancho de unas ciento cincuenta millas. Se angosta en el

Norte del Perú y se ensancha al aproximarse a Chile. Su elevación varía pero su carácter repulsivo y desolado es constante.

Del Despoblado se descende a la meseta intermedia, entre la Cordillera de la Costa y los Andes. La elevación media es considerablemente mayor de once mil pies sobre el nivel del mar. (1) Aunque no podemos caracterizarla mejor que con la designación de *meseta*, debemos tener presente que es una región extensa, con montañas y colinas, llanuras y valles, lagunas y ríos, un microcosmos en fin elevado sobre los contrafuertes de los Andes en las frías regiones de la atmósfera. (2) En algunas regiones de Sud América estas dos grandes cadenas distan entre sí de cien a doscientas millas; en otras se aproximan y en pocas hasta se junta formando "nudos". Uno de estos nudos está en un lugar llamado Paso de La Raya [latitud 14°, 30' Sur, longitud 70° 50' Oeste], donde, en una laguna negruzca está el verdadero origen del Amazonas, el Río Vilcanota, y también del río Pucara que entra en el gran lago Titicaca. Otro punto de contacto está en el Norte del Perú cerca de las minas importantes del Cerro de Pasco [latitud 10° 15' Sur, Longitud 76° 10' Oeste].

Al Sur del paso de La Raya, la meseta Andina comprende la gran depresión de los lagos Titicaca y Aullagas, sin desagüe y con un sistema hidrográfico propio a que he aludido antes. En esta depresión encontramos ruinas de la antigua arquitectura de carácter original, posiblemente las más antiguas de civilizaciones avanzadas del continente. Fué en las islas del lago Titicaca, donde tuvieron su origen los fundadores del Imperio, según la tradición. Estas circunstancias, no menos que la importancia de la configuración física de la depresión misma atraieron nuestra particular atención hacia esta parte de la meseta Andina. Contemplando desde la *cumbre* o cresta de la Cordillera, se extendía ante nosotros, una región nunca vista, como suspendida sobre el resto del mundo, sobre el que se eleva serena y friamente como las estrellas invernales, sin ninguna afinidad, sin turbar-

[1].—*Altura media del Valle del Cruzco (11,000 pies) (N. del T).*

[2].—Voy a distinguir los ANDES, de la Cordillera, como se acostumbra en el Perú. El gran espinazo de las Américas Norte, Centro y Sur, es indudablemente la Cordillera Oriental, que lleva en el Perú el nombre específico de Andes. Sin embargo la Cordillera Occidental, Cordillera del Pacífico o cadena volcánica, divide todas las aguas de todo el Continente. Los ríos que nacen entre estas dos cadenas, con pocas excepciones se abren paso a través de la Cadena Oriental y vierten sus aguas en el Atlántico.—(Nota del autor). [a].

se por ninguna de sus inquietudes. Las silenciosas y vagabundas vicuñas posando en nosotros sus grandes ojos cristalinos; la llama fugitiva, el cóndor, describiendo círculos en lo alto, o descendiendo amenazador hacia nosotros; la ausencia de árboles; las blancas nubes alzándose de los llanos del Brasil y precipitándose deshechas por las barreras nevadas que no pueden pasar; la claridad azul metálica del cielo, el penoso silencio,—todo impresiona al viajero con la sensación de un mundo desconocido. Nada hay del espectáculo familiar, nada que sugiera otros paisajes. No es esta una región impropia para el desarrollo de una civilización como la que grabó sus anales en las pétreas ruinas del Tihuanacu, acerca de las cuales no queda otro recuerdo tradicional, sino aquel según el cual fueron construídas en una sola noche por los gigantes de la antigüedad.

El Continente Americano no ofrece sino tres depresiones verdaderamente notables e interesantes como la del Titicaca. La primera es la gran depresión del Utah, con su lago salado; la segunda es la menos considerable del lago Itza, en Centro América; la tercera es la más grande, más elevada y desde todo punto de vista más interesante depresión de que se trata. Su mayor longitud, casi en la dirección Norte Sur, es de cerca de seiscientas millas; su ancho medio puede estimarse en cerca de ciento cincuenta millas; por consiguiente su área total es de cien mil millas cuadradas. Esta depresión tiene un ligero declive hacia el sur. En su extremidad norte se halla el lago Titicaca, una inmensa masa de agua dulce que recibe varios ríos considerables. El lago Titicaca se descarga por un río ancho, profundo y rápido, pero no turbulento, el Desaguadero, de ciento setenta millas de largo, que después de un descenso de quinientos pies entra en el lago Aullagas, del que no sabemos casi nada, sino que no tiene desagüe visible hacia el mar; que recibe las aguas de la región del Titicaca; que su principal afluente, el Desaguadero, recibe a su vez ríos considerables y que el lago mismo tiene otros afluentes. Las dimensiones del lago Aullagas, su profundidad, su contorno, la disposición de sus afluentes, están por averiguarse. Debe cubrir una enorme superficie, si como se ha creído se descarga por evaporación del excedente de sus aguas. El borde oriental de la depresión del Titicaca, es la sección más alta de los Andes—una Cordillera Nevada inmensa y no interrumpida cuyos picos más altos rivalizan con el Chimborazo en altitud.

Las islas y promontorios del lago Titicaca, son desiertos en su mayor parte. Sus aguas contienen una variedad de peces extraños que contribuyen al sustento de una pobla-

ción necesariamente escasa en una región donde la cebada no madura, excepto en circunstancias muy favorables y donde el maíz en su variedad más menuda, no tiene un desarrollo seguro; en que la papa, igualmente menuda, es amarga; donde el único cereal es la quínoa (*Chenopodium Quinoa*); y donde los únicos animales indígenas comestibles son la vizcacha, la llama y la vicuña.

En las islas del lago Titicaca, si nos guiamos por la tradición, se desarrollaron los gérmenes de la civilización Incaica. Se dice que de aquí salieron los fundadores de la dinastía Incaica, y trasmontando las cumbres que separan las aguas que van al Titicaca, de las que se dirigen al Amazonas, y recorriendo el valle del Vilcanota por más de doscientas millas se establecieron en el bolsón del Cuzco.

Una breve descripción de estos valles que no pueden ser mejor designados que con la palabra española "bolsón", nos ayudará a comprender la condición original de los varios pueblos y tribus que constituyeron el Imperio Incaico y cómo los habitantes de un valle uniéndose con los de otro, por la presión de la política o de la fuerza, desarrollaron su poderío hasta que rebasaron el Despoblado por una parte y los valles de los Andes por otra, extendiéndose de Norte a Sur desde más allá del Atacama hasta la línea ecuatorial.

En tanto que los estrechos valles de la Costa están separados por desiertos inhollados, los bolsones están aislados por cadenas de montañas o por punas frías inhabitables y cercados por los magestuosos cañones de los ríos, que son insalvables a no ser por puentes colgantes que se mecen en el aire a una altura que causa vértigo como el del Apurímac. Los bolsones tienen diversas altitudes, y por consiguiente, distintos climas y producciones. Algunos tienen buen desagüe, otros son pantanosos y contienen lagunas considerables. Las aguas reunidas se precipitan en el fondo obscuro de estrechas quebradas que las conducen a los valles de los grandes ríos. El tránsito de unos a otros, se efectúa por las punas y altas serranías que los separan, en las que son frecuentes la niebla y la escarcha y siempre por senderos rocosos que cansan al viajero, apropiados sólo para el piso firme de la llama y la vicuña.

Fué en uno de estos *bolsones*, en el centro de un grupo situado entre los ríos Vilcamayo y Apurímac, donde los Incas edificaron su Capital. No sólo es de situación central, productivo y de buen clima, sino que las montañas que lo separan de los demás, son relativamente bajas con abras que se puede trasmontar con comparativa facilidad y que al mismo tiempo son eficazmente defendibles. El dominio del pri-

mer Inca no parece haberse extendido más allá de este valle, y los desfiladeros que conducen a él, están bien fortificados, mostrando las direcciones por donde se anticiparon las hostilidades en los albores del Imperio, antes que los jefes del Cuzco comenzaran su carrera de Conquistas y anexiones, sometiendo a los pueblos de los bolsones de Anta al Norte y de Urcos al Sur.

Queda aún por describir una pequeña comprensión del Imperio Incaico. Esta se llama la *Montaña*, para distinguirla de la *Costa*, el *Despoblado* y la *Sierra*. La Montaña comprende el declive oriental de los Andes, o más bien, los valles de los ríos que corren al Este, hacia los llanos del Brasil. Los Incas no extendieron lejos su poder en esta dirección. Se internaron en los valles hasta encontrarse con las selvas vírgenes y sus salvajes habitantes. Fueron aquí sus medios inadecuados para subyugar la naturaleza; y los fieros Antis, arrastrándose por la espesura, lanzaron invisibles sus flechas envenenadas contra los hijos del Sol, quienes se protegieron por medio de fortificaciones contra un enemigo a quien no podían ver y al que era vano perseguir.

Sin embargo tuvieron éxito en asegurarse las porciones superiores de algunos de estos valles con la riqueza de sus productos tropicales: la coca y el algodón, las pieles de los animales salvajes, las brillantes plumas de sus aves, y muchos otros artículos de consumo, de lujo, o de adorno que la inflexible naturaleza les había negado en su hogar nativo. Parece que entre los Incas y los salvajes de los valles interiores se sostenía una guerra perpétua. Aun en la plenitud de su poderío los Incas no pudieron extender sus conquistas lejos hacia el oriente, seguramente no más de sesenta millas de su Capital en esta dirección. Las sólidas y complicadas fortalezas de Paucartambo, Pisac, y Ollantambo determinan, en parte al menos, los límites de su preponderancia. No poseían los Incas ninguno de los modernos auxiliares para las conquistas materiales y solo les era dado contemplar con avidez y sin esperanza aquellos llanos de abajo donde cada parcela de tierra, podía dar casi espontáneamente un rendimiento mucho mayor que el que podían obtener de una extensión igual de sus tierras no disputadas, aun con un trabajo intensivo.

El estudio de los monumentos del Perú convence de que la antigua población no fué tan numerosa como podía suponerse por las relaciones de los cronistas. De cuanto he dicho antes, resulta claro que sólo una pequeña porción del territorio es habitable o capaz de soportar una numerosa población. Los valles y bolsones ricos y productivos son ape-

nas mas que manchas en el mapa; y aunque quedan pruebas de que se requirió de ellos el máximo de producción, sin embargo su capacidad productiva tenía que ser limitada. Los antiguos habitantes edificaron sus casas entre ásperas rocas en las áridas laderas de los cerros y emparedaron a sus muertos en cuevas o hendeduras, o los sepultaron en las arenas inservibles, para dedicar el escaso terreno cultivable negado a los muertos, a la agricultura. Escarbaron grandes áreas en los desiertos hasta encontrar suficiente humedad para la vegetación y luego fertilizaron estos jardines hundidos con guano traído de las islas. Edificaron andenes en todas las laderas y colinas y recogieron la tierra de las resquebrajaduras de las rocas para terraplenar las angostas plataformas, hasta que ni un solo palmo de terreno donde pudiera crecer un solo tallo de maíz o un puñado de quinua, que dara inculito.

La China, tal vez el Japón, y algunas secciones de la India pueden ofrecer ejemplos semejantes de extrema utilización de la tierra, como se hizo en el Perú en tiempo del Imperio Incaico. No hay duda de que la población indígena vivía como vive todavía, con una ración escasa, con el mínimo de alimento; pero no había entonces, el buey, el cerdo, la cabra, y el carnero ni muchos de los granos y frutas que más contribuyen al sustento de poblaciones densas. La llama se tenía en alta estima para ser comúnmente sacrificada; los huanacos y alpacas eran escasos; y la vicuña cuya lana sedosa constituía como el arminio y la púrpura de la aristocracia imperial, era protegida por reales edictos, y nadie que no fuera de la sangre real podía usar de su lana bajo pena de muerte. Casi no existían otros animales apropiados para la alimentación. Estas condiciones, fuera de la escasez de tierra arable, han debido constituir un poderoso obstáculo al crecimiento de la población. Esto se compensaba no obstante, por las sabias y benéficas instituciones sociales y civiles de los Incas, quienes reconocieron el derecho de todo hombre venido al mundo, no solo a la luz, al aire y al agua, sino también a una porción de tierra, y a la protección directa y al cuidado paternal del Estado.

La población actual de los tres Estados que en parte o en total formaron el Imperio Incaico a saber, el Ecuador, el Perú y Bolivia, no excede de cinco millones. Creo que sería prudente calcular la población en tiempo de los Incas en el doble de esta cifra, o quizás en menos de diez a doce millones. No obstante, Las Casas, el bueno pero no muy exacto obispo de Chiapa nos dice que "en la provincia del Perú sola

mente los españoles mataron más de cuarenta millones de gente.”

La antigua población del Perú puede dividirse en gentes de la Costa y de la Sierra, las principales características de las cuales estaban determinadas por las condiciones físicas de la región que habitaban. Los pueblos de la Sierra se subdividían en tribus o familias, según condiciones físicas menos marcadas.

Los habitantes de la Costa gozaban de un clima comparativamente suave, aunque en ocasiones estaban expuestos a calores ardientes aumentados por la reflexión de los rayos directos del Sol sobre las arenas del desierto y las colinas desnudas de árboles. La lluvia no caía nunca en la mayor parte de la Costa, y si caía en alguna parte, era tan rara vez y en cantidad tan pequeña, que el protegerse contra ella resultaba una cuestión secundaria. No tenían ellos animales domésticos, excepto, quizás el cuy o lechón de Guinea (1) y sus tierras apropiadas eran muy raras, para destinarse a la plantación de maderas, cuyo uso en sus construcciones era por consiguiente muy reducido. Como estas condiciones, necesariamente cualificaron, si no impusieron sus métodos de construcción, y cómo modelaron su vida social y política, no puede dejar de percibirlo ninguna mente reflexiva.

En la Sierra, por otra parte, donde debido a la altitud, el clima es riguroso con frecuencia, donde las lluvias caen durante gran parte del año, donde la llama es un animal de carga y de consumo alimenticio, y donde los escapos de un agave, o los bosques de los valles que van al Amazonas proporcionan algo de madera, se comprende que la arquitectura de la población se diferenciara marcadamente de la de la Costa y que organizaciones muy diferentes civiles, sociales y religiosas debieran surgir, aunque tengamos que admitir que los pueblos de la Costa y de la Sierra fueron originariamente de una sola procedencia. El inmenso mar estrellándose con estruendo, contra los peñones de la Costa, impresionaría como es natural la mente del habitante de la Costa infundiéndole reverencia y temor, induciéndole a personificar su irresistible poder e inspirándole a dar a Viraccocha, dios del Océano, el primer lugar entre sus divinidades primitivas. Por un proceso semejante, para el aterido habitante de las montañas nevadas, o de las mesetas escarchadas, el Sol, fuente de luz y de calor, dispensador visible de todo lo

[1].—*El cuy o conejillo de Indias ni es lechón ni es de Guinea. (N. del T.).*

que da vida, o la hace posible y duradera, vino naturalmente a ser el objeto principal del culto, y debe de haber sido personificado con algún nombre o símbolo.

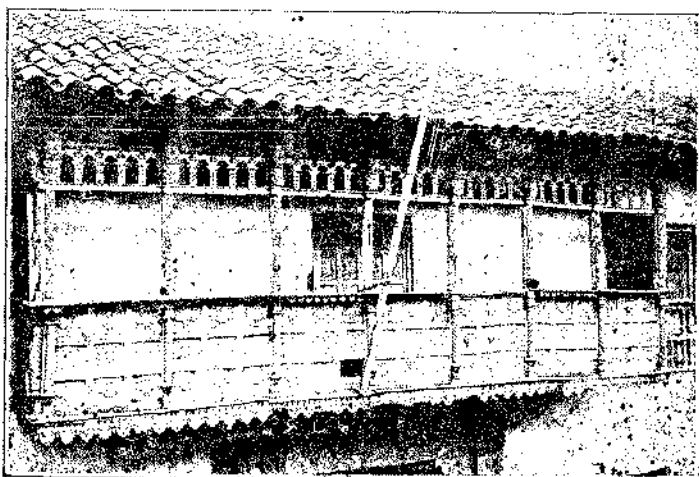
Los caracteres físicos generales de la tierra de los Incas, en relación al desarrollo de los pueblos que lo habitaron al sobrevenir la conquista española, han sido presentados: Investigar este pueblo a la luz de las obras que edificó, de las cuales los restos, más o menos conservados, existen todavía, fué el objeto principal de los viajes y exploraciones cuyos resultados se han incorporado en este volumen. Los paisajes descritos fueron todos visitados por mí; las ruinas fueron exploradas, cartografiadas, y en cuanto fué posible fotografiadas por mí mismo, o bajo mi dirección, y puedo responder por la exactitud de los planos y otras ilustraciones.

Hacer una selección del cúmulo de materiales recogidos por mí no ha sido un trabajo fácil. Lo he llevado a cabo como mejor he podido.

(a).—La idea de las tres cadenas—occidental, central y oriental—data de los tiempos de Humboldt y Raimondi, que la sustentaron con su respetable autoridad. Tal manera de ver ha sido repetida invariablemente. Desde el punto de vista fisiográfico, el Perú es (visto en conjunto o en su aspecto general) una *meseta*, comprendida entre la estrecha faja de la Costa y los extensos llanos amazónicos. El nivel general de la meseta es de 12,000 a 15,000 pies. Está entre cortada por cañones profundos (como los de los ríos Urubamba y Apurímac) que se hunden por debajo del nivel general, y dominada por altos picos (Misti, Ceoropuna, Ausangati, Salcantay, que llegan a más de 21,000 pies). Tales cañones y picos son *detalles* que accidentan el aspecto general de la meseta. La meseta debe su origen a fenómenos internos (levantamientos); los detalles—montes y valles—a causas externas [erosión]. En pocas palabras: la meseta del Perú es una área de levantamiento, accidentada por la erosión, que data de fines de la era mesozóica. Puede llamarse la penillanura incaica. La hoya del Titi-caca es una depresión grande en la meseta, así como el bolsón del Cuzco es una pequeña depresión por debajo del nivel general de la penillanura incaica. Esta concepción de los Andes está en abierta contradicción con las interpretaciones anteriores. Fijándose en los detalles es difícil considerar la región como una meseta, no de otra manera que caminando entre los árboles se pierde la noción del bosque.—Véase "Herbert B. Gregory y la Geología del Cuzco" por el autor de esta nota. "Revista de Ciencias".—Lima, Mayo de 1918.—[N. del T.



El Templo del Sol
 fue el edificio más im-
 ponente no sólo del
 Cuzco sino de toda la
 América. Página 54.



Las fachadas tienen balcones con celosías y el aspecto general
 es el de Granada en España. Página 62

CAPITULO XXI

Del Lago Titicaca al Cuzco.

Orillas del Lago Titicaca.—Huancané.—Quellanata.—Sonderhuasi.—
Techo de paja.—Santa Rosa.—Una corrida de toros.—Un Cóndor
en escena.—Se intenta enviar dos Cóndores a la Costa.—
Carta de Pedro Lobo.—Serranías desiertas.—Tambos.—El Pa-
so de Ladtaya.—Bajando de las Montañas.—Aguas Calientes.—
El valle del Vilcanota.—Cacha y el Templo de Viracocha.—
Relato de Garcilaso sobre el Inca Viracocha.—El sueño de Vi-
racocha.—Su milagrosa victoria sobre los Chinchasuyus.—Erec-
ción del Templo y la Estatua.—Estado actual.—Construccio-
nes anexas.—Alfarerías modernas entre las ruinas.—Mojinetes
o aleros y ventanas en la arquitectura Incaica.—Error de
Humboldt y Prescott.—Alacenas.—Etimología del nombre
Viracocha.—Tupac Amaru.—Quiquijana.—Curiosas ruinas y
tambos.—Oreos.—El bolsón de Andahuayillas.—La cadena de
oro de Huayna Capac.—Una noche en Andahuayillas.—Can-
teras Incaicas.—Métodos de Cantería.—La fortaleza de Piqui-
bacta.—Ruinas de la población de Muyna.—El llautío man-
tío real.—Muyna, antigua ciudad amurallada.—Oropeza.—El
desfiladero de Angostura.—San Sebastian y sus ayllus de lin-
aje incaico.—Entrada al Cuzco.—El Coronel Francisco Vargas
y su bienvenida.

De Puno seguimos nuestro viaje por la orilla Norte del
Lago Titicaca pausando por las poblaciones de Paucarcoco-
lla, Pusi y Taraco, a Huancané, cerca de la bahía de este
nombre y cruzando los ríos considerables Lampa y Ramis
no muy arriba de sus desembocaduras. Ambos ríos son erró-
neamente trazados en los mapas; el primero no entra direc-
tamente en el lago, sino en la bahía de Puno.

Entre Paucarcocola y Pusi nos detuvimos para explorar
ciertos monumentos que descubrimos lejos de nuestro cami-
no. Desapachamos por delante nuestro equipaje al que no pu-
dimos alcanzar porque sobrevino la noche. Engolfados en-
tre los cerros de Capachica, perdimos el camino y nos vimos
obligados a pasar la fría noche al pie de una roca; sin comi-
da ni fuego, ni más abrigo que nuestros ponchos. Cuando a-
maneció nos encontramos a menos de media legua del pue-
blo donde nos dirigíamos. Allí, nuestro arriero Ignacio, en
la firme convicción de que nos habíamos ahogado al atrave-
sar el río de Lampa, se había incautado de nuestros efectos,
y con los arrieros, estaba "borracho como un lord" con
nuestro mejor cognac, hasta media hora antes de amanecer.
El alcoholismo es universal en la Sierra. No se desperdicia
nada que pueda fermentar, en la fabricación de bebidas alco-
hólicas. Casi todo el maíz es convertido en chicha; hasta los

frutos del muelle tienen el mismo empleo. Toda la caña de los valles cálidos se transforma en cañazo; de tal manera que el azúcar en el Cuzco llegará a costar de un dólar a un dólar y medio la libra!

La región que circunda la boca del Ramis es una especie de delta muy bajo y plano, con lagunas diseminadas, como si la tierra hubiera sido recientemente rescatada de la laguna por los depósitos del río. Estas lagunas están pobladas de aves acuáticas, entre las cuales el ibis escarlata y el ganso montañés de fuertes alas, son los más notables. Los habitantes son todos pastores. Cuanto hay aquí de terreno firme está cubierto de una capa delgada pero resistente de césped, que se usa exclusivamente en la construcción de viviendas y de corrales o apriscos para los rebaños. Tales viviendas son edificios raros y curiosos que semejan montículos de paja. En algunos de ellos se nota algo como un conato de ornamentos arquitectónicos, pues a manera de las chulpas tienen una especie de cornisa a la altura en que comienza el techo, detalle tomado tal vez de las chulpas, o estilo tradicional heredado de los antiguos constructores de tumbas. El interior es muy sucio como en todas las viviendas de los indios aborígenes. Algunas han sido abandonadas y se han derrumbado formando domos más o menos regulares y elevados, la excavación de los cuales descubriría lo que se encuentra siempre en los montículos de tierra en todas partes: huesos tiestos, utensilios rotos sin importancia y restos de cocina.

La ciudad de Huancané es grande y está ocupada exclusivamente por indios aymaras. Algunas fuentes termales en sus cercanías tienen fama de ser medicinales y hacen que el lugar pueda considerarse como la Saratoga del distrito de Puno. (1).

Cuatro leguas más adelante, siguiendo por la orilla de la bahía de Huancané, está el pueblo de indios de Vilquechico, en cuya vecindad se encuentran otras fuentes termales; las ruinas incaicas de Acarpa y los monumentos preincaicos de Quellenata. Consisten en un gran número de chulpas, de varios tamaños que se levantan sobre una colina, rodeadas de muros de piedras rudamente labradas, con portadas, semejantes a los llamados muros Pelásgicos del Antiguo Continente. Las ruinas de Acarpa se encuentran en una península que se interna bastante en una bahía

(1).—*Saratoga Springs. Baños termales en el estado de N. Y., E. E. U. U.—N. del T.*

poco profunda. Los Incas llegaban a la península por una calzada de piedra que aún está visible sobre el agua.

En Huancané los Indios se sublevaron contra los blancos y cometieron grandes crueldades. Saliendo de Huancané, continuamos nuestro viaje al noroeste, pasando por el pueblo de Chupe, a Azángaro, sede famosa de los antiguos habitantes y notable hoy porque allí se encuentra uno de los monumentos más importantes de la antigüedad, o sea, el Sondor-huasi, que ha conservado su primitivo techo de paja, durante un lapso de más de trescientos años, mostrándonos cuánta perfección, belleza y utilidad pueden lograrse y obtenerse, aún tratándose de un techo de paja. Por el testimonio uniforme de los cronistas sabemos que todos los techos de los Incas eran de paja, como lo son todavía noventa por ciento de los techos de las casas de la Sierra. De aquí se ha inferido una incongruencia entre la acabada maestría de los muros y la rusticidad de los techos, generalización que queda desmentida en el caso de Sondor-huasi. El ichu de esta región montañosa, de tallos largos, delgados y resistentes se adapta admirablemente para los techados, se alisa con suavidad y es fácilmente manejable.

El Sondor-huasi es un edificio circular, aparentemente de barro compacto, cuyo diámetro exterior es de dieciséis pies. Las paredes tienen catorce pulgadas de espesor y once pies de altura, están perfectamente enlucidas por dentro y fuera y tienen cimientos de piedra. La entrada es una puerta que se abre hacia el norte, de veintiocho pulgadas de ancho y seis pies de altura. En el interior hay un banco de piedra labrada adosado a los muros en toda la extensión de ellos, excepto frente a la puerta donde hay una especie de estrado de piedra y arcilla compacta, con reclinatorios para los brazos en cada extremo, como los de un sofá. A cuatro pies de altura sobre el suelo y en el espesor de las paredes hay dos series de alacenas, y a la altura de ocho pies, cuatro ventanas pequeñas.

La Cúpula de Sondor-huasi es perfecta y está formada por una serie de cañas de igual tamaño y grosor que se apoyan por uno de sus extremos en la pared, y por el otro extremo se arquean hacia el centro, sobre una serie de aros del mismo material y de tamaños decrecientes. Los puntos de intersección de las cañas horizontales y verticales están amarrados con paja finamente trenzada, formando nudos cruzados de admirable precisión y buen gusto. Sobre esta armazón hay una fina estera de corteza de bambú o bejuco, que como es de una sola pieza, parece tejida

en el mismo sitio. Sea como fuere tiene diferentes colores en las distintas casillas de la armazón la cual está pintada a su vez. Probablemente se sorprenderán mis lectores y me tacharán de presuntuoso si aventuro una comparación de la cúpula de Azángaro con el domo de la capilla del Templo de Venus frente al Coliseo en la Ciudad Eterna. Sobre esta cubierta interior hay otra, gruesa y fuerte que sostiene una capa de paja fina que cuelga de los muros como una espesa franja. Encima hay otra capa de yerbas gruesas o junquillos colocados transversalmente, sobre ésta otra capa de ichu y así sucesivamente, formando el todo un cono ligeramente truncado. El borde colgante de las capas de ichu, había sido cortado con toda regularidad, formando como un alero de tejas.

Cieza de León describe también estos techos, como testigo ocular. Dice: "Los techos son de paja, pero tan artificioosamente edificadas, que no siendo destruidos por el fuego, pueden durar siglos". La descripción de Garcilaso de los techos que vió, coincide exactamente con la del techo de Sondor-huasi. Dice:

"Sus techos eran de palos amarrados con fuertes cuerdas. Estos sostenían una capa de paja de seis o más pies de espesor, en algunas de las casas, que sobresalían de las paredes más de una vara, para resguardarlas de las lluvias y guarecer a la gente. El alero era recortado con toda igualdad. Recuerdo de un techo en el valle de Yucay, de la forma que he descrito, de más de sesenta pies cuadrados, que tenía la forma de una pirámide. Aunque los muros tenían solo tres estados (dieciocho pies) de altura, el techo tenía más de doce pies".

De aquí resulta que los techos del tiempo de los Incas no eran tan rústicos y feos como podríamos deducir, del conocimiento de los de paja actuales, pobres y escuálidos. Es evidente que si tomamos el Sondor-huasi como ejemplo de los edificios corrientes, nos convenceremos de que los edificios de mayor importancia y los templos tenían interiores hermosísimos.

De Azángaro nuestro camino pasaba por una meseta elevada cubierta de nieve, al valle del río Pucara que ascendimos pasando por los pueblos de Pucara y Ayaviri, cercados de montañas cada vez más próximas conforme se estrechaba el valle, hasta que llegamos a Santa Rosa, población considerable, la última del Collao, al pie del gran nevado de Apucumurami, a cien millas del lago.

Aquí presenciamos una corrida, o más bien castigo de

toros, que constituye la delicia de las gentes tanto en la Costa como en la Sierra. La plaza del pueblo había sido encerrada y el toro con un trapo rojo en la espalda y los cuernos cargados de cohetes salió a la plaza. En seguida comenzó la tortura del animal. El montarlo y correrlo alrededor de la plaza, el reventarle los cohetes, el clavarle palos con arpones para irritarlo y acosarlo, en tanto que el hacer quites, a su ciega furia, parecía constituir el lance principal de este pasatiempo.

En Santa Rosa se amenizó la fiesta amarrando un cóndor en la espalda de uno de los toros, que espantado con el vocerío, el movimiento y las explosiones, comenzó a batir los flancos del toro con sus fuertes alas y a desgarrarle la piel con su terrible pico. Después que el cóndor y el toro quedaron extenuados de fatiga, y el primero, con los flancos sangrantes y la lengua afuera se paró en un rincón, a más no poder, un indio se apoderó del cóndor, recibiendo tan atroz picotada en el brazo, que casi se lo arranca. Este y otro cóndor me fueron regalados y yo los envíe de obsequio al Parque Central de New York. Sin embargo, no llegaron a la costa, según lo explicará suficientemente la siguiente carta del arriero Pedro Lobo, encargado de llevarlos:

“Mi amo y señor Viracocha!—Estoy enfermo. Le pido perdón. Como Ud. sabe soy pobre y mi familia enfermó con viruelas. Manuela murió hace mucho tiempo. La alfalfa está muy escasa en el pueblo. Así es que imploro su misericordia. No puedo hacer otra cosa. Elto ocurrió así. Fué en la Pampa de Tungasuca. Uno de los pollos, el del toro, arrancó las orejas de la mula Chepa que lo cargaba. Ud. recordará de la Chepa porque tenía la cola corta. Hizo tiras de mi poncho y me hirió horriblemente. Le pido otra vez perdón porque el pollo se fué volando.

Ud. sabe que el maíz cuesta mucho y como le tengo dicho, la pobre Manuela se murió con viruelas. Está habiendo reclutamiento para el ejército. Yo no sé lo que me sucederá. Hay sarampión en mi pueblo y los caminos están muy malos; más cuando el pollo del toro se fué volando, el otro hizo lo mismo. Ya sé que en Santa Rosa dirán que yo corté las amarras. Así puede parecer. Pero mi amo y señor Viracocha Ud. no debe creerles; pues hay poca alfalfa y no hay maíz en el pueblo; y hace muchos años que Manuela murió y ya no digo nada del sarampión de quien la Virgen libre a vuestra merced. Por lo tanto pido a Ud. perdón”.

Debo advertir que en varias ocasiones di a entender a Pedro Lobo mi compasión por la prematura muerte de su hija Manuela. De aquí dedujo que aludiendo a ella, ablandaría mi corazón y disiparía la cólera que pudiera experimentar por la fuga de los *pollos*.—En Santa Rosa, los Andes y la Cordillera (1) forman un nudo y pronto nos encontramos rodeados por sus abras, disputándonos el paso con las aguas superiores del río Pucara. De Santa Rosa a la abra hay cinco leguas de viaje forzado. El paisaje es grandioso y abrupto y se parece al del valle de Lauterbrunnen, en Suiza o a la Cuesta de Bellanzona al Paso de San Gotardo. No hay casas, sólo aquí y acullá, en lugares prominentes, se ven ruinas de los Inca-tampus, bajo cuyas paredes derruidas, algunos viajeros indígenas se agrupan ateridos, al rescoldo de un hogar de boñiga humeante, en que cocinan un miserable chupe. El viento sopla por las cañadas con temible violencia, arrastrando la arena y las piedrecillas del áspero camino y las menudas esquirlas de roca desintegrada, que se clavan en la piel agrietada y adolorida, como lancetas, hasta que la sangre gotea de las heridas. Nuestras mulas se resisten a mirar contra el viento y vuelven las grupas constantemente o se obstinan en no dejar la protección de alguna roca que defiende de la furia del viento. Todas las montañas que nos rodean están cubiertas de nieve, la cual es arrastrada por el viento de las alturas que sopla en remolinos, sobre nosotros, cuando alguna avalancha se precipita de las amenazadoras crestas que se inclinan, como se comban las olas del mar antes de estrellarse en la orilla. Nos aproximamos a un desfiladero estrecho. El río escarchado con cristales de nieve, se precipita entre un precipicio por un lado y los áridos peñascos por otro, quedando reducido el camino a una estrecha repisa sobre el precipicio, tan angosta que los animales no pueden cruzarse. Apenas llegamos a este punto llevando por delante una mula de carga con matadura que iba de balde y libre, cuando oímos el silvido de alarma de una partida que se acercaba por el extremo opuesto, sonido que ya habíamos oído antes, pero que medio ensordecidos y cegados confundimos con el rugido del viento. Intentamos hacer regresar a la mula, pero ella se adelantó, en tanto que nosotros regresamos hacia la parte más ancha del desfiladero para plegarnos contra el cerro y dejar pasar al que venía. Era éste un hombre evidentemente de posición, pero que llevaba antifaz y anteojos,

[1].—Véase nota (2) pag. 10 y (a) pag. 16.—N. del T.

quién cuando le preguntamos por nuestra mula nos contestó señalando el fondo del precipicio. Había disparado contra el animal apenas se encaró con él. No le quedaba otra alternativa.

Conforme nos hacereábamos a la abra, la quebrada se abría un poco y el camino era mejor. Aquí encontramos un montón de piedras sobre cada roca y los había por cientos desde un pie hasta cinco o más de altura, por todos lados, doquiera que hubiera espacio para amontonarlas. Las piedras habían sido apiladas por los indios como una ofrenda a los espíritus de las montañas que gobiernan los vientos, la nieve y las heladas. El río Pucara reducido a un mero arroyo susurraba a nuestro costado y nos sentíamos tan agradecidos como los indios mismos, aunque no erigimos nuestra pequeña *apacheta* en recuerdo de haber salvado la peor parte de nuestro camino. Una milla más adelante llegamos a la cumbre o abra, una ensambladura si se me permite la palabra, entre las dos cadenas de montañas. Aquí a un costado está un montón de piedras votivas, y al otro una pequeña laguna diáfana pero oscura circundada por una franja plateada de nieve bajo el cielo frío y gris de acero.

De esta laguna que no tiene sino unos pocos cientos de pies de ancho, nacen dos pequeños arroyos. El uno corre hacia el Sur por la quebrada que hemos ascendido, formando el río Pucara que entra en el Lago Titicaca, y el otro se dirige hacia el norte, formando el río Vilcanota, que con los nombres sucesivos de Huilcamayo, Yucay, Urubamba y Uca yali, es el verdadero origen del Amazonas. Un corcho arrojado al centro de la laguna, puede indiferentemente ir a parar en el Titicaca o en el Atlántico, según la dirección del viento en la laguna.

La abra a que hemos llegado está en la latitud $14^{\circ} 30'$ Sur i en la longitud $70^{\circ} 50'$ Oeste, a una altura de catorce mil ciento sesenta pies, dominada no obstante por el gran pico del Vilcanota que se eleva magestuosamente sobre esa altura. (1).

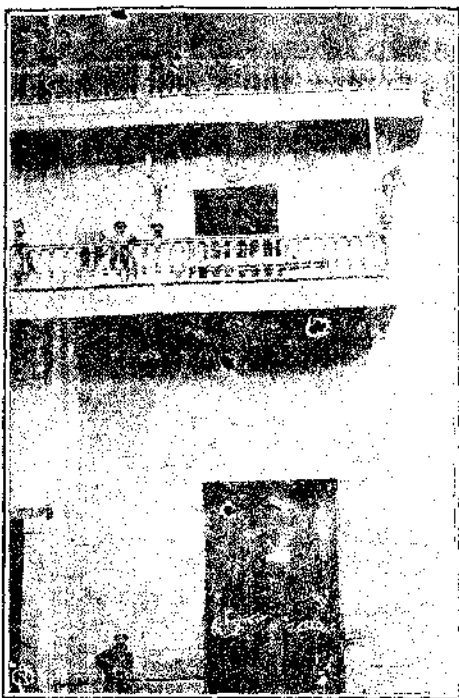
Alrededor de la laguna se encuentran ruinas de varios tambos incaicos destinados evidentemente uno para la persona del Inca y los suyos y los demás para el común de las gentes. El primero ha sido destruido casi por completo, y

(1).—La nivelación de la línea férrea da 4313.70 metros, que difiere sólo en 27 pies de menos de la altitud calculada por Squier.—N. del T.

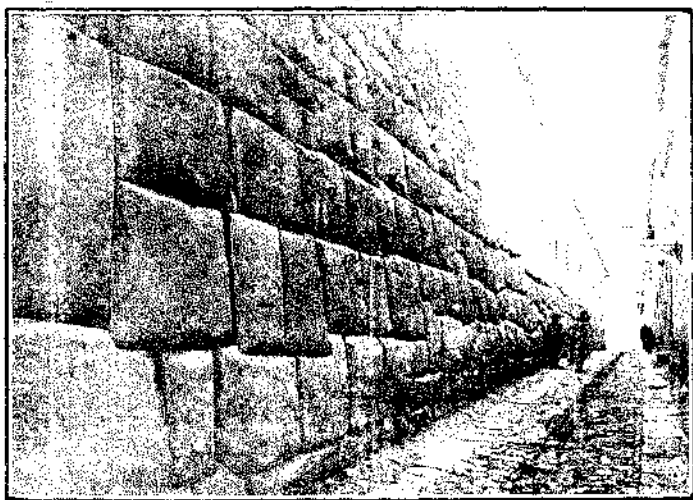
sus muros derruidos ya no ofrecen protección contra el viento. Así es que por la noche nos acogimos al amparo de unas paredes de las más humildes construcciones, amarramos las mulas a nuestro lado dándoles un pienso de cebada en grano, y cercándonos con nuestros aperos nos acurrucamos en torno de un escaso fuego hecho con tallos de quíñua, que, por un accidente feliz nos fué posible comprar en Santa Rosa, pagando poco menos que su peso en plata. Nos refucilamos con una taza de café; nuestros arrieros se atracaron con coca; nos apelotonamos unos contra otros ocupando el menor espacio posible, y esperamos el alba para descender por las vertientes del Amazonas.

Los medios de comunicación, en el Imperio Incaico, bajo el gobierno benéfico de sus soberanos aborígenes, fueron infinitamente mejores que en la actualidad. Aparte de los caminos y puentes edificaron ellos en todos los lugares descubiertos, a intervalos, en las punas y entre las montañas, así como en los pueblos, postas para la mayor comodidad de los viajeros. No eran éstas en manera alguna ostentosas sino amplias y cómodas construcciones, en las cuales no solo los viajeros sino sus llamas encontraban alimento y albergue. En La Raya, paso obligado de comunicación entre la capital y la importante región del Lago Titicaca o Coollasuyo, tales necesidades públicas fueron satisfechas con la construcción de grandes tambos. Existen también vestigios de un fuerte, como para el alojamiento de una guarnición.

Tracé el plano de uno de estos tambos, bajo cuyos muros derruidos encontramos protección por la noche, el cual puede ser tomado como tipo de esta clase de construcciones en general, aunque no hay dos exactamente iguales. Es un edificio de 180 pies de largo, con departamentos en los tres lados de un patio. Este patio se prolonga hasta la orilla de la laguna por medio de paredes de piedra bruta y andenes de poca elevación. La fachada principal tiene sólo tres compartimientos, cada uno de sesenta pies de largo y sólo el central tiene salidas al exterior. Las habitaciones de las esquinas tienen puerta al patio y cada una un pequeño interior al que puede ingresarse solo pasando por ellas, destinado quizás a las mujeres, o personas distinguidas. Los cuartos tienen pequeñas alacenas en el espesor de las paredes, construidas con piedra bruta y barro. En conjunto, los tambos parecen haber sido rústicos, pero prácticos; edificios sensatos, racionalmente destinados para satisfacer las necesidades del pueblo para el que fueron construidos. Los patios fueron, sin duda, destinados al alojamiento de las tropas de llamas



Un grupo de pumas
sobre la puerta de una
casa de la calle de Santa
Teresa. Página 66.



Muros de nuestra primitivamente labrada, que el arte moderno
puede emular pero no aventajar. Página 49.

y alpacas que conducían los viajeros, o eran enviadas de los valles a las llanuras del Collao.

Descendimos por en medio de escarpadas montañas, donde el camino y el río se disputan el paso, con el eterno invierno entronizado en las alturas, apurando unas veces nuestra mula, a través de secciones de tierra angostas pero arables, deteniéndonos otras veces para descansar en las curiosas aldeas de indígenas Ceanchis, famosos en la historia de los aborígenes.

El descenso del paso de La Raya al valle del Vilcanota es rápido y antes de mediodía comenzamos a sentir el cambio de temperatura. Hasta las fuentes termales de Aguas Calientes, a la distancia de dos leguas, habíamos descendido mil quinientos pies. Las aguas de estas fuentes se consideran medicinales para ciertas enfermedades, y hay cerca de ellas unas cuantas chozas pequeñas de piedra bruta (sin puertas ni contraventanas para cerrar las entradas), donde pueden alojarse los enfermos, llevando, por supuesto, su propia cama, utensilios de cocina y provisiones. El pequeño arroyo que en la mañana se escurría, medio congelado, de la laguna de La Raya, se había convertido antes del medio día, en un río considerable, y antes de anochecer, corría, apenas vadeable, por un valle estrecho, pero fértil.

Era invierno y los campos estaban secos y marchitos, pero veíamos en los costados del camino el rastrojo del trigo, la cebada y el maíz, y a grandes distancias un rústico molino harinero. En las quebradas precipitosas que se abren en las montañas se construyeron terrazas escalonadas, desde la ribera, formando en conjunto campos de cultivo o jardines triangulares, en los que pueden verse chozas medio ocultas entre las matas de la quínoa y la flor del Inca. Son más frecuentes las casas y los pueblos lo mismo que sus habitantes parecen relativamente económicos. Pudimos conseguir comida para nuestros animales a precio indeterminado, y los huevos resultaron un lujo en relación con nuestra hacienda.

Los indígenas que encontramos son menos atezados y hoscos que los del Collao, y sentimos un instante de gozo de origen el más inesperado: el grito de una criatura. En suma seguimos la senda de Manco Capac, satisfechos de que el valle del Vilcanota le habría producido mayor placer a él, que venía de su fría y árida roca del Titicaca.

Proseguimos la jornada sesenta millas más adelante hasta donde el arroyo que se escurre de la lagunilla de La Raya, se transforma en un río invadeable y recibe el nombre

de Vilcanota y llegamos al pueblo de Cacha, cerca del cual se halla el famoso Templo de Viracocha. El valle se ha abierto, tiene una legua de ancho y su suelo es llano y fértil. Mas allá del pueblo, en la orilla derecha del río y casi en el centro del valle, se eleva el cono volcánico achatado e irregular de Raccchchi. Las lavas se extienden en todas direcciones; han rellenado en parte la depresión entre el cono y los cerros por un lado, y por otro han formado dos altos dikes hacia el río. Entre estos dikes hay un espacio triangular, de casi una milla en su mayor longitud, literalmente cercado por surcos de lava negra, de varios pies de altura, apilados en la más desordenada confusión. En el extremo superior de este espacio que ha sido ensanchado por medio de terrazas de lava apilonando los toscos fragmentos, detrás de los muros de los andenes, hay una fuente copiosa que da origen a un arroyo considerable. Este ha sido cuidadosamente canalizado con piedras y rodeado de terrazas, por las cuales desciende en musicales cascadas hasta un estanque o reservorio que cubre varios acres, donde las plantas y aves acuáticas encuentran un simpático refugio. De este estanque el agua se descarga en parte a través de numerosas acequias que riegan las terrazas que cubren este campo cercado por lavas, y en parte, por un buen acueducto, se dirige al Vilcanota.

Dominando el reservorio o estanque, sobre una ancha plataforma o serie de terrazas, a un lado de una gran área semicircular, se alzan las elevadas ruinas del Templo de Viracocha, uno de los más importantes de los construidos por los Incas y que parece ser único en su especie. Antes de proseguir con la descripción minuciosa y la explicación de lo que queda de este templo, no será demás resumir lo que dice Garcilaso acerca del Templo y su constructor. Ello nos facilitará la comprensión del origen y significación de este edificio.

El Inca Viracocha fué el octavo de su linaje, según la relación de Garcilaso; y nos legó la más brillante y romántica historia de su real estirpe. Su padre Yahuar Huaccac, fué un monarca benigno y un tanto pusilánime, quien no pudiendo tolerar el temperamento ambicioso e impetuoso de su hijo, lo envió, honorablemente exilado de la Corte, a Chitã, a tres leguas al noreste del Cuzco, como pastor de los rebaños del Inca y del Sol. Después de tres años de destierro, el joven príncipe volvió al Cuzco sin autorización, y se presentó ante su padre, afirmando que lo que tenía que comunicarle se refería a la paz y seguridad del Imperio. Dijo

que habiéndose dormido al medio día o en un éxtasis, se le apareció un ser celestial, blanco y barbado, con un ropaje largo y flotante y le dijo: "yo soy hijo del Sol, hermano de Manco Capac. Mi nombre es Viracocha y he sido enviado por mi padre para advertir al Inca, que las provincias de Chinchaisuyo se han levantado en armas y puesto en marcha para destruir la Capital Sagrada. El Inca debe prepararse. Yo protegeré a él y a su Imperio". Y que enseguida la visión desapareció. Pero el padre escuchó con impaciencia y desagrado las súplicas de su hijo, quién desde entonces tomó el nombre de Viracocha. El Inca no tomó ninguna medida contra la catástrofe predicha. Pero a los tres meses fué alarmado con la noticia de invasión de los insurgentes Chinchasuyos. Aterrado por haber menospreciado el presagio divino y creyendo que su destrucción era inevitable, abandonó la Capital, y fué a encerrarse en la ciudad fortificada de Muyna—las ruinas de la cual aun existen—para esperar que se cumpliera su destino.

El pueblo, abandonado por su rey y sobrecogido de terror, comenzó a huir en todas direcciones, cuando se presentó el joven Inca Viracocha con los pastores de Chita. Su valor, sus palabras inspiradas y elevado espíritu, reanimaron e hicieron volver a los fugitivos. El príncipe los envió a su padre para que le pidieran que se pusiera a la cabeza de su pueblo y volviera al Cuzco para defender valerosamente su imperio. Pero todo fué en vano. El monarca pusilánime se negó a salir de entre los muros de Muyna.

Viracocha resolvió entonces redimir el honor de su raza y defender su imperio. Volvió al Cuzco, tomó el mando de las tropas que pudo reunir, y salió en busca de los Chinchasuyos y los batió con fuerzas mucho menos numerosas. El espíritu blanco y barbado que se le apareció en Chita fué fiel a su promesa y las piedras mismas se trocaron en hombres blancos y barbados, cuando las fuerzas del joven Inca parecían flaquear en la batalla. Viracocha ganó una señalada victoria en la llanura que lleva aún el nombre de Yahuar-pampa, o campo sangriento, que entonces se le puso.

A petición de su pueblo agradecido, Viracocha, depuso a su padre y ciñó el *llauto* imperial. En acción de gracias al poder y a la intervención del divino Viracocha, el joven Inca ordenó la construcción de un suntuoso templo, destinado a su culto, en Cacha. Por qué allí y no en Chita donde vió por vez primera al espíritu, o en la llanura de Yahuar-pampa, donde aquel luchó por el bizarro Inca, no lo dicen los cronistas y confiesan que no pueden explicarlo. Pero al-

guna razón tuvo para ordenar que el templo se edificara en Cacha y que en su forma y estructura fuera semejante en la medida de lo posible al lugar entre las rocas de Chita, donde en un sueño de mediodía se le apareció el espíritu. El templo según esto no debía tener techo, y sí un segundo piso elevado, debiendo ser en su plano y ejecución diferente de todos los demás existentes. Debía contener una pequeña Capilla o adoratorio en cuyo interior debía colocarse la imagen del celestial Viracocha.

Este templo, según Garcilaso, era de ciento veinte pies de largo y ochenta de ancho, de piedra labrada. Tenía cuatro puertas que se abrían a los cuatro puntos cardinales, aunque sólo la que miraba al este, era una verdadera puerta de entrada, en tanto que las demás estaban cerradas y sólo tenían fines ornamentales. Como los indios no sabían construir bóvedas, para sostener el segundo piso, hicieron paredes transversales, distantes siete pies unas de otras y de tres pies de espesor cada una, que sirvieran como vigas. Entre estas paredes había doce pasillos techados con tablores de piedra labrada. Entrando por la puerta del templo se flanqueaba a la derecha por el primer pasillo hasta llegar a su extremidad, luego a la izquierda por el segundo pasillo, en seguida a la derecha por el tercero y así sucesivamente, en zigzag, hasta el último o duodécimo, donde había una escalera doble que subía al segundo piso y bajaba por el lado opuesto. Cada pasillo tenía ventanas a manera de saeteras que daban suficiente luz; y debajo de cada ventana había un nicho para un portero, de tal manera que pudiera sentarse sin obstruir el paso del callejón.

El segundo piso estaba pavimentado con lozas negras y lustrosas traídas de muy lejos. En lugar de altar mayor había una capilla cuadrada de doce pies de lado, cubierta con las mismas lozas, encajadas unas en otras, levantadas en la forma del capitel de un pilar de cuatro caras. Era lo más admirable de toda la obra. Dentro de la capilla, en el espesor de la pared del templo, había un tabernáculo donde estaba la imagen del divino Viracocha. A uno y a otro lado de la capilla habían otros dos tabernáculos, más no había nada en ellos y servían solo de ornamento. Las paredes del templo se alzaban tres varas sobre el nivel del segundo piso y no tenían ventanas. La cornisa era de piedra en todos cuatro costados.

En el tabernáculo que estaba dentro de la capilla mencionada, sobre un gran pedestal estaba la estatua de Viracocha tal como se le apareció al joven Inca en Chita. Era un hom-

bre de buena estatura con una barba larga, los vestidos largos y anchos como túnica o sotana, que llegaban hasta los pies, donde tenía un extraño animal con garras de león, atado por el pescuezo con una cadena y el rimal de ella en la mano de la estatua. Todo estaba hecho de piedra y como los escultores no atinaban a representar la aparición, cómo les decía el Inca se puso él mismo muchas veces en el hábito y figura en que dijo haberla visto para servirles de modelo. Añade Garcilaso en tono de reproche: "Con ser el templo de tan extraña labor, como se ha dicho lo han destruido los españoles, como han hecho otras obras famosas, que hallaron en el Perú, debiéndolas sustentar ellos mismos a su costa, para que en siglos venideros vieran las gentes las grandezas que habían ganado. Más parece, que a sabiendas, como envidiosos de sí propios las han derribado por el suelo, de tal manera, que el día de hoy, apenas quedan los cimientos de esta obra, ni de otras semejantes que había, cosa que a los discretos ha lastimado mucho. La principal causa que les movió a destruir esta obra, y todas las que han derribado, fué decir, que no era posible, sino que había mucho tesoro debajo de ella. Lo primero que derribaron fué la estatua, porque dijeron que debajo de sus pies había mucho oro enterrado. La estatua de piedra existía pocos años, ha aunque toda desfigurada, por las piedras que le tiraban". Cerca de trescientos años han pasado desde que tales reproches escribió Garcilaso, y si el templo estaba tan arruinado en sus días, como él lo dice: qué puede esperarse de su presente condición?. Los templos de San Pedro y San Pablo de Cacha, de Tinta y otras aldeas próximas, y más de uno de los puentes que cruzan el Vilcanota, fueron contruidos con piedras despojadas del templo. Sin embargo, puede aún reconstituirse su plano y no es demasiado tarde para salvar la piadosa obra de Viracocha de los extremos de la exageración o el olvido. El plano no se conforma del todo con la descripción del cronista [1] quién, probablemente, escribió de segunda mano, según descripciones imperfectas, de observadores incompetentes; pero fácilmente se comprende que se refiere al mismo edificio que nos ocupa.

La parte más notable de las ruinas del templo, es una pared de cuarenta pies de altura, de adobes de arcilla compacta con cimientos de piedras labradas de forma irregular pero perfectamente juntadas. Este cimiento es de ocho pies

(1) Así, él dice que el templo no tenía techo, mientras que las ruinas muestran que tuvo uno inclinado. Dice que sus dimensiones eran de 120 por 80 pies, y en realidad son de 330 por 87.—N. del A.

de altura y tiene cinco y medio pies de espesor al nivel del suelo, espesor que decrece gradualmente según la altura de la pared. Puede ésta describirse como una sucesión de pilares o estribos, en número de doce, (1) cada uno de diecinueve y medio pies de ancho, separados por vanos o espacios de ocho y medio pies. Estos espacios, de forma trapezoidal, se prolongan en la pared de adobe, formando puertas de catorce pies de altura, cuyos dinteles de madera han dejado señales en la pared, aunque han sido quitados o destruidos por acción del tiempo. Esta pared se extendía longitudinalmente, dividiendo en dos naves el edificio, e indica que éste tenía como trescientos treinta pies de largo. En uno de los extremos se conserva aún la pared transversal, con un nicho interior a cada lado de la pared central y no una puerta grande. La forma de la pared transversal demuestra que el edificio tenía un techo inclinado o de caballete, y que el ancho del edificio era de ochenta y siete pies. Las paredes laterales y la otra pared transversal han desaparecido, pero excavando, puede fácilmente descubrirse los cimientos.

En el centro de cada estribo, de la pared central hay una ventana de tres pies de alto por dieciocho pulgadas de ancho, en la pared de piedra muy bien labrada por dentro y fuera. En el espesor de la pared, y como a la mitad de la altura de cada puerta, hay dos agujeros cuadrados, de seis pulgadas de lado, comb para la colocación de barras transversales o trancas. A cada lado de la pared central, y equidistante entre ésta y las paredes laterales, hay una fila de columnas, situada cada una, frente a frente de las ventanas, que atraviesan el estribo central de piedra, de las que ya hemos hablado. Estas columnas en número de doce a cada lado, o

(1) Según el texto y el plano de Squier sólo quedan ocho secciones, habiéndose derrumbado las secciones cuarta, décima, undécima y duodécima. No es cierto. Actualmente quedan en pie nueve secciones y son las: 1ª, 2ª, 3ª, 5ª, 6ª, 7ª, 8ª, 9ª, y 10ª. El señor H. E. Blacket publicó un artículo sobre este Templo, con bellísimas fotografías en la revista "The Inca Chronicle," la Revista inglesa más elevada del mundo, como que se editaba en Cerro de Pasco, Perú, a una altura de 14.300 pies, en el N.º de Julio de 1911. El doctor Francisco Ponce de León, delegado de la Sección Arqueológica de la Universidad del Cuzco en Sicuani, ha insinuado a la Universidad que se adopten medidas para la mejor conservación de estas ruinas, pues se siembra maíz en el recinto del templo convertido en "chacara" desde hace muchos años. Con este motivo la Universidad envió dos Catedráticos—el doctor L. E. Valcárcel y el traductor—que practicaron una inspección el 22 de junio de 1926. Entre otras cosas se ha constatado la existencia de ruinas importantes no descritas por Squier, a corta distancia, hacia el lado del Cuzco.—N. del T.

de veinticuatro en total, tienen cinco y medio pies de diámetro en la base. De estas columnas se conserva una sola. Su base, hasta la altura de unos ocho pies, como en la pared central, está hecha con piedras labradas perfectamente unidas. La continuación de la columna hasta la altura de veintidós pies, es de adobe. Excavando, pueden descubrirse los cimientos de todas las columnas. A la misma altura de cada columna y en la dirección del centro de su eje, hay agujeros en la pared central, en los que parece encajaban vigas, que por el otro extremo, se apoyaban en las columnas, las cuales sostenían también otras vigas que se prolongaban hasta las paredes laterales. Tal hecho es muy probable, pues, no se encuentran, hasta la distancia de cincuenta a cien leguas, vigas suficientemente largas para colocar de una a otra pared, cuya distancia es de unos veinticuatro pies. Supongo que no existieron los muros transversales que describe Garcilaso y que el segundo piso del templo estaba sostenido por estas columnas. No podemos decir ahora cómo era la disposición del piso superior. Únicamente podemos ver que la pared central tiene una doble hilera de ventanas trapezoidales, situadas sobre las puertas del piso inferior.

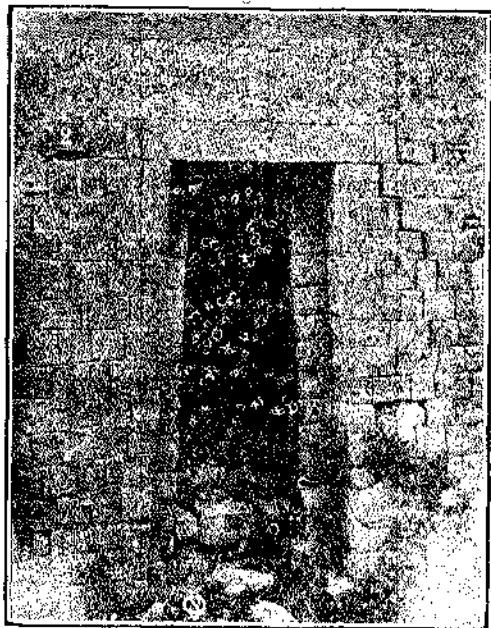
Garcilaso dice que los muros exteriores, fueron de piedras labradas, y el gran número de ellas que según sabemos han sido extraídas de aquí, parece que justifica tal afirmación. Los cimientos fueron seguramente de piedra, pero la pared transversal que queda es de adobe, con una sola puerta. Si el templo tuvo otras puertas no podemos determinarlo hoy. El historiador Garcilaso antes citado, afirma que sólo tenía una. De las partes que quedaban según su descripción, no existen ni rastros de la capilla o santuario.

Mas ni Garcilaso ni ningún otro cronista posterior ha hecho mención de los varios grupos de ruinas, apenas menos importantes que las del templo y conectadas con ellas. Es imposible presentar un plano completo porque cubre mucho espacio, ni creo dar una clara idea de ella por medio de una descripción, por minuciosa que ésta sea. Por consiguiente me limitaré a la descripción de una o dos de las más notables construcciones dependientes, comenzando por una fila de edificios con sus respectivos patios, serie que forma ángulo recto con la extremidad sur del templo. Estos edificios están situados sobre una terraza que se eleva tres pies sobre el nivel general, y entre dos muros paralelos de ocho pies de alto y que distan entre sí noventa pies. Hay seis

grupos de edificios y patios, y uno, junto al templo frente a frente de su pared transversal, está destruido en parte. Cada grupo ocupa una área de ciento veinte pies de lado en cuadro, y en conjunto se extienden más de ochocientos pies en línea recta.

La disposición de cada grupo es substancialmente la misma y consta de seis edificios dos en cada uno de los tres lados del patio, quedando el cuarto lado que mira a la laguna artificial, sin construir. Las casas que forman línea transversal con la dirección general de los edificios están divididas longitudinalmente por una pared medianera, pueden considerarse como dobles, y cada mitad mira a un distinto patio. Esta pared medianera o divisoria como la del templo, divide exactamente las paredes transversales y sus mojinetes y sostiene las extremidades superiores de los palos de arma o vigas traviesas. Las casas así divididas en dos mitades iguales miden por el exterior cuarentiseis por treintiocho pies. Los mojinetes son altos y hay claras señales de que las casas tenían dos pisos. Las paredes tienen tres pies de espesor, y hasta la altura de ocho a diez pies, están hechas con fragmentos en bruto de lava cementada con arcilla compacta. La parte superior es de adobe, excepto en un caso en la que la parte alta de la pared divisoria de la casa es también de lava. Las fachadas tienen dos puertas y el interior de cada departamento está adornado con alacenas. Dentro de algunas de ellas queda aún el fino embarro de color rojo brillante con que fueron pintadas. Entre las casas hay un pasillo o callejón de siete pies de ancho. Las dos casas en los otros dos lados del patio no son dobles como las anteriormente descritas, sino que cada una constituye una sola habitación; sus dimensiones son 46 por 30 pies, tienen dos puertas hacia el patio y están ornamentadas con alacenas. Entre la fila de casas y el muro exterior hay divisiones con edificios pequeños, cada uno de los cuales está en correspondencia con los departamentos principales y parecen destinados a la servidumbre.

Fuera del muro exterior hay ciento veinte construcciones circulares, cada una de veintisiete pies de diámetro, distribuidas en filas de a doce. Las calles o pasajes entre ellas tienen doce pies de ancho. Cada habitación tiene una puerta hacia la calle, pero las casas están dispuestas de tal modo que las puertas no quedan frente a frente. Estos edificios circulares son comparativamente rústicos, contruidos con toscos fragmentos de lava. El interior de ellos muestra pocos indicios de ornamentación. El espacio que ocupan fué obtenido quitando los bloques de lava y amontanándolos a



Portadas que se estrechan en la parte alta, que traza a la memoria reminiscencias de Egipto. Pg. 13



La iglesia de los jesuitas es una maravilla de belleza arquitectónica; su fachada, quizás un tanto recargada de adornos, es la más hermosa de cuantas he visto en Sud América. Pg. 63

distancia. Parecen destinados al alojamiento de los peregrinos que venían al adoratorio del celestial Viracocha, y en tal caso indicarían que éste era muy frecuentado y objeto de veneración.

El terreno en frente de la gran hilera de edificios que acabo de describir, es un hermoso plano y termina en otro grupo de construcciones de plano menos regular pero muy interesante. Estas últimas están habitadas en parte y probablemente presentan el mismo aspecto que antes de la Conquista. Efectivamente una parte considerable de la hermosa y pequeña planicie, cercada de lavas y bien irrigada, donde se edificaron el templo de Viracocha y sus dependencias, está ocupada actualmente por una aldea de alfareros famosos en toda la Sierra por sus trabajos. Encontraron éstos una arcilla fina o kaolín muy resistente entre las lavas, las cuales como he dicho fueron removidas antiguamente de la planicie con trabajo increíble, y apiladas alrededor de ella. Desde el sitio del templo se divisó una muralla no interrumpida de lava, en tanto que hacia el lado del cráter, la lava está acumulada en masas estupendas, como si durante una furiosa tempestad se hubiera congelado repentinamente un mar de tinta.

No puedo abstenerme de rectificar algunos errores radicales acerca de la arquitectura incaica, que han sido apoyados por la respetable autoridad de Humboldt y Prescott. El primero en su informe sobre la fortaleza de Cannar, al norte del imperio incaico, describe un edificio situado entre sus murallas, que aunque más pequeño, es igual a las casas dobles que se encuentran cerca del templo de Viracocha. Parece sorprendido de hallar que los edificios tenían mojinetes, como nuestras propias casas, y cree que los mojinetes fueron añadidos después de la Conquista. Cita, en apoyo de su hipótesis, la existencia de ventanas en estos mojinetes, "porque es evidente," añade, "que en los edificios aborígenes del Perú, como en las ruinas de Pompeya y Herculano, no se encuentran ventanas". M. de la Condamine, antes que él, expresó ciertas dudas sobre la antigüedad de los mojinetes aunque creía que era posible que fueran parte reintegrante de los antiguos edificios. Prescott, siguiendo probablemente a Humboldt, niega la existencia de ventanas en la arquitectura peruana.

No obstante, Humboldt, no vio sino unas cuantas ruinas en el norte del Perú. Si hubiera viajado por el centro y sur del país habría encontrado que el empleo de mojinetes y ventanas es casi universal. Pueden encontrarse mojinetes aún entre las ruinas del Gran Chimú en la Costa, donde

llueve rara vez, por doquiera en el interior, las ruinas de ciudades incaicas, están caracterizadas, por sus agudos mojinetes, que casi siempre tienen una ventana y con frecuencia dos. Estas ventanas servían en ocasiones como puertas de ingreso al segundo piso de la casa, al que se llegaba por medio de una especie de escalera formada de piedras planas empotradas en la pared.

Los mojinetes no eran siempre de igual declive o forma. Por regla general eran apuntados como los de Holanda. En las casas situadas en las laderas de las colinas, donde se emplazaba de preferencia las aldeas, ya que de esta manera el terreno llano era reservado para la agricultura, el declive del mojinete hacia la ladera era menor. Ya veremos algunos hermosos ejemplos de casas incaicas de todas clases—de uno, uno y medio, dos o más pisos, con ventanas en los mojinetes y en los costados—al tratar de las importantes y complicadas ruinas de Ollantaytaambo.

Puedo agregar que cuando el Inca ordenó la construcción del templo en una forma diferente de todos los templos del Perú, encontró arquitectos idóneos para la ejecución de su mandato, pues es enteramente único en su plano.

No he encontrado columnas en ningún otro edificio, y parece que ningún otro tuvo altura tan grande. Las paredes de adobe encima de las de piedra labrada no son, sin embargo, una característica peculiar de estos edificios; las he observado en otros, no solamente en los mojinetes sino en las paredes en general. Un notable ejemplar se encuentra en el antiguo templo, hoy iglesia de Guitera, a dos días de viaje de la costa, en el valledel río de Pisco. Las coronaciones de adobe de los edificios de piedra han sido, naturalmente, destruidas por la acción de la intemperie, en muchos casos, quedando únicamente la obra de cantería. De la altura relativamente pequeña de estos muros de piedra, podría deducirse una consecuencia errónea acerca de lo que los cronistas llaman la majestad de algunos edificios peruanos.

Como los nichos ornamentales constituyen una característica constante y peculiar de la arquitectura incaica, debo hacer aquí algunas observaciones.

Su objeto, cuando se encuentran en el exterior de los edificios es netamente ornamental, en ciertos casos, en que se presentan en el interior descubrimos el mismo propósito. Hablo ahora de los más grandes o sea de los que llegan hasta cerca de los pisos o el suelo mismo de los departamentos; los hay otros que no tienen nichos reentrantes más pequeños, sino que son simples alacenas, como si no hubieran tenido puertas, más anchas en la parte inferior que en la

superior, construidas, sea con piedras brutas o primorosamente labradas y ensambladas. Es posible que hayan tenido fines a la par de utilidad y de ornato, aunque este último destino es el más aparente. Las dimensiones de los nichos varían con las de los edificios en que se encuentran. A menudo una línea de nichos que se extiende a lo largo del suelo es realizada por otros más pequeños que alternan con los anteriores. La monotonía de los muros largos y oscuros de las terrazas, especialmente en los edificios públicos, es casi siempre interrumpida por estos nichos. Tales terrazas están hechas por lo común con piedras irregulares juntas en el llamado estilo ciclópeo, en cuyo caso, el contorno de los nichos está formado con piedras menos irregulares y tiene un pulimento que no se nota en otras partes de la pared. En las construcciones hechas con piedra bruta y barro, los nichos están bien enlucidos con estuco y hay razón para creer que estuvieron pintados con colores diferentes de los muros que debían adornar.

Antes de pasar adelante debemos hacer notar que la etimología del nombre "Viracocha" es variada. La que se acepta generalmente es *vira* "espuma" y *cocha*, "mar"—esto es "Espuma del Mar". I como el espíritu que se le apareció al joven Inca en la meseta de Chita, y le dió su nombre Viracocha, fué blanco y barbado, con túnica flotante, no debemos admirarnos de que dieran el mismo nombre a los españoles, quienes parecían a los sencillos indígenas ser la encarnación de la celestial aparición y que tenían el dominio del rayo y del trueno. Entre los *indios del campo* o pastores de llamas de las *punas* y los pescadores de las lagunas, la salutación usual a los extranjeros de tez blanca y ojos azules es ¡"tay-tay Viracocha"!.

Fué en las alturas de Tungasuca, que dominan las ruinas del templo de Viracocha, en la banda opuesta del río, donde José Gabriel Condorcanqui, mejor conocido con el nombre de Tupac Amaru, que últimamente adoptó, organizó, hacia fines del siglo anterior aquel levantamiento de indios contra los españoles, que rápidamente se propagó en toda la Sierra y amenazó la extinción del poder español en el Perú. Tupac Amaru era descendiente del último de los Incas; y cuando reunió a los suyos en el pueblo de Tinta, en marcha para arrancar la capital de sus mayores del poder de los descendientes de Pizarro, los condujo primero a las ruinas del templo de Viracocha, y allí rodeado de muros de lava, negros y ceñudos y bajo la sombra del desmoronado santuario, conjuró la ayuda del espíritu que había combatido por el joven príncipe Viracocha en la llanura de Ya

huar-pampa, con extrañas y solemnes ceremonias e invocaciones antiguas. Tuvo buena suerte al principio; parecía que los dioses extinguidos revivían y el gonfalon de los Incas luciendo otra vez su irisado blasón, parecía destinado a flotar nuevamente sobre los sólidos muros de la fortaleza del Cuzco. Empero y, la traición, más que la fuerza, hizo fracasar la causa del capitán Indio: hecho prisionero, y, después de ser obligado a presenciar el sacrificio de su mujer y de su hijo, fué ejecutado, en 21 de Mayo de 1781, y descuartizado por caballos en la plaza del Cuzco, ante los muros de su Santa Catedral, dedicada al servicio de un Dios justo y misericordioso. Saliendo de Cacha no encontramos nada particularmente interesante hasta que llegamos a un lugar donde las montañas de ambos lados del Vilcanota se juntan y apenas le dejan paso por un cañón cortado en la roca. En varios puntos observamos ruinas de antiguas poblaciones. Los sitios que éstas ocupan son casi invariablemente alguna eminencia de roca en el valle, o los promontorios escarpados o estribaciones de las montañas entre masas de roca y montículos de piedra trabajosamente apiladas para hacer lugar a las casas, las cuales en estos parajes se emplazaban sin orden, pero con el visible propósito de economizar terreno arable.

Cerca del pueblo de Quiquijana encontramos una sección quebrada del terreno en medio del valle, una especie de morro que domina el río, escabroso y estéril, que fué el sitio de una población grande con un templo y una plaza pública, todo raramente construido. Los acantilados que miran hacia el morro y que circundan el valle, están atestados de tumbas de los antiguos habitantes. Estas consisten en pequeños nichos cuyo exterior es de piedra, construidos en las partes salientes de las rocas, o contra los riscos, doquiera haya espacio suficiente para una pared. Muchas están en sitios aparentemente inaccesibles y no se comprende cómo se llegaba a ellas y mucho menos cómo fueron construidas. Producen un efecto notable a la luz del sol, adosadas contra el fondo oscuro y abrupto del acantilado.

Volviendo bruscamente a la izquierda dejamos el angosto valle del Vilcanota, que aquí ya es un río grande y poderoso con su puente caído de cal y piedra, y otro en uso de *minubres*, o varillas torcidas de arbustos, y siguiendo por una cuesta empinada, llegamos al pueblo de Urcos, una aldea serpenteante con más tiendas de chicha que habitaciones pasables. Como teníamos que pasar la noche en Andahuaylillas, que es el nombre musical de un pueblo que está a doce millas, no perdimos tiempo en Urcos, sino que ascen-

dimos las alturas que se nos interponían para descender al bolsón de Andahuaylillas. Este bolsón forma parte del grupo que tiene por centro el del Cuzco y es uno de los más hermosos del Perú.

En la misma cumbre de la loma, entre el valle y el bolsón, en un lecho parecido al cráter de un volcán, está la pequeña, pero profunda laguna de Urcos que no tiene desagüero. Es muy famosa porque según la tradición sus aguas amarillentas esconden la gran cadena de Huayna Ccapac, que era del torso del brazo de un hombre y su largo tal que podía dar dos vueltas a la gran plaza del Cuzco. Fué arrojada a la laguna para salvarla de los españoles. Esta tradición era reciente en los tiempos de Garcilaso, pues nos da los nombres de los que emprendieron la empresa de desaguar la laguna por un caño a través del cerro, quienes se desistieron solamente después de haber gastado todo su dinero en cavar la *peña viva*. El conducto está aún visible, y por su extensión muestra el empeño persistente de quienes lo socavaron.

Daría con gusto todas las informaciones que pudiera poseer, acerca de la laguna y la manera de llegar a ella, a los atrevidos caballeros que en otro tiempo organizaron una compañía, con cinco millones de capital, para recuperar el tesoro del naufragio de la fragata *Hussar* de su Majestad, que se hundió en Hell Gate, sino tuvieran que ser los primeros en aprovecharse de ellas los que al pie de las montañas buscaron el oro mal habido de Kidd (1). Dejo a los que están acostumbrados a las grandes cifras, el cálculo del capital de la "Compañía recuperadora de la cadena de Huayna Ccapac", observando únicamente que la plaza de Huacapata, tiene más de una milla y media de perímetro, y que la cadena, "gruesa como el brazo de un hombre", le daba dos vueltas a dicha plaza, y más aún que era legítimo el oro de los Incas.

El bolsón de Andahuaylillas es un óvalo irregular de dieciocho millas de largo y tres a seis de ancho, casi plano, bien irrigado por los arroyos de las montañas circundantes que se juntan en un solo río, que ha cortado un estrecho canal a través del cerro intermedio y que descarga en el Vilcanota. Ningún viajero puede dejar de pensar que estas tazas cercadas por montañas fueron, en otro tiempo, lagunas que se desaguaron, sea gradualmente por la excavación paulatina de sus desagües, o sea violentamente debido a alguna convulsión de la tierra y a la ruptura de las

(1) *William Kidd, pirata ejecutado en 1701.—N. del T.*

barreras que los confinaban. En este bolsón existen algunas "terrazas lacustres" bien distintas, las cuales merecen la atención de los geólogos y otros investigadores. No puedo resistir la impresión de que tengo a la vista una parte de Lombardía, y que los Alpes con un movimiento envolvente la han circundado y recluso y la han condenado a la soledad y la quietud.

Bajamos la empinada senda que conduce al valle sin asustarnos con un toro que pasaba mugiendo, seguido de cerca por un soldado con fusil, quién gritó ¡cuidado! y en lugar de entrar en la pintoresca aldea que teníamos delante se apartó a la derecha del lugar de nuestro descanso, que lleva el nombre cadencioso de Andahuaylillas.

Dejamos a nuestro paso cierto número de haciendas extensas y valiosas, fuertemente cercadas, con arcos en los corredores y balcones con enrejado de hierro que pregonan la riqueza y las artes del hogar, y nos refugiamos en una casa abandonada, que la mujer del *corregidor* nos prestó para pasar la noche. Su marido había ido a una "función" de toros, o a lo que entre nosotros se llama una parranda, a alguna aldea lejana de la sierra, donde tenía un *compadre*, quizás una *comadre*. Nosotros teníamos una casa, y la casa tenía un suelo, donde a falta de toda clase de muebles excepto una gruesa alfombra de polvo, tuvimos el privilegio de acomodarnos como mejor pudimos. Al día siguiente salimos de prisa para proseguir nuestro camino, sin perder tiempo en despedidas innecesarias.

Este bolsón está separado del de Oropesa, que no es sino la continuación del del Cuzco, por un cerro o abra, que fué el límite del dominio del primer Inca y donde están las ruinas de las sólidas construcciones de defensa contra las agresiones del sur. Antes de llegar a estas ruinas por una senda tortuosa que zigzaguea por entre grandes rocas traquíticas y basálticas, está una de las principales canteras de los Incas, desde donde se llevaron la mayor parte de las piedras empleadas en la construcción de los edificios del Cuzco. En todo el contorno hay enormes montones de astillas de piedra, que cubren más de una milla cuadrada, y entre estos montículos están diseminados bloques de piedra de todos tamaños y en diversos estados, desde el fragmento recién arrancado de la cantera hasta el sillar primorosamente labrado, listo para colocarse en el lugar a que ha sido destinado en el edificio. Aquí están las viviendas de piedra bruta de los picapedreros y también la habitación más presuntuosa del maestro cantero o mayoral que formó u-

na pequeña muralla alrededor de su casa y una terraza en el frente que revelan buen gusto y deseo de comodidad.

El aspecto de todas las cosas es familiar y podemos realmente imaginarnos en una cantera abandonada, en nuestro propio país. Aunque muchas de las piedras labradas han sido acarreadas desde la Conquista, quedan aún bastantes para demostrar que las canteras estaban en pleno trabajo al tiempo de su final paralización, y que los Incas estaban todavía activamente empeñados en engrandecer y hermostrar su capital. No le doy mucha importancia a las memorias de Cieza de León y otros, que afirman que muchos de los palacios y templos del Imperio, tan lejanos como el de Quito fueron enteramente o en parte contruidos con piedras transportadas desde el Cuzco, adquiriendo con ello cierto grado de santidad o acatamiento, como la tierra del Campo Santo de Pisa, por haber sido llevada en parte de la Tierra Santa. Las traquitas (1) de que están contruidos los edificios del Cuzco en su mayor parte son comunes en todo el Perú, la semejanza de los materiales empleados en dos construcciones dadas, no implica que dichos materiales fueron extraídos de un solo lugar.

Aunque no hay pruebas directas en la cantera acerca del modo cómo se labraban las piedras, parece bastante claro que la mayor parte de ellas eran picadas o canteadas con un instrumento apuntado o un martillo antes de ser cinceladas. Acerca de la manera cómo se separaban las piedras de la cantera, hay aquí como en otros lugares abundantes ejemplos. Se hacían excavaciones donde era posible, dejando una parte de la roca pendiente. Se practicaba una acanaladura en la superficie superior según la línea de fractura que se deseaba, en la cual se abrían agujeros oblongos a considerable profundidad, tal como se practican hoy. Es muy probable que se introducían cuñas de madera seca dentro de los agujeros y se vertía agua en la ranura. La madera al incharse partía la roca. Este invento, es seguramente tan antiguo como el arte de partir piedras. En esta cantera encontré algunos discos de piedra con agujeros en el centro como para la colocación de mangos, que han podido ser usados para cantear, las piedras o amartillarlas. La distancia de esta cantera al Cuzco, es de cerca de unas veintidós millas. No es fácil decir cómo se transportaban las piedras desde aquí, pero como los Incas

(1) *Los verdaderos nombres científicos de las rocas del Cuzco, pueden verse en la publicación ya citada "Herbert E. Gregory y la Geología del Cuzco"—N. del T.*

no tenían bestias de tiro han debido conducirse por aplicación directa de la fuerza humana. Dada una población enorme y disciplinada bajo un gobierno absoluto, podemos comprender cómo los Incas pudieron utilizar el poder del número de la manera más eficiente.

El valle sigue estrechándose y la senda continúa ascendiendo, hasta que a una milla de las cauteras llegamos al paso de Piquillacta, de dos mil pies de ancho rodeado de acantilados. Aquí, elevándose ante nosotros, encontramos un muro macizo de veinte a treinta pies de altura con dos portadas, muro más sólido que el que rodeaba el Lacio. Las portadas son de piedras muy bien labradas y juntadas sin cemento. Es ésta la fortaleza de Piquillacta, que fué el límite meridional de los dominios del primer Inca, cuyos pasos hemos seguido desde la Isla de Titicaca. La fortaleza se extiende desde el cerro, por un lado, hasta una alta prominencia rocosa por el otro. Se llama vulgarmente el Acueducto, quizás por alguna semejanza imaginaria con un acueducto para llevar el agua a travs del valle; pero como no hay agua aquí para ser llevada a ninguna parte, el nombre es erróneamente aplicado(1).

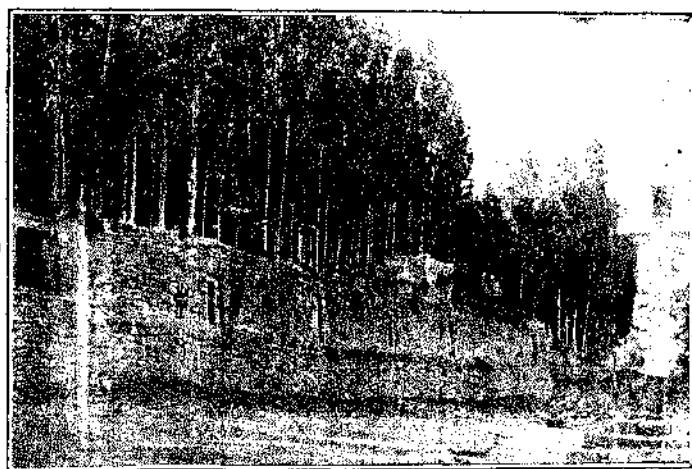
La obra consiste en una sola muralla de setecientos cincuenta pies de largo, treinticuatro pies de altura máxima y de treintiseis pies de espesor en la base. Está cortada por dos pasajes o caminos, con paredes de piedras grandes exquisitamente labradas y juntadas.

Puede verse del plano que comprende la sección de los pasajes, y también de las secciones horizontal y vertical que ofrecemos, que el espesor del muro disminuye por grados o escalones por ambos lados, de tal manera que si ocupara diferente posición, no se conformaría con la hipótesis que la considera como obra de defensa o de fortificación. Aunque parecería una construcción formidable para considerarse como una barrera de peaje o portazgo, no sabemos que los Incas hayan establecido tales gabelas. Fué ésta la frontera o límite del reinado del primer Inca y puede admitirse que data de la época de su gobierno. Con excepción de

(1) Mr. Bingham cree y con razón que efectivamente se trata de un acueducto. Véase su libro *Inca Land*. New York, 1922. pag. 139 Sin fijarse en los detalles de su propia descripción ni en los datos tradicionales, no pudo escapar Squier del "prejuicio de las fortalezas", explicable en los cronistas militares, como es explicable el "prejuicio de los templos" en los cronistas religiosos. El agua para el "acueducto", de la ciudad de Piquillacta se derivaba probablemente del Río de Lucre que actualmente se utiliza en la central eléctrica de la fábrica de tejidos del mismo nombre. La topografía del lugar lo indica claramente. N.—del T.



Los claustros de la Merced, por su gracia y armonía, pueden compararse con los más bellos de Italia. Fig. 64.



Se vieron obligados a construir terrazas para obtener planos horizontales para sus edificios. Página 49.

Comparados con los jardines colgantes del Perú, los de Babilonia resultan insignificantes (G. F. Cook).

las caras de la pared que forman los pasajes, que son de grandes piedras labradas, el resto de la construcción es de piedra bruta y barro. La parte alta de la pared en toda su extensión, tiene el mismo nivel, por consiguiente, la altura de la muralla disminuye gradualmente al acercarse a los cerros de uno y otro lado. El espesor disminuye también proporcionalmente. Al otro lado de la muralla están las ruinas de las casas de los centinelas, o cuarteles en que se alojaban los defensores del pequeño reino contra los Chinchas, que fueron sometidos por el Inca sucesor.

Pasando las puertas llegamos a un camino de gradiente regular, que en lugar de descender la empinada ladera a la laguna de Muyna por el camino existente, tuerce a la derecha y faldea las colinas, hasta un promontorio plano en que se encuentra un grupo de casas antiguas, redondas, cuadradas y oblongas, hechas con piedra bruta, salvo en las portadas de las puertas y ventanas, que son de piedra labrada. Una milla más adelante, en un banco menos elevado que domina la laguna de Muyna en el valle de Oropesa, encontramos las ruinas de la gran ciudad de Muyna, en la que se refugió el pusilánime padre de Viracocha, cuando su capital fué amagada por los insurgentes Chinchas, y donde después fué confinado por el joven Inca en honorable cautiverio, cuando después de derrotar a los Chinchas ciñó el *llauto* imperial (1).

La ciudad de Muyna era grande. Sus ruinas cubren densamente cerca de una milla cuadrada de terreno. Las casas, con excepción de una o dos en el centro de la ciudad eran de piedra y barro, regularmente ordenadas, con calles anchas y pavimentadas, que se cruzaban en ángulos rectos. Alrededor de la ciudad hay una muralla alta de piedra, que tiene aún de veinticinco a treinta pies de altura en algunas secciones, con un parapeto en lo alto y un espacio detrás, para los defensores, a donde se llegaba, como siempre, por una serie de piedras salientes, colocadas en forma de escalera.

Las ruinas de Muyna me produjeron la impresión de ser las más antiguas del Perú y no es imposible que estuviera

(1) El *llauto*, una de las insignias distintivas de los Incas, consistía en una cinta con flecos, de una pulgada o dos de ancho, que pasaba en dos o tres dobleces alrededor de la frente, llegando los flecos casi hasta las cejas: Los *ayllus* de sangre real, tenían el privilegio de usar el *llauto*, pero de color negro. A los descendientes próximos del Inca se les permitía usar el *llauto* amarillo, únicamente el del Inca era de color rojo. El Inca llevaba también una especie de bola del mismo color sobre la frente, con dos plumas grandes de las alas del cóndor o águila de los Andes.—N del A.

aquí la antigua sede del poder que posteriormente fué trasladado al Cuzco. Su posición naturalmente fuerte, fué defendida, como tengo dicho, por una muralla. No he encontrado esta clase de defensa en ninguna ciudad de la Sierra donde parece se construyeron verdaderos fuertes con el objeto defensivo. En otros términos, los últimos Incas parece que abandonaron el sistema de amurallar las ciudades, como lo hemos hecho nosotros y lo sustituyeron con fuertes o ciudadelas situados en posiciones dominantes, en las abras y desfiladeros que no podían flanquearse y que inevitablemente debían ser forzados antes que el enemigo pudiera tomar las ciudades en que se concentraba la población.

Descendiendo de las alturas de Muyna, llegué a la laguna poco profunda del mismo nombre o de Oropesa y sus ciénagas circundantes, a través de las cuales pasa una antigua calzada de piedra, que, probablemente, forma parte de uno de los caminos que se dice construyeron los Incas y que atravesaba todo el imperio de Quito a Atacama.

Ya he descrito el bolsón del Cuzco como el núcleo de un grupo de valles colgantes cercados de montañas, en los cuales se reúnen las aguas de las alturas circundantes, formando ríos considerables, que se abren paso a través de las barreras que los rodean, y que se descargan con muchos saltos a través de quebradas oscuras, estrechas y pedregosas, en los ríos que surcan la meseta Andina.

Los blancos caseríos moriscos de numerosas haciendas en Oropesa resplandecen en el sol, a distancias, al pie de las colinas de cada lado. Pasamos de largo todas ellas, prestando apenas atención a su belleza o a la de la laguna, porque la capital incaica ya está cerca de nosotros y debemos llegar antes de anoecer. El valle se estrecha de nuevo; otra vez el camino y el río se disputan el paso. Nos encontramos en el desfiladero de la Angostura. Avanzando algunos cientos de varas, entre las alturas que nos rodean, coronadas por los elevados mojinetes de las ruinosas construcciones incaicas, llegamos a un lugar en que el valle del Cuzco se abre a nuestra vista—un valle oblongo cerrado por montañas sin árboles. Parece que en el aire vibran los rayos del sol poniente. Más allá ya de las aldeas apiñadas de San Jerónimo y San Sebastián, en la cabecera o parte más alta del valle se reclina la ciudad en el tranquilo reposo de la sombra contra las oscuras montañas. Al resplandor de los rayos oblicuos que fulguran en lo alto de sesenta torres, llega a nuestros oídos expectantes la lejana vibración de las campanas, en cuyas macizas moles se refundieron los fídeos de oro y plata de una antigua fé. Aquí nos detuvimos, y

lo mismo que nuestros arrieros; nos quitamos el sombrero e inclinamos la cabeza para saludar reverentemente la Ciudad del Sol.

Pasamos por la aldea de San Sebastián, donde la altivez del pueblo nos habría dicho, si no lo hubiéramos sabido desde antes, que descendía de los *ayllus* (linajes o familias de sangre real) a quiénes se designó este lugar como un refugio, después de la Conquista; y, golpeando un camino empedrado apresuramos la marcha hacia la ciudad de nuestro destino. Entramos en ella por la plaza de Rimac-pampa (la llanura del Oráculo), y, por entre casas de adobe sobre sólidos cimientos antiguos de piedra,—el arte moderno sobre el antiguo—con la acequia o albañal descubierto en mitad de la calle que precisamente no tiene la fragancia de la Arabia feliz, llegamos despacio al Inti-pampa o plaza del sol, donde las paredes con serpientes en cada lado revelan su origen incaico.

Preguntamos aquí por la plaza principal y se nos dirigió por una calle estrecha sombreada por pesados muros de piedra labrada con maravillosa precisión que impresionan, por su originalidad, rasgados aquí y acullá por portadas que se estrechan en la parte alta, que traen a la memoria reminiscencias de Egipto, y pronto salimos a una gran plaza con una pila en el centro, el Huaca-pata o Terraza Sagrada de los Incas, flanqueada ahora por un lado por una sólida catedral y por la primorosa iglesia de los Jesuitas, por otro lado, y rodeada por una baja columnata. Es de noche, y cuando preguntamos por la residencia del comandante de las fuerzas—no hay hoteles en el Cuzco—(1) un oficial vistosamente trajeado, tomó a su cargo conducirnos allí y nos guió por un sólido portal, bajo el cual nuestros cansados animales conscientes de llegar a un refugio se internaron con inusitado y alarmante vigor, y nosotros recibimos por fin la bienvenida del coronel Francisco Vargas, cuyo nombre mencionaré siempre con respeto y gratitud que también le tributarían todos mis lectores si hubieran experimentado las privaciones, el hambre y la sed, el frío, la intemperie y molestias que sufrí en la larga y fatigosa jornada, de la que tan ligeramente he hablado, desde la costa lejana hasta esta elevada cuna del poder autóctono.

(1) En la actualidad hay buenos hoteles en el Cuzco y un alojamiento de primera clase en la histórica casa del Almirante. Para más detalles véase *Guía del Cuzco; la Meca del Turismo* por el doctor Alberto A. Giesecke Director de Instrucción Pública. Lima, 1924.—N. del T.

Nos encontramos por fin en el Cuzco (1), donde la mágica barreta de Manco Ccapac se hundió en la tierra, y donde él comenzó el cumplimiento de la alta y bienhechora misión que le encomendó su Padre el Sol. Aquí construyó él su palacio, aquí sus sucesores erigieron los suyos; y aquí a su debido tiempo surgió aquel espléndido santuario, el Templo del Sol, con los palacios de sus ministros y el convento de sus vestales. Encima de ella frunce el ceño la gran fortaleza de Sacsahuaman, el trabajo de tres reinados, el monumento más sólido y duradero del arte aborigen en el continente Americano.

(1) "Cuzco" escribía el coronel O'Leary (después mariscal) al general Miller, durante la guerra de la Independencia del Perú, "me interesó grandemente. Su historia, sus mitos, sus ruinas son fascinadores. Puede llamarse en verdad la Roma del Nuevo Mundo. La inmensa fortaleza del septentrión es el Capitolio. El templo del sol es el Coliseo. Manco Ccapac fué su Rómulo; Viracocha su Augusto; Huascar su Pompeyo y Atahualpa su César. Los Pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos son los Hunos, Godos y Cristianos que los destruyeron. Tupac Amaru es su Belisario que le dió un día de esperanza; Pumacahua su Rienzi, y último patriota.—N. del A.

CAPITULO XXII

Cuzco, la Ciudad del Sol.

Significación de su nombre.—Su situación.—Clima.—Importancia histórica.—Antiguas divisiones.—La colina de Sacsahuaman.—Sus principales edificios.—Huacapata o plaza mayor.—Terrazas.—Murallas ciclópeas.—La piedra de los doce ángulos.—Estilo de los edificios públicos.—Perfección de la cantería.—Error de Prescott.—Casas de más de un piso.—El Templo del Sol y edificios anexos.—Su sitio ocupado hoy por la iglesia y convento de Santo Domingo.—La Plaza y Jardines del Sol.—El lugar de las Serpientes y el palacio de Huayna Ceapac.—El palacio de los Yupanquis.—Muros antiguos utilizados en las construcciones modernas.—Sistema de edificación de palacios por los Incas.—Escuelas.—Galpones.—La Plaza pública.—La Ciudad dominada por la fortaleza de Sacsahuaman.—La terraza de los graneros y el palacio del primer Inca.—Honosres a la Agricultura.—Población probable del Cuzco antiguo.—Su aspecto general.—El Cuzco moderno.—Estilo morisco de los edificios.—La Catedral y la iglesia de la Merced.—Lima reemplaza en importancia al Cuzco.—En la actualidad es poco conocido por los peruanos.—Su población es en su mayor parte de indios.—Los habitantes blancos.—Antiguas familias.—La señora Centeno y su museo de antigüedades.—Noticia de Lorenzo St. Crig. alias "Paul Marcoy".—Un antiguo cráneo trepanado.—Rareza de esculturas en el Perú.—La Alameda.—El panteón o Cementerio. Pablo Billaca.—Procesiones y lidia de gallos.—Ley sobre los perros.—Suciedad del Cuzco.—El cuatro de julio peruano.

Antes de la descripción del Cuzco, daré noticias de su posición, su clima y condiciones favorables que contribuyeron a que fuera la capital del imperio. Su nombre, que significa ombligo o centro, no le fué dado después que la dominación de los Incas fué ampliamente extendida por príncipes guerreros, sino al tiempo mismo de su fundación, para denotar que su posición era central y dominante. El bolsón en que está situado, es el núcleo de un grupo de valles semejantes rodeados de montañas o colinas, separados unos de otros por abras comparativamente bajas, y es fácilmente defendible. Al norte, está el valle de Anta o Xaxigwana, donde los Pizarros y Almagros, disputaron el mando del Perú (1), y al sur está el de Andahuaylillas. El gobierno

(1) La contienda fué entre las tropas realistas al mando de La Gasca y los rebeldes de Gonzalo Pizarro en 9 de abril de 1548.—N. del T.

del primer Inca no parece haberse extendido, al principio más allá del valle del Cuzco.

La ciudad está en el extremo norte, el más elevado del valle, en los declives de tres altas colinas, donde otros tantos ríos convergen, como los dedos de una mano abierta y se unen para formar el Cachimayo (1), que le disputa el paso al camino en el desfiladero de la Angostura. Los nombres de los tres ríos son respectivamente el Rodadero ó Tullumayo, el Huatanay y el Almudena, dentro y en la vecindad de los triángulos que forman por su confluencia, fué construída la ciudad del Cuzco. La ciudad antigua, o la parte destinada a la familia real fué la lengua de terreno que se extiende delante de la colina de Sacsahuaman, entre los ríos Huatanay y Rodadero. En este sector están ubicados la mayor parte de los restos de la arquitectura incaica y va a ser objeto principal de nuestra atención.

El Cuzco está situado en la latitud $13^{\circ} 31'$ sur, y en longitud $72^{\circ} 2'$ oeste de Greenwich, a 11380 pies sobre el nivel del mar (2). Rodeado por altas montañas nevadas, podría creerse que tiene un clima frío, pero su temperatura aunque fresca no es frígida, y si bien en la llamada estación de invierno—de mayo a noviembre—los pastos y los campos, están marchitos, y las hojas caen de la mayor parte de los árboles, más es por la sequía (porque el invierno es la estación seca), que por las heladas. En conjunto el clima es uniforme y saludable. El trigo, la cebada, el maíz y las papas, se producen en el valle; la frutilla y el durazno no son escasos. Las temperaturas extremas del verano y del invierno en Pensilvania o en el sur de Francia, nos darían una idea muy aproximada del clima del Cuzco. Si a estas condiciones favorables agregamos que, a no más de veinte millas del Cuzco, hay valles profundos y cálidos, en que se producen abundantemente los frutos subtropicales, *comprenderemos que el Cuzco no es un sitio inapropiado para la capital de una nación.*

Capital del gobierno y sede de la religión, desde un principio, vino a ser posteriormente el centro de una política más honda que ninguna otra de las que existieron en América—una política que subordinó el poder militar al gran objetivo de incorporar las tribus aisladas y pequeñas naciona-

(1) Léase el Huatanay.—N. del T.

(2) Las Coordenadas geográficas del Cuzco, referidas a la estación del ferrocarril del sur son: latitud $13^{\circ} 31' 29''$ sur; longitud $71^{\circ} 53' 53''$ oeste de Greenwich; altitud 11007 pies sobre el nivel del mar. Véase los mapas de la expedición de Yale, *American Journal of Science*, Vol. XII 1916.—N. del T.

lidades de la Sierra en un cuerpo civil homogéneo, y de armonizar las religiones, de tal manera que los diversos bloques del edificio nacional formaran partes integrantes de un todo, firme y duradero.

Esta política se refleja en el plano mismo de su construcción y en la distribución de sus barrios con el fin de que representaran un microcosmos del imperio. Estaba dividido lo mismo que el país en general, en cuatro cuarteles por igual número de caminos que conducían a las respectivas divisiones del imperio, llamado en general Tahuantisuyo que significa "las cuatro partes del mundo". La dirección de estos caminos no era exactamente la de los cuatro puntos cardinales, como generalmente se afirma, sino la de los puntos intermedios, a saber, noreste, sureste, noroeste y suroeste, ajustándose las direcciones a la configuración del territorio. La división del noroeste se llamaba Chinchasuyo, y en esa dirección se encontraba Quito, la segunda ciudad del imperio. La región del suroeste o Contisuyo comprendía la Costa. La del sureste en la dirección y comprendiendo el lago Titicaca, Ccollasuyo, y la del noreste Antisuyo.

El camino del noreste al suroeste pasaba por el lado sureste de la gran plaza del Cuzco, y dividía la ciudad en dos partes aproximadamente iguales. La parte más elevada al pie de la colina y fortaleza de Sacsahuaman, se llamaba Hanancoseco o Cuzco de arriba y la parte inferior Hurincoseco o Cuzco de abajo. Tomando como centro el Huacapata o plaza central de la antigua ciudad, hoy plaza principal, se agrupaban en torno, formando un largo óvalo, no menos de doce subdivisiones o barrios. Estos barrios eran ocupados por habitantes de las principales provincias del imperio, y la posición de cada uno, se conformaba en lo posible con la situación relativa de la provincia que representaba. Sin embargo, los nombres de estos barrios, se referían a su locación actual, como Ceantupata o terraza de las Flores, Pumacancha o lugar del Puma, y no guardaban relación con los habitantes.

Ya he dicho que la parte más importante de la ciudad sagrada, era la falda de la colina de Sacsahuaman que se extiende entre los ríos Huatanay y Rodadero—una lengua de tierra de una milla de largo y de un ancho máximo de un cuarto de milla y que comprende ciento treinta acres aproximadamente (1) calculando desde las terrazas de Ccol-

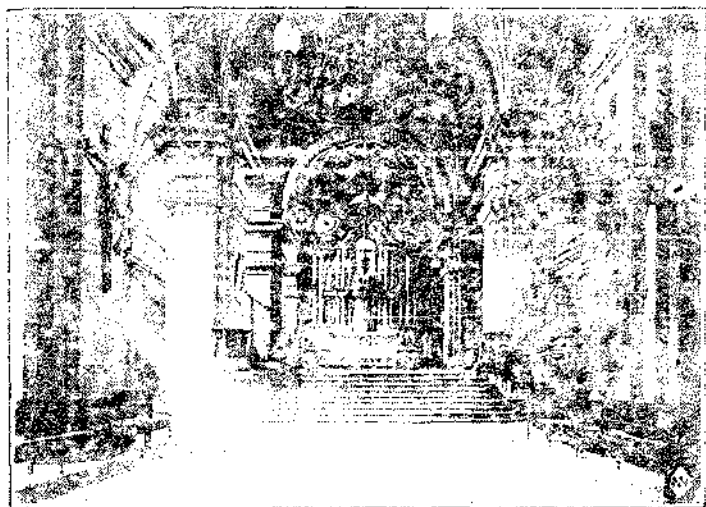
(1) Algo más de cincuentidós y media hectáreas. Un acre es igual a 40' 47' áreas.—N. del T.

ccampata donde el primer Inca edificó su palacio, hasta la confluencia de los dos ríos metafóricamente llamada Pumacchupan o la cola del Puma. Dentro de esta área, sobre un terreno que por delante descende hacia el valle y por los costados hacia los ríos, tuvieron sus residencias los linajes o familias reales. Aquí se encontraban los palacios de los Incas, las casas dedicadas a la instrucción, los grandes edificios en que tenían lugar las fiestas, el Convento de las Vírgenes del Sol, y más abajo hacia Pumacchupan en la sección llamada Ccoricancha, o lugar del Oro, el suntuoso Templo del Sol con sus capillas dedicadas a la Luna, a las Estrellas, al Trueno, y al Relámpago. Fué aquí, donde después de la Conquista, los principales conquistadores (1) obtuvieron sus repartimientos de tierra y edificaron sus residencias advenedizas sobre las ruinas de los palacios incaicos. Sobre las imponentes portadas de los edificios incaicos que conservaron como puertas de los suyos propios, podemos ver aún, esculpidas en alto relieve, las armas de los Pizarro, Almagro, González, Quiñónes, La Vega, Valdivia, Toledo, y otros aventureros que por algún tiempo pretendieron enular en pompa y fausto a la anterior civilización que dislocaron (2).

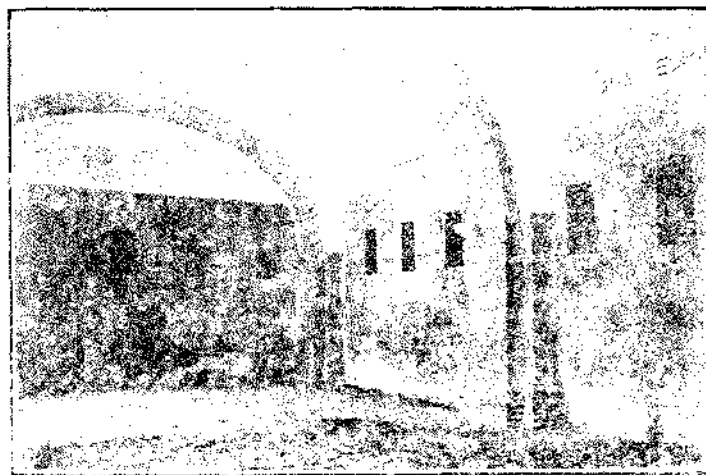
Por una coincidencia quizás no del todo casual, se estableció el Convento de Santa Catalina en el mismo sitio y conservando los muros de Acllahuasi o del palacio de las Vírgenes del Sol y está consagrado aún a las vestales de una nueva religión. El Templo mismo del Sol se ha convertido en Convento de los Frailes de Santo Domingo, quienes en número insignificante prolongan una vida inútil entre sus clásicos y grises muros—una ruina sobre otra ruina, una fé decadente, expirando entre las muertas y frías cenizas de una superstición primitiva. La catedral del Cuzco se eleva en el mismo sitio donde el octavo Inca Viracocha, mandó constuir un edificio destinado a las fiestas populares, en que un regimiento entero podía maniobrar, que sirvió de refugio a los pocos soldados de Gonzalo Pizarro, cuando el desesperado intento de los peruanos de recuperar el imperio y de restaurar la monarquía de los Hijos del Sol. Aquí, según la leyenda, refrendada en arcaicas esculturas, sobre la puerta de la capilla de Santiago, descendió éste, visible y tangible sobre su caballo blanco, y con la lanza en

(1) Se conserva la letra cursiva para indicar que las palabras están en castellano en el original.—N. del T.

(2) La descripción técnica de los blasones del Cuzco, puede verse en el libro "La Ciudad de los Incas" del Dr. J. Uriel García. Editorial H. G. Bozas. Cuzco.—N. del T.



Interior de la Catedral del Quito.



El Templo del S. J. se ha convertido en convento de las Religiosas de Santo Domingo. — Página 48.

ristre, decidió la batalla en favor de los españoles y extirpó para siempre el poder de los Incas.

En toda esta estrecha lengua de tierra encontramos todavía evidencias de la grandeza de los Incas, comprobada por su arquitectura. Las calles de la ciudad nueva están casi todas delineadas por grandes secciones de muros de piedra primorosamente labrada y juntada con precisión no superada en ninguna de las construcciones de Grecia o Roma, que el arte moderno puede emular pero no aventajar. Los muros del Templo del Sol, del Convento de las Vestales, de los palacios de los Yupanquis, de Viracocha, de Huayna Ccapac, de Inca Roka y fracciones del palacio atribuido al primer Inca, se conservan todavía y justifican las más extravagantes alabanzas de Garcilaso y de los antiguos cronistas sobre el arte de los antiguos constructores. Pero aun donde estos muros han desaparecido y las piedras que los formaban han sido empleadas para otros edificios, encontramos todavía las antiguas portadas que los constructores modernos conservaron y podemos por ellas determinar los lineamientos generales de la ciudad aborigen.

El centro de la ciudad fué el Huacapata (1) o gran plaza pública, que hoy está ocupada en parte, como se ha dicho, por la plaza principal moderna. No obstante, la antigua plaza se extendía al otro lado del Huatanay y comprendía lo que es hoy la plaza del Cabildo y el área cubierta por el grupo de casas situadas entre la plaza y la iglesia y convento de la Merced. Debo mencionar aquí que ambos ríos Huatanay y Rodadero estaban canalizados con muros de piedra labrada, con escaleras a intervalos, que descendían hasta el agua y constreñidos en estrechos cauces; con puentes de un solo tablón de piedra, o formados de piedras empuetradas en cada lado y unidas por una piedra larga que pasaba de un lado a otro. (2).

Edificado el Cuzco sobre declives más o menos abruptos, los arquitectos antiguos se vieron obligados a construir un primoroso sistema de terrazas para obtener planos horizontales para sus edificios. Las caras de estas terrazas eran paredes ligeramente inclinadas hacia adentro y uniformemente de la clase llamada "ciclópea", es decir, compuestas de piedras de tamaño irregular y de todas las formas

(1).—Podría interpretarse tal vez Pan-theón, o templo de todos los dioses, que para los buscadores de semejanzas, daría otro punto de comparación con Roma.—N. del T.

(2).—De este último tipo es el puente de Santa Teresa, destinado a desaparecer con el abovedamiento que se va llevando a cabo.—N. del T.

concebibles, pero exactamente juntadas unas con otras. Donde estas paredes son largas—como ocurre en las terrazas de Ccolcampata—la monotonía del frente es rota por lo general, con la introducción de nichos trapezoidales a manera de las falsas ventanas (*"blind windows."*) que nuestros arquitectos emplean para adornar las paredes sin vanos. Estos nichos son siempre menos anchos en el dintel que en el umbral o parte inferior, como eran casi siempre, todas las puertas y ventanas de los Incas. La arquitectura incaica es peculiar y característica. Doquiera que fué introducida, entre las naciones de la Costa o en otras partes del imperio, puede reconocerse a simple vista. En su pesadez, la inclinación de sus muros, el estilo de sus cornisas y en algunos otros respectos tiene ciertas analogías con la arquitectura del antiguo Egipto; pero la semejanza no es tal, que implique necesariamente relación ni comunicación entre Egipto y el Perú. El progreso de la arquitectura ha debido seguir la misma senda y pasar, por las mismas etapas en todos los países y la arquitectura primitiva, como las ideas primitivas, debe tener un parecido.

Algunas de estas paredes son macizas e imponentes, compuestas de piedras ásperas y pesadas. Las que sostienen las terrazas del templo de Inca Rocca, en la calle del Triunfo, son de una sienita compacta de granos finos (1) en bloques que pesan varias toneladas, unidos con maravillosa precisión. Entre las piedras de este muro hay una de gran tamaño que ha sido designada por los cronistas como *la piedra famosa de doce ángulos*, número de ángulos entrantes y salientes que en efecto tiene cada uno de los cuales coincide con los de las piedras vecinas.

Los edificios públicos de todos los pueblos—templos, palacios y escuelas—son los más duraderos y creo que las ruinas del Cuzco pertenecen todas a esta clase. Las casas del pueblo han desaparecido aquí aunque se encuentran en abundancia en otras partes; pero queda lo suficiente de los palacios y templos del Cuzco, para permitirnos, con la ayuda de las antiguas descripciones, el reconstruir con tolerable exactitud, su forma y carácter originales. Puede decirse que por regla general se edificaban en torno de un patio,

(1).—Esta roca es un pórfido de augita y diorita, según el estudio microscópico de las muestras recogidas por el profesor Gregory, que fué hecho por James Stewart, alumno graduado de la Universidad de Yale, quien trabajó bajo la dirección del profesor L. V. Perisson. Es la misma roca que la de Suchuma o de la piedra lisa o Rodadero.—No debe olvidar el lector erudito que la traducción se hace con fines didácticos y que por tal razón tenemos que insistir en esta clase de notas.—N. del T.

con una pared exterior no interrumpida y sin ventanas, salvo raras excepciones. La entrada, en todo caso era ancha y elevada, pudiendo un ginete pasar libremente por ella. El dintel era siempre un pesado tablón de piedra, y en él se esculpían, figuras, lo mismo que en las jambas, predominando las de serpientes, quizás porque entre los peruanos, como en otros pueblos, la serpiente era un símbolo del Sol. Es evidente que estas entradas se cerraban con puertas de alguna clase, pues quedan restos como de goznes y dispositivos para atrancar.

Las paredes de estos edificios, lo mismo que las de las terrazas, son ligeramente inclinadas hacia adentro, y en algunos casos, se adelgazan en la parte alta. Las paredes del Cuzco son todas de piedra labrada y de la traquita (1) de Andahuaylillas, que siendo de granos gruesos produce mejor adhesión entre los bloques lo que no ocurriría empleando otras piedras. Estas son de diversos tamaños en diferentes construcciones; su longitud varía de uno a ocho pies y su espesor de seis pulgadas a dos pies y están colocadas en hiladas regulares. El tamaño de las piedras, por lo general, disminuye de las hiladas inferiores a las superiores, produciendo un efecto agradable de graduación. Las juntas son de una precisión desconocida en nuestra arquitectura y no igualada en las monumentos del arte antiguo en Europa. La afirmación de los antiguos cronistas sobre que la exactitud con que estaban ensambladas las piedras de algunos edificios era tal que era imposible introducir entre ellas la más delgada hoja de cuchillo o el alfiler más fino, puede admitirse como estrictamente verdadera. (2). En materia de labrado y junta de piedras, nada hay en el mundo que pueda superar la maestría y precisión que ostentan los muros incaicos del Cuzco. Todas sus construcciones modernas—y las hay muy notables—parecen rudas y bárbaras en comparación.

En los edificios que voy describiendo no se encuentra cemento de ninguna clase, ni la más remota evidencia de que se hubiera empleado alguno. Las construcciones en que se empleó arcilla pegajosa, mezclada quizás con otros materiales adhesivos, para unir piedras brutas en un bloque permanente de pared, son de un carácter muy diferente del

(1).—Las canteras de Rumicocolca son de basalto de hiperesteno. Véase la nota anterior. Nada nuevo dice este nombre al espíritu, pero es el que corresponde a la roca.—N. del T.

(2).—Mr. Bingham compara la exactitud matemática de estas juntas con la adherencia del tapón de vidrio de un frasco de perfume.—N. del T.

de los edificios del Cuzco. Al desvirtuar así perentoriamente las leyendas y especulaciones sobre algún cemento maravillosamente adhesivo y casi impalpable que se dice era empleado por los Incas, y el secreto de cuya composición se ha perdido, estoy enteramente seguro de la responsabilidad que asumo. Nadie ha investigado ni ha podido investigar mejor que yo esta debatida cuestión. Y digo como resultado de un examen llevado a cabo en casi todos los centros de la civilización peruana, que los Incas en sus construcciones de piedra labrada, se valían, con raras excepciones, únicamente de la exactitud con que juntaban las piedras y no de cemento para asegurar la estabilidad de sus obras, que a no ser que sean derribadas por la violencia sistemática, perdurarán hasta que el Capitolio de Wáshington se haya destruido, hasta que el Neozelandés de Macaulay contemple las ruinas de la catedral de San Pablo desde los arcos derruidos del Puente de Londres.

Las excepciones a que me he referido son casos como los de Tiahuanacu, las chullpas de Sillustani y la Fortaleza de Ollantaytambo, en que las piedras estaban ajustadas por chapas de bronce que encajaban en muescas y salientes, o por otros dispositivos enteramente mecánicos, que no tienen relación con el uso de mortero alguno. Pero también es cierto que Humboldt afirma enfáticamente que él encontró un verdadero mortero o argamasa en las ruinas de Pullaj y Cannar en el norte del Perú (1).

Los muros exteriores de las construcciones del Cuzco tienen la apariencia de lo que podría llamarse "obra rústica", de cuyo estilo ofrecen bellos ejemplos el Palacio Pitti de Florencia y algunos otros edificios de aquella ciudad, aunque no tan perfectos como los del Cuzco, es decir, las superficies exteriores o caras de las piedras son ligeramente convexas y cortadas en bisel las aristas, de tal manera que las juntas forman pequeños canales. Humboldt nos dice que este labrado de las piedras se llama "bugnato" por los arquitectos italianos y cita el muro de Nerva en Roma como ejemplo de esta clase de trabajo (2). Sin embargo algunos edificios incaicos y notablemente el Templo del Sol y el Convento de las Vírgenes del Sol tienen superficies exteriores perfecta-

(1).—Alejandro de Humboldt. *Sitios de las Cordilleras y monumentos Indígenas de América*. Traducción de Bernardo Giner. Página 356. Se trata del palacio de Inca-percca, de la provincia de los Cañaris (Cannar).—N. del T.

(2).—Los estilos y caracteres de la arquitectura incaica y colonial son materia de un estudio técnico en el libro citado de Uriel García, "La Ciudad de los Incas".—N. del T.

mente lisas, como si las paredes hubieran sido aplanadas después de construídas.

Los arquitectos incaicos sabían labrar las piedras para edificios cuadrangulares y circulares. Una sección del Templo del Sol es circular (1), mejor dicho un arco de círculo aplanado. Las piedras fueron cortadas para ajustarse en esta forma, pues las superficies de contacto pasan por los radios de dos círculos concéntricos y la línea de inclinación general de la pared es perfecta en cada sillar.

Volviendo al asunto del plano de los edificios incaicos, como ya he dicho, se construyeron por lo general en torno de un patio, al que tenían salida todas o casi todas las habitaciones. Por regla general, éstas eran separadas y parece que cada una se destinaba a un uso especial. En algunos casos, no obstante, existían habitaciones interiores a las que no podía llegarse sino pasando por cierto número de antecorredores. Eran quizás alcobas, o recintos destinados a las prácticas de la religión doméstica, o refugios de los tímidos o de los débiles. Muchos de los departamentos eran grandes. Garcilaso describe algunos de ellos, cuyos restos quedan aún para comprobar su veracidad, y dice que pueden contener sesenta jinetes, con espacio suficiente para que maniobren con sus lanzas. Treslados de la gran plaza de Huacapata estaban ocupados por otros tantos galpones o edificios públicos, destinados a las ceremonias religiosas u otros actos durante el mal tiempo, cada uno de los cuales tiene capacidad suficiente para varios miles de personas. Garcilaso no se extralimita al describirlos como que tenían doscientos pasos de largo y de cincuenta a sesenta de ancho, con capacidad para tres mil personas cada uno.

Prescott y otros han incurrido en error al describir los edificios de los antiguos peruanos, afirmando que eran de un solo piso, bajos y sin ventanas. Ahora bien, las paredes que quedan en el Cuzco demuestran que eran de treinticinco a cuarenta pies de alto sin contar la altura del techo. Eran quizás de un solo piso, hecho sobre el que nada puede afirmarse; por otra parte, sabemos que existían edificios, templos y casas particulares de dos y tres pisos, con ventanas adecuadas para alumbrar los interiores. Teniendo en cuenta el clima del país y la falta de conocimiento del vidrio, el número de ventanas ha debido estar limitado a lo indispensable.

(1) También se conserva un edificio circular a manera de torreón, entre las ruinas de la gran ciudad de Machu Picchu descubierta por Hiram Bingham en 1911, sobre una montaña cubierta de bosque tropical. Véase *National Geographical Magazine*, XXIV. Oct. 1912. N. del T.

Pocas de las casas de la clase más baja de la Sierra del Perú tienen aún ahora más de una puerta, y ésta con frecuencia tan baja, que la entrada es difícil aun caminando con las manos y las rodillas. El clima frío y la escasez de combustible explican suficientemente la deficiencia de puertas y ventanas. La carencia de madera explicará también la incongruencia real o aparente de los edificios en cuya descripción he estado empeñado. Tales edificios tenían techo de paja, como muchas de las casas en la ciudad de Puno, y otras del interior en la actualidad. En algunas de las construcciones de dos pisos—como por ejemplo en el Palacio del Inca en la Isla de Titicaca—en las habitaciones de los bajos que eran las más pequeñas, el techo o cielo raso es un arco formado por piedras superpuestas. Techo que parece haber sido el más aproximado al verdadero arco empleado por los mejicanos y centroamericanos. No he encontrado otra clase de arco en los edificios de piedra en el Perú, pero sí encontré un verdadero arco en una construcción de adobes en Pachacamac.

El templo del Sol fué el edificio principal y más importante no sólo del Cuzco sino de todo el Perú, si no de toda la América. Los relatos acerca de su esplendor y riqueza dejados por los conquistadores, en los que agotan los superlativos de su grandioso lenguaje han sido repetidos tan a menudo que se han hecho familiares a los lectores ilustrados. Según esas narraciones, este edificio tenía cuatrocientos pasos de circuito, con altos muros de piedra primorosamente labrada que rodeaban un patio en el que se abrían cierto número de capillas dedicadas al culto de los astros y los departamentos destinados a los sacerdotes y a sus sirvientes. La crónica erróneamente atribuida a Sarmiento, afirma que no vió en España más que dos edificios que pudieran comparársele en su ejecución, y Garcilaso dice que todo cuanto escribieron los españoles acerca del templo, y todo cuanto él mismo hubiera podido escribir, no alcanzaría a dar una justa idea de su grandeza. Estaba situado como tengo dicho, en la parte baja de la ciudad, en el barrio de Cooricancha o lugar del oro, sobre el lecho del río, hacia el cual descendía el terreno, como desciende actualmente, por una serie de terrazas con caras de piedra labrada que formaban los jardines del Sol. (1) El templo propiamente dicho ocu-

(1). Las terrazas han desaparecido casi por completo y los jardines del Sol han sido invadidos por inmigrantes australianos, quiero decir por eucaliptos. Se impone la construcción de una avenida por la orilla izquierda del Huatanay que una el Templo del Sol con la estación del Pumacchu-paran.—N. del T.

paba todo un lado del patio. La puerta principal, dice Garcilaso estaba al Norte. Las cornisas de los muros estaban cubiertas con planchas de oro por dentro y fuera, lo mismo que el interior del Templo. El techo era de paja, alto y apuntado pero el artesonado era de madera y plano. En el extremo del Este había una gran plancha de oro representando al Sol y junto a él estaban las momias disecadas (algunos dicen embalsamadas) de los reyes Incas, sentadas en sillas de oro. La momia de Huayna Ceapac, tenía un sitio de honor cerca a la imagen, por ser del más grande de los monarcas de la dinastía de los Incas. Esta plancha, de una sola pieza, ocupaba todo el ancho de la pared y era el único objeto de culto en el edificio. Alrededor del patio estaban los otros edificios separados, dedicados respectivamente a la Luna, a Venus, a las Pléyades, al Trueno, y al Relámpago y al Arco Iris. Había también un gran salón destinado al Sumo Pontífice y departamentos para sus familiares. Todo estaba ricamente decorado con oro y plata.

Las ruinas existentes confirman en lo substancial, las descripciones de los cronistas. El área que ocupaba el Templo, lo está hoy, como ya he dicho, por la Iglesia y Convento de Santo Domingo. Los pocos frailes ignorantes, pero amables que quedan aún de la en otro tiempo rica y renombrada orden de Santo Domingo en el Cuzco, me admitieron como miembro honorario de su hermandad, me dieron una celda y me permitieron, durante la semana que pasé con ellos, escudriñar todos los compartimientos de la iglesia y todos los rincones y esquinas del convento, medirlos, dibujarlos y fotografiarlos a mi entera satisfacción. Aquí una sección larga de maciza pared, acullá un fragmento, más allá una esquina, ora una portada, luego una terraza, y todo ello a la vez me permitieron trazar un plano del antiguo edificio, si no del todo exacto pero sí en lo substancial. Su largo era de 296 pies; su ancho, tal como ahora puede determinarse, de cerca de 52 pies.

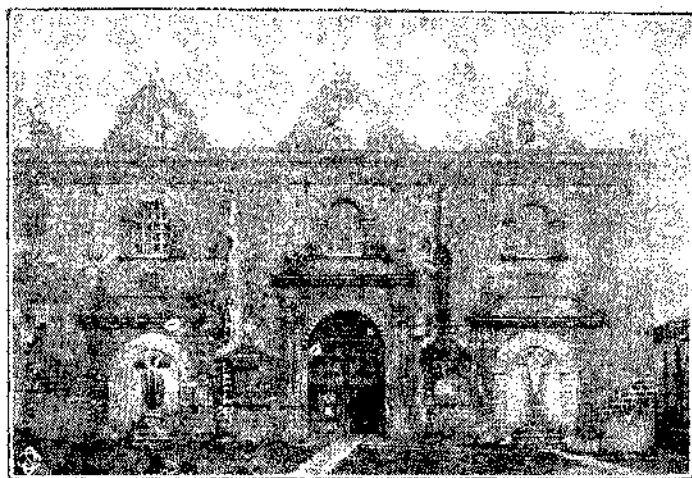
El templo, según la descripción de Garcilaso, y según lo han probado mis propias investigaciones, ocupaba un lado de un patio rectangular, alrededor del cual estaban situados los edificios dependientes por él mencionados.

No estaba construido como unánimemente se ha dicho, de tal manera que la dirección de sus lados coincidiera con la de los cuatro puntos cardinales, sino que aquellos se conformaban con la dirección de las antiguas calles, las cuales formaban ángulo de cuarenticinco grados con dichos puntos. Ni estaba la puerta "en el extremo que miraba exactamente

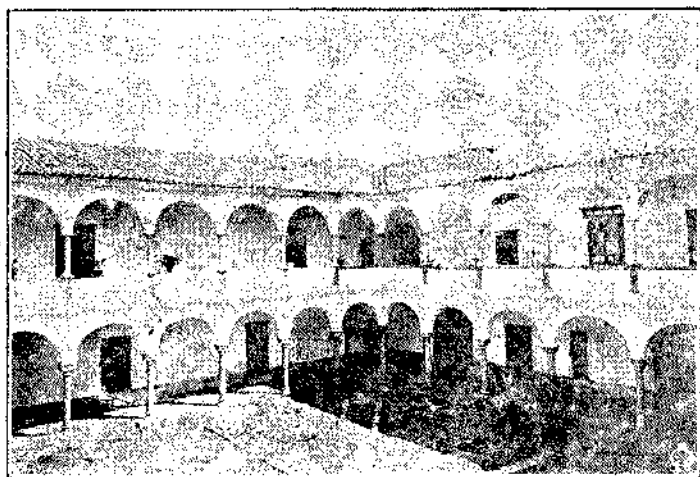
al Este", de tal manera que los rayos del sol naciente iluminaran directamente su propia aurea imagen, colocada en la pared de enfrente del templo. La puerta estaba en el lado Noreste del edificio y se abría a la plaza o más bien al área rectangular, llamada hoy como antiguamente, Inti-pampa o campo del Sol. Esta área está todavía rodeada por pesados muros de piedra labrada con serpientes grabadas en relieve, sobre los cuales se elevan las casas de los modernos habitantes. Esta plaza, estaba dedicada a las ceremonias más solemnes de la religión incaica, y nadie osaba entrar en ella sino en los días santos y siempre con los pies descalzos y la cabeza descubierta.

El extremo del templo que mira hacia el Huatanay, que es el mejor conservado, se eleva sobre los hermosos jardines del Sol y sobre él se ha construido una especie de balcón que no está en conexión con la moderna iglesia, en suma, un mirador. Fué en este extremo del templo que estuvo colocada la gran imagen de oro del Sol, la cual habiéndole tocado al conquistador Leguísamo, fué perdida en fuego antes de salir el sol. Ofrezco una vista de esta extremidad del antiguo edificio. Es de forma circular con paredes de piedras bellamente labradas y juntadas con toda precisión, ligeramente inclinadas hacia adentro. La sacristía y almacén de imágenes destrozadas de la iglesia de Santo Domingo, se edificó sobre estas paredes al nivel de su parte alta. En mi opinión, dentro de esta extremidad circular del templo estuvo antiguamente una de esas "columnas" conocidas con el nombre de Inti-huatanas.

La construcción dedicada a las estrellas era de 51 pies de largo por 26 de ancho dentro de las paredes, y las dedicadas a la Luna, al Trueno, al Relámpago, al Arco Iris y a las Pléyades, eran a lo que entiendo de las mismas dimensiones. El convento de los sacerdotes, o más bien de los servidores del templo, estaba a mano derecha del patio, mirando el observador hacia el norte. Estos departamentos eran de 33 pies 10 pulgadas de largo por 13 pies 4 pulgadas de ancho medidos dentro de los muros, cada uno con dos puertas, con ocho nichos en la pared frente a la puerta y tres en cada una de las paredes de los extremos. El depósito o fuente de piedra de una sola pieza, de la que dicen los cronistas que era forrada con planchas de oro, todavía está en el centro del patio. Es de forma octogonal alargada, de siete pies de longitud, cuatro de ancho y tres de profundidad.



Aquí descendió Santiago, visible y tangible sobre su caballo blanco. Página 48



Las casas están construidas en un estilo netamente morisco, con patios rodeados de corredores abiertos, sostenidos por elegantes columnas. Página 63

Tiene un agujero para vaciar, pero el acueducto que servía para llenarlo está destruído. (1)

Sin embargo el convento está dotado de agua que viene por canales subterráneos cuyas fuentes son desconocidas. Hay algunas razones para creer que los Incas conocían las leyes de equilibrio de los líquidos que no conocieron los Romanos, y que conducían el agua para el templo y otros lugares, a través de sifones invertidos, por debajo del cauce del Huatanay.

Por el lado del Huatanay la vista del Templo del Sol ha debido ser preciosa como lo es aún, limitada únicamente por las montañas que cercan el valle del Cuzco en esa dirección. Por el lado opuesto, no obstante, parece que no existieron sino una calle estrecha, apenas de nueve pies de ancho, y edificios comparativamente de ruda construcción. El Inti Pampa, al frente, unido a la plaza Central o Huacapata por tres calles de paredes elevadas, altas y sólidas aún, no tenía, con todo, más de cuatrocientos pies de largo por cien de ancho y no corresponde a la grandeza que le atribuyen las narraciones antiguas.

Algunos de los cronistas dicen que el templo estaba rodeado de una elevada muralla; pero nada es más cierto sino que los muros exteriores no eran otros que los propios del edificio. Nos dicen también que las terrazas del jardín del templo estaban cubiertas con terrones de oro y que contenían una infinita variedad de árboles y plantas de oro y plata y figuras de hombres, de cuadrúpedos, aves, reptiles e insectos, todo del mismo precioso metal. Que las paredes interiores del templo estaban cubiertas con planchas de los mismos metales y que las cornisas interiores y exteriores (de una vara de ancho según Garcilaso) eran de oro, no es increíble; pero que los jardines del templo que cubrían una área de seiscientos pies de largo por casi trescientos de ancho, estaban también cubiertos de oro y plata, excede la credulidad.

No es que los antiguos joyeros no hayan imitado a veces objetos naturales con apreciable habilidad, pues de ello tenemos abundantes pruebas, sino que los Incas parece que fueron una raza de notable buen sentido, eminentemente práctica y utilitaria en sus ideas y en sus obras, y demasidado, estoy seguro, para haber trabajado el oro imitando la leña, para amontonarlo fuera del templo! Existen en el Cuz-

(1)—Este hermoso monolito fué detenido en la estación de los ferrocarriles por acción popular, y no obstante remitido al Museo Histórico de Lima.—N. del T.

co, en algunos de los museos particulares pedazos de las planchas de oro con que estaban cubiertas las paredes del Templo del Sol. Apenas puede dudarse de su autenticidad. Son simples hojas de oro puro, muy delgadas, no más gruesas que una hoja de papel fino de notas.

Las ruinas más notables del antiguo Cuzco, próximas al Templo del Sol, son las del Palacio de las Vírgenes del Sol. Estaba separado del templo por un bloque de edificios ocupados por el sacerdocio, y lo que queda de él prueba que fué una imponente construcción. Con el favor de la abadesa puede entrar en el convento de Santa Catalina que ocupa ese lugar. Parece haber sido un edificio largo y un tanto angosto. Una de sus paredes laterales, ya incompleta, mira a la estrecha calle de la cárcel o prisión, fronteriza al Amaru Cancha o lugar de las Serpientes, donde el Inca Huayna Capac tuvo su palacio. Esta pared es ahora de 750 pies de largo y de 20 a 25 de alto y se parece a la del templo del Sol en el tamaño y pulimento de sus piedras. Un extremo de este edificio miraba hacia la plaza principal y medía como 180 pies. Todo el Aclla-Wasi puede describirse como un edificio de muy cerca de 800 pies de largo por 200 de ancho. Las paredes existentes no tienen entradas o vanos, pero la puerta pudo haber estado, y probablemente estuvo, donde actualmente está hoy la puerta de la iglesia y convento de Santa Catalina que cubre la mayor parte del terreno que ocupaba la antigua construcción. Tenía indudablemente un patio interior y quedan aún suficientes fragmentos del edificio que hacen posible la reconstrucción de su plano. El Aclla-huasi estaba destinado a las vírgenes de la familia real que eran enviadas allí a la edad de ocho años a cargo de las *mamacunas* (literalmente «madres profesoras») y guardadas en rigurosa reclusión.

Entre el Palacio de las Vírgenes y el Huatanay estaba, como tengo dicho, el Amaru Cancha o Palacio de Huayna Capac. Era un inmenso edificio, casi de 800 pies de largo y su lugar está ocupado hoy por la hermosa iglesia y el convento de los Jesuitas, los cuarteles del Departamento y la Cárcel. Fué construído con piedras más pequeñas en el estilo llamado trabajo rústico y tiene muchas entradas. Sobre la puerta principal, netamente grabadas en relieve, sobre el dintel, hay dos serpientes, en alusión, probablemente, al nombre que se dió al edificio.

Al otro lado de Aclla-huasi hay una construcción enorme, o una serie de construcciones que cubren el barrio llamado Pucamarca, entre ellas, los palacios de los Yupanquis. Uno de los muros, en la calle llamada Painpa de Maruri, se

encuentra casi en perfecto estado, excepto en los sitios en que ha sido agujereado por las puertas de los edificios modernos, construídos sobre las ruinas. Es esta quizás una de las más bellas muestras de los muros antiguos que quedan en el Cuzco y uno de los mejores ejemplos del estilo general de la arquitectura incaica. Tiene 380 pies de largo y cerca de 18 de alto. Las hiladas de piedras son sinébricas y exactas, y, como dice Humboldt de algunas paredes que vió, las juntas son tan perfectas que si se acepillara las superficies de las piedras, apenas podrían distinguirse. Una sección de esta pared, de más de 800 pies de largo, pero más entrecortada por las casas modernas, al costado N. E. de los palacios, mira a la calle de San Agustín.

Dicen los cronistas que cada Inca edificaba un palacio nuevo que a su muerte se convertía en residencia de sus descendientes, sin contar al inmediato sucesor. Si fué así y si la regla era rigurosa, las ruinas existentes confirmarían la exactitud de la lista de Incas de Garcilaso, pues, fuera de los edificios públicos, no quedan restos de más de catorce palacios, siendo este el número de Incas conforme a dicho autor. Una de las más interesantes de estas ruinas es el palacio de Inca Roka, dedicado por él mismo a la instrucción del pueblo. Estaba situado en un terreno alto sobre el río Rodadero hacia el cual descendían sus jardines colgantes. Los cimientos de la construcción, o más bien las paredes que soportaban las terrazas sobre las que se construyó el palacio, están casi en perfecto estado. El palacio era de piedra con fachadas del estilo de las paredes del gran Templo. Tenía 200 pies de largo por 150 de ancho.

Separado de él por una calle angosta, hoy la calle del Triunfo, estaba el Yacha-huasi, o la escuela, edificada por Inca Roka, quién ubicó su palacio cerca de las escuelas. Parece que éstas fueron construídas sencillamente con numerosas puertas sobre las terrazas del pequeño río Rodadero. Fué aquí donde los *amautas* o sabios enseñaban los conocimientos de su tiempo: la ciencia de los *quipos*, las tradiciones históricas, los cantos populares y, probablemente, algunas de las principales artes mecánicas.

El sitio de la catedral estaba ocupado por un gran *galpón* o sala techada y fué aquí donde los españoles hicieron su cuartel cuando ocuparon la ciudad. Detrás de este *galpón* estaba el palacio del Inca Viracocha, del que quedan considerables vestigios. Al N. O. de la plaza grande habían otros edificios públicos o *galpones* de piedra labrada por el estilo del Templo del Sol, y el palacio del Inca Pachacutec.

La gran plaza central de la antigua ciudad, ocupada hoy

en parte por la plaza principal, era de 850 pies de largo por 550 de ancho. Estaba dividida en dos partes aproximadamente iguales por el riachuelo Huatanay que corre a veinte pies por debajo de su nivel, el cual estaba encerrado en un canal de quince pies de ancho con paredes de piedra labrada y cubierto entonces como ahora por grandes lozas de piedra.

El área al N. E. del río se llamaba Huacapata o Terraza ú Orilla Sagrada, y la del otro lado del río. Cusipata o Terraza del Regocijo. Una parte de Cusipata está edificada ahora y hay una manzana de casas sobre el río que corre por debajo. En el lado S. E. de Cusipata estaba la casa del cronista Garcilaso de la Vega que puede aún reconocerse por la descripción que hizo de ella. En este lado del río no habían palacios reales—así dicen los antiguos cronistas; pero habían algunos edificios considerables y bien contruidos como lo prueban las ruinas. Eran sin duda de la clase llamada *galpones*. Existen todavía numerosas portadas incaicas con secciones adyacentes de muros antiguos, utilizados por los españoles. En la gran plaza de Huacapata se celebraban las grandiosas fiestas de los Incas. Allí acamparon los españoles cuando entraron en la Ciudad y allí resistieron el terrible sitio que tan admirablemente ha descrito Prescott, en el que fué muerto Juan Pizarro.

Un objeto visible de todas partes de la ciudad es la colina empinada de Sacsahuamán que se eleva a 760 pies al norte de la ciudad, sobre la cual edificaron los Incas la gigantesca fortaleza ciélopea denominada por los conquistadores la novena maravilla del mundo. Describiré esta fortaleza en otro lugar. Al presente sólo diré que a cierta altura de la *falda o ladera*, en el sitio en que ésta es tan empinada que la ascensión se hace casi imposible, hay una serie de hermosas terrazas, sostenidas por muros ciélopeos decorados con nichos, que reciben el nombre de Ceolcampata o Terraza de los Graneros. Se dice que aquí edificó su palacio el primer Inca y fundador del Cuzco, Manco Ccapac, del que quedan todavía algunos fragmentos—una portada, una ventana, una pequeña sección de pared y algunas porciones de cimientos que no bastan para trazar un plano completo de la construcción. Habían fuentes aquí, y el sitio ocupado ahora en parte por la iglesia y plaza de San Cristóbal, no sólo dominaba toda la ciudad, sino todo el valle del Cuzco. Las terrazas estaban rellenadas con la tierra más fértil, celebrada aún por su feracidad, y en conjunto, es casi regio en su posición.

Los Incas eran jefes de una gran Nación que dependía de la agricultura. Para demostrar su respeto por la industria que constituía la base del Estado, para dignificar y exaltar

el trabajo acostumbraban iniciar aquí con sus propias manos, las labores de la siembra y la cosecha. Cuando llegaba la época de la labranza y se celebraban las fiestas del caso, el Inca en persona llegaba a las terrazas de Colcampata con gran pompa y ceremonia, y con un pico de oro, comenzaba a roturar la tierra; y cuando las mieses del maíz y de la quinua estaban maduras, volvía otra vez a Colcampata y cosechaba las primeras espigas. Los frutos cultivados aquí directamente por el Hijo del Sol eran sagrados, y como las semillas de la Isla de Tifacaca, eran distribuidos para ser sembrados en todo el Imperio en las tierras destinadas al Sol. Se enseñaba así al pueblo, cuidadosamente, que los favores de su Dios se perpetuaban por mediación de sus Hijos, y a considerar a los Incas como la personificación de la bondad y la misericordia de Aquél, así como de su poder.

(1).

No puedo dejar el Cuzco antiguo sin unas cuantas palabras acerca de su prístino esplendor e importancia deducible de la observación de sus monumentos. Todos los que estudian la Arqueología y la Historia de América tienen por cierto, que los españoles, al hablar del número de los enemigos con que se encontraron, nunca pecaron por defecto. Por el contrario, muy a menudo incurrieron en exageración. Según sus narraciones lucharon con ejércitos que sobrepasaban en número a cuantos se vieron en cualquiera de los campos de batalla de las grandes guerras de la historia moderna, y los derrotaron. Más numerosos que los que lucharon por cualquier lado en Borodino, Leipzig, Waterloo, Manassas, Chancellorsville, Gettysburg, Villafranca, Sedan o Sedán. Pero descartando toda exageración no hay duda que Cortés, Alvarado y Pizarro con sus pocos centenares de jinetes e infantes se enfrentaron con tropas muy superiores en número pero también muy inferiores en armas. Las ciudades de que tomaron posesión son invariablemente presentadas como grandes y populosas y las cortes de sus príncipes como imponentes aún para quienes estaban familiarizados con la historia y las leyendas acerca de la magnificencia de los árabes.

En muchos respectos, quizás en muchísimos, fué el Cuzco, sino la más populosa, la ciudad más grande en toda América. Puede muy bien creerse que tenía extrañas riquezas de oro y plata e imponentes edificios, pues, esto está confirmado por pruebas concordantes y ruinas que aún existen; pero

(1)—Una admirable evocación de estas fiestas puede leerse en el bello cuento de Luis E. Valcárcel titulado "Cusi Puma".—N del T.

me parece improbable que haya tenido un número mucho mayor de habitantes del que actualmente tiene. Es sencillamente increíble que su población era de doscientas mil almas y que otro tanto habitaba en los suburbios. Las casas de la clase popular en la Sierra y en la región del Cuzco, no fueron como las de Centro América y México, de caña y otros materiales que pudieran desaparecer en una sola estación, sino de piedras y adobes y no pudieron menos que dejar restos duraderos. Tales restos no quedan alrededor del Cuzco, y por mucha que hubiera sido la concentración aquí en ocasiones importantes, cuando la población se reunía de los valles de Yucay y Paucartambo, de los bolsones de Andahuaylillas y Xaquijahuana, de las *punas* de Chincheros y Chita y de todas las partes del poderoso Imperio, no parece probable que la ciudad hubiera tenido nunca una población permanente de más de cincuenta mil habitantes en tanto que otro número igual hubiera estado diseminado en todo su valle. El departamento del Cuzco es hoy el más populoso del Perú, pasando su población de trescientos mil habitantes. Este número agota casi todos sus recursos, y aunque tengamos que admitir que la producción agrícola es en la actualidad inferior a la de los antiguos tiempos, no debemos olvidar por otra parte, que muchos animales domésticos, cierto número de legumbres, el trigo y la cebada, han sido introducidos sólo desde la Conquista y contribuyen al sostenimiento de la población actual.

No convengo con aquellos escritores que dicen que el aspecto del antiguo Cuzco era brillante y multicolor. Sus más brillantes edificios estaban contruidos, como hemos visto, con traquita de color sombrío y visiblemente no fueron pintados ni estucados. Las casas del pueblo, hechas con piedra bruta y barro, fueron probablemente embarradas y pintadas de rojo o amarillo y han podido darle cierta apariencia de claridad a la urbe. No existieron probablemente nunca cúpulas y torres como leemos a veces, pues tales términos arquitectónicos se emplean en descripciones sueltas que lejos de ser exactas no tienen más propósito que impresionar al lector. Ni estuvo trazada la ciudad con regularidad perfecta, cortándose las calles en ángulos rectos; ni el Huatanay canalizado con piedra en la extensión de veinte leguas, sino únicamente a través de la ciudad. (1).

El Cuzco moderno se extiende de manera compacta en-

(1)—Hay que ver que el Huatanay no tiene más de ocho leguas desde sus orígenes en el cerro Sencca [14,514 pies sobre el nivel del mar] hasta su desembocadura en Huambutío, a 32 kilómetros del Cuzco. — N. del T.

tre el Huatanay (1) y el Almudena y aún al otro lado de este último río se prolonga el barrio de Belén. Aunque su población ha disminuido considerablemente desde la Independencia, tiene aún muy cerca de cincuenta mil habitantes (2), y, como capital del Departamento del mismo nombre, es, necesariamente, un lugar de cierta importancia, sede de un obispado, de una universidad, de una prefectura y de una guarnición. Muy bien construida, sus edificios son en su mayor parte obra de los conquistadores en el apogeo de su riqueza y de su actividad, cuando tenían mitas y repartimientos, antes que los tesoros acopiados durante cinco siglos fueran disipados, y cuando tenían una población grande, industriosa y experta sometida en absoluto. Las casas están construidas en estilo netamente morisco, con patios rodeados de corredores abiertos, sostenidos por elegantes columnas, en los que se encuentran las puertas de los departamentos de cada piso. Las fachadas tienen balcones con celosías y el aspecto general es el de Granada en España. El piso bajo de las mejores casas de las calles principales está dividido en pequeños cuartos oscuros sin ventanas, que son las tiendas, herrerías, picanterías, etc. de la ciudad. (3)

Las iglesias y conventos son grandes y numerosos. Hay treinta de las primeras y once de los segundos, de los cuales han sido suprimidos cinco. Todos son notablemente bien construidos. La catedral, que hace frente a la plaza principal, es una construcción grande, maciza y un tanto pesada; pero la iglesia de los jesuitas, en la misma plaza, es una maravilla de belleza arquitectónica, quizás un tanto recargada

(1)—Debe decirse entre los ríos Rodadero y Almudena. Estos ríos se llaman más bien Choquechaca o Trullumayu y Chunchulmayu. El curso superior del Huatanay se llama Saphi. El río que en el plano de Squier aparece con el nombre de Cachimayu, es el Huancuro, principal afluente del Huatanay por la derecha.—N. del T.

(2).—Es un error. El censo levantado por el doctor Alberto A. Giesecke el 10 de Setiembre de 1912, medio siglo después de la visita de Squier (1865) y publicado en la Revista Universitaria del Cuzco en Marzo de 1913, en el que colaboramos como ayudantes los alumnos de Estadística, apenas arrojó algo más de la mitad de esta cifra [26.939 habitantes] y esto comprendiendo los distritos rurales de San Sebastián [2,271 habitantes] y de San Jerónimo (4,440 habitantes). Sin embargo, la población aumenta con relativa rapidez desde la llegada del ferrocarril (1908) a tal extremo que el número de viviendas ya es insuficiente y los alquileres son comparativamente muy caros, así como el costo de la subsistencia.—N. del T.

(3).—Estos tenduchos se han modernizado en su totalidad. Podemos citar antiguas fondas de chinos que se han convertido en licorerías y pastelerías de estilo moderno, como la Confitería Maxim y el Salón Gasco que ocupa los bajos de la casa de Garcilaso de la Vega.—N. del T.

de adornos, pero su fachada es la más hermosa de cuantas iglesias he visto en Sud América. La torre de la iglesia de La Merced es admirable por sus proporciones y buen gusto, y los patios del convento del mismo nombre están rodeados por claustros de piedra blanca primorosamente cincelada, los que por su gracia y armonía pueden compararse con los más bellos de Italia. En esta iglesia reposan los restos de Juan y Gonzalo Pizarro y de Almagro. Las iglesias y conventos están llenos de cuadros, algunos de mérito y de importancia histórica. De estos últimos hay una colección en la pequeña iglesia de Santa Ana, del tiempo de la conquista. Representan la procesión de Corpus Cristi en la cual toma parte la familia del Inca con regias vestimentas originales. Allí están Paulo, el menor de los hijos de Huayna Capac y numerosas hijas o princesas, hijas y sobrinas del mismo monarca. Estos cuadros son singularmente interesantes y merecen ser copiados con exactitud porque muestran los trajes y costumbres de la época. (1)

Por muchos años, después de la conquista y de la fundación de Lima, el Cuzco continuó siendo la principal ciudad del Perú, la sede de la riqueza y del saber y la residencia de las familias más nobles. Pero los caminos de los Incas se desmejoraron, las dificultades del viaje siempre grandes, se aumentaron, y la corte virreynal establecida en Lima, más corrompida y fastuosa que ninguna otra en América, atrajo grandemente a sus más atrevidos y ambiciosos habitantes. En Lima mucho menos se sabe del Cuzco que de Berlín; por un limeño que ha llegado al Cuzco, cien han visitado París. El viaje de Lima a Nueva York se hace en menos tiempo y con la cuarta parte de las incomodidades y fatigas de un viaje de Lima a la altiva pero aislada ciudad de la Sierra. (2).

Siete octavos de la población del Cuzco es de indios de pura sangre y el conocimiento del quechua es casi absolutamente indispensable para una amplia comunicación con la masa del pueblo. La población blanca y extranjera es pequeña y se compone principalmente de empleados del Gobierno, unos cuantos *ricos hacendados* que por lo general viven en sus haciendas, y una docena de pequeños *comerciantes* que

(1)—Véase la monografía "La Pintura en el Cuzco" del distinguido pintor y literato Cosío del Pomar.—N. del T.

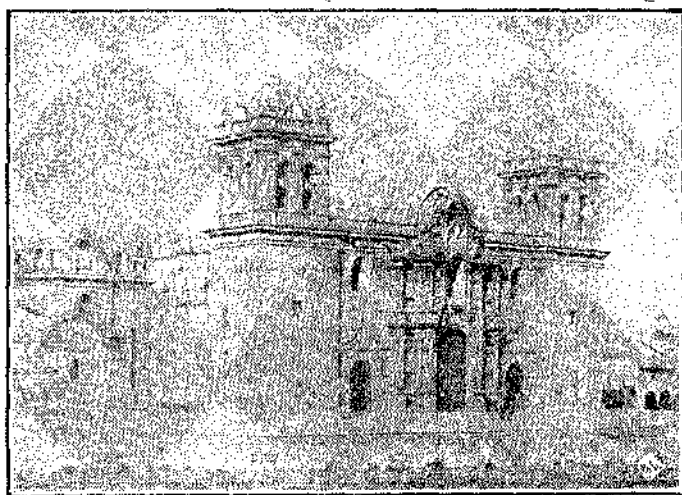
(2).—Hay que tener presente la época a que se refiere Squier (1863) y que partiendo de Arica, trasmontó los Andes, y desde el Lago Titicaca, siguió la ruta de Manco Capac para llegar al Cuzco. Hoy el viaje del Cuzco a Lima puede hacerse cómodamente en cinco días, y lo mismo a Buenos Aires.—N. del T.



"El Cristo de Vandik"

Las iglesias y conventos están llenos de cuadros, algunos de mérito y de importancia histórica.

Página 64.



La Catedral del Cuzco. Es un edificio grande, macizo y un tanto pesado. Página 63.

podrían llamarse tenderos en cualquier otro país. Son tan pocos los blancos, en conjunto, que apenas puede distinguírseles en las calles y el aspecto del lugar es, por consiguiente; el de una ciudad enteramente indígena. (1) Apenas hay algo que pueda llamarse sociedad, aunque la clase superior es hospitalaria y franca y mucho más sincera y menos amanezada que la clase correspondiente de las ciudades de la Costa, donde las costumbres nativas han sido sacrificadas por un vano deseo de imitar los ademanes y gracias del extranjero. Algunas de las familias antiguas llevan una vida de buen tono y sus casas están montadas con verdadera elegancia. Algunas de ellas conservan departamentos con pesados cortinajes bordados de damasco y los ricos y sólidos muebles tallados de hace dos siglos, de la época en que la nobleza y el oro del Perú estaban concentrados en el Cuzco. Otras están amuebladas al estilo moderno francés, con grandes espejos, cómodas embutidas y grandes pianos traídos de la costa con infinito trabajo y a costo fabuloso.

Voy a referirme especialmente a la residencia de la difunta señora Centeno que vivía en la plaza de San Francisco, cuyas atenciones para con los extranjeros eran proverbiales y que logró honrosa reputación como coleccionista del mejor y más valioso museo de antigüedades del Perú. Esta casa se llamaría "palacio" aún en Venecia si no por su arquitectura por su extensión. Por la amplitud de sus departamentos, su rico y variado contenido, y su decorado, podría compararse honrosamente con algunos de los más bellos del Gran Canal. La señora Centeno contaba algunas anécdotas divertidas acerca de Castelnau y otros viajeros y especialmente de un francés llamado Lorenzo Saint Cricq, quien, con el nombre de "Paul Marcoy", publicó después de muchos años, una descripción del Cuzco y otras partes del Perú. (2) Una descripción del museo ocuparía un volumen y me contentaré con

(1)—Es una exageración tan grande como la de creerse todos blancos, cosa que ocurrió en el último censo, como si la blancura fuera signo inequívoco de superioridad.—Nota del T.

(2)—El profesor Raymondi, en un trabajo sobre el Río Sangayán y Ayapata, publicado en el volumen XXXVII del *Journal of the Royal Geographical Society of London*, denuncia como "absolutamente falsas" las afirmaciones del señor Pablo Marcoy y dice que sus libros "*Voyage a Travers L'Amerique du Sud*" y "*Scenes y Payasages dans les Andes*" deben considerarse como fruto de una viva imaginación antes que como obras verídicas. Y se lamenta "de que habiendo tenido oportunidad de visitar regiones inexploradas haya empleado su talento en un trabajo de esta clase, tan desviado de la verdad, cuando tan sólo con describir fielmente países tan nuevos como el

insertar algunos grabados de objetos de alfarería escogidos entre muchos centenares y que ilustrarán la habilidad de los antiguos y su gusto por el humorismo.

En algunos respectos la reliquia más importante en la colección de la señora Centeno, es el hueso frontal de un cráneo del cementerio de Yucay, que muestra un caso evidente de trepanación en vida. La señora Centeno fué tan bondadosa que me lo dió para su estudio que fué hecho por los mejores cirujanos de Estados Unidos y Europa, y es considerado por todos como la prueba más notable del conocimiento de la cirugía entre los aborígenes hasta hoy descubierta en el Continente. Pues la trepanación es una de las operaciones más difíciles de la cirugía.

El corte del hueso no fué hecho con sierra sino evidentemente con un buril semejante al usado por los grabadores en madera y metal. La abertura es de 58 centésimas de pulgada de ancho por 70 centésimas de largo.

La falta de esculturas en el Perú, sin contar pequeños objetos de piedra, es notable y contrasta con lo que hemos visto en Méjico y en la América Central. Unas cuantas terracotas han sido halladas en el Cuzco, pero con excepción de algunas serpientes en relieve en los muros y dinteles y de un grupo de Pumas sobre las puertas de una casa en la calle de Santa Ana, (1) no se ven esculturas en el Cuzco. Hay algunas figuras que semejan grifos, etc. en el patio de una casa de la calle del Triunfo y una llamada sirena en la pared de la terraza de Ceolcampata, pero yo las considero como modernas. En la colección de la señora Centeno, no obstante, se encuentran dos figuras de piedra que toscamente semejan

(1).—Debe decir Santa Teresa. Se refiere a la casa número 6 hoy del agente de honras fúnebres don Eleázaro Velarde. En el grabado de la página 461 del original se presenta la esquina de Santa Teresa con el nombre equivocado de Santa Ana, y una escena del *alco-ppany* o apaleamiento de perros, sistema reemplazado con el envenenamiento por estricnina que da lugar a cuadros no menos edificantes.—N. del T.

Perú, pudo interesar a sus lectores mucho más que con historias fantásticas".—N. del A.

Si tales embustes se publicaron en el siglo XIX, ¿cómo creer a ciegas en las crónicas del siglo XVI? Bueno es recordar que Squier y Raimondi fueron compañeros de navegación y estudio en el Lago Titicaca. En cuanto a Saint Crieg, formó parte de la expedición del conde de Castelnau en el sector del alto Urubamba. Véase el lib. o "Coordenadas Geográficas del Cuzco" del doctor Fortunato L. Herrera, que también podría llamarse de "Los Hombres de Ciencia que han visitado el Cuzco". Ya hemos dicho que Squier vino al Perú el año 1863 como encargado de negocios. Tardó tres años en nuestro país.—N. del T.

tigres, y se dice que fueron tomados del Templo del Sol, donde estaban uno a cada lado de la escalera que asciende a las terrazas. Las peanas están labradas en forma tal que favorece la hipótesis de que originariamente estuvieran colocadas en alguna clase de pared, quizá en una albardilla. Tienen dos pies de alto. (1)

Una de las cosas notables e interesantes del Cuzco es la Alameda, al sur de la ciudad, sobre los bancos del Huatanay y frente a los jardines del Sol. Es una área larga y un tanto estrecha, plantada de sauces y alisos con algo de gusto y tiene una especie de templo griego en el fondo. Pero nadie se pasea aquí y está invadida de cactus y malezas sobre las cuales las lavanderas del río vecino extienden la ropa a secar. El espíritu público en el Perú es espasmódico y todas las obras de embellecimiento despiertan sólo un interés momentáneo y luego sucumben por la apatía general del pueblo. Los sentimientos afectivos hacen que los varios *panteones* o cementerios se conserven en condición decorosa y el del Cuzco es elegante y bien ordenado. Pero causa extrañeza al visitante, que habiendo tanta tierra dispuesta a recibir y guardar para siempre los restos de los muertos, sean éstos metidos sólo por uno o dos años en nichos, en las paredes, y después, extraídos y quemados o enterrados en un rincón.

Mi primera visita al panteón fué en las primeras horas de la mañana, y conforme me acercaba al harrio de Belén, en un extremo de la ciudad, en que se encuentra el cementerio, observé en la calle una procesión que iba delante, precedida de algunos hombres que llevaban velas, uno que tocaba un violín y otro que tañía un clarinete. Al pasar por aquel barrio de casas escuálidas, unas mujeres con los cabellos desgredados se agolparon precipitadamente detrás del féretro y comenzaron a dar los más fuertes y extravagantes lamentos que puede producir el organismo humano. Quedé asombrado con la violencia de aquel duelo y maravillado de que tan profundas simpatías populares se hubiera conquistado aquel difunto. Alcancé la procesión o más bien

(1).—Los punas del museo de la señora María Ana Centeno se conservan en la misma casa, hoy de su no menos distinguida descendiente señora Carmen Vargas viuda de Romainville. El museo de antigüedades peruanas de la Universidad del Cuzco, es hoy sin duda alguna, uno de los más ricos del mundo, sobre todo en materia de artefactos incaicos de piedra. Existen valiosas colecciones particulares en vías de expropiación por la Universidad. Las leyes del Estado protegen los monumentos históricos, prohíben la exportación de antigüedades y reglamentan las excavaciones.—N. del T.

tropol, en el puente de la Almudena, donde las lamentaciones cesaron súbitamente y las inconsolables se agruparon sonrientes en torno de un hombre, quien de pie sobre una piedra, les repartió *cuartillos* (monedas de tres centavos), que sacaba de su sombrero, y después de esto las afligidas criaturas se volvieron atrás, riendo y charlando para esperar otro funeral. Por un *medio* cada una de estas lloronas de oficio de la calle del Hospital acompaña los cadáveres hasta la puerta del cementerio, sintiendo destrozársele el corazón de dolor y se deshace en lágrimas.

El panteón está cercado con altas paredes blancas y tiene una portada de piedra con rejas de hierro. Encima de la puerta hay un nicho, y en él un verdadero esqueleto sostenido por una varilla de acero, con una corona dorada sobre su cabeza o sea y con dos banderas metálicas en sus manos descarnadas, con estas inscripciones "YO SOY PABLO BILLACA" "MEMENTO MORI". Pablo Billaca fué albañil y murió de una caída cuando estaba componiendo la fachada de la catedral.

Las distracciones en el Cuzco son las procesiones religiosas y las peleas de gallos. Las primeras son casi de todos los días, y tan frecuentes, que pronto dejé de preocuparme de ellas. Las segundas se realizan solamente los domingos. La *cancha* está en el patio del extinguido *beaterio* de San Andrés y consiste en un redondel de barro de dos pies de alto y otros tantos de espesor, rodeado de bancos circulares de alturas ascendentes, destinados a los espectadores. Alrededor del patio hay filas de jaulas para los gallos, algunas de las cuales están llenas con los huesos de las piadosas beatas que fueron sepultadas en el patio, y cuyas cenizas se removieron para hacer las paredes de la *cancha*. Las peleas eran muy concurridas por clérigos, magistrados y militares. Tuve la suerte de ganarle una *onza* al Presidente de la Corte Superior, que me desafió a apostar por el *bizcacha*, un gallo importado, con un solo espolón que ya había ganado dos peleas. Mi sirviente Ignacio había descubierto un "pájaro" de excelentes cualidades en Cacha y lo había traído envuelto en su poncho con el propósito de hacerlo pelear en el Cuzco. Durante dos semanas estuvo en el cuarto de Ignacio y absorbió gran parte de su atención fuera de que me fastidió con sus incesantes cantos, de tal manera que exigí que peleara pronto, que fuera despachado a la calle, o decapitado. Ignacio se resolvió por lo primero, me pidió el sueldo por un mes adelantado, jugó el gallo por cuatro onzas; ganó; luego vendió el gallo por otra onza; se fué a beber y dilapidó el úl-

timo *cuartillo*; se perdió por tres días, y después, volvió a casa con un ojo hinchado y "*muy mal de la cabeza*".

Sobre el desaseo del Cuzco todos los visitantes tienen recuerdos desagradables. Ofende por igual la vista y el olfato por todas partes. Las *acequias* en medio de la calle tienen poca agua durante la estación de secas, y como reciben todas las aguas sucias de las casas, son por lo general mal olientes, y con serlo más ese basurero tropical o gallinazo ordinario, nunca se aventura en esta elevada región. Probablemente no se ve en ninguna parte del mundo espectáculos tan extraordinarios como los que se ofrecen al borde de las *acequias* en las primeras horas de la mañana; ciertamente nada más espantoso para los ojos del extranjero acostumbrado a la honestidad. (1)

El "cuatro de julio" peruano ocurre el veintiocho, aniversario de la independencia y se celebró a los dos días de mi llegada al Cuzco. Se inició con las mismas detonaciones sulfurosas a que estamos acostumbrados en nuestro país. Hubo una revista de las tropas de la guarnición y del batallón de voluntarios y asistencia de los notables a la catedral, con sermón de uno de los *canónigos*, en el cual, por mal de sus culpas, reprochó al Gobierno y fué arrestado en la noche. Los estudiantes de la Universidad, patrióticos como lo son siempre los estudiantes, fueron los más activos partícipes en las fiestas del día. Vestidos todos de frac, con curiosos sombreros de tres picos, como los *éléres* de St. Cyr en París. Ellos constituyeron el principal atractivo en la procesión de la tarde en que arrastraron por las calles una radiante Diosa de Libertad, en forma de una gran muñeca con bucles rubios y un gorro frigio resplandeciente de oropel, montada sobre las ruedas de la única pieza de artillería que un gobierno prudente contó a los un tanto turbulentos ciudadanos del Cuzco. Los indios miraban con aire indiferente como algo que les importaba poco a ellos y sólo bebieron algo más de chicha que de costumbre. El gran acontecimiento del día fué la explosión de un barril de pólvora en el *cuartel*, que era el convento confiscado a los jesui-

(1). En más de sesenta años transcurridos desde la visita del autor al Perú [1863] "el proverbial desaseo del Cuzco", muy exagerado por cierto, ha pasado a la historia. Hace muchos años que los ríos y las acequias han sido abovedados con el producto de impuestos locales y aumentada la dotación de agua. La completación y renovación de estas obras va siendo terminada por la Foundation Company. Los hábitos de higiene se han inculcado en la masa del pueblo, constituyendo la principal preocupación de la extensión universitaria, de los maestros de escuela, de la prensa, de las instituciones y del público en general.—N. del T.

tas, donde un grupo de soldados estaba preparando cohetes para la noche, resultando cuatro o cinco muertos y veinte o treinta mutilados u horriblemente quemados, para ejemplo de quienes tienen la imprudencia de fumar en los almacenes de pólvora. En el centro de la gran plaza se elevó una especie de templo de la libertad hecho de tocuyo estirado en marcos, con retratos de los *beneméritos* de la Independencia en todas partes—Lincoln y Garibaldi, lado a lado. Los estudiantes no se dieron por satisfechos con las fiestas del día, sino que insistieron en prolongarlas con un paseo a la luz de la luna, en que propusieron que yo llevara la bandera peruana en medio de dos banderas de los Estados Unidos. Mi experiencia en Puno era demasiado reciente para que yo ambicionara tal distinción, pero los estudiantes invadieron el patio de la casa del comandante, arrastrando la Diosa con ellos, y rehusaron dar crédito a mi indisposición y a la aseveración más verídica del coronel Vargas (1) sobre que yo estaba enteramente cansado y necesitaba reposo. Finalmente llegamos a un acuerdo y consentí en llevar la bandera sólo alrededor de la plaza y hasta la Alameda. El anuncio fué recibido con tumultuosos *vivas* a los Estados Unidos, los que sólo un individuo indiscreto pretendió contradecir con alguna alusión al *faux pas* de Mr. Webster en el asunto de las Islas de Lobos. La consecuencia fué que el disidente resultó tan bárbaramente golpeado, que tuvo que guardar cama por varias semanas. (2)

(1) El coronel Francisco Vargas, que siendo jefe de la guarnición o comandante de las fuerzas, recibió y alojó al autor, según se lee al final del capítulo anterior, desempeñó la Prefectura del Cuzco del 9 al 20 de junio de 1865 "por la proclamación de los pueblos" como puede verse en el cuadro mural de la sala de recepciones del Cabildo. — N. del T.

(2) Nuestro autor Efraín Jorge Squier (pronúnciese SQUIAIR) nació en Bethlem (Estado de Nueva York) a 17 de junio de 1821. Hizo los estudios de ingeniero civil. Exploró las antigüedades precolombinas del valle del Mississippi desde 1842, en compañía del arqueólogo Davy. Fué encargado de negocios de su País en Nicaragua (1848); en Honduras (1854) y en el Perú (1863) donde permaneció tres años que consagró a las exploraciones de que trata su obra "El Perú" a la que corresponde el presente capítulo. Fué premiado con una medalla por la Sociedad Geográfica de París y nombrado presidente del Instituto Antropológico de N. Y. (1871). Fué gran amigo del ilustré Prescott, de Raimondi, con quien exploró la región del Titicaca; de M. Broca y del Prof. Wyman, que estudiaron los cráneos incaicos recogidos por él, etc. Cuando vino al Cuzco, el ferrocarril de aquí a Juliaca, que es un tramo del Panamericano, no era sino un proyecto. Es autor de las siguientes obras: "Antiguos Monumentos del Valle del Mississippi" (Washington 1848); "Nicaragua" (N. Y. 1851); "Nicaragua, sus Monumentos" (N. Y. 1852 y Londres, dos vols.); "Las Antigüedades del Estado de N. Y." (Búfalo, 1851); "Relación Hecha por el Licenciado Diego García de Palacio al Rey Don Felipe II,

CAPITULO XXIII.

Sacsahuaman, antigua fortaleza del Cuzco.

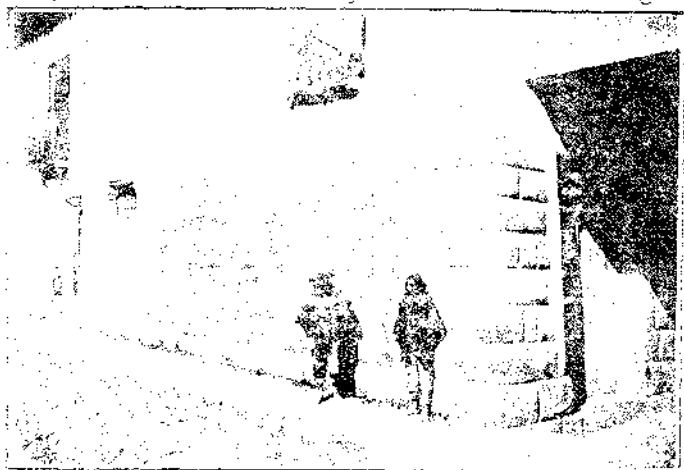
Significación de su nombre.—Situación de la fortaleza.—La quebrada del Rodadero.—Acueducto i cascadas.—La Puerta de la Arena.—La roca del Rodadero.—Naturaleza de la roca.—Descripción de la fortaleza por Garcilaso.—Plano de su construcción.—Sistema de desagüe.—Piedras inmensas.—Entradas.—El edificio circular i otros secundarios.—Error de Prescott. Cómo se trasladaban las piedras.—La piedra cansada.—Error de Von Tschudi respecto al Rodadero.—El trono del Inca.—Piedras extrañamente labradas.—Asientos de piedra.—La chingana o laberinto.—Contraste entre el Sacsahuaman i la llamada fortaleza Tiahuanaco.—Epoca en que se contruyó el Sacsahuaman.—El Cuzco moderno está construído en su mayor parte con los materiales del Sacsahuaman.—Lamentaciones de un descendiente de los Incas por su destrucción.—Buscaderos de tesoros i sus tradiciones.—Leyenda de doña María de Esquivel.

La capital del Imperio de los Incas no estaba defendida por murallas como lo estaban algunas de las antiguas ciudades incaicas.—Su valle, rodeado de altas montañas era naturalmente casi inexpugnable i sus entradas estaban defendidas por fortificaciones. La ciudad, sin embargo, tenía su ciudadela o fortaleza, dominándola como la Acrópolis a Atenas, como Ehrenbreitstein a las aldeas situadas a su pie, como el castillo de Edimburgo i como la "Roca" de Gibralt-

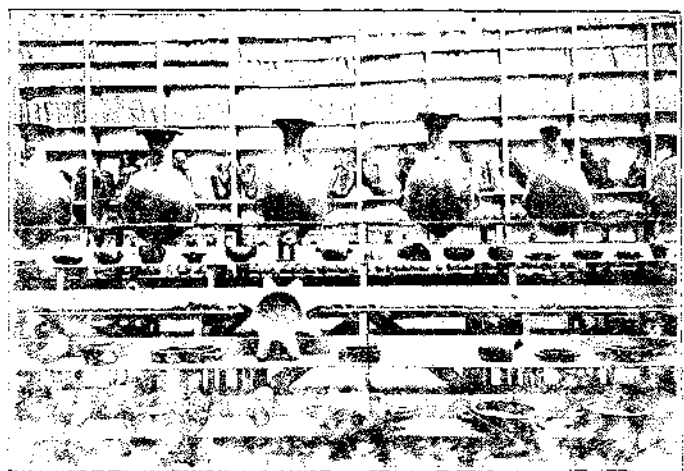
en la que describe la provincia de Guatemala, las Costumbres de los Indios y otras Cosas Notables" (traducción) que forma parte de la "Colección de Documentos y Relaciones Raras Relativas al Descubrimiento de América" (N. Y. 1860); "La Serpiente Símbolo Religioso de los Pueblos Antiguos" (N. Y. 1851); "Waykna, aventuras en la costa de los Moquitos" (N. Y. 1854), publicado con el seudónimo de Manuel A. Bard; "Notas sobre la América Central" (1854); "Los Estados de Honduras y San Salvador" (1855); "Los Estados de América Central" (1857-1870); Monografía de los autores que han escrito sobre las lenguas aborígenes de América (1860), etc.—El sabio americanista murió en 1888.—N. del T.

tar.—Estaba construída la Fortaleza sobre una estribación monstruosa alta que se proyecta hacia el valle del Cuzco, entre los riachuelos Huatanai i Rodadero, que vista de abajo semeja una abrupta colina pero que no es en realidad sino una prolongación de la meseta de superficie un tanto irregular, que está dominada por colinas i cerros más altos, que, a su vez, son restos escarpados de antiguas mesetas o *punas*. Estas alturas se llaman los “Altos del Sacsahuaman”. Esta última palabra significa “hártate halcón”. Metafóricamente los Incas glorificaban el poder de su fortaleza: “Estréllate si quieres contra sus inexpugnables rocas; las aves de rapaña recogerán tus despojos”. Vanidosos i soberbios eran los antiguos como lo son todos los pueblos modernos que llaman a sus buques de guerra el “Invencible”, la “Devastación” “El azote”. Hacia el lado de la ciudad, la eminencia del Sacsahuaman presenta un declive muy escarpado, difícil i casi imposible de ascender. De los andenes de Colcampata asciende un camino en zig-zag ahora como antes, pasando en ciertos trechos por graderías de piedra, hacia una serie de terrazas. En la parte más avanzada i dominante de la colina, en la parte más alta i como los objetos más visibles en torno del Cuzco, en el sitio mismo de unas construcciones de las que no quedan sino los cimientos, se encuentran tres cruces: el Calvario de la ciudad. (1) Estas cruces están a 764 pies sobre el nivel de Huacapata o plaza principal. El camino usual para el Sacsahuaman, i que es transitable a caballo se extiende por la quebrada del Rodadero, por la derecha de la colina. El camino está en parte cortado en el cerro y en parte edificado contra el cerro, con un acantilado por un lado y un precipicio por el otro. En el fondo de la quebrada, el pequeño río Rodadero murmura, ora formando pequeñas cataratas, ora estancándose en pequeños charcos de color oscuro i cubiertos de espuma, como recobrando fuerzas para dar otro salto. Para ascender el Sacsahuaman debemos partir de la calle del Triunfo en el sitio que se encuentra sobre el río Rodadero o Tullumayo dirigiéndonos hacia la izquierda, dejando las terrazas ciclópeas de Inca Rocca detrás, y pasando por enfrente de Yachahuasi, o escuela erigida por aquel protector de la enseñanza. El Yachahuasi fué un vasto edificio, o una serie de edificios de varios cientos de pies de largo, con muros de piedras relativamente pequeñas pero que ajustan perfectamente y que se

(1). Las tres cruces que se encuentran en el cerro Puca Mocco (cerro colorado), estaban en el sitio de la gran cruz solitaria hasta el año 1900. —N. del T.



Las paredes son ligeramente inclinadas hacia adentro. Las juntas de las piedras son de una precisión desconocida en nuestra arquitectura. Página 51.



Algunas antigüedades del museo de la Universidad de Cuzco.
*Los vasos tienen una decoración notable con lig. de terr. co-
 rrosa y morados. (Bingham.)*

usan en grande escala en las construcciones modernas. Pasando algunas manzanas llegamos a la quebrada del Rodadero, en el sitio en que se atravesada por un acueducto moderno construido sobre arcos, entre un afloramiento o proyección de roca por un lado y una antigua construcción incaica por el otro y que constituye un espectáculo pintoresco y agradable.

Después de un corto ascenso empinado llegamos a una de las terrazas inferiores de Ucoampata y al camino propiamente dicho del Saesahuaman, y pasamos sucesivamente las cascadas inferiores i superiores del Rodadero cuyo chasquido se mezcla con el murmurio de las aguas que corren por canales invisibles encima de nuestras cabezas. Debemos descansar frecuentemente en sitios apropiados sea para tomar aliento o dejar que lo tomen nuestros animales, así como para dejar paso a las tropas de llamas guiadas por sus silenciosos dueños a lo largo de la escarpada senda. Por aquí descubrimos algo semejante a un pozo o canal cuadrangular con paredes de piedra labrada, de catorce pies de profundidad. El canal es inclinado como para facilitar el paso del agua. El fondo está cubierto de pedruscos i sin una excavación es imposible decir dónde conduce. Probablemente es parte de uno de los acueductos subterráneos a través de los cuales los Incas conducían agua a la ciudad, de fuentes distantes i a menudo desconocidas. (1)

Conforme ascendemos observamos en lo alto a nuestra izquierda largas hileras de muros que son el frente de las terrazas orientales. Estos muros son cada vez más sólidos, hasta que cuando llegamos al nivel de la meseta dejan de ser simples muros de retención i se elevan independientes y macizos compuestos de grandes bloques de piedra calcárea. Una portada, flanqueada de enormes piedras se abre a nuestra izquierda y nos paramos mientras un grupo de llamas desfila por ella. Antes existían escaleras de piedra por las cuales se ascendía pero han sido destruidas i no quedan sino restos. Fué en un intento de asalto a esta portada, en el último desesperado encuentro entre los españoles i los Incas, que Juan Pizarro, hermano del conquistador, fué muerto. Entrando por esta portada, la antigua "Ttio-punco" o Puerta de la Arena y cruzando los muros exteriores principales de la fortaleza nos encontramos en un pequeño espacio abierto o pampa. A nuestra derecha notamos una

(1) Mr. Bingham ha constatado el empleo de un cemento de plomo en la construcción del referido canal y cree que se trata del saetín de un molino moderno. "Inca Land", página 165.—N. del T.

eminencia considerable de roca, de aspecto singular, llamada el Rodadero, y a la izquierda, tenemos la primera visión de los grandes muros ciclópeos de la fortaleza de Sacsahuaman monumento de solidez sin igual entre los de su clase en el Antiguo y Nuevo Mundo.

Antes de describir esta vasta construcción tengo que indicar que la masa de tierras altas sobre la cual se encuentra la fortaleza es una roca metamórfica que se está disgregando en fragmentos terrosos en unos sitios y pétreos en otros, expulsada de abajo por la acción ígnea y que lleva sobre su superficie bloques de piedra calcárea procedentes de los acantilados adyacentes de este material, un trozo de tumultuosa arquitectura natural que requeriría un geólogo que lo explicara y clasificara. (1) Esta prominencia es más alta en la parte que domina la ciudad y detrás de ella está el área o pampa a la cual he aludido quizás a unos cien pies mas abajo de la parte más alta, una área incuestionablemente nivelada por la mano del hombre y ahora llana como una pradera. Detrás de ésta y como a 300 pies de distancia está la roca antibólica llamada el Rodadero a la cual también he aludido y de la cual tendré ocasión de hablar más adelante.

Antes de seguir veamos lo que los cronistas han dicho acerca de las construcciones sobre las cuales nos encontramos. Ellos les consagraban una admiración poco menos extravagante que al templo del Sol. Garcilaso de la Vega dice: "Fué este el más grande i soberbio edificio que construyeron los Incas para demostrar su majestad y poderío. Su grandeza es increíble para aquellos que no lo han visto y para aquellos que lo han visto y estudiado con atención no parece sino que fueron contruídos por arte de encantamiento, por demonios i no por hombres, dado al número i dimensiones de las piedras de las tres murallas que más parecen acantilados que muros, que parece increíble que fueron extraídas de las canteras, pues que los naturales no conocían ni el hierro ni el acero con que cortarlas i labrarlas. I cómo fueron sobrepuestas es algo igualmente maravilloso

(1). La roca de Suchuna (rodadero), es un pórfido de augita y diorita, que no hay que confundir con el material de las murallas de la "Fortaleza" que es de piedra de hacer cal o carbonato de cal. Ha sido estudiada por el geólogo Herbert E. Gregory, quien afirma que su pulimento no se debe a la fricción del hielo o acción de los glaciares, sino a la fricción de otras rocas, efecto de las fallas. La diorita de que hablamos se extiende desde la quebrada de Choqquechaca hasta la de Saphi. Se hace visible en el sitio de las cascadas, en el camino del Rodadero, en los cortes de la carretera, etc. Véase *American Journal of Science*, Abril, 1914.—N. del T.

puesto que ellos no conocían carros ni bueyes ni tenían poleas ni máquinas para multiplicar la fuerza, ni tenían caminos nivelados por donde transportarlas, sino, por el contrario, montañas empinadas y declives abruptos para ser salvados por la sola fuerza del hombre. Muchas de las piedras fueron traídas de diez a quince leguas de distancia i especialmente aquella llamada la piedra cansada, o más bien la roca llamada Saikusca, porque nunca llegó al lugar de su destino y de la que se dice fué traída de una distancia de 25 leguas del otro lado del río Yucay, el cual es algo menor que el Guadalquivir en Córdoba. Las piedras traídas de más cerca fueron de Muina, a cinco leguas del Cuzco. La imaginación no puede concebir cómo tantas i tan grandes piedras fueron tan exactamente juntadas que no permiten ni la inserción de una hoja de cuchillo entre ellas, algunas están tan bien unidas que apenas puede descubrirse la juntura. Lo más admirable es que ellos no tenían escuadras ni niveles para la colocación de las piedras. Cuántas veces debieron subirlas y bajarlas para lograr su perfecto ajustamiento y esto sin la ayuda de grúas ni poleas ni otras maquinarias.....pero lo que más maravilla es el tamaño increíble de las piedras i el esfuerzo inconcebible que desplegaron para transportarlas y colocarlas en su sitio”

Continúa Garcilaso citando a Acosta “Porque no tenía medidas exactas de las piedras de la fortaleza del Cuzco como había deseado”. Acosta dice que midió piedras en Tiahuanacu “de 30 pies de largo, 18 de ancho i 6 de profundidad”. Pero que en la fortaleza del Cuzco hay otras mucho más grandes” i mucho más admirables, pues, aunque irregulares en forma i dimensiones, están perfectamente unidas encajando una piedra con otra con increíble exactitud”.

La superficie de la eminencia de Sacsahuaman hacia el lado de las rocas del Rodadero es un tanto cóncava i es en este lado donde se construyeron las obras más sólidas de la fortaleza. Ellas permanecen en lo esencial perfectas y perdurarán así a no ser que sean destruidas por una violencia que no puede anticiparse y de la cual son incapaces los actuales habitantes del Cuzco, perdurarán como las pirámides o el Coliseo y Stonehenge, pues sólo con estos monumentos puede compararse la fortaleza de Sacsahuaman.

Las defensas consisten por este lado de tres líneas de muros sólidos, cada uno de los cuales sostiene una terraza y un parapeto. Los muros son casi paralelos i tienen ángulos entrantes y salientes en su extensión total de 1800 pies. La primera muralla exterior tiene una altura media actual

de 27 pies, la segunda está 35 pies más atrás y tiene 18 pies de altura y la tercera está 16 pies más atrás de la segunda y su mayor elevación es de 14 pies. La altura total de la construcción es por consiguiente de 59 pies. Estoy hablando ahora estrictamente de las murallas de lado N. de la fortaleza. Largas hileras de muros se extienden a lo largo de las alturas que dominan la quebrada del riachuelo Rodadero y hay secciones de murallas además de aquellas que forman las terrazas del Calvario en la cumbre del cerro hacia el lado de la ciudad. Como estos muros estuvieron contruidos de piedras regularmente cuadreadas, fueron destruidos casi en su totalidad y las piedras fueron precipitadas de la eminencia para la construcción de los numerosos conventos e iglesias de la ciudad moderna. La característica notable de las murallas de la fortaleza, en su único lado asaltable, es su conformidad con las modernas obras de defensa en cuanto al empleo de salientes, de tal manera que todo el frente de las murallas podía ser defendido por un tiro paralelo de las armas de los defensores. Esta característica no es en manera alguna resultado de la configuración del terreno sino de un plan claramente trazado. Las piedras que componen las murallas son bloques macizos de piedra calcárea azul, irregulares en forma i dimensiones i el trabajo es sin duda el más formidable ejemplar del estilo llamado ciclópeo existente en América. La muralla exterior, como tengo dicho, es la más sólida. Cada saliente termina en un inmenso bloque de piedra, tan alto a veces como la terraza que soporta, pero que por lo general sostiene una o mas grandes piedras que sólo son menores que él en tamaño. Una de estas piedras es de 27 pies de alto 14 de ancho y 12 de espesor. Las piedras de 15 pies de largo, 12 de ancho i 10 de espesor son comunes en las murallas exteriores. Ellas son ligeramente convexas en la cara y marcadamente biseladas hacia las juntas. Las juntas por la injuria del tiempo, de los terremotos, de la intemperie y de la violencia, ya no están ahora como estuvieron siempre tan perfectas como las describen los cronistas, sin embargo, se ajustan maravillosamente con una precisión que se ve rara vez en las modernas fortificaciones. Los muros interiores están compuestos de piedras más pequeñas y regulares y son menos importantes.

Cada muralla soporta una terraza, plataforma o relleno compuesto de grandes piedras brutas y el "ripio" proveniente del labrado de las piedras, según pude observarlo en

las excavaciones hechas por los buscadores de tesoros. (1) La parte alta de cada muralla se elevaba originariamente de 3 a 8 pies por encima del nivel de la terraza, formando un parapeto con un banco interior o escalón donde podía colocarse el defensor para descargar sus armas arrojadizas contra los asaltantes. Para impedir la acumulación del agua detrás de las murallas, los constructores labraron pequeños canales de drenaje a través de los muros. En cada dos ángulos cerca de la base de la construcción, como lo hacían comunmente en todos sus andenes y muros de retención. Los ángulos entrantes no estaban todos formados por la intersección de los bloques de piedra. También en este adoptaron la forma común en muchas de sus construcciones más regulares que consistía en labrar el ángulo en una sola piedra, de tal manera que cada extremo de ella formaba parte de los muros laterales. Es imposible concebir la variedad de formas de las piedras, especialmente de aquellas de la muralla exterior la cual, como dice Garcilaso "mas bien está compuesta de rocas que de piedras". En algunos casos, dos inmensas piedras de 14 a 15 pies de alto y de 10 a 12 de ancho se encuentran separadas por sólo una cuña de un pie y medio o dos de ancho de la misma altura que las piedras. En otros casos la parte superior de la piedra es un ángulo entrante y la parte inferior un ángulo saliente, pero ambos concuasan perfectamente con las piedras adyacentes.

Las extremidades de estas sólidas murallas han sido destruidas pero hay señales de que habían entradas o pasajes en cada extremidad así como tres portadas en el frente principal. Los cronistas hablan solamente de tres llamadas respectivamente. Ttiopunco, "La Puerta de la Arena", Accahuana punco, "La Puerta de Accahuana" que fué uno de los arquitectos de la construcción y la tercera Huiraccocha punco o "Portada de Huiraccocha". La entrada principal estaba un tanto hacia la izquierda del centro de la línea de murallas donde se omitió una saliente dejando un espacio rectangular de 63 pies de largo por 25 de ancho. En el centro del lado de la izquierda de este espacio, en medio de dos bloques de piedra de los cuales el uno forma el ángulo y tiene 15 pies de largo 9 de ancho y 12 de alto, se dejó una abertura de 4 pies de ancho. A través de esta abertura ha-

(1) Es muy instructivo observar la estructura interna de el relleno de los andenes: la capa superior es de tierra arable y las inferiores son de arena, cascajo y piedras, por su orden, con canales en el fondo, todo lo cual favorece la permeabilidad, la filtración y el drenaje.—N del T.

bían escalones que conducían a la terraza interior, habiéndose formado el pasaje con grandes piedras. Afirmán los cronistas que estas aberturas, en tiempos de peligro eran cerradas con bloques de piedra, los cuales pueden aún encontrarse cerca de algunas de ellas y para la colocación de los cuales se suprimía un escalón en la parte interior del muro. La entrada a través de la segunda muralla en este sitio es más intrincada y se abre contra un muro transversal y los escalones se dirigen de derecha a izquierda hasta llegar a la segunda terraza. La tercera muralla tiene tres entradas, una sencilla, como la de la primera muralla, y la segunda como la de la segunda. Las pequeñas entradas a derecha e izquierda de las principales ya descritas son simples aberturas que no están una enfrente de otra sino en salientes alternas. La portada situada más hacia el E. que las otras a través de las murallas paralelas, que conduce perpendicularmente a la línea general de fortificaciones, está casi perfecta y muestra claramente la escalera. Tiene ésta 10 escalones, cada uno de diez puñadas de alto y 12 de ancho.

El terreno, dentro de las murallas se eleva hasta 60 pies y es rocoso. Varias masas de roca metamórfica y calcárea afloran del suelo o se encuentran esparcidas sobre él. En una de estas ha sido excavada una caverna de 40 pies de profundidad y en otra se han labrado asientos y escalinatas. Hay aquí fracciones de los cimientos de construcciones considerables de piedras regulares, pero cuyos planos no pueden ahora descubrirse. Son probablemente restos de lo que los cronistas describen como tres pequeños fuertes o ciudadelas dentro de la fortaleza principal. Dícese que dos de estas construcciones eran cuadrangulares y la tercera redonda. La última era la mayor y la central, se llamaba "Muyumarca" o edificio redondo y estaba destinada para alojar al Inca i su familia en caso de peligro juntamente que los tesoros reales i los del Sol. Se dice que estaba ricamente ornamentado i cubierto de oro i plata. Y también que comunicaba por subterráneos con las torres cuadradas destinadas a la guarnición de la fortaleza i con los palacios reales i el templo del Sol. Puede creerse la primera parte de esta relación porque hay restos de tales pasajes subterráneos, pero no es creíble que ninguno de estos descendiera casi verticalmente 764 pies y que después penetrara horizontalmente en la ciudad.

Prescott ha dado el nombre de "La fortaleza" a los tres torreones y sufre equivocación al suponer que no habían

más que dos líneas de murallas que impedían llegar a ellos del lado opuesto a la ciudad. Esto es tanto más extraño, cuanto que Garcilaso y otros dicen que eran tres las murallas y que ellas constituían la "fortaleza" la que consideraban como la octava maravilla del mundo. Como tengo dicho, en un desesperado esfuerzo para recobrar la fortaleza de poder de los indios insurrectos Juan Pizarro fué herido mortalmente y de las almenas de Muyumarca se precipitó el jefe Inca cuando la victoria de la batalla se inclinó a favor de sus enemigos. Fué este el último golpe al poder de los Incas.

Las piedras de que está edificada la fortaleza de Sacsahuaman son calcáreas y bloques de ellas se encuentran aún detrás de los muros de la fortaleza y en toda la meseta adyacente. Es probable que algunas de las piedras de la fortaleza fueron recogidas cerca de la misma, donde se encontraban naturalmente pero es evidente que las demás fueron traídas de los acantilados de calcáreo que rodean la meseta, de tres cuartos a una milla de distancia. Dos caminos distintos de pendiente regular se conservan aún y conducen a estos acantilados donde las evidencias de la cantería son tan claras como lo son en Quincy, en Massachusetts. La roca es calcáreo de acantilados evidentemente muy cambiada y con fisuras resultado de la acción ígnea, que se despedaza en grandes bloques irregulares, muy agrietada por la acción de la intemperie. La tierra y los escombros eran excavados al pie del acantilado y cuando los bloques se desprendían por su propio peso, eran labrados en parte en el mismo lugar, empujados hacia la fortaleza y colocadas en su sitio, bloques a medio tajar todavía permanecen en las canteras y algunos en perfectas condiciones a la vera de los caminos a que me he referido.

Que las piedras eran arrastradas, inferimos simplemente del hecho de que ellos no tenían animales de tiro. Por consiguiente, las piedras eran transportadas aplicando la fuerza humana sobre rodillos de piedra o madera y empujadas por planos inclinados hasta el lugar de su destino. Si la fuerza de mil hombres era insuficiente para moverlas, era posible para los Incas emplear diez veces este número en esa empresa. Los Incas, aunque Garcilaso diga lo contrario, tenían cables y cuerdas y no he visto aquí ni en otras partes que el tamaño de las piedras no pueda ser vencido por la fuerza del número. No puede suponerse ni por un instante que los bloques de calcáreo fueran traídos del otro lado del río Yucay, de 15 leguas de distancia, cuando precisa-

mente la misma piedra se encuentra a la mano en cantidades inagotables. (1) La gran piedra Saikusecca o piedra cansada de la que Garcilaso y otros afirman que necesitó 20 mil hombres para ser movida y que rodando mató 300 hombres es una enorme masa de mil toneladas o más y ciertamente nunca fué movida aunque tan lentamente por la fuerza humana. Su parte alta como la de otros cientos de rocas en la meseta está tallada en forma de asientos o receptáculos de una gran variedad de formas, sus costados están tallados en forma de nichos i escalinatas y el conjunto forma una escultura incomprensible al parecer sin objeto pero de primorosa ejecución. La piedra más grande de la fortaleza tiene un peso calculado en 361 toneladas.

El agua fué conducida a la fortaleza por acequias, del río Rodadero y del curso superior de los afluentes del Huatanay. Los canales de estas acequias son en parte subterráneos y el origen del agua que corre por algunas de ellas es desconocido. Dos ingenieros nacionales se ocuparon varios días durante mi permanencia en el Cuzco en buscar dónde uno de estos acueductos, según la tradición fué obstruído o desviado por algún indio, pero no encontraron el sitio.

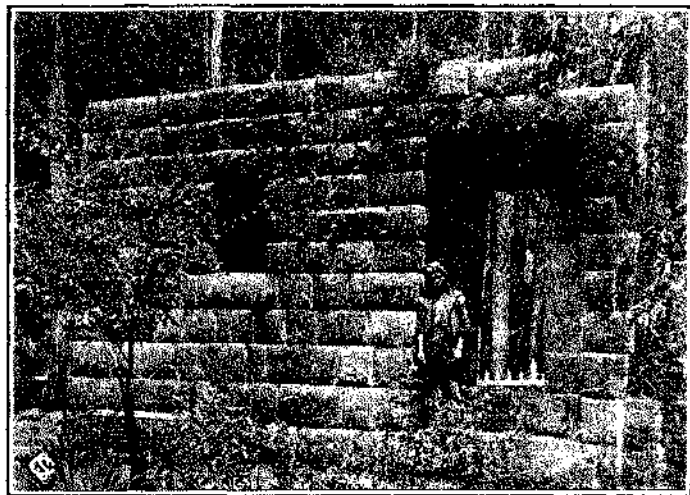
A 300 pies frente de la fortaleza está la masa de roca traquítica en forma de domo llamado el Rodadero, la cual en el lado que da a la fortaleza fué cubierta de terrazas de piedras grandes y primorosamente labradas que fueron removidas y acarreadas a la ciudad. Esta roca se llama también la piedra lisa. (2).....Su superficie convexa es acanalada o estriada como si la roca hubiera sido expulsada en su estado pastoso a través de una grieta irregular del terreno y se hubiera endurecido después con una superficie lisa y vítrea. Una porción de barro empuñada en la mano produciría al escurrirse entre los dedos algo de forma semejante en miniatura. Se dice que los niños de la familia real se divertían rodando por esta superficie resbaladiza en los días de fiesta en tiempo de los Incas, diversión que no ha quedado aún en desuso entre la juventud del Cuzco. Aquí tengo que aludir a una curiosa equivocación en que han incurrido Rivero y Von Tschudi, juntamente que sus traductores relativa a esta roca. Engañados por la designación "Rodadero" ellos

(1) Este razonamiento tan sencillo y convincente no se les ocurrió a cuantos no vieron la cantera a la mano o la miraron y no la vieron.—N. del T.

(2)—Véase la nota de la página 74. Squier la llama "roca anfíblica", y también "roca traquítica"; Markham, "piedra calcárea", y Dueñas, "diabasa alterada".—N. del T.



Las iglesias y conventos son grandes y numerosos. Página 63.



En materia de labrado y juntura de piedras, nada hay en el mundo que pueda superar la maestría y precisión que ostentan los muros Incas del Cuzco. Página 51.

han descrito esta eminencia que tiene más de media milla de circuito y por lo menos 80 pies de alto, como sigue: "a corta distancia de la fortaleza hay un gran bloque de piedra de roca anfibólica conocida con el nombre de piedra de rodar, que servía y sirve aún para la diversión de los habitantes que ruedan en ella como el rodillo de un jardín y que tiene una canal formada por la fricción?"

En la parte más alta de la roca del Rodadero hay una serie de grandes asientos que se elevan unos encima de otros en el frente y a los costados formando como una escalera tallada con insuperable maestría en la dura roca. A esto se llama el "Trono del Inca" Y cuenta la tradición que aquí venían los Incas durante tres reinados a presenciar los progresos de la construcción de la fortaleza. Hay otros asientos más pequeños debajo de los anteriores, que según la misma tradición eran ocupados por la Corte del Inca.

Como tengo dicho, las rocas de la meseta detrás de la fortaleza, principalmente de piedra calcárea están recortadas y talladas en mil formas. Aquí un nicho o una serie de nichos, acullá un asiento ancho a manera de sofá o una serie de pequeños asientos; más allá una serie de escalones, luego un grupo de depósitos cuadrangulares, rectangulares octogonales; largas hileras de acanaladuras, algunos huecos que conducen a algún reservorio por alguna fisura de la roca artificialmente ensanchada en una especie de canal y todo esto tallado con la exactitud y pulimento del mejor trabajo en mármol. En algunos casos las rocas tenían muros de piedra labrada construídos alrededor o en parte contra la roca y presentan huellas de pequeños edificios en su parte superior que dan la impresión de que eran adoratorios de cuyos canarines el sacerdote revelaba presagios respondiendo a las ofrendas de chicha y maíz.

Una parte de un acantilado de piedra calcárea, no lejos del Rodadero, se llama la Chingana o laberinto, bien merece ese nombre. Es una fisura natural en su origen. (1) Esta fisura ha sido modificada por la mano del hombre que abrió nuevos pasajes a manera de corredores, pequeñas habita-

(1).—Los amantes de lo prodigioso creen que el cerro mismo es artificial. Según ellos, "los antiguos", no sólo amasaban las rocas sino las montañas.

Los mitos telúricos y geológicos han sido poéticamente explotados por Luis E. Valcárcel en sus áticas leyendas "Los Hombres de Piedra" del libro "De la Vida Incaica".

Las Chinganas son resultado de la disolución del carbonato de cal por la infiltración del agua de lluvia cargada de ácido carbónico, como las cavernas de Huarari en nuestra provincia de Chumbivilcas o la cueva del Mammut en Estados Unidos.—N. del T.

ciones, nichos, asientos, etc., formando un conjunto que requiere mucho cuidado para no aturdirse y perderse. Las ramificaciones interiores más remotas no pueden ahora seguirse, desde que el General San Román, siendo prefecto del Cuzco, las mandó tapiar para evitar accidentes, habiendo sido el último la pérdida de tres niños que perecieron de hambre en el laberinto de la Chingana. Hay una tradición de dos estudiantes que hace muchos años emprendieron la exploración de la Chingana y que siguiendo sus pasajes llegaron a dar bajo el templo del Sol y pudieron oír distintamente a los frailes de Santo Domingo que cantaban la misa, "Todo lo cual", en los términos en que las comisiones terminan sus informes "es respetuosamente salvo mejor parecer".

He descrito así, tal como es, la gran fortaleza del Sacahuaman desde el punto de vista moderno. Es un error de nuestro viejo cronista Garcilaso, que la fortaleza no podía ser dominada aún por la artillería. Es dominada en gran parte del Rodadero a un tiro corto de fusil y de las alturas de Ccántupata, a la izquierda del río Rodadero, es completamente dominable por la artillería más ligera y una porción de ella hasta por flechas. Sin embargo, fué sin duda una fortaleza inexpugnable, dado el arte de la guerra de los tiempos antiguos, cuando las hondas y flechas eran las armas ofensivas de mayor alcance.

He aludido a la tradición transmitida por los cronistas de que la construcción llamada la "fortaleza" de Tiahuanacu fué el modelo según el cual se construyó la de Sacahuaman. Claro es que los declives de la primera eran sostenidos por tres o más muros de retención, cada cual con una terraza intermedia i quizás con un parapeto en la parte superior. Pero aquí terminan las semejanzas. Los muros de la una eran rectos, los de la otra con ángulos salientes. La una era de forma regular, las defensas de la otra se conformaban a las irregularidades del terreno. La una ocupaba una situación estratégica y era una verdadera fortaleza y la otra, no dominaba nada y podía a lo sumo servir de un refugio temporal.

Los autores antiguos discrepan acerca de la época de construcción de la fortaleza del Cuzco. Garcilaso la atribuye principalmente a Yupanqui, undécimo Inca que se coronó hacia 1400 y reinó 39 años. Dice él que Pachacutec, el décimo Inca y padre de Yupanqui concibió y dejó el plano con una gran cantidad de piedras preparadas para el edificio, que no se terminó la construcción hasta el reinado de Huayna Capac, padre de Huascar y Atahualpa, poco an-

tes de la llegada de los españoles. (1) Podemos simpatizar con las lamentaciones del viejo descendiente de los Incas quién escribe así:

“Los españoles, engreídos con sus victorias bien pudieron respetar esta fortaleza y conservarla para su propia gloria y para mostrar a las venideras generaciones la grandeza de sus conquistas y para eterno recuerdo de sus hechos. Pero en lugar de esto, la destruyeron deliberadamente para ahorrarse el trabajo de labrar piedras para sus edificios y desbarrancaron hacia la ciudad todas las piedras labradas de tal manera que no hay casa en ella que no esté construida con piedras de este soberbio monumento de los Incas. De este modo la majestuosa construcción fué casi totalmente arruinada para eterna pesadumbre de quienes la vieran en lo venidero y contemplaran sus restos”

Las tres murallas de peñas dején pie porque no las pueden derribar por la grandeza de ellas, i aún con todo eso, según me han dicho, han derribado parte de ellas buscando la cadena de Huaina Ccapac porque tuvieron conjeturas que la habían enterrado por allí” Trecientos años no han sido suficientes para desvanecer la idea de que enormes tesoros están escondidos dentro de la fortaleza ni han bastado trescientos años de excavaciones más o menos constantes para desanimar a los buscadores de “tapados”. Al hacer nuestro estudio topográfico de la fortaleza i del Rodadero encontramos frecuentemente en las mañanas al reanudar nuestro trabajo, que las estacas que habíamos plantado para señalar el sitio desde el cual debíamos proseguir, habían sido removidas i el terreno profundamente excavado durante la noche.

Yo dudo de que en todo el pueblo, sea de las clases superiores o inferiores de la Sierra se encuentre media docena de personas que no tengan para sí la idea de que las investigaciones de los antiguos monumentos no sean otra cosa que un ridículo pretexto para buscar la cadena de Huaina Ccapac o algún otro “tapado” de valor equivalente. (2)

Presumo que no serían pocos los que a mi regreso un tanto precipitado a la Costa, cuando comenzaron las lluvias, habrían jurado que había encontrado el “tapado” i

(1) “La fortaleza” es probablemente mucho más antigua. El calificativo “Incaico” aplicado a las ruinas no tiene un sentido estricto.—N. del T.

(2).—Por mucho que nos duela, hay que confesar la obsesión de los “tapados”. No es el que comentamos el único párrafo en que el autor se burla de esta manía nacional. Y lo mismo hacen Mr. Bingham y otros.—N del T.

no es imposible que las galgas que soltaron en los desfiladeros de Andahuailas tuvieron por objeto espantar las mulas que se creían cargadas con los tesoros de los Incas, i despojar de ellos a los herejes extranjeros. Qué desencanto para los espíritus estrechos de los asaltantes si hubieran logrado apoderarse de los codiciados cajones y hubieran hallado que se encontraban llenos de cráneos i tiestos!

En un manuscrito del Museo Británico del cual poseo una copia encontré un curioso relato concerniente a los supuestos tesoros de Sacsahuaman, debido a Felipe de Pomanes, que dice: "Es un hecho, bien probado i generalmente creído que en la fortaleza del Cuzco existe un salón secreto donde se oculta un inmenso tesoro que consiste en las estatuas de oro de todos los Incas. Vive una señora, doña María de Esquivel la mujer del último Inca, que visitó este salón y yo le he oído referir cómo la llevaron a verlo.

"Don Carlos, el marido de esta señora no vivía con el lujo y el esplendor digno de su elevado rango. Doña María se lo echaba algunas veces en cara declarando que había sido engañada al casarse con un pobre indio bajo el pomposo título de Inca. Repitió esto tan a menudo, que don Carlos exclamó una noche: Señora, ¿quereis saber si soy pobre o rico? Ya vereis que ningún noble ni rei del mundo tiene tesoro más rico que yo. Tapándole en seguida los ojos con un pañuelo, le hizo dar dos o tres vueltas, i cogiéndole por la mano le hizo correr una distancia corta antes de quitarle el pañuelo. Al abrir ella los ojos ¿cuál fué su sorpresa? No había andado arriba de doscientos pasos, había bajado unos pocos escalones y se encontraba en un gran salón cuadrangular, donde colocadas en bancos alrededor de la pared vió las estatuas de los Incas, cada una del tamaño como de un niño de 12 años i todas de oro macizo, también vió muchos vasos de oro i plata en una palabra según ella decía, era de los tesoros más magníficos del mundo entero". (1)

Cómo se comportó ella después no lo dice el cronista i si le sonsacó a don Carlos Inca para mandarle sacar una estatua de sus mayores o un pedazo de oro, tampoco no lo sabemos. Pero el cronista dice que no es presumible que un autor de tanto juicio i carácter como Felipe de Pomanes dijera una cosa falsa ni que una dama del carácter i conocida virtud como doña María Esquivel fuera responsable de tal falta.

Todo cuanto puedo decir es que si el salón secreto don-

(1). Prescott. Conquista del Perú. Madrid, 1853. Pag. 44.—N. del T.

de ella entró no ha sido aún encontrado i despojado, no ha sido por falta de excavaciones, porque dudo que haya un palmo de terreno en Sacsahuaman que haya escapado de ser escarbado una docena de veces. Habían hombres constantemente ocupados en ello durante todo el tiempo de nuestra estadía. Acaso nuestra visita dió nuevo impulso a las excavaciones i la búsqueda de tesoros ocultos, a tal punto que declararía que es la principal ocupación de los habitantes del Perú. El tiempo, el dinero i el trabajo empleados en socavar i dismantelar los edificios antiguos, han podido ser suficientes para construir un ferrocarril de un extremo a otro del territorio, para dotar de muelles a los puertos i lo que es más necesario para proveer de abastecimientos a las ciudades.

NOTAS FINALES.—Llamaremos "el prejuicio de las fortalezas" aquello de pensar y escribir que todos los andenes son obras de defensa "contra el enemigo" sin fijarse en la topografía del terreno ni en la orientación de las "murallas", ni aún en las armas de que pudieron hacer uso los "asaltantes", y el de describirlas en términos de la milicia encontrándolas conformes con los principios de la Ciencia de la Guerra, de Vaubán, &c. Del mismo modo podemos hablar del "prejuicio de los templos".

En esto de interpretaciones arqueológicas creo que sabemos tanto como sabían los mismos Incas!—Mr. Bingham cree que la "Fortaleza" es un adoratorio. Véase su obra "Inca Land", página 167. N. Y. 1922.—N. del T.

Rocas del Cuzco.—No terminaré mis notas petrográficas sin apuntar que las fachadas de los templos de San Sebastián, de la Compañía, de la Universidad, etc., fueron construidas probablemente con la lava de Huaccoto que es una andesita de hiperesteno. La lava no alterada por la intemperie es de color gris claro, pero la acción prolongada de la intemperie le da un color rojizo muy agradable a la vista. Comparada con el pórfido de angita y diorita de la calle de Hatun Rumicco (muro donde se encuentra la piedra de los doce ángulos), que es de color verdusco, y que fué muy empleado por los antiguos peruanos sus construcciones, la piedra de Huaccoto se disgrega fácilmente por la acción de la intemperie. Las piedras de color obscuro (templo del Sol) son del basalto de Rumiccolca y las grises azuladas (muros de la "Fortaleza") de carbonato de cal. Esta última es sedimentaria y fosilífera, en tanto que todas las demás son ígneas de distintas clases. Véase el mapa geológico del profesor Gregory.—N. del T.

CAPITULO XXIV

El valle de Yucay.—Ollantaytambo.

El río Yucay es el origen del Amazonas.—El valle de Yucay.—Caminos que conducen a él.—Chinchero y sus ruinas.—La Meseta.—Vista del valle de Yucay.—Clima del valle.—Los Andenes o Jardines de los Incas.—Su Palacio de Verano.—Urubamba.—La Hacienda Umeres.—Viaje a Ollantaytambo.—Antiguo Cementerio en un acantilado.—El bolsón de los Antls.—Antiguas fortificaciones.—El Gobernador de Ollantaytambo.—Recepción por el señor Gobernador.—Inquisiciones de Anticuario.—La aldea de Ollantaytambo.—La antigua Fortaleza.—Bloques de pórfido.—Las piedras cansadas.—Vista desde la Fortaleza.—La Colina de los Flautistas.—La Escuela de las Vírgenes.—La horea del hombre y horea de la mujer.—Casas incaicas en la aldea.—Plano de la antigua ciudad.—Los habitantes actuales.—Viaje a las canteras.—Puentes colgantes o de mimbres.—Viaje peligroso.—El camino de la montaña.—Adoratorios diminutos.—Las canteras.—El cura de Ollantaytambo.—El Clérigo del Perú.—Ollantaytambo, ciudad de frontera.—La leyenda de Ollantay.

El valle de Yucay probablemente el más hermoso del Perú, está formado por el arroyo que vimos escurrirse de la obscura laguna de la Raya, convertido ahora en un gran río que lleva los nombres de Vilcanota, Vilcamayo, Urubamba y Yucay, según las lugares por donde pasa; es en realidad el Ucayali y el origen del Amazonas. El valle está separado del bolsón del Cuzco por una elevada meseta irregular o *puna*, que hay que atravesar en una jornada ardua de todo un día, aunque la distancia en línea recta es ape-

nas de algo más de veinte millas (1). Los Incas construyeron dos caminos sobre esta frígida serranía: uno directo del Cuzco a Yucay que pasa por el establecimiento intermedio de Chinchero, donde tenían un palacio; y el otro más tortuoso por Chita-pampa donde el joven Luca Viracocha estuvo exilado pastando los rebaños de su airado padre hasta que el Hermano del Sol le dió la victoria y el poder. Los caminos, de los que aún quedan secciones, eran empedrados, combados por en medio y con una hilera de piedras más grandes en cada lado, y aberturas a intervalos para el desagüe. El camino era sostenido por muros en algunas secciones con cuevas zigzagueantes, que en su plan y ejecución demuestran un trazado conveniente y mucha habilidad.

En Chinchero hay muy bellas ruinas. La plaza actual del pueblo es antigua, flanqueada por un lado por una terraza de varios centenares de pies de largo, sostenida por un muro de retención que es el más hermoso y más bellamente decorado por nichos, de cuantos he visto en el Perú. Los edificios, probablemente palacios incaicos, construidos sobre esta terraza, han desaparecido en su mayor parte, pero una sección de los muros, semejante a los del Templo del Sol en el Cuzco, aun forma parte de la vasta y original iglesia de la aldea. Los antiguos edificios estuvieron un poco atrás del filo de la terraza, la cual es notable, pero de ninguna manera singular por estar coronada por una cornisa o alero de grandes piedras. La terraza tiene 12 pies de altura; la mayor parte de los nichos 7 pies de alto por 3 pies 10 pulgadas de ancho en la base, 3 pies 3 pulgadas en el tope y 2 pies 7 pulgadas de profundidad. Hace algunos años, una parte de esta bella terraza fué derribada por los buscadores de *tapados*, y debo aplaudir el hecho del prefecto de entonces, señor Garmendia, quien obligó a los iconoclastas a reedificar la obra que habían destruído. La restauración es tosca, pues los miserables fueron incapaces

(1) En la actualidad, se puede ir por tren del Cuzco a Huambutío (32 km.), recorrer el valle en automóvil hasta Urubamba (70 km.) y de aquí en tren hasta Torontoy (50 km.) pudiendo volver por tren directo al Cuzco. También hay una excelente carretera al valle de Jaquijahuana (30 km.) y un ramal de la misma hacia Chinchero. Debe construirse otro ramal a Urubamba partiendo de Iscuchaca (Anta). Los magníficos caminos incaicos, hasta hoy abandonados, tienen que restaurarse y convertirse en carreteras en cumplimiento de la ley de 1920 que establece el servicio obligatorio de caminos, sin exceptuar sino a los niños, ancianos, militares en servicio y a los frailes, pero que en realidad pesa exclusivamente sobre los indios descalzos como la ley de servicio militar.—N. del T.

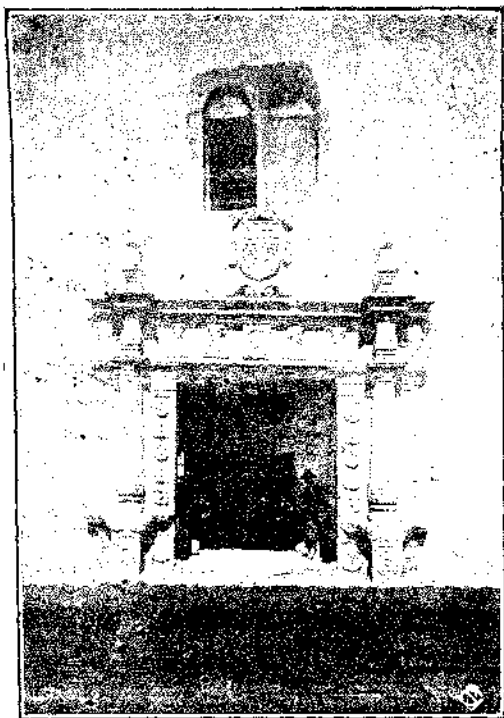
de juntar las piedras que habían desmoronado: más fácil es destruir que edificar.

En la vecindad de Chinchero hay grandes rocas talladas semejantes a las de Saqsahuaman, más bellamente labradas si fuera posible y tan enigmáticas como aquellas. La más interesante es una de piedra calcárea cortada en gradientes y con una gran protuberancia como el pedestal de una estatua, sobre la cual, está grabada en alto relieve la figura de un puma yacente, con uno de sus cachorros entre las piernas como si estuviera mamando. El diseño y la actitud se distinguen pero los detalles se han perdido, puesto que es costumbre de los chicos del pueblo arrojar piedras contra el *gato de los gentiles*. Las manos de los antiguos curas, probablemente, dañaron mucho la obra. (1)

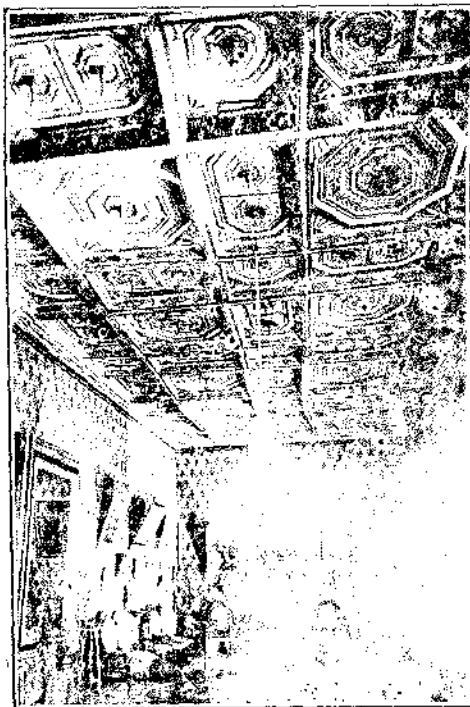
Dos leguas más allá de Chinchero llegamos al abrupto borde de la meseta en que se encuentra y contemplamos casi verticalmente debajo el valle de Yucay a 4000 pies de profundidad. Aquí el viajero se detiene instintivamente, pues el paisaje que se le presenta es nunca visto e insuperable en belleza o grandiosidad. En frente se eleva el gigantesco ramal de los Andes que separa los valles de Vilcamayo y Paucartambo con abruptos declives de roca desnuda, altos picos nevados y argentados glaciares, puntiagudos brillantes, distintos, excepto cuando las nubes se elevan de su vertiente oriental para disolverse en ráfagas de hielo en la cumbre. Los grandes picos de Chicón, Huacahuasi y Calca se hierguen con majestad sólo comparable a la del enorme Sorata y con la impetuosidad de los picos Alpinos Jungfrau, Eiger y Matterhorn. Los glaciares que se encuentran entre ellos tienen una extensión comparada con los de los Alpes, como la de una pradera del Oeste en relación con una vega del valle de Nueva Inglaterra.

Desde la cresta resplandeciente de estas excelsas montañas, la vista desciende pasando por todos los matices de sombra y color, salvando barrancos y precipicios, hasta que se posa sobre los elegantes *andenes* o terrazas de los renombrados jardines de Yucay. Estos se extienden en curvas que circundan la base de las montañas o se proyectan hacia el estrecho valle en el que se desliza el río Vilcamayo, en todas las combinaciones del trazado geométrico. Aunque estamos en la mitad del invierno, cuando las mieses han sido cosechadas, sin embargo, el valle es alegrado por grupos de árboles, huertos y setos vivos que definen los con-

(1) Siendo raras las esculturas resulta interesante encontrar una llamita en el muro de las "siete culebras" del Cuzco.—N. del T.



Los hornos de Los Hornos, Virago y González,
González, las Vegas, Virago y González, y otros avien-
tos. — Página 18.



Algunas de las casas
conservan la elegancia
de hace dos siglos, de la
época en que la nobleza
y el oro del Perú esta-
ban concentrados en el
Cuzco. — Página 35.

tornos de las chacras delineadas por los mismos Incas con esa regularidad que distingue todas las obras de sus manos. Aunque sólo 2500 pies más bajo que el bolsón del Cuzco, el valle de Yucay, abrigado por todos lados, goza de un clima mucho más suave, muy parecido al de Nîmes y otras comarcas del sur de Francia.

Tan fértil como saludable, fácilmente accesible de la capital, con una vegetación excepcional en la Sierra, este valle, hermoso y apacible, bordeado de las más altas montañas del continente, fué desde un principio un retiro favorito de los Incas. Aquí construyeron ellos aquellos maravillosos jardines colgantes que asombran por su extensión y encantan por su belleza, jardines que serán perennes testimonios de la maestría y buen gusto de sus constructores. (1) Aquí también construyeron sus palacios e inmensas fortalezas inexpugnables en todos los destiladeros que conducían a su retiro. Cuando los Incas eran conducidos aquí en literas de oro, con pompa y ceremonia, como jefes supremos de un vasto imperio, rodeados de súbditos que los reverenciaban como a representantes de la majestad y santidad de la Religión y del poder del Estado, se detenían seguramente en las alturas de Chinchero para contemplar con temor y admiración el grandioso panorama que surgía ante su vista, que el pincel puede apenas copiar, pero que la pluma es incapaz de describir.

Enfrente de ellos se erguían las excelsas montañas como barreras insalvables y a sus pies el valle sonriente que sus poetas no se cansaban de cantar, henchido con las obras imperecederas de sus manos, resplandeciendo bajo los rayos del padre Sol. Con la inspiración de semejantes paisajes y en contacto incesante con la naturaleza en sus formas más grandiosas, no es extraño que los Incas se hayan elevado a concepciones más altas e ideas más generales que

[1] Sobre la agricultura de ordenes de los antiguos peruanos es imprescindible consultar la acabada monografía "*Sulcose Farms of the Ancients*" de O. F. Cook, y publicada con bellísimos grabados en *The National Geographic Magazine*, Washington, Mayo 1916. Vol XXIX, Páginas 474 a 534. "Comparados con los jardines colgantes del Perú"—dice el autor—"los de Babilonia resultan insignificantes. Sus monumentos a los grandes eran terrazas para la agricultura en lugar de mausoleos. Sus obras maestras eran jardines y no fortalezas". Los antiguos peruanos figuran entre los pueblos más industrioses y mejor organizados en la historia. Es pasmoso el progreso que alcanzaron en la agricultura. Podemos agregar que los antiguos peruanos [incas y preincas] no todo lo hicieron por la guerra y para la guerra, y más que guerreros sanguinarios fueron pacíficos agricultores.—N. del T.

los habitantes de los sombríos bosques cerrados y naturales del Amazonas, donde el Sol penetra apenas para provocar emanaciones mortíferas, y en que la vida es una lucha inútil contra una vegetación indomeñable, contra los animales feroces, los reptiles venenosos y los insectos ponzoñosos.

Temo haber permanecido quizás mucho tiempo en los jardines del Inca, ya que me es imposible dar una idea de su belleza, la perfección y el buen gusto de su construcción. Uno de los más grandes contratiempos de mis viajes en el Perú, es el no haber podido obtener fotografías del deleitoso valle de Yucay y de sus maravillosos *andenes* desde las alturas de Chinchero. Las lluvias (1) comenzaron, antes que pudiera completar mis exploraciones y me ví obligado a retirarme sin fijar las formas y caracteres de muchos objetos bellos e interesantes. El descenso de los *altos* de Chinchero al valle es largo, difícil y peligroso. Quedan todavía fragmentos del camino zigzagueante de los Incas, sostenidos por sólidos muros de albañilería, de gradiente suave y bastante anchos para el paso de seis personas de frente. Aunque su cuidadosa conservación ha debido ser dictada por la más elemental prudencia—pues hay pocos sitios en que la escarpadura de la meseta puede ser dificultosa—este camino artificiosamente construido ha sido abandonado por los infelices descendientes de los Incas previsores y se ha arruinado totalmente.

Lo que inmediatamente llama la atención del que visita el valle de Yucay, es el vasto sistema de terrazas que se alinean en ambos lados, doquiera la configuración del terreno permite su construcción y de las que forman parte los llamados *andenes* o jardines del Inca. Estas terrazas ascendiendo desde las más anchas, situadas en las playas, escalan las montañas hasta la altura de mil a mil quinientos pies, angostándose cada vez más, hasta que las más altas tienen apenas dos pies de ancho. Las paredes de las terrazas son de piedras brutas, bien unidas, ligeramente inclinadas hacia atrás y de altura variable de tres a quince pies. El agua es conducida por *acequias* o acueductos artificiales que arrancan de alguna quebrada estrecha al pie mismo de la nieve, y pasando por las laderas de las montañas llega a

(1) La estación de lluvias en el Cuzco corresponde al verano y dura de noviembre a marzo. Durante enero y febrero la caída de lluvia es casi continua; la descarga de los ríos es de gran volumen y la erosión vigorosa. El promedio anual de días lluviosos es de 17.—N. del T.

los *andenes*, corre de una terraza a otra y es cuidadosamente distribuida en todas ellas. El paso de una terraza a otra, se efectúa de varias maneras: ya por sendas en zigzag, ya por escaleras regulares pero más comúnmente por el dispositivo a que ya me he referido formada por piedras sobresalientes. Esta descripción puede aplicarse a todas las terrazas corrientes en los cerros, de las cuales está lleno todo el país y que fueron construídas para retener la tierra sobre las montañas precipitosas y en las laderas, que de otra manera serían barridas por la lluvia.

Los *andenes* de Yucay son los más extensos, más regulares y más hermosos de todo el Perú. Están construídos en la boca de una quebrada que en rápida pendiente desciende desde las cumbres afiladas de los nevados de Calca y que entra al valle en su parte más ancha casi en ángulo recto. En el fondo de esta quebrada corre un arroyo brillante y limpio alimentado por el deshielo de los picos nevados y de los glaciares que en el transcurso de las edades acarrearón una enorme cantidad de escombros, rocas y tierra que se acumularon en un montón informe en el valle(1), hasta que los Incas lo nivelaron y le dieron formas simétricas.

El primer trabajo parece haber sido la canalización del riachuelo con muros, de piedra. En seguida ha debido construirse una serie de terrazas semicirculares, sostenidas por paredes rústicas pero duraderas, por encima de las cuales descendía el arroyo dando una serie de saltos. Las terrazas son cada vez más anchas según va disminuyendo la

[1] Tales acumulaciones llamadas en Geología conos de deyección, deltas o abanicos de aluvión, se encuentran en la boca de casi todas las quebradas. En el valle del Cuzco forman una verdadera franja al pie de todos los cerros. Sobre ellos se ubican las grandes ciudades como el Cuzco, Urubamba & y los grandes campos de cultivo como San Jerónimo en el valle del Cuzco y Yucay, cuando no son demasiado pedregosos como el abanico de Yanahuara abajo de Urubamba. Con la construcción de andenes se limpia de piedras el terreno y se utilizan éstas en los muros de retención y en los rellenos. Sobre uno de los andenes de Yucay, como sobre una mesa de billar, puede verse un pilar *in situ* como de 3 m. de alto y 6 de diámetro, que indica el inmenso corte practicado para obtener el terraplén y que los Ingenieros Incas construyeron el sistema de andenes según un plan preconcebido. En otra terraza próxima se encuentran dos enormes peñones solitarios, galgas o cantos rodados (morenas glaciares o canchales), que fueron desenterrados al practicar el corte, o lo que es más probable, descendieron en su sitio al mismo tiempo que se rebajaba el terreno para la nivelación. Son monumentos científicos que debieran conservarse como joyas.—N. del T.

pendiente y el agua es distribuida por un sistema de canales, cada uno de los cuales riega una serie de andenes que se extienden por el frente y los costados de los centrales, adoptando todas las formas posibles, circulares y rectangulares, en gradientes como las Pirámides, y en forma tan perfecta, que el agua del arroyo se distribuye por igual sobre todas ellas, y después es conducida para irrigar las anchas alas que se extienden en largas y hermosas filas, al pie de las montañas, río arriba y río abajo. La serie central de terrazas, la que se eleva a más altura y la que más se interna en la llanura, está formada principalmente de áreas rectangulares con batientes en los flancos, llenas de la tierra más rica, y limpias de piedras. En ellas crece el *maíz blanco* de Yucay, el más noble de los cereales nativos.

En una de estas áreas, rodeado de anchas terrazas que se extendían en graciosa perspectiva, con los altos glaciares de Calca en el fondo y el corte vertical de la meseta enfrente—muy alto entre dos andenes, en un sitio de donde la vista domina grandes secciones del valle fecundo y del río con sus remansos lustrosos y sus rápidos arremolinados, circundado por altos pisonaes de hojas siempre verdes y flores brillantes de color de naranja, encendidas como el crepúsculo, en medio de baños y fuentes en que susurraba y caía el agua—estaba el Palacio de Verano de los Incas. Sólo unos cuantos tristes restos indican el lugar que ocupaba y la perfección de su arquitectura. Las piedras delicadamente labradas de que estuvo construido, se emplearon para la construcción de las iglesias vecinas de Huayllabamba, Calca, Urquillos y Urubamba y de los conventos que los sacerdotes guerreros de la Conquista no tardaron en fundar en el fértil y confortante valle de Yucay. No hay aquí ni un palmo de terreno que no se utilice; toda la tierra está artificiosamente regada. El suelo es rico, y el clima, no obstante estar el valle rodeado por altas montañas nevadas, es suave y deleitoso. No sourie entre los rigores de los Andes un lugar más hermoso que este.

Comencé mis exploraciones por la ciudad de Urubamba (llanura de la araña), la capital de la provincia a la que se ingresa por un elevado puente de piedra de noventa pies de luz y por un medio de una doble hilerá de gigantescos sauces (1). La ciudad es igual que todas las demás de la

(1) El puente de piedra se cayó hace unos treinta años y en su lugar se colocó primero uno de alambre y después otro de hierro. — N. del T.

Sierra, pero su situación puede apenas ser superada en belleza, realizada a nuestros ojos por la reaparición del arbolado que hacía tiempo que no habíamos visto. Además de los grandes sauces y gigantescos pisonaes, encontramos otras variedades comunes de árboles. Centenares de cerezos silvestres (1) bordean los caminos, ya en flor, ya en fruto, mientras que en los jardines cuelgan tentadores los duraznos, las naranjas, las manzanas y los limones. Nuestro huésped señor Uneres, subprefecto de la provincia, un hombre inteligente y emprendedor, nos proporcionó mulas para nuestra visita a Ollantaytambo y una carta de recomendación para el *gobernador* de la ciudad fortificada, situada a ocho leguas (2) de distancia río abajo.

El viaje a este lugar es extremadamente variado e interesante, a través de un paisaje grandioso y pintoresco. A una distancia de tres leguas siguiendo un camino con cerros y casuchas de piedra, sombreado de cerezos y melocotones, llegamos a un paraje en que una ancha quebrada entre altas montañas se abre a nuestra derecha. Esta quebrada se extiende hasta la región de la nieve donde hay un glaciar o una serie de glaciares que parece se reúnen de diferentes direcciones. De esta quebrada emerge un río considerable que se divide por varios brazos que corren sobre una gran masa de rocas, piedras y cascajo que fué acarreada por la quebrada rellenando el valle en una extensión de varias millas y avanzando contra el río. El corte vertical practicado por el río forma una pared de doscientos pies de alto por lo menos de material compacto esculpido en fantásticas formas encastilladas como un conjunto de catedrales góticas (3). La bajada de esta escarpadura no fué cosa fácil, pues la senda era estrecha, precipitosa y llena de piedras rodantes, y, una vez abajo, el camino era igualmente peligroso entre los acantilados y el río.

Más adelante pasado este campo de escombros, el valle se ensancha en una especie de pampa cenagosa, en cuyo ex-

(1) *Capulies*. Sobre la flora de la región del Cuzco, véase las siguientes monografías del doctor Fortunato L. Herrera, catedrático de Botánica en la Universidad del Cuzco: Botánica Etnológica, Cuzco 1919. Contribución a la Flora del Departamento del Cuzco, 1921: *Chloris Cuzcoensis*, 1926.—N. del T.

(2) La distancia de Urubamba no pasa de cinco leguas. Ya hemos dicho que hay tren directo del Cuzco a Ollantaytambo.—N. del T.

(3) Es uno de tantos conos de deyección. Véase la nota de la página 91.—N. del T.

tremo más lejano distinguimos un antiguo edificio incaico en conexión con una serie de terrazas y otras obras complicadas, demasiado ruinosas para ser inteligibles. Sin embargo, inmediatamente detrás de estas construcciones se eleva un alto acantilado lleno de tumbas antiguas, es decir, de excavaciones naturales, y artificiales, en la roca, dentro de las cuales se colocaban a los muertos y se les cubrían con una pared de piedra, estucada y pintada. Muchas de estas tumbas parecen enteramente inaccesibles o a lo sumo por medio de cuerdas colgadas por encima. Nos dimos maña, no obstante, para trepar a algunas de ellas, de las cuales obtuvimos algunos cráneos interesantes. Las cubiertas de algunas de las tumbas menos protegidas se han derrumbado y los huesos que guardaban se han derramado al pie del acantilado o yacen claramente visibles en las partes salientes de las rocas.

Más allá de este Gólgota el valle se estrecha de nuevo en medio de precipicios desnudos de dos mil a tres mil pies de altura que dejan apenas espacio para el paso del camino y del río, este último profundo y rápido de un color verde claro. Nuestra vista se limitaba a un jirón de cielo azul encima y las montañas nevadas de Chicón que se elevan blancas y sepulcrales enfrente, como bloqueando el valle e impidiendo seguir más adelante. De nuevo el valle se ensancha y trotamos por un medio de un bosque de retama española, que aquí es verdaderamente arbórea, densamente cubierta con flores amarillas brillantes y opresivamente fraganciosas, donde vuelan como flechas una gran variedad de colibríes, tan grandes a veces como golondrinas. Ahora las montañas se alejan del río y este se hace menos rápido. En la orilla opuesta o de la izquierda se extiende en anchos prados y campos de cultivo. A través de ellos descende en ángulo recto con el río de una quebrada obscura y abrupta el río Huarcocondo que desagua el elevado bolsón de los Antis. (1) A través de esta quebrada hay una senda áspera y peligrosa que conduce a la llanura de encima y que los Incas protegieron con obras de considerable extensión en su desembocadura. Pero las principales estaban más lejos río abajo, en un sitio en que un cerro bajo se extiende casi a través del valle. Este cerro fué escalonado con altos

(1) Debe decir de Anta o de Jaquijahuana. El sitio de la desembocadura se llama Pachar y la quebrada, Pomatales. En ellas se encuentran las ruinas de Huispang y Huatta; a considerable altura sobre el ferrocarril a Santa Ana, que pasa por la quebrada.—N. del T.

muros verticales que se elevan desde el lecho mismo del río, por todos sus lados hasta la altura de casi cien pies. Sostenido por un cuerpo considerable de hombres dominaba completamente el paso del valle. El río corre con la velocidad de una flecha entre estas terrazas y las escarpaduras rocosas de enfrente, por cuyo borde pasa el camino estrecho y que causa vértigo, por el que transitan obligadamente todos los viajeros a Ollantaytambo.

Desde este lugar y hasta una legua más adelante el valle se estrecha como una simple grieta entre montañas que se elevan a enormes alturas con precipicios casi verticales. La mente vacila esforzándose en distinguir sus cumbres aserradas. Es esta una de las *portadas* de los Andes, oscuras y frías, que conducen a los llanos del Amazonas, de las cuales hablan los antiguos cronistas con no disimulado temor. El río parece negro y siniestro en la penumbra y su ruido se convierte en un rugido cavernoso. Las matas de la retama se hacen raras y pequeñas y sus flores pocas y medianas. Enfrente se eleva eternal la cumbre blanca y livida de Chicón. Pustigamos nuestras mulas para pasar a toda prisa esta sombría quebrada y respiramos con satisfacción, cuando el valle se ensancha otra vez y podemos ver campos soleados en lontananza que nos invitan a seguir adelante. Todavía el río nos constriñe contra las montañas, en cuya base hay una serie de *andenes* angostos y ruinosos, en tanto que en la orilla opuesta del río, constreñido a su vez entre sólidos muros artificiales, distinguimos un edificio largo de dos pisos, con torrecillas y troneras, adosado contra el cerro y dominando el estrecho camino que pasa entre él y el río rápido y encajonado. Se parece a los castillos del Rin o del bajo Rhone más que a lo que ya hemos visto y puede ser considerado como un objeto el más sorprendente y pintoresco en cualquier parte del mundo.

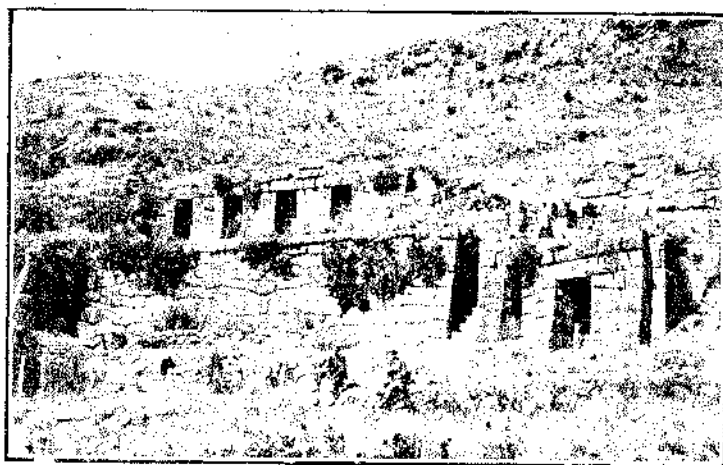
Un poco más abajo de las montañas de nuestra derecha, avanza una alta estribación de roca desnuda frente a frente de nosotros que cruza nuestro camino, rechazando el río a través del valle, el cual se ensancha ahora en playas amplias y planas como una mesa, en las que vemos hombres arando con bueyes. En la extremidad de esta barrera de roca, y entre ella y el muro contra el cual se estrella y arremolina el río, hay un estrecho camino dominado por los muros ciclópeos de otra fortaleza u obra exterior, encima de la cual, encaramada sobre los acantilados y a distintas alturas, vemos torres redondas de piedras de varios tamaños con troneras que se abren en dirección del camino y

desde las cuales podrían precipitarse galgas sobre nuestras cabezas. El camino está bloqueado en parte por los escombros de una de estas torres y por muchas toneladas de la roca sobre la que se edificó, habiéndose derribado todo durante las fuertes lluvias del verano anterior. Estos derrumbes de rocas son frecuentes en los Andes y a veces hacen impasables los llamados caminos, y en ocasiones forman una represa en los ríos y el agua retrocede formando profundas y estrechas lagunas hasta que vence todo obstáculo y produce inundaciones devastadoras. Después de dar la vuelta al fuerte el camino asciende una serie de terrazas bajo muros dentados y cubiertos de nichos hasta llegar a la terraza más alta por la que continúa el camino. Una antigua *acequia* corre por encima en la ladera y deja oír el gorgoteo de aguas invisibles. Ascendiendo aún de aquí hasta el pie de las montañas, vemos debajo los *andenes* que se elevan sobre la playa y que en la estación correspondiente deben producir abundantes cosechas. Mas, frente a frente, avanzando como antes a través del valle y en cruz con nuestro camino divisamos las famosas terrazas de Ollantaytambo, con bordes delineados por altos sauces y arbustos en flor con diminutas cascadas brillantes formadas por el agua que salta de uno a otro andén.

Sobre el *andén* más alto se destaca claramente un grupo de edificios que nuestro guía dice que es la casa del Gobernador a quien estamos recomendados. Ya era tarde; sentíamos hambre y cansancio al mismo tiempo y espolcamos nuestras mulas para llegar cuanto antes a nuestro alojamiento. Pronto llegamos al sitio de un muro macizo y dentado con dos portadas y con canales en los estribos como para recibir un rastrillo deslizante y flanqueados por torres redondas con troueras como las ya mencionadas, empujadas sobre las rocas prominentes de las montañas. Más adelante el camino pasa por entre dos edificios de piedra, todavía habitados. Parecen destinados a los centinelas, y por en medio de ellos tiene que pasar el visitante a Ollantaytambo, hoy como en los tiempos antiguos. El camino continúa por entre una pared alta con nichos y una *acequia* gorgoteante. Encerrados así entre la pared y la montaña y con la vista limitada. Seguimos despacio una milla más adelante. El camino termina. Una calle se abre en ángulo recto a nuestra izquierda y se extiende por algunos cientos de varas por entre muros de piedra y arbustos en flor, hasta que llegamos a una especie de capilla con una cruz carcomida, cubierta con cintas descoloridas y flores



La famosa piedra de doce ángulos. (Página 50.)



Ruinas de Tambo Machay al N.E. del Cuzco

marchitas, desde aquí tenemos que flanquear una y otra vez en ángulos rectos, y al final de otra calle larga, con una *acequia* que corre por el centro, llegamos a la casa o grupo de casas del Gobernador. Son ellas bajas y bastante medianas en realidad, pero a la sombra púrpura de las montañas, cuyas cimas, el sol poniente tiñe de carmesí, parecen un feliz retiro para el reposo. Nuestras mulas enderezaron las orejas y con la visión de campos sin fin de alfalfa, avivaron el paso con brío, llevándonos a través de la portada, al patio empedrado de la casa del gobernador con tanta fogosidad, brío y alboroto, que nos sentimos si no conquistadores, por lo menos *caballeros*.

El gobernador señor Benavente, era un hombre un tanto rico y de cierta importancia, hospitalario y medianamente inteligente. Su casa estaba edificada alrededor de un patio en donde se atan los caballos, comen las vacas; vagan los cerdos en libertad en compañía de los perros, gansos, patos, pollos y de los pequeños cuyes indígenas que entran y salen chillando por los agujeros de todas las paredes. Para la delicia de todos ellos corre la *acequia* por medio patio hacia un pozo entozado del que desciende por los *andenes* para contribuir a la irrigación de los terrenos llanos de abajo. En este pozo abreva el ganado, chapalean los cerdos y se divierten los patos y gansos. De él se saca el agua para beber y en él se lava la vajilla, y cuando la noche recatada tiende su manto, podéis ver por las hendiduras de la puerta de vuestro cuarto, que en él se bañan los criados de la casa, aunque no con mucha frecuencia. Pero como el agua sale del pozo tan rápidamente como entra, puede tenerse por seguro que arrastra consigo todas las impurezas.

El señor Benavente nos dió un cuarto de unos doce pies de lado, cerca del sótano cerrado en que dormían los criados. Tenía el nuestro la ventaja de una pequeña ventana sin cristales debajo del alero y de una puerta que podía cerrarse y permanecer cerrada sólo atrancándola con un palo por dentro. En seguida nos sirvió la comida en su propia *sala* que tenía un piso de barro, una mesa vacilante y un largo banco para sentarse. Había una cama de cuero en un rincón con monturas y frenos encima, todo improvisado, dijo el gobernador, porque la señora, su mujer, cuyos quejidos reprimidos podíamos escuchar a través de un tabique de tocuyo, estaba enferma con fiebre. Le administré previa solicitud: píldoras azules, dos en la noche; granos de

quinina, quince en la mañana; caldo de pollo, ralo, al medio-día. Su curación completa duró tres días.

Teníamos alguna dificultad en disponer nuestros colchones en nuestro estrecho cuarto cuando vino el señor Benavente y participó de nuestro café y coñac. Le pregunté minuciosamente sobre las antigüedades, la fortaleza, la Roca Tarpeya, las grandes "Piedras Cansadas", las canteras, el Puente Incaico, y sobre todas las cosas maravillosas que se nos dijo existían allí. Sobre todo ello parecía muy confundido el señor gobernador, y según creímos, muy ignorante. Por último abrumado por nuestras preguntas, dijo que tenía un libro que hablaba de todo lo concerniente a los *Reyes Incas* y que lo traería. Lo hizo en efecto, y era la traducción de "El Perú" de Prescott.

Al día siguiente nos levantamos y salimos temprano. La mañana aunque un tanto fría era clara y magnífica. Ni un solo rayo de luz llegaba al fondo del valle, pero las nubes que se adherían a las cumbres de las altas montañas de uno y otro lado, eran de oro y grana. Parecía que la luz no llegaba aún a la gigantesca cumbre de Chicón que se elevaba todavía delante de nosotros tan silenciosa y pálida como la muerte y tan remota como siempre. Las montañas de todo el contorno, como ya he dicho, son escarpadas y precipitosas, sin embargo, a miles de pies de altura, distinguimos aún, sobre los acantilados rocosos a los que parece sólo los cóndores pueden llegar, edificios regulares y grandes. Uno en particular parecía estar colgado encima de la casa rústica pero hospitalaria del gobernador. Dijo éste que jamás había sido visitado por ningún ser humano en los tiempos modernos. Al oírlo, Mr. C..... hizo promesa de escalar hasta él y de medirlo al mismo tiempo, lo cual causó el asombro no sólo del gobernador sino de los ciudadanos de color chocolate de Ollantaytambo.

Entre la hora del café y la del almuerzo, fuimos conducidos por largas secciones de muros de terrazas y por las calles de Ollantaytambo—cuyo plano y estructura apenas han cambiado desde la época de los Incas—a través de un riachuelo turbulento y frío, alimentado por el deshielo de los glaciares, de color lechoso, debido a los materiales del cauce que lleva en suspensión, y que, desciende de la quebrada transversal de Patacancha a la fortaleza—obra ésta menos importante que la de Sacsahuaman, pero más complicada y con iguales caracteres de perfección.

Durante mi permanencia de dos semanas en Ollantaytambo, ascendí a menudo a la fortaleza, tomé medidas, bujé y fotografié los aspectos más importantes. Está

edificada sobre la estribación de una gran montaña nevada que se prolonga entre los valles del río Patacancha y del río del cual he hablado tan a menudo. En ambos lados de dicha estribación se edificaron terrazas, excepto donde presentan rocas verticalmente escarpadas. La subida se efectúa de un lado por escalones, y del otro, por un plano inclinado de una milla de largo. Este plano por el que se llevaron las gigantescas piedras de la fortaleza, y sobre el cual quedan aún muchas, está protegido a intervalos por edificios cuadrados de piedra, con troneras, un tanto parecidos a nuestros fortines, y sostenido por una pared de piedra inclinada hacia adentro, hasta de sesenta pies de altura en algunos sitios.

Las murallas exteriores de la fortaleza zigzaguean por los flancos de la montaña y doblándose en ángulos rectos se extienden hasta un precipicio de más de mil pies de alto que hace imposible así como innecesaria su prolongación. Son de unos veinticinco pies de alto construídas con piedras brutas y embarradas por dentro y fuera, festoneadas y con una repisa interior para la colocación de los defensores. Pueden fácilmente confundirse con obras de Roberto Guiscard y no son diferentes de las fortificaciones medioevales de aquel jefe que se elevan en la cumbre de las montañas encima de Salerno en Italia. Dentro de las murallas y en la punta saliente de roca que ellas aíslan de la montaña, hay un conjunto confuso de edificios y paredes, grandes bloques porfídicos perfectamente juntados o solitarios, asientos tallados en la roca, portadas de piedra bellamente labrada, con jambas inclinadas hacia adentro; largas hileras de nichos en muros ciclópeos, escalinatas y terrazas con una vieja y vacilante cruz de madera a un extremo de todo ello, inclinándose sobre la población que se extiende debajo como un mapa.

Para una descripción completa de la fortaleza necesitaría de mucho más espacio del que pudiera disponer aunque tal descripción no sería inteligible; así es que no hago más que remitir al lector a los planos y secciones insertados. Las piedras que la componen, o que se encuentran esparcidas en su área son de un pórfido rojo y duro, traído de las canteras que distan más de dos leguas y que se encuentran a dos mil pies sobre el valle y en la orilla opuesta de la fortaleza. Casi todas ellas están bien labradas y listas para juntar y varias hay que tienen cortes para el ajustamiento de la chapa en forma de T que he mencionado al describir las ruinas de Tiahuanaco. Uno de estos bloques de pórfido en una pared que parece ser el comienzo de un edificio cuadra-

do, es de 18 pies de largo, 5 de ancho y 4 de profundidad, no sólo perfectamente cuadrada sino muy bien pulida por todas sus caras, como las piedras adyacentes a las que está unida por juntas apenas perceptibles.

Sin embargo, el grupo más interesante de piedras, es uno de seis lajas verticales de pórfido, ligeramente inclinadas hacia adentro y que sostienen una terraza. Debe observarse que están un poco separadas unas de otras y que los espacios intermedios están exactamente cerrados por listones delgados de piedra. Los lados de estos, así como los de las piedras contiguas están pulidos. En el siguiente cuadro damos las dimensiones de las piedras grandes en pies y décimos, comenzando por la izquierda:

	Nº 1	Nº 2	Nº 3	Nº 4	Nº 5	Nº 6
Altura	11.5	10.7	12.8	12.1	12.4	13.3
Ancho en la base	6.2	4.7	3.7	5.7	7.0	7.1
Ancho en el tope	5.4	4.4	4.2	6.0	6.8	6.4
Espesor	4.0	3.5	2.3	2.6	2.5	9.5

El labrado de las caras de estas piedras no es completamente liso si no que presenta protuberancias que indican que el primoroso trabajo de pulimento no fué acabado (*was never completed*). (1) La piedra Nº 4, presenta vestigios de la misma clase de ornamentación observada en algunos de los bloques de Tiahuanaco, sólo que los adornos están en al-

Estas tetas, abundantes en los muros del Cuzco han intrigado mucho y sido objeto de las más curiosas interpretaciones. Quién escribe se imaginó alguna vez que tenían cierta relación con los quipus. Tienen algún parecido a los signos gráficos para los ciegos; pero la distribución de las mamilas gemelares o aisladas es enteramente caprichosa. Parece evidente, por una parte que en el estilo almohadillado de los muros, no hubo empeño en acabar el pulimento, como dice Squier y por otra, se trata de una consecuencia de la naturaleza o estructura de las rocas que presentan núcleos más resistentes

to relieve. Aunque son gigantescos estos bloques, resultan pequeños en comparación con las "piedras cansadas" que se encuentran sobre o al pie del plano inclinado que asciende a la fortaleza, como si hubieran sido abandonadas por los antiguos obreros. Una de estas es de 21 pies 6 pulgadas de largo por 15 pies de ancho, está hundida en parte en el terreno pero presenta un espesor de cinco pies por encima del suelo.

La vista desde la fortaleza, es en todas direcciones, maravillosa por su variedad, sus contrastes, su belleza y grandiosidad. Todo el valle de Ollantaytambo, está convertido en una especie de jardín por un sistema de terrazas, que una debajo de la otra descenden por escalones hasta el río, niveladas como mesas de billar o a lo sumo con la inclinación indispensable para la fácil irrigación. La orilla más lejana, del río corre por el pie mismo de las desnudas montañas majestuosas y recibe en ángulo recto el torrente turbulento de la montaña ahuecado por el deshielo, al que he aludido y que desciende del valle empujado o quebrada de Patacocha o Marcacocha, donde una encima de otra se elevan largas series de verdes andenes como los asientos de un anfiteatro romano. La *portada* por la cual ingresamos a este maravilloso valle se ve obscura y prohibitiva y la fortaleza con torres que la defiende parece torva y amenazante bajo la sombra de las montañas que la circundan. Río abajo se ve el nevado de Chichón morosamente silencioso y pálido que parece cerrar todos los caminos y repeler toda aproximación. Frente a nosotros, más notable e impresionante que todo está el cerro de Pinculluna o "colina de los flautistas" (1) una mole abrupta de roca exfoliada de miles de pies de alto, recortando nítidamen-

(1) De *pincuyllu*, especie de flauta pequeña. Sobre el instrumental y las características de la música incaica consúltese la tesis del malogrado profesor Leandro Alviña, publicada por la Universidad del Cuzco.

Los paisajes de Urubamba han inspirado bellos artículos desgraciadamente dispersos, como "El Pisonay de Pinculluna" de Ramón Nadal de un romanticismo evocador de los días de la adolescencia.—N. del T.

como la madera, ojos, o la fruta, pepas, núcleos que en Petrografía se llaman nódulos, amígdalas, inclusiones, & y parece que el picapedrero los dejó porque al pretender quitarlos no le resultarían lagas o moldes en lagas de las amígdalas, cosa que no pudo evitar en todos los casos, pues tales lagas de diversos tamaños se notan a la vista, y mejor aún al tacto.—N. del T.

te el cielo con su cresta dentellada. Adosados en sus flancos, en posiciones real o aparentemente inaccesibles, hay numerosos edificios. Un grupo o serie de cinco construcciones largas, una encima de otra, sobre otros tantos andenes, es la "Escuela de las Vírgenes". En una roca escarpada y prominente, con una caída vertical de más de novecientos pies, hay un pequeño edificio, cuya puerta se abre al borde mismo del precipicio: es la horca del hombre, la Roca Tarpeya de Ollantaytambo, de donde se despeñaba a los criminales en los días severos y draconianos de los Incas. Encima y a corta distancia, sobre una estrecha repisa, están las cárceles donde los malhechores esperaban su sentencia. A la izquierda de esta cárcel separado por una gran hendedura de la montaña pero a la misma altura vertiginosa y sobre un precipicio no menos aterrador, está la horca de la mujer o sitio destinado a la ejecución de las mujeres, vestales que habían faltado a sus votos, o ñusttas infieles a su Inca y señor. Visité estos parajes aéreos e hice planos y dibujos de todos ellos.

Ya he dicho que el pueblo de Ollantaytambo ha cambiado poco desde la época de los Incas. La antigua plaza central de la ciudad, y el Mañay-Raccay o "patio de las peticiones" se conserva casi en perfecto estado hasta ahora, y cerca de él y al pie de los precipicios de la fortaleza, se encuentra en iguales condiciones, faltándole sólo el techo, otro de los edificios incaicos. Tiene un piso y medio y está edificado con piedra bruta y barro, originariamente enlucido por dentro y fuera, con una sólida pared central que llega hasta el ápice de los mojinetes, dividiéndolo longitudinalmente en dos piezas iguales. Las esquinas, las jambas y los dinteles de las puertas del primer piso son de piedra labrada. Parece que no había acceso al segundo piso por el interior, pero hay dos puertas de ingreso en lo alto de uno de los mojinetes con cuatro piedras empotradas que parece sostenían una especie de balcón o plataforma, donde probablemente se subía por escaleras de palo.

Es insuperable la regularidad y el gusto con que fué edificada la antigua ciudad. Las calles se extienden paralelamente al arroyo que la surtía de agua, y que estaba y aún está canalizado con muros de piedra. Terrazas regulares de la más rica tierra con escaleras a intervalos, se elevan desde el río hasta el terraplén en que se encuentra la ciudad, y de aquí siguen ascendiendo hasta los riscos de Pinculluna. Las calles longitudinales tienen catorce pies de ancho y las transversales nueve poco más o menos. Cada manzana está rodeada por una muralla alta que forma parte de un

grupo doble de edificios, como se ve en el plano, y cada grupo tiene un patio central y tres segundos patios. El que puede llamarse edificio central o principal, situado frente a las portadas, está dividido longitudinalmente por una pared que llega hasta el vértice de sus mojinetes, de tal manera que una mitad de él pertenece a cada grupo. Como en la casa ya descrita el medio piso superior tiene puerta en el mojinete, cuyo antepecho es una piedra empotrada ancha y plana, a la que se llega por una serie de otras también enclavadas a manera de escalera en la pared divisoria que separa los dos grupos o pabellones que forma la "manzana."

Estas casas antiguas, intactas en lo esencial, están habitadas todavía y por su distribución y otros aspectos nos dan una idea exacta sobre la vida y costumbres de los antiguos. Descubrimos un sistema rígido y ordenado, como supondríamos en un establecimiento de Fourier o en una penitenciaría y que probablemente la población estaba dividida en clases y órdenes. Por otra parte las largas líneas no interrumpidas de muros sin más abertura que una sola puerta de pesadas jambas en cada manzana dan a las calles entumecidas un aspecto monótono y sombrío, la mirada se levanta de ellas con una sensación de alivio hacia el cielo brillante y las altas y nevadas montañas que limitan la vista en todas direcciones.

Si la ciudad de Ollantaymbo está substancialmente como estaba hace cuatrocientos años, asimismo, también lo están los habitantes, ninguno de los cuales habla otro idioma que el quechua. Son gentes melancólicas, tranquilas y trabajadoras, no adictas en especial a la religión Católica, según creo, ya que la pequeña iglesia se encuentra en ruinas; aunque debo añadir que con la falsa idea de que mis cajas fotográficas contenían reliquias de los Santos, las signieron con las cabezas descubiertas y las besaron devotamente.

Pocos días después de nuestra llegada, el gobernador nos condujo a las grandes canteras de pórfido de los antiguos, que están a una altura considerable en las montañas del otro lado del río, al pie de un pico elevado casi siempre envuelto en nubes. Pasamos el río por un puente de mimbres o juncos trenzados, colgante y de una forma enteramente primitiva y que es un ejemplar de los que se usaban universalmente en tiempo de la Conquista. Hay millares de tales puentes en el Perú. El que nos ocupa se distingue por ser de dos luces, cada una de cuarenta pies poco más o menos, con un estribo de enormes piedras en medio río de factura evidentemente mexicana.

Arriba y junto al estribo hay una gran roca, que según la tradición fué colocada allí para protegerlo contra la fuerza de la corriente; pero yo creo más probable que esta defensa natural sugirió la posibilidad de construir el estribo que debía ser macizo para resistir la furia del Vilcamayo en la estación de aguas. Como tengo dicho, el puente consiste de varios cables grandes trenzados de mimbres o varillas en especial de un arbusto resistente llamado "floqque", colocados lado a lado y firmemente sujetos a unos sostenes en cada orilla por una variedad de toscos dispositivos. Sobre los cables se amarran varillas transversalmente con tiras de cuero crudo o con enredaderas, formando una vía de 4 o 5 pies de ancho. A unos cuantos pies de altura y a cada lado se tienden dos cables, con cuerdas que llegan hasta el piso y forman una especie de rejillas pero con aberturas tan grandes que no ofrecen seguridad contra una caída de este puente oscilante, flojo e inestable. Poco antes de nuestra visita un indio borracho, su mujer y su mula habían caído del puente y se habían perdido. Sin embargo Mr. D. corrió a caballo a través del puente con la más grande indiferencia. Estos puentes rara vez están a nivel, y además de hundirse demasiado a menudo las varillas que forman el tablaje se doblan por los lados en tiempo de aguas y se hacen tan resbaladizas que no es fácil mantener firme el paso. Ofrece peligro más grande el paso de puentes largos de esta clase, como los famosos de los ríos Apurímac y Pampas, pues se mecen como una hamaca de un lado a otro cuando el viento sopla por los profundos cañones a través de los cuales están suspendidos a tan grandes alturas que parecen frágiles y aéreos como telarañas. Frecuentemente se hacen impasables por esta causa y los viajeros tienen que detenerse por varios días.

Al otro lado del puente de Ollantaytambo, nuestro camino, pasa por una estrecha repisa entre el pie de las montañas desoladas y el río, ora cortado en la roca, ora edificado contra ella con un muro de retención que se eleva desde el borde del río. El río mismo en toda su longitud, excepto en los sitios en que está encajonado en los precipicios, está confinado entre antiguos muros artificiales de tan primorosa construcción que el ímpetu de las aguas a través de los siglos, no ha podido deshacerlos. Nada más hermoso que el sistema de andenes que sostienen los ricos y nivelados campos y prados de Ollantaytambo en la orilla opuesta del río y que en graciosas curvas siguen las ondulaciones de éste, con sus caras de piedra realzadas

por las enredaderas y arbustos que trepan sobre ellas o cuelgan en festones de sus bordes. (1) Ningún viajero puede verlos sin quedar asombrado por la maestría, la tenacidad y el poder que revelan y que demostrarán por siglos estos silenciosos y grandiosos monumentos.

A la distancia de media legua llegamos hasta una estribación de la montaña que se presentaba abruptamente ante nosotros con un precipicio vertical hacia el río que se arremolinaba a su pie con imponente furia. La senda es estrecha, tan estrecha que no pueden cruzarse dos bestias, y además es pedregosa y empinada. En la cumbre misma había dos torres, flanqueadas por una roca infranqueable hacia el lado del río, poco menores que las que coronan las alturas de la Mediterránea, con aberturas a manera de troneras para completar la semejanza. El camino pasa por entre ellas por un corte en la roca que deja apenas paso para una mula cargada. Al otro lado y al pie de las torres notamos ruinas de edificios, probablemente de los cuarteles de la guarnición que ocupaba esta posición casi inexpugnable en otro tiempo.

Más adelante el declive de la montaña es menos abrupto y escalonado por terrazas que se elevan hasta una plataforma relativamente ancha, a muchos cientos de pies de altura donde se encuentran las ruinas de una antigua población. Ascendimos a través de los *andenes* por una senda empinada y escabrosa hasta un promontorio que domina el río que pasa por enfrente. La senda es tan estrecha que crispera los nervios, un paso en falso haría rodar la mula y el jinete hasta el fondo rocalloso del río, que ahora rugie casi inaudible en la hondonada. Después de trepar el promontorio descendimos rápidamente a un hermoso camino, ancho y de suave gradiente que ondula por la falda del cerro y que llega hasta la cabecera de una enorme quebrada, situada, entre el promontorio sobre el que nos encontramos, y otra estribación igualmente escarpada, distante una o dos millas. Es este el antiguo camino incaico a las canteras de pórfido de donde fueron extraídas las gigantes pedras de la fortaleza de Ollantaytambo. Seguimos por este camino hasta su terminación en la cumbre

(1) En ésta y otras secciones del valle puede verse que los antiguos peruanos construyeron el cauce del río para disputarle una estrecha faja de muchos kilómetros de longitud que aprovecharon para sus andenes de cultivo, lo cual revela la escasez de la tierra en relación con el número de habitantes y un prodigio en la máxima utilización del terreno.—N. del T.

del promontorio, desde donde eran empujadas y deslizadas al fondo del valle que se encuentra dos mil pies más bajo. El plano inclinado está visiblemente gastado por el descenso de las piedras. La nuestro alrededor yacen piedras canteadas que la llegada de los españoles impidió a los antiguos obreros llevarlas al sitio de su destino. No trataré de explicar cómo estas piedras eran trasladadas a la meta a través del río rápido y turbulento en cuyo lecho permanecen aún algunas. Volviendo por el camino de la cantera, encontramos a menudo bloques de pórfido parcial o enteramente labrados, en medio o a los lados del camino. A intervalos se ven chozas rústicas y señales de intentos de cultivo en pequeñas áreas entre las rocas.

A dos millas de aquí vemos elevándose frente a nosotros y extendiéndose a través de la cabecera de la quebrada, dos enormes muros de piedra de más de un cuarto de milla de largo y de treinta a cincuenta pies de alto, que son los muros de retención de las terrazas destinadas a recibir las grandes rocas que el hombre, o el tiempo o los terremotos pudieran sacar de quicio o arrancar de los acantilados de pórfido de encima, e impedir que se precipiten por la empinada pendiente de la quebrada hasta el fondo del valle, donde, al parecer a nuestros mismos pies distinguimos los tejados y las chozas apiñadas de la más rica hacienda de Ollantaytambo. Apiladas sobre las terrazas sostenidas por estos macizos muros, inclinados para adentro hacia la montaña, para asegurar mayor resistencia, hay una masa confusa de millares de bloques de pórfido, como si un glaciar se hubiera convertido en piedra. Algunos de ellos, en su descenso han arrancado porciones de los muros destinados a detenerlos en su vertiginosa caída. Pocos han pasado ambas barreras y están amontonados debajo de la inferior en situación que amenaza una final zambullida en el valle sonriente que se encuentra a tres mil pies más abajo.

Encaramadas sobre las más grandes de estas rocas hay algunas docenas de pequeños edificios un tanto parecidos a las chulpas del Collao, pero apenas más grandes que las casitas que hacen los niños por juego. Son de piedra bruta y barro, con techos o mejor dicho con bóvedas de piedras planas imbricadas como las tejas de una casa moderna y que sobresalen de las paredes a manera de una tosca cornisa. Algunas de estas curiosas construcciones son cuadradas pero la mayor parte de ellas son redondas, de cuatro a cinco pies de alto y poco más o menos otros tantos de diámetro, todas con pequeñas portadas que por lo general se abren hacia los riscos escarpados y amenazadores. Unas

cuantas presentan señales de haber sido embarradas y pintadas por dentro. A primera vista creímos que eran tumbas de los antiguos picapedreros, pero no encontramos huesos humanos en ninguna de ellas y llegamos finalmente a la conclusión de que eran adoratorios, como aquellos situados en torno del Vesubio, que en lugar de una figura de San Juanario o de otro Santo, contendrían alguna huaca u objeto sagrado para detener las enormes avalanchas de roca apilonada en salvaje confusión encima y en torno de ellas.

El labrado de las piedras por los antiguos se hizo en su mayor parte en la terraza inferior como lo demuestran los montones de astillas diseminados en diversos sitios. Aquí termina el antiguo camino. Nuestro huésped insistió en que la verdadera cantera estaba algunos centenares de pies más arriba. Para llegar el sitio teníamos que ascender un cerro lateral que sólo un viajero andinista podría imaginarse accesible, y trepamos con infinito trabajo y no poco riesgo. La cima del cerro presentaba una ancha plataforma, cubierta en su mayor parte por rocas porfíricas apilonadas en la misma terrible confusión ya descrita, al pie de un pico desnudo del mismo material, del cual se desprendieron, y que nos presentaba un precipicio cortado a pico. El punto en que nos encontrábamos estaba situado a 3240 pies de altura sobre el fondo del valle, y este guardián de roca debe elevarse a una altura triple. Ya he dicho que su cumbre está generalmente oculta por las nubes: pero ese día se destacaba claramente en el cielo, mostrando su escarpado perfil. Unos cuantos cóndores, únicos seres vivos visibles, volaban en torno y enfrente de su elevada cima. Más aún aquí los pacientes y perseverantes Incas habían clareado de piedras el frío suelo y construido pequeños andenes para obtener pequeñas áreas para las hierbas resistentes de que se alimentan las llamas.

No se encuentran aquí piedras labradas sino muchas que parecen haber sido hendidas en bloques regulares, la mayor parte en forma de paralelepípedos de diversas dimensiones. Los más de ellos tienen de ocho pulgadas a un pie cuadrado en las bases y de seis a diez pies de largo, pero hay otros más largos y que según la tradición, estaban destinados para durmientes del puente que pasamos en la mañana. Medí uno de estos y tenía 20 pies 6 pulgadas de largo por 2 pies 1 pulgada de ancho y 1 pie 9 pulgadas de espesor. Puede apenas creerse que estos bloques resultaron de la exfoliación o clivaje natural; sin embargo, como ya he dicho, no presentan huellas de herramienta alguna.

Nuestra bajada al valle fué bastante rápida pero no sosegada para nuestros nervios. En la hacienda encontramos al *cura* de la aldea quién acababa de volver del Cuzco y estaba esperando ansiosamente a los *Franceses*. En la Sierra la población mestiza se imagina que todos los extranjeros son de nacionalidad Francesa y vendedores de joyas de profesión. Nos aconsejó que no fuéramos río abajo a Santa Ana, agregando, significativamente, que los peones se habían dado cuenta del valor verdadero de las pasamanerías brillantes que les habían vendido los anteriores *Franceses*. I en seguida nos dijo que deseaba ver, qué joyas llevábamos, insistiendo en que quería comprar algunas. Con mucha dificultad pudimos convencerle de que no éramos buhoneros cuando nos preguntó en nombre de la Santísima Trinidad, qué otro objeto pudo llevarnos hasta Ollantaytambo? "*Antigüedades*" repitió después de mí con sincero asombro, súbitamente se puso silencioso, y salió del cuarto. Inmediatamente después volvió a la puerta y me hizo señas para seguirle al más alejado rincón del patio cerca de los caballos. Como el *cura* de Tiahuanaco, también éste estaba cansado de vivir en un pueblo de indios, sabiendo que el suelo estaba henchido de tesoros y dijo que comprendía muy bien el objeto de nuestra visita. Estaba bien que lo ocultásemos al pueblo en general y al gobernador en particular, pero que debíamos confiar por entero en él y participarle del botín que íbamos a obtener. Como el *cura* de Tiahuanaco y en este sentido como todos los *curas* de la Sierra—estaba calamoqueando y llorando. Yo respetaba sus lágrimas, y, deduciendo de mi silencio que mi corazón se había enternecido y de que mi desconfianza se había desvanecido, se sosegó finalmente, y entonces yo lo aplané al insistir que las *antigüedades* me habían atraído a Ollantaytambo. Era demasiado; la cara del ministro del Señor, se puso lívida a la luz de las estrellas y se alejó a zancadas con la siniestra maldición, "son malos todos los caminos que salen de Ollantaytambo".

Cuando le describí nuestra entrevista al gobernador no parecía considerarla como un chiste y no estaba del todo tranquilo cuando me dijo que el *cura* era un gran bergante y capaz de causarme cualquier daño. Por su buena suerte no me encontré con el clérigo en ninguno de los destiladeros del camino a mi regreso a Urubamba, pues seguramente le habría disparado un tiro sin preguntarle la razón de su presencia allí.

Después de cuanto he dicho e insinuado acerca del clero en el Perú parecerá supererogatorio añadir un párrafo re-

ferente a él tomado de los "Apuntes y Observaciones" de don Juan Bustamante, natural y vecino de la Sierra. "Hace sesenta años", dice don Juan, "que el departamento de Puno no tiene un obispo y como consecuencia de este extrañío abandono los *curas* viven según su capricho dando rienda suelta a sus pasiones sin sujeción ni temor de ninguna clase, llevando sus escándolos a tal extremo de vivir con sus barraganas y sus hijos ilegítimos". No puede aplicarse la razón indicada por don Juan de la desautorización de los clérigos de Puno al departamentito del Cuzco que siempre ha tenido obispos, y donde, no obstante, impera casi el mismo relajado estado de cosas que tan altamente deplora.

Ninguna etapa de mi estadía en el Perú fué más agradable y provechosa que la que pasé en Ollantaytambo. Fué en la estación llamada de invierno. Los vientos que soplaban por el fondo del valle eran imperuosos. Sin embargo la mayor parte de los árboles conservaba su follaje y los arbustos a lo largo de las *acequias* estaban verdes y cubiertos de flores. Entre ellos jugueteaban al amanecer y al caer la tarde tal número de aves cantoras como rara vez ví aún en las emmarañadas espesuras de Nicaragua, donde la prolífica Naturaleza agota sus energías para henchir de vida animales y plantas. Las palomas y los pichones de muchas clases arrullan entre las ramas; los pequeños cuyes se escabullen a lo largo de los muros de las terrazas y los más mansitos se apañan cerca de nuestros pies, inspirando temor constante de que un mal paso pueda aplastar sus vidas inocentes y activas. Por doquier se ven terrazas y vestigios del arte, la industria y la sabiduría de los antiguos: torres y terrazas encaramadas en los flancos de las montañas; fortalezas en parajes hábilmente escogidos y artificioosamente planeadas cerraban todos los caminos y amenazaban de todos los despeñaderos, en tanto que en el centro, dominando la antigua ciudad, se elevaba la majestuosa ciudadela. En el valle el arte niveló toda desigualdad y elevó cientos de miles de terrazas rellenas con la tierra arañada de las laderas de las montañas e irrigadas por *acequias* cuyos canales pasaban por riscos inaccesibles o por túneles a través de los promontorios de roca que era imposible rodear. Y muy alto por encima de todo estaba un edificio cuadrado con el Inti-huataua o Gnomon del sol por medio del cual se determinaban los equinoccios y solsticios, las estaciones de la siembra y la cosecha y las épocas de las grandes fiestas.

Ollantaytambo fué la ciudad fronterá y la fortaleza de los Incas en el valle del Ucayali como lo es aún de sus con-

quistadores. Habían puestos de avanzada algunas leguas más abajo en Habas-pampa, pero el baluarte del Imperio contra los salvajes Antis en este sector estaba aquí. (1) También en torno de Ollantaytambo nació la tradición de Ollantay, el enamorado capitán cuyos amores contrariados hicieron que se rebelase contra el Hijo del Sol y cuyos sufrimientos y aventuras forman la base del casi perfecto y mayor de los dramas antiguos de América que han llegado hasta nuestros días.

Cusi-Ccoyllor, la Estrella Alegre, era hija del Inca Pachacutec. Ollantay era un valiente y hermoso capitán del ejército Imperial que había llevado sus armas victoriosas más allá que ninguno de los generales del Inca hacia los llanos del Amazonas, pero no era de sangre real. A su vuelta en triunfo al Cuzco se le rindieron honores sin precedentes en Huacapata; pero en el mismo momento en que su fama era más grande y su ambición más exaltada, pudo ver a la Estrella Alegre y fué presa de una pasión igualmente culpable ante la religión y la ley. Nadie más que los Incas podían casarse con personas de su linaje y cualquiera que no siendo de sangre real aspirase a tal honor era juzgado como reo de sacrilegio y castigado con la pena capital. Apenas tengo necesidad de contar el resto: la historia antigua, la de siempre. Rechazada su petición ignominiosamente, salvado de la muerte únicamente por su elevado rango,

(1) Según Mr. Bingham la fortaleza megalítica de Salapuncu tenía por objeto defender Uicapampa contra Ollantaytambo y el Cuzco y no estas ciudades contra los salvajes del Amazonas. "Inca Land". Página 210.

Probablemente Squier no pasó más allá de Ollantaytambo. La sección del camino ribereño hasta Huadquilña no fué entregada al tráfico hasta 1895 y los viajes río abajo se hacían por las alturas de la derecha o ruta del puerto de Panticalla, que siguieron el capitán García en 1571, el general Miller en 1835, Castelnau en 1842 y Wiener en 1875, o por las alturas de la izquierda, vía que utilizaron el conde de Sartiges en 1834 y Raimondi en 1865. Las expediciones de la Universidad de Yale de 1909, 1911 1912 y 1915 dieron por resultado el descubrimiento de la maravillosa ciudad de Machu Picchu, el más importante desde la época de la Conquista, a veinticuatro millas de Ollantaytambo y de ruinas antiguas, mucho más al interior en lugares tan distantes como Espíritu Pampa habitados por los salvajes, siendo muy notables las de Rosaspata y Nusta Hispana en Vilcabamba. Los miembros de las referidas expediciones tomaron más de once mil vistas de monumentos y paisajes y han publicado más de sesenta monografías cuya relación puede verse en la obra citada, página 347 a 351.—N. del T.

el joven capitán, loco de despecho y sediento de venganza, se vuelve a sus tropas y en frases apasionadas relata sus agravios y pide a sus soldados le ayuden a viudicarse. Al huir de la capital se detiene en las alturas que la dominan y exclama:

"Ah, Cuzco hermosa ciudad"
Llena estás de mis enemigos
Pero he de abrirte el pecho
Y arrojar tu corazón a los cóndores,
Ah, enemigo vanidoso, ah Inca soberbio.
Voy a acudir a las filas de mis Antis
He de revistar mis victoriosas tropas
Las he de armar de flechas,
Y cuando en la cumbre de Sacsahuaman
Se amontonen como nubes,
Brillarán como llamas de fuego,
Descenderán como torrentes,
Y entonces te arrojarás a mis pies, Inca presumido
I me ofrecerás la mano de tu hija
I me pedirás la vida de rodillas.

El ejército responde a sus ardientes clamores y lo proclama Inca. Ollanta ciñe el rojo *llauto* Imperial y marcha sobre el Cuzco. En mitad del camino tiene noticia de la aproximación del viejo, astuto e invencible Rumiñalimí, general del Inca, cuyo nombre "ojos de piedra" basta para indicar su carácter insensible e implacable. Ollantay impetuoso pero prudente no tiene a menos a su poderoso y astuto antagonista sino que se apodera de la importante posición destinada a llevar su nombre en el futuro, la fortifica y establece una base firme para sus operaciones contra el soberano. Durante diez años se sostiene aquí, hasta que por obra de la traición más inaudita, es hecho prisionero y conducido al Cuzco para ser ajusticiado. Más entretanto el viejo y severo Inca ha muerto, y su hijo cuyo corazón juvenil puede apreciar mejor las amorosas pasiones, enternecido por la historia del guerrero rebelde, no sólo le perdona sino que

consiente en su matrimonio con Cusi-ccoyllor, quién durante este tiempo estuvo confinada en Aella-huasi o Convento de las Vestales. Vivieron después mucho tiempo y tuvieron muchos hijos como los héroes de cualquier novela moderna (1).

Y tal, según el drama Quechua, fué el origen de Ollantaytambo. El sitio del palacio de Ollanta no sólo se señala sobre una serie de bellas terrazas que dominan el valle sonriente sino que sus restos se conservan aún visibles y en parte casi intactos. Su plano fué complicado, como puede ver el lector, y demuestra que la arquitectura incaica no ha sido, como se ha dicho, limitada a la construcción de edificios de un solo piso.

A propósito del drama Ollantay, debo añadir que la lengua Quechua es una de las más notables por su belleza y caudal, dolorida y agradable al oído. Como idioma de los Incas, se extendió doquiera llegaron sus conquistas, desde Quito hasta Chile y es todavía la lengua predominante en la Sierra. Como un ejemplo copio una canción de la cosecha del referido drama con la traducción de Mr. Markham. Está dirigido al pequeño dañino tuya negro y gualda avechilla que se alimenta de granos de maíz.

(1) El drama Ollantay es de factura colonial hasta en sus detalles como la introducción del gracioso Piqui-chaqui. El traidor Rumiñabui nos recuerda a Zópiro. La Música, Jarahuís y Ceashuas, contrasta con la fanfarria militar y fué adaptada por los doctores Rafael Paredes y Marcelino Ponce de León, a fines del siglo pasado, para las representaciones que dirigió el doctor José Lucas Caparó Muñiz "el último Qhipucamayoc". El mérito de este drama es el de las rapsodias de la poesía popular indígena y seudointígena, y contiene trozos dignos de una antología universal, lo mismo que Sumacc-Ttica. Una traducción de Ollanta al castellano fué hecha y publicada por el médico cuzqueño doctor Bernardino Pacheco en 1881 y ha sido reeditada en 1928 por su hijo Dr. Víctor Pacheco Castillo, con un justiciero prólogo del Dr. Luis E. Valcárcel. Merece ser citada junto a las traducciones de Barranca, Nodal, Pacheco Zegarra, Markham y Tschudi.

Ollantay se presta a una representación tan grandiosa como la de "Aida" al pie de las pirámides. Ha sido representado con gran éxito en el teatro Colón de Buenos Aires, por un grupo de cuzqueños bajo la dirección del Dr. Luis E. Valcárcel, y servido de tema a una ópera del músico nacional Valle Riestra estrenada en Lima con merecidos elogios. — N. del T

Quechua

"Ama pisco micuyehn
 Susttallipa chacranta
 Mana hina tucuihu
 Hillaunman saranta,
 Tuyallay! Tuyallay!

Panaccayini rurumi
 Ancha eoni munispa
 Nuemunacemi uccumi
 Llallunacemi raphinpa
 Tuyallay! Tuyallay!

Phurantatac mascariy
 Cuchusacemi silluta
 Puppasecayquin ceantapas.
 Hapipsecayquin ceantapas.
 Tuyallay! Tuyallay!

Hinasecatan ricunqui
 Hue rurunta chapehoectin
 Hinac tacemi ricunqui
 Hue llallapas chincacetin.
 Tuyallay! Tuyallay!"

Inglés

"O bird! forbear to eat
 The crops of my princess:
 Do not thus rob
 The maize that is her food!
 Tuyallay! tuyallay!

The fruit is white,
 And the leaves are tender;
 As yet they are delicate;
 I fear your perching on them.
 Tuyallay! Tuyallay!

Your wings shall be cut,
 Your nails shall be torn,
 And you shall be taken
 And closely encaged.
 Tuyallay! Tuyallay!

This shall be done to you,
 When you eat a grain:
 This shall be done to you
 When a grain is lost.
 Tuyallay! Tuyallay!

Castellano

Ay pajarillos,
 No devoreis
 De mi princesa
 La cara mies.
 Ay, tuya, tuya

 Maizal tan bello
 Da gozo ver;
 Sus tiernas hojas
 No marchiteis.
 Ay, tuya, tuya.

 El grano es duro,
 Para romper,

Más por adentro
 Suavísimo es.
 Ay, tuya, tuya,

 Aves golosas,
 Miedo tened,
 Porque en la liga
 Vais a caer.
 Ay, tuya, tuya,

 Allí os haremos
 Pegar los pies:
 De ello el piscaca
 Da entera fé

Ay tuya, tuya

 En estos campos
 Verlo podéis,
 Aprisionado
 Desfallecer.
 Ay tuya, tuya

 Tendréis vosotros
 La suerte de él
 Si de los granos
 Uno coméis.
 Ay, tuya tuya. (1)

(1). Traducción del poeta nacional Constantino Carrasco. - N. del T

Fué con pena que dije adiós para siempre a Ollantaytambo, jardín y fortaleza, con su clima de eterna primavera, rodeado de las más altas montañas de nuestro continente tan severas y desnudas como el valle es brillante y verdoso.

NOTA.—La cashua de la vuelta se ha copiado literalmente del original de la presente obra, pero como está plagada de errores, damos a continuación la letra popularmente conocida en el Cuzco, advirtiéndole que, en su adaptación para el canto, tiene variaciones que no afectan el fondo.—*El Traductor.*

CASHUA.

Ama piscco mujjuycho		Tuyallay	
Nusttallaypa chacranta		T.	
Ama hina tucuihu		T.	
Illurina saranta		T.	
Paraccaymi rurunri	T.	Uatasccaña billuyta	T.
Anehatacmi misquimpas	T.	Pupascayquin, ceantapas	T.
Qqukeracemi ujjunri	T.	Cuchusacemi silluyta	T.
Llulluracmi rappimpas	T.	Happiscayquin ceantapas	T.
Ppiscacata uatucuy	T.	Lliquiscatan ricunqui	T.
Sipiscata ceahuarly	T.	Hue ruruta chapehacectin	T.
Sonccollanta tapuyeney	T.	Hinatatacmi ricunqui	T.
Phuruntatae mascariy	T.	Chullallapas chincacectin	T.

CAPITULO XXV

El valle de Yucay.—Pisac.

Excursión a Pisac.—La Roca Sagrada de Calca.—El Edificio Circular.—Canal Serpenteante en la Roca.—Su Diseño.—Culto de las Rocas solitarias.—Límite de los Dominios de los Incas.—La Gran Fortaleza de frontera de Pisac.—Su Situación dominante.—Lugares de acceso a ella.—El Inti-huatana o torrecilla de los solsticios, la mejor conservada en el Perú.—Otros Inti-huatanas.—Lo que dice Garcilaso acerca de ellos.—Ascensión a la Fortaleza de Pisac.—Carácter complejo y artificioso de las obras.—Fortificaciones auxiliares.—El Cementerio.—Cadáveres disecados.—Carácter de las construcciones defensivas del Perú.

Nuestro regreso de Ollantaytambo a Urubamba fué rápido y pasamos allí varios días examinando las ruinas de los palacios y baños de los Incas en y alrededor de la pintoresca aldea de Yucay.

Casi a cada paso se encuentran monumentos de los antiguos, pero causaría la paciencia de mis lectores si tratara siquiera de enumerarlos. No puedo omitir, no obstante, dar noticia de algunas ruinas notables cerca del pueblo de Calca de una arquitectura peculiar y que revelan la astucia de los sacerdotes incaicos. Tienen la locación favorita a la que he tenido ocasión de aludir antes, o sea un promontorio de vista dominante y por el que deberían pasar naturalmente los caminos de un valle como el de Yucay. (1)

La construcción más notable es un edificio circular, demasiado bajo para llamarlo torre propiamente hablando. Se encuentra en la cumbre de la loma, tiene 24 pies de diámetro, 18 pies de altura hasta la cornisa la cual sobresale

(1) Se refiere a las ruinas de Ureo.—N. del T.

10 pulgadas por el exterior y 8 pulgadas por el interior. La pared es de 2 pies 4 pulgadas de espesor en la base. Está hecha con piedra bruta o parcialmente canteada y del mismo material adhesivo al que he llamado arcilla y que a mí me parece no ser más que eso. Originariamente estuvo embarrado por dentro y fuera. La puerta, de 3 pies y 8 pulgadas de ancho, se abre a 15° al oeste del sur; tiene además puertas falsas o alacenas de iguales dimensiones en cada cuadrante del círculo formando por la pared, a través de cada una de las cuales se abre una pequeña ventana. Encima de cada una de éstas, así como sobre la puerta hay TT invertidas como la *Tau* egipcia, de las cuales también hay tres en cada sección entre los nichos principales y son enteramente peculiares de este edificio. En el interior al alcance de la mano, y simétricamente distribuidos, hay ocho nichos oblongos, como se ven en el plano. Quedan todavía los diñteles de las puertas y alacenas. Están compuestos de varillas de madera del tamaño de un brazo humano firmemente envueltas con sogas ásperas de *pita* o de fibra de agave evidentemente con el fin de conseguir una superficie apropiada para la adhesión de la capa de estuco que fué aplicada como enlucido. Es este un dispositivo común en los edificios de piedra bruta, concreto y adobes. Nosotros apelamos substancialmente al mismo recurso en nuestros enlistonados. La altura del edificio no fué probablemente mucho mayor que la actual y puede presumirse que estaba techado de una manera análoga a Sondor-huasi en Azángaro.

Sus fines pueden inferirse únicamente del carácter de los edificios adyacentes y al parecer sus dependencias, cuyos restos son bastante raros y sugestivos. Están situados a 60 pies de la torre o edificio circular y constan de cierto número de construcciones rectangulares que cubren una área de cerca de 100 pies por lado, en torno de una gran Peña de piedra calcárea de 60 pies de largo, 30 de ancho y 25 de altura sobre el suelo. Las paredes de los edificios se elevaban por encima de la roca y están edificadas contra ella. Las paredes sobresalían de los extremos de la roca que dejaban al descubierto. Esta presenta su superficie natural, con excepción de su extremidad Norte en que hay grabado un surco o canal de tres a cuatro pulgadas de ancho y de tres pulgadas de profundidad. Este canal ondula y da la vuelta al extremo de la roca a manera de una serpiente, tiene veinte pies de largo y desaparece a través de una de las paredes transversales edificadas contra la roca reapareciendo en uno de los edificios laterales o cuartos en que la roca

se proyecta a manera del alero de una casa y termina en una especie de pico grabado rudamente en forma de cabeza de culebra. Un líquido vertido en cualquier parte del canal llegaría a este pico y caería en cualquier vasija colocada debajo. Que el surco representaba una serpiente, resulta claro porque se adelgaza hacia la cola y se ensancha por el lado contrario, por sus ondulaciones y por la forma de la cabeza.

No hay duda acerca de que las rocas solitarias eran objeto de gran veneración para los antiguos peruanos, quienes las labraban extrañamente y construían edificios en torno de ellas y ofrecían sacrificios a ellas o a los espíritus que las animaban (1). Vi centenares de tales rocas en el país, y en la actualidad no hay una roca notable por su forma y su posición en los caminos de la Sierra, ante la que los indios no se quiten el sombrero y no hagan una reverencia musitando palabras extrañas de conjuro. Con frecuencia se quitan de la boca la coca que van masticando y la arrojan contra la peña y a veces cogen un guijarro y lo tiran contra la roca, por lo general en un mismo punto, de tal manera que con el transcurso del tiempo se forman cavidades considerables, por esta causa, en la piedra.

La roca de que tratamos es notable por su situación y dimensiones y puesto que está rodeada de una considerable serie de edificios ha debido ser objeto de mucha veneración. Y como sabemos que los sacrificios en forma de libaciones eran comunes en todo el Perú, podemos muy bien creer que el canal serpenteante que rodea esta roca tenía por objeto recibir las ofrendas de chicha que debían hacer los caminantes obligados a pasar por este sitio en sus viajes por el valle. El canal estaba labrado a una altura conveniente del suelo, al nivel del pecho, para facilitar las contribuciones de los fieles, quienes probablemente no sabían dónde iban a parar después que penetraban en los canchales de los edificios adyacentes para inspirar los oráculos que les hablaban desde la roca sagrada. Los anticuarios han sonreído frecuentemente al encontrar entre las ruinas de Grecia y Roma el cómodo gabinete del sacerdote detrás

(1) En la provincia de la Convención, se ha descubierto la roca esculpida mucho más notable y de mayores dimensiones llamada antiguamente Yuracc Rumi [piedra blanca] y hoy Nustta Hisppana, (quizás, retrete de la princesa,) donde, según la crónica del Padre Calancha, moraba una legión de diablos. Tiene también edificios accesorios cuya disposición es muy parecida, como puede verse comparando los planos. Inca Land, página 248.—N. del T.

de las estatuas de los antiguos dioses y los tubos sabiamente contruídos en conexi3n con los labios de mármol a través de los cuales salían las palabras proféticas y potentes que asustaban al devoto que puntualmente llevaba sus ofrendas al oráculo.

Ya he dicho que los Incas, con todo su poder, fueron incapaces de extender lejos su imperio por el Oriente hacia los valles amazónicos o regiones de los salvajes Chunchos o Antis. Tuvieron que detenerse en cuanto llegaron a los densos bosques y construyeron grandes fortalezas para protegerse contra las ofensas y resistir las invasiones. Uno de los valles rigurosamente disputados fué el de Paucartambo, que se extiende paralelamente al de Yucay, a sólo ocho leguas de distancia pero separado de él por una insalvable cadena nevada de los Andes. Sólo hay un paso a través de esta cadena formada por los valles entrelazados o más bien quebradas de dos ríos considerables, uno de los cuales es afluente del río Paucartambo y el otro que se une al río Vilcamayo o Yucay en el lugar donde se encuentra el pueblo de Pisac. En ambos extremos de este paso habían fuertes gigantescos, siendo el más formidable el que dominaba Pisac que en conjunto es tan notable como el de Saesahuaman y sólo comparables con los fuertes de las colinas de India en el viejo mundo.

Imaginemos una estribación escarpada de la montaña que se proyecta de la cadena nevada de los Andes en forma de óvalo irregular de tres millas de largo y de cuatro mil pies de altura en su punto más elevado, separada por el valle y la quebrada de las montañas principales, excepto en un punto en que desciende formando una loma de cien pasos a lo sumo. Su perfil es áspero y repulsivo y se eleva en picos resquebrajados, o presenta precipicios enormes, conteniendo aquí y acullá entre los peñascos espacios nivelados y pendientes suaves. Es absolutamente inaccesible, excepto en tres puntos dos de los cuales están a lado del valle de Yucay, que debía defenderse principalmente, y el tercero, en el istmo angosto o loma que lo une a las montañas principales. Doquiera sus condiciones naturales habrían permitido el escalamiento, construyeron los Incas altas murallas de piedra contra la roca para no dejar un solo punto de apoyo a los asaltantes o aventureros. La subida por el lado del pueblo es por una escalera cortada en la roca y formada en parte de grandes piedras, la cual serpea y zigzaguea por la ladera escarpada y rocosa que pasa por precipicios que causan vértigo o rodea bastiones de roca, en

cada uno de los cuales hay torres para los soldados y provisión de piedras listas para ser precipitadas sobre los asaltantes. A grandes intervalos de la dificultosa senda, y donde hay espacio disponible se encuentran descansos o áreas pavimentadas de quince a veinte pies por lado, rodeadas de asientos de piedra pero siempre dominadas por alguna torre siniestra, con una puerta en su base, dentro de la cual o sobresaliendo amenazadoramente, podeis ver las grandes piedras que necesitan sólo un pequeño impulso para caer sobre vuestras cabezas.

A eso de una mitad de la ascensión se coronan las series inferiores de acantilados y se llega a unos declives de considerable extensión convertidos en andenes de gran belleza y perfección y que se extienden hasta el borde mismo de los precipicios. Estos andenes están unidos por escaleras por en medio de las cuales pasan estrechas *acequias*, por las que baja el agua no sólo para la irrigación de las terrazas sino para la dotación de los reservorios conectados con los grupos inferiores de fortificaciones. Pero también aquí observamos que todas las protuberancias o escarpaduras de la roca no sólo tenían paredes adosadas de piedra para hacerlas inaccesibles, sino estaban coronadas de torres, generalmente redondas con ventanas de observación y otras por las que podían dispararse armas y soltar galgas. En las repisas naturales poco abundantes, a las que en algunos casos se llega sólo mediante escaleras, hay grupos de edificios largos y angostos con altos mojinetes, enteramente próximos unos a otros con economía característica de espacio. En pocas palabras; toda parcela de terreno que pueda ser sostenida por terrazas y cultivada fué cuidadosamente dedicada a la agricultura; toda vía de ascensión, excepto la que los ingenieros dejaron libre, estaba cerrada, y todo punto dominante y estratégico estaba cuidadosamente fortificado. No hay un sitio hasta la cumbre misma del primer pico de la montaña que no esté dominado o protegido de alguna manera por un laberinto de obras que casi desafían al ingeniero que trate de trazar su plano y que no es posible describir.

Entre el primero y segundo pico hay una depresión, silla o cresta un tanto estrecha pero nivelada en tal forma por terrazas, que ofrece espacio suficiente para un grupo de edificios de piedra primorosamente labrada indudablemente de carácter religioso pues la gran fortaleza de Pisac era casi una provincia y comprendía no sólo un ejército sino una numerosa población. Calculo que las terrazas que soportan sus *andenes*, regadas por acueductos construidos en

los acantilados de roca y que pasan artificiosamente de una ladera a otra de la montaña, si se colocaran unas a continuación de otras, alcanzarían una extensión de más de cien millas. Tenía fortificaciones secundarias, edificios aislados, y, según parece, su templo, sus sacerdotes, guerreros y trabajadores; era inexpugnable y se bastaba a sí misma.

Lo más importante de este grupo de edificios es el Inti-huatana, que voy a describir, pues, gracias a su situación casi inaccesible, es el mejor conservado entre todos los de su especie en el Perú. Etimológicamente, Inti-huatana se compone de dos voces, Inti, sol; *huatana* el lugar en donde, o la cosa con que se ata algo, significa también cabestro. Así es que el conjunto significa el sitio donde se amarra el sol. (1) Estos Inti-huatanas parece que siempre estaban constituidos por una roca, cuya parte superior se nivelaba o cincelaba cuidadosamente dejando únicamente una protuberancia en forma de cono truncado o pan de azúcar. Estas rocas no sólo estaban en sitios notables sino en los patios de los templos o edificios netamente religiosos, o cerca de ellos, dentro de un cerco separado de piedra, expuestos a la luz y nunca cubiertos por techo alguno.

En el presente caso, la parte principal de la roca está rodeada de una pared de piedras bellamente labradas y muy bien unidas, cuyo contorno tiene la forma de una D. [Véase A en el plano, pag.....] La roca llena lo que podemos llamar el arco de la D y en esta parte el muro está construido adosado a la roca, ajustándose su cara interior a las irregularidades de ella, en tanto que su cara exterior es regular y pulida. En este lado la pared tiene como veinte pies de alto. En el lado recto de la D, la pared se prolonga y luego da una vuelta para formar un segundo circuito de forma casi triangular que rodea una porción inferior de la roca ya mencionada. En el interior de este último hay partes interesantes tal vez relacionadas con la astronomía de los Incas, cuya descripción no es necesaria para mi objeto. La entrada al cercado principal y más elevado es una portada de la forma usual, a la que se llega de fuera por una serie de escalones. Penetrando por ella el explorador se encuentra en una área oblonga irregular, con la roca cantada con cierta regularidad y que se eleva hasta la altura

[1] El señor Santiago Astete, poseedor de una interesante colección de antigüedades, ha publicado un folleto sobre etimologías de nombres históricos, alfabeto quechua y la leyenda de los tesoros ocultos de Ceoricancha muy parecida a la citada en la página 84 y su nota.—N. del T.

de los muros exteriores a su derecha. Unos escalones labrados en la roca conducen a su parte superior perfectamente nivelada y pulida y cuya superficie es de 18 pies de largo por 16 de ancho. En el centro de esta superficie y elevándose sobre la roca viva de la cual forma parte, está el Inti-huatana de Pisac. Tiene la forma de un cono simétrico y perfectamente labrado de 11 pulgadas de diámetro en la base y 9 en la truncadura y 16 pulgadas de alto. El Gobernador de Pisac, quien me acompañó en mi visita, me dijo que antes la columna o gnomón estaba rodeada por un cinturón de *chumpe* o bronce peruano, de varias pulgadas de ancho que él vió frecuentemente siendo niño (1).

Cerca del templo de Guitera, en la parte superior del valle del río de Pisco, sobre la cumbre de una estribación de la montaña que se prolonga perpendicularmente al valle, en un punto que domina extensas vistas río arriba y río abajo, lo mismo que el templo, hay otro Inti-huatana, pero en condición ruinosa. En lugar de estar rodeado de muros, lo está por un parapeto cavado en la roca encerrando una área de unos quince pies de diámetro. Otro un tanto semejante al de Pisac, dentro de un cuadrado de piedras labradas, domina la gran fortaleza y la antigua ciudad de Ollantaytambo. Todavía otro, labrado en una roca calcárea, existe en la orilla del río Rodadero o Tullumayo, al pie de las terrazas de Colcacampata en el Cuzco y tengo por seguro que una roca semejante existía dentro del muro circular del gran templo del Sol, en la ciudad imperial. (2) Este muro está hoy rellenado por detrás del altar mayor de Santo Domingo que ocupa el lugar destinado a la áurea «figie del Sol. Sobre una eminencia enfrente del templo original del Sol, en la isla sagrada de Titicaca hay un Inti-huatana, que parece una formación natural de piedra caliza, modificada

(1) No merecen entera fé las curiosidades que muchos cicerones del jaez del señor gobernador de Pisac cuentan a los turistas extranjeros. También hay que desconfiar de los *quid pro quo* que resultan por la mala expresión o interpretación de las referencias; por ejemplo, Squier escribe *chuanve* (hija) en lugar de *champi* (bronce) en el párrafo que anotamos. El gnomón de Inti-huatana ha sido destruido por manos de algún desgraciado y siguen siendo despojadas las ruínas de sus pulidos sillares para la construcción de las casas de los mestizos de Pisac.—N. del T.

(2) La torre semi-circular de Machu-Picchu, en un lugar mucho más inaccesible incluye también una roca sagrada, como la de Pisac, destruida en parte, por el fuego. Vide. *The National Geographic Magazine*, April 1913, y no octubre de 1912 como aparece en la nota de la página 53. *Muzumareta*, en la fortaleza de Sacsahuaman, quizás fué un Inti-huatana.—N. del T.

considerablemente por la mano del hombre. No necesito citar otros ejemplos. Casi todos los lugares de alguna importancia de las más antiguas comarcas del imperio Incaico parece que tuvieron sus Inti-huatanas.

Garcilaso dice: "*Huata* es una palabra que significa año, y la misma palabra sin cambio alguno en la pronunciación o acento, es un verbo que significa *amarar*". Inti-huata vendría a ser entonces "Año solar" y según De Velasco quién escribió a fines del siglo pasado, el año solar era distinguido en Quito, precisamente por este nombre del año lunar o Quilla-huata. Es posible que el nombre fuera aceptado en parte por su significación doble y concurrente, y por tanto misteriosa para los espíritus supersticiosos. (1)

Apenas puede dudarse del carácter público, y probablemente religioso de los edificios que rodean el Inti-huatana y ello está comprobado por su situación y peculiaridades de su estructura. Además por todas las referencias acerca de las ideas y progresos astronómicos de los Incas del Perú, sabemos de ciertos dispositivos e invenciones por medio de los cuales determinaban los solsticios y los equinoccios. Los antiguos cronistas Garcilaso de la Vega, Cieza de León, Acosta, Betanzos, Gemelli y otros nos dicen que en las alturas del Cuzco y Quito se edificaron torres según Garcilaso y pirámides, según Betanzos, situadas de tal manera que estudiando las sombras que proyectaban o haciendo observaciones entre ellas podía determinarse con exactitud los períodos de los solsticios y la duración del año solar. Garcilaso dice: que habían dieciseis de estas torres en el Cuzco, siendo la mayor de ellas igual a las torres de vigía en España, situadas ocho al este y ocho al oeste de la ciudad; Acosta afirma que eran doce y según Betanzos fueron cuatro. Según dichos cronistas, a lo que veo, estaban situadas en la colina de Carmeneza que domina la ciudad por el Oeste, Garcilaso dice, que aún estaban en pie en 1560. Sin embargo, me fué imposible encontrar ningún rastro de ellas en la citada eminencia.

Los cronistas se refieren además a ciertas columnas sencillas o pilares "para la determinación de los equinoc-

(1) Parece que el Sol se aleja de Norte a Sur del 21 de junio al 22 de diciembre y de Sur a Norte del 22 de diciembre al 21 de junio, fechas de los solsticios. Podría interpretarse Inti-huatana traba del Sol para que vuelva del Norte lejano, como un globo anclado?. La imaginación puede ir muy lejos. Véase en un curso de Astronomía: Movimiento aparente del Sol.—N. del T.

cios". Garcilaso nos dice que eran de piedra, riquísimamente labradas, puestas en los patios o plazas que había ante los templos del Sol. Los sacerdotes, cuando sentían que el equinoccio estaba cerca, tenían cuidado de mirar cada día la sombra que la columna hacía. Tenían las columnas puestas en el centro de un cerco redondo muy grande, que tomaba todo el ancho de la plaza o del patio; por medio del patio echaban una raya de Oriente a Poniente y cuando la sombra tomaba la raya medio a medio, desde que salía el sol hasta que se ponía, y que a medio día bañaba la luz del sol toda la columna en derredor, sin hacer sombra a parte alguna decían que aquel día era el equinoccio. Entonces adornaban las columnas con todas las flores y hierbas olorosas que podían haber y ponían sobre ellas la silla del Sol."

Garcilaso se refiere a Cieza de León y Acosta para confirmar sus dichos, pero ellos, no obstante, están muy lejos de hacerlo. Nos dice el segundo que sobre una de las columnas cerca del Cuzco había "doce pilares (en lugar de dieciséis) colocados en orden, a tal distancia uno de otro, que uno de ellos cada mes señalaba la salida y la puesta del sol. Llámabanlos *succanga* y por medio de ellos fijaban las fiestas y las épocas de la siembra y de la cosecha y de otras labores; y ofrecían ciertos sacrificios a estas columnas del sol. "No sé de una palabra tal como *succanga* en la lengua Quechua, y probablemente fué estampada en lugar de *rucana*, "dedo", que haría inteligible su aplicación. Eran manecillas o punteros del Sol. Cieza dice que tales pilares o columnas o torres que él llamaba *torricelli* estaban en la colina de Carmenéca al noroeste del Cuzco y meramente agrega que "servían para mostrar el movimiento del Sol". (1)

Teniendo en cuenta las exageraciones probables y las informaciones erróneas de Garcilaso podemos muy bien creer que las torres de que él habla, los pilares mencionados por Acosta y las *torricelli* de Cieza, eran simplemente Intihuatanas. Esta conclusión está apoyada por el hecho de no haberse encontrado restos de las construcciones que des-

(1) Velasco, en su *historia de Quito*, afirma que el año se determinaba en aquella ciudad por medio de doce pilares que servían de quinos para marcar el comienzo de cada mes, y que los sacerdotes adornaban el pilar con flores el día en que indicaba el principio de cada mes. Cita a Acosta sobre que en el Cuzco habían doce torres con el mismo objeto. Dice que en Quito habían doce columnas en lugar de cuatro, como en el Cuzco, que marcaban los solsticios, cuando no hacían sombra. Por supuesto quiere decir los equinoccios.—N. del A.

cribe en el cerro de Carmenecca ni en ningún otro de los que rodeaban el Cuzco, en tanto que se encuentran muchas rocas esculpidas y labradas, algunas de las cuales pudieron haber servido o sirvieron efectivamente como Inti-huatanas, sobre los que el Sol parecía detenerse en su carrera o ser atado por un momento y en su paso por el cenit bañarlos con su glorioso resplandor.

Aquí tenemos indudablemente la correcta explicación de los fines del Inti-huatana de Pisac que es un tipo de las "columnas" de que hablan los cronistas, por medio de las cuales determinaban los peruanos las épocas de los solisticios y el paso del sol por el cenit. Los Mexicanos y Centro Americanos, parece que hicieron mayores progresos en la astronomía y en el cómputo del tiempo, que los peruanos.

De las construcciones, sin duda alguna religiosas de las que forma parte el Inti-huatana de Pisac, ascendimos al gran pico central de la fortaleza. La senda es empinada y tortuosa, dominada constantemente por torres, y las secciones más angostas faldean los precipicios que por un lado caen más de mil pies y por el otro se elevan a más de quinientos pies, secciones en que no pueden pasar dos personas de frente y en que se siente vértigos. El visitante tiene que pasar por estas sendas estrechas que desde el valle no parecen sino líneas en el plano del precipicio a cuya altura los cóndores se ciernen sobre el abismo, teniendo que inclinarse hasta rozar la roca con su hombro.

Mis compañeros rehusaron en lo absoluto la travesía y tuve que hacerlo acompañado solamente por un silencioso alguacil. Después de un cuarto de milla de marcha respiré con más libertad porque la repisa artificial en su mayor parte se ensancha un poco y llegamos a una escalera que descendía tal vez ciento cincuenta pies, hasta una pequeña torre que se elevaba como un centinela junto a uno de los rebordes rocosos de la montaña pasado el cual no pudimos ver. Un poco más allá de la torre y perfectamente dominada por sus troneras, la senda está excavada en la cresta de la roca como para no dejar pasar sino a una persona y eso de cuclillas. El acceso del pico central al oriental de la fortaleza sólo es posible por esta senda difícil y peligrosa. El pico central solo es accesible desde los otros picos o divisiones, y por consiguiente sus fortificaciones son menos complicadas. Su parte más alta es una superficie plana de cerca de un cuarto de acre sostenida por muros de piedra labrada, y está, según el barómetro a 4250 pies sobre el río del valle de Yucay. Hay aquí numerosas señales del fuego y es probable que desde este sitio dominante se trasmitían por

medio de él las recibidas de las alturas de Paucartambo a las que dominan la capital.

Otra cuchilla estrecha y fortificada conecta la división central de la fortaleza con la occidental que es más baja y que se une a la estribación nevada de los Andes. Es esta quizás la sección más cuidadosamente fortificada de todas. No sólo tiene una gran muralla ciclópea de piedra calcárea a través de la cresta que la une a la montaña principal, cuyas dimensiones apenas son menores que las de Saesahuaman, sino posee además muros interiores, cuarteles fortificados, atalayas y troneras, todo en admirable situación para la defensa, con plazas de armas, graneros habitaciones para los criados y la protección material para una guarnición de dos mil hombres. Existen raros símbolos labrados en las rocas, escalinatas sin objeto, adosadas a las mismas, detalles de *dilettante* en las portadas y otras muchas evidencias del trabajo voluntario en que se entretenía una guarnición ociosa y *enervé*. Pero los constructores de esta gran fortaleza no se contentaron con su resistencia evidente y absoluta, sino que construyeron obras exteriores en la montaña de enfrente que el arte militar moderno, con todas sus aplicaciones forzaría con dificultad. Construyeron también acueductos subterráneos para conducir el agua de los riachuelos alimentados por el deshielo, a todo lo largo y ancho de la fortaleza, no solo para la provisión de sus defensores sino además para el riego de los jardines colgantes que edificaron en los flancos de la montaña.

Los muertos fueron sepultados en el cerro de la orilla opuesta de la quebrada precipitosa que aisla el promontorio de la montaña principal, en gran número de nichos y grietas, bajo los estratos de arenisca y calcáreo, en filas superpuestas de cavidades únicas o cámaras múltiples embarradas como nidos de golondrinas. El risco literalmente moteado por las blancas tumbas, en toda su longitud de una milla y su altura de centenares de pies, se llama Tanta-na Marca (El Despeñadero de las Lamentaciones). Algunas de las tumbas fueron muy bien construídas de piedra labrada, socavando la roca, pero han sido destruídas y despojadas. Muchas de las otras han sido también profanadas, pero la mayor parte permanece intacta. Contienen los cuerpos disecados de los difuntos en actitud de estar sentados con la cabeza apoyada entre las manos y los codos sobre las rodillas envueltos en telas burdas de algodón o en esteras de enea rodeados con unos cuantos utensilios del menaje doméstico. El aire seco y enrarecido de estas

alturas obra sobre las momias casi lo mismo que el aire seco y el terreno arenisco y nitroso de la costa. Cualquier carne se seca y endurece aquí cuando se la protege de la lluvia, y encerrado en tumbas como las del Precipicio de las Lamentaciones los cadáveres pueden conservarse por muchos siglos.

Podría intentar la descripción de las características peculiares e interesantes de la gigantesca fortaleza de Pisac, pero por mucho que me extendiera al respecto no podría dar una idea cabal de su extensión y solidez de la habilidad en el plan y la maestría en la ejecución de que hicieron lujo sus constructores. El objeto es semejante al de las fortalezas de Sacsahuaman y Piquillacta de las que me he ocupado, pero el plano es diferente. Tomadas en conjunto todas ellas, ilustran el sistema general de obras defensivas que construyeron los antiguos peruanos. (1)

(1) Véase las notas de las páginas 40, 85 y 89.

CAPITULO XXVI

*Del Cuzco a la Costa.—Trasmontando
la Cordillera.*

Partida del Cuzco.—Nuestros mejores caballos, el Nevado y Napoleón.—La Llanura y el pueblo de Anta.—Surite y el empleado de la posta.—Limatambo y sus ruinas.—Mollepata.—Custodiando nuestros animales durante la noche.—Sendas de la Montaña.—Peligros del camino.—Cerca de La Banca.—Un acueducto construido sobre arcos.—El teniente empleado de la posta.—Alcoholismo y Cretinismo.—La Hacienda de Bella Vista.—Su excelente propietario.—Esperando mulas.—El artista tiene miedo de pasar el puente colgante de Apurimac.—Otra vez en La Banca.—Demoras por cuestión de mulas.—Gesticulando con los labios.—Nuestra huésped viene en nuestro socorro.—El dibujante se separa de nosotros.—Los antiguos caminos incaicos.—Relatos exagerados acerca de ellos.—Han debido seguir las rutas actuales.—Caracteres del camino del Cuzco a Yucay.—Obstáculos de los viajes en las cordilleras.—Los ríos.—Pocos puentes de piedra.—Puentes colgantes de mimbres.—Cómo se construyen y conservan en la actualidad.—El gran puente colgante sobre el Apurimac.—Acceso al puente.—Sus verdaderas dimensiones.—Paso del puente.—El túnel de enfrente.—Encuentro con una piara de mulas.—Curahuasi.—Esperando al artista.—Un extraño visitante.—Buscando al artista.—Últimas noticias de su destino.—Abancay.—Petroglifo de Conchagua.—Inti-huatana cerca de Abancay.—Puente de piedra sobre el Pachachaca.—Andahuaylas.—Talavera.—Moyobimba.—Un viaje borrascoso.—Chincheró.—Puente colgante sobre el río Pampas.—Oceras.—Ayacucho antes Guamanga.—El campo de batalla de 9 de Diciembre de 1824.—Palacio subterráneo con estatuas en Quínuá.—La Cordillera de la Costa.—A través del despoblado.—Un viaje de cinco días.—Se pierden nuestras mulas.—Una peligrosa aventura nocturna.—La posada de San Antonio.—Primera vista del Pacífico.—Descenso a la Costa.—Llegada a Pisco.—De Lima hacia la Patria.

Era una mañana brillante y deliciosa cuando dije mi último adiós al Cuzco imperial donde había pasado tantas semanas con el mismo interés con que comencé mis exploraciones al día siguiente de mi llegada. Pero mi trabajo estaba concluido y deberes imperativos me llamaban a otros campos de acción y a la patria lejana. Tenía por en medio

elevadas montañas que escalar, grandes ríos que cruzar, y más allá las aguas casi sin fin de dos océanos que me separaban del patrio suelo.

Aunque la mañana era hermosa y diáfana no pudimos partir antes de las doce. Fuimos acompañados, hasta la distancia de una legua por una gran cabalgata de amigos, quienes nos desearon un buen viaje. Llevaron éstos una gran provisión de cerveza con la cual algunos de ellos se excitaron tanto que fué sin pena que me despedí de ellos y comenzamos nuestra jornada con verdadera seriedad.

Además de H iban conmigo D y C, ingenieros al servicio del gobierno que regresaban a Lima. Antes de salir del Cuzco el coronel Vargas nos proporcionó para mí y para D dos excelentes caballos escogidos de entre los suyos. Eran preciados por haber hecho ya dos veces el viaje difícil y penoso a la Costa, experiencia arriesgada para bestias criadas en la Sierra. El mío era un bayo obscuro con manchas blancas en la espalda, a manera de copos de nieve, y se llamaba por ello "El Nevado". Era un animal gentil, inteligente y fuerte, al cual quedé profundamente apegado. El otro era tordillo no tan manso, pero de igual resistencia, llamado por algún capricho "Napoleón". Ambos eran de igual procedencia, inseparables estando en libertad y desgraciados con la separación. Mi maravilloso rifle de retrocarga que excitó el asombro y la admiración de todo el Perú, tenía que ser enviado al coronel Vargas a mi llegada a Lima.

Por cuatro leguas el camino pasa por un valle pequeño que conduce a la Pampa de Anta. La población de este nombre está sobre un cerro o promontorio que se proyecta hacia la llanura, la cual es baja, ancha y en algunas partes cenagosa. Fué en esta llanura, llamada también Xa Xa que Almagro el joven fué derrotado, hecho prisionero y enseguida conducido al Cuzco para ser ejecutado en la plaza mayor (1). Al mediodía llegamos a Surite, a tres leguas de Anta, sobre la llanura y encontramos al jefe de la posta, borracho y de mal humor, y aunque estábamos acompañados por un mensajero especial del subprefecto, nada pudimos conseguir de él. Dejamos a D y a C. con los muchachos y con H nos adelantamos a Limatambo para examinar las ruinas del lugar mientras llegaran los otros.

En la divisoria de las aguas que van al Vilcanota de las que van al Apurímac, se contempla un magnífico pano-

(1) Véase la nota de la página 45.—N. del T.

rama de los Andes, comprendiendo los grandes picos nevados del Salcantay y Umantay (1). El descanso de dos leguas de este punto es muy empinado, y ya en completa obscuridad llegamos a la hacienda Tarahuasi, donde pasamos la noche. En la mañana fuimos a caballo al pueblo para conseguir mulas. El resultado fué el de siempre—"Mañana". Nuestros oídos estaban completamente familiarizados con esta respuesta por haberla oído en todas partes del Perú. Ensayamos el efecto de un lenguaje un tanto duro, pero fué predicar en el desierto.

Entonces procedimos a examinar las ruinas de Limatambo que no son otra cosa que andenes construidos en la forma ya descrita. Son de estilo ciclópeo, con caras de piedra bellamente labrada y juntada con admirable exactitud, con las superficies a la altura de la terraza muy bien cortadas y niveladas. Lo que algunos viajeros llaman palacio o templo no es más que una terraza con alacenas en la pared; aunque un templo o algún otro edificio pudo haberse construido encima, no quedan señales de su existencia. La terraza exterior es de 20 pies de alto y 800 pies de largo y domina el valle que en este lugar es muy angosto, de tal manera que probablemente se intentó hacer una fortificación. (2)

Proseguimos nuestra ruta bajando por el valle angosto y llegamos al anochecer a Mollepata. Es un grupo de chozas miserables en una alta repisa de la montaña con una iglesia destartalada, un gobernador borracho que al mismo tiempo es encargado del cobertizo llamado casa de postas y un cura tan disoluto como el gobernador. Los campos circundantes son pelados y difícilmente pudimos conseguir un poco de agua y un bushel de maíz para nuestros animales, pagando la modesta suma de tres dólares. Al día siguiente tenía que efectuarse una corrida de toros y la aldea estaba llena de vagabundos de aquende y allende, ébrios y de aspecto siniestro, en su mayoría bestialmente alcoholizados. Estos se agruparon en torno de nosotros, hecharon ojo a nuestras mulas y equipajes, acordando entre ellos, en quechua, cuál de nuestros animales le tocaría robar a cada uno, al menos, nos informó así Ignacio que entendía su lenguaje. Como el patio de la casa en que nos alojamos no tenía cereos por dos costados, resolvimos estar en guar-

(1) Monte Verónica [19342 pies]; Mt. Salcantay [20565 pies]; Mt. Soray [19435 pies]; Panta [18490] y Soyrococha [18195]. Inca Land, página 171. N. del T.

(2) Véase las notas de las páginas 85 y 89.—N. del T.

día toda la noche armados hasta los dientes. I nos hubiera ido mal de otro modo, pues intentaron varias veces espantar y llevarse nuestros animales. Nos alejamos muy temprano con la satisfacción de escapar de un lugar de la peor reputación en el Perú. (1)

Nuestro camino zigzaguea alrededor del pico elevado de Mollepata y sube hasta el nacimiento de cada grieta que se abre en sus faldas, luego vuelve hacia el punto de partida, de tal manera que en una caminata de dos millas no se avanza sino unos cuantos centenares de varas. La montaña es cada vez más precipitosa y por fin nos encontramos en una angosta repisa, gastada por el paso de las mulas en la ladera, y más allá, en la distancia, descubrimos debajo de nosotros el río Apurímac, que aparece apenas como un arroyo.

Después de dar la vuelta a la mitad de la circunferencia del cerro de Mollepata llegamos a las alturas de una profunda quebrada que lo separa de otro cerro en cuyas laderas distinguimos las coloradas tejas de los techos de la dilatada hacienda de Bellavista, rodeada de campos verdes de alfalfa y grandes parcelas amarillas de caña de azúcar. A una legua a la derecha de la hacienda se ve una serie de arcos que se extienden a través de una depresión de la cresta del cerro, un tanto parecidos a los que atraviesan la Campaña Romana, y un grupo de chozas, que nuestro arriero dijo que era la casa de la posta de La Banca a donde nos dirigíamos. Aunque ya estábamos acostumbrados a los maravillosos recodos, entrantes y salientes de los viajes por las Serranías del Perú, nos preguntamos cómo habíamos de pasar, la obscura y profunda quebrada que nos separaba de La Banca, con sus laderas pendientes y en algunos sitios completamente precipitosas. Fué un procedimiento largo y cansado ciertamente. Seguimos una senda deleznable que fuldeaba la ladera de la quebrada, retrocediendo aquí y acullá y alcanzando después de una serie de ásperos zigzags un descenso de cien o más pies por sitios en que un niño podría lanzar un guijarro al fondo del abismo contra la cabalgata. Descendiendo así gradualmente nuestro camino hacia la cabecera de la quebrada llegamos finalmente a un punto en donde escuchamos el ruido del río de La Banca

(1) Es posible que se trate de una broma a los gringos y en el peor de los casos el conato fué de hurto pero no de asalto ni de robo. —N. del T.

oculto aún por un bosque vigoroso de olivos silvestres, cañizos y matorrales. Pronto penetramos en el bosque y bajando todavía bajo la fresca sombra y entre rocas húmedas y musgosas llegamos al río que es un torrente fuerte y rápido entriado por el deshielo. El vado es un ancho remanso con espacios llanos inlizados en las orillas que demuestran que son un sitio favorito de descanso para los arrieros y viajeros. A sólo pocas yardas más abajo el río da un brusco salto por un precipicio de gran altura y en una serie de cascadas en la oscura quebrada, cae en el Apurímac. Nuestro arriero nos dijo que había osos en los matorrales de encima, pero no vimos más animales que un zorro de color amarillito grisáceo que encañando el hocico por un instante desapareció enseguida detrás de una roca próxima. Un sitio umbroso como éste rara vez se encuentra en el Perú y por consiguiente no teníamos ganas de dejarlo para seguir nuestra larga y penosa ascensión a La Banca.

No obstante la ascensión se llevó a cabo no sin mucho esfuerzo de nuestras mulas de carga, algunas de las cuales se rindieron en esta prueba. Antes de llegar a las casas de posta, situadas en una especie de repisa en el cerro, pasamos por un grupo de molles y otros árboles alimentados por un pequeño manantial rezumante. Aquí se encuentran las paredes de adobe, grises y ruinosas de un Inca-tambo, con sus puertas y ventanas de estilo egipcio. Estas ruinas indican aparte de la conformación física del país, que nos encontramos todavía en la gran ruta de comunicación entre el Cuzco y las provincias del Norte del Imperio Incaico. Un escalamiento forzado de un banco precipitoso nos condujo a las chozas de La Banca, y bajo la sombra de los árboles que tan románticos nos parecieron desde el otro lado del gran barranco. Vimos que pertenecían a una gran *acequia* que se extendía desde el pie de la línea de nieve en las grandes montañas de Vilcaonga y que irrigaba la hacienda Bellavista, cuyos propietarios la habían restaurado sobre la línea adoptada por sus constructores originarios los Incas. Conduciendo la *acequia* sobre arcos por encima de una depresión en el cerro, consiguieron distribuir el agua a mayor altura que lo hicieron los Incas y hacer productiva una mayor extensión de terreno.

En este lugar la cresta del cerro tiene la forma de una cuchilla y las chozas apiñadas de La Banca fueron construídas, a falta de espacio, en parte contra los arcos y en parte debajo de ellos. Las quebradas de uno y otro lado tienen millares de pies de profundidad, y de pie en la cuchilla se

experimenta una sensación semejante a la de un hombre encaramado sobre el techo empinado de una casa. Nuestras bestias apenas cabían en el corral de la casa de postas. El jefe de ella estaba en Mollepata engrosando las filas de los borrachos en esa aldea y su encargado, cuyos atractivos personales no eran, por cierto, enaltecidos por un enorme hocio, estaba en un estado de torpe embriaguez. A todas nuestras preguntas respondía insistiendo en que bebiéramos un vaso de chicha turbia, la cual, a lo que pudimos comprender, era "*muy buena*" porque estaba hecha con los frutos del árbol del molle. Los demás habitantes de La Banca que eran muy pocos estaban en las mismas condiciones que el dependiente de la casa de postas: hombres y mujeres, sin que les falte el hocio (ecoto), con excepción de una vieja quién nos aconsejó que no nos detuviéramos allí, donde no había nada para nosotros ni para nuestros animales, a no ser chicha de la peor calidad, y que debiéramos ir a la hacienda.

Nos esforzamos en conseguir del suplente del jefe de postas (quién según la ley está obligado a tener mulas siempre listas) algunas bestias para continuar nuestro viaje y le presentamos las órdenes terminantes del Gobierno en nuestro favor. Pero él desdeñó verlas, y con ese menosprecio del Gobierno que es universal en el Perú, excepto cuando su autoridad se hace visible en forma de fuerza armada, nos envió al diablo, y tambaleándose se alejó hacia su choza, donde un par de cueros sucios de oveja le servían de cama. Nos vimos obligados a contemperizar, finalmente, con la oferta de pago doble convino en enviarnos a la hacienda; al amanecer del día siguiente, las mulas de carga necesarias.

Con esta seguridad, desentrañada de las incoherencias de aquel sujeto, nos dirigimos a Bellavista siguiendo los bancos de la *acequia* orillada de sauces en la mayor parte de su extensión. Estos árboles, alimentados por el agua, habían echado raíces profundas y formaban el sostén principal del terraplén de la *acequia* en sitios en que parecía imposible hacer pasar un acueducto a no ser sobre muros de cantería altos y costosos. Una caminata rápida de una hora nos condujo a Bellavista, una construcción grande, baja, alrededor de un patio cuadrangular con una sola portada ancha y sólida, y que comprendía los departamentos de la familia, la capilla, los establos y las oficinas del establecimiento, siendo el núcleo de una aldea considerable de chozas de adobe y carrizo habitadas por los obreros de la hacienda.

Aquí se nos hizo una recepción que en cualquier parte podría llamarse cordial y generosa, pero que en el Perú tenía mayor valor por su rareza. (1) La propietaria es una viuda un tanto entrada en años, y que sufre (si puede emplearse esta palabra respecto a una afección que no es dolorosa) del bocio, que aflige a todas las mujeres jóvenes y viejas, tanto en Bellavista como en La Banca, lo que ha dado apoyo a la hipótesis de que su causa es algunas veces, no generalmente, el uso del agua de nieve. (2) Su marido había sido un hombre de empresa y había establecido aquí una hacienda para la producción de azúcar y aguardiente, después de haber restaurado y utilizado las obras antiguas de los Incas para la irrigación de los terrenos antes estériles de la hacienda. Esta comprende toda la ancha loma unida a las montañas de Vilcaconga por la afilada cresta de La Banca, y desciende pasando por casi todos los grados de temperatura hasta el lecho profundo y angosto del Apurímac, donde el ardiente sol crea un clima más que tropical.

Aquí doquiera hay un pedazo de terreno, los productos tropicales prosperan con exuberancia más que tropical. El agua es distribuida juiciosamente sobre esta ladera que parece una gema verde engastada en ámbar en el fondo mate de las montañas. Junto a la casa hay un jardín un tanto descuidado pero lleno de manzanos y melocotoneros y de bellas flores. A un costado del patio hay una serie de departamentos bien amueblados pero inhabitados y cerrados, de los que nuestra buena huésped dijo, con lágrimas en los ojos, que pertenecían a sus hijos ausentes, que se encontraban en Lima, donde su hijo era diputado y su yerno senador.

La admirable matrona de Bellavista dirigía los complicados negocios de la gran hacienda, con diligencia, calma y claridad dignas del mejor talento administrativo en cualquier país. Por las mañanas, sentada junto a la ventana separada del corredor por una cortina, llamaba a todos los muchachos de la hacienda para que reciten sus lecciones.

(1) En ningún otro pasaje insinúa el autor la más leve queja contra la proverbial hospitalidad en el sur del Perú, hidalgamente reconocida por todos los viajeros nacionales o extranjeros inclusive por el autor.—N. del T.

(2) El médico cuzqueño Dr. Antonio Lorena, publicó, hace mucho tiempo, una conferencia sobre la Etiología del bocio y del Cretinismo en la hoya del Vilcanayo, reproducida en "The Lancet" de Londres.—N. del T.

y la curiosa capilla que ocupaba una esquina del patio nunca dejaba de abrir sus rítmicas puertas a horas fijas para que los humildes dependientes rezaran ante el altar mal alumbrado pero castizo que contenía los símbolos de su fé.

Por supuesto, las mulas prometidas por el ayudante de la casa de posta de La Banca no aparecieron en la mañana, y resolvimos que los ingenieros utilizaran el retardo inevitable para examinar un punto sobre el Apurimac que se decía apropiado para la construcción de un puente, al que se podía llegar de la hacienda, en tanto que yo volviera a La Banca, armado de los oficios del Gobierno, a conseguir mulas para los días siguientes.

H....nuestro artista, fué con los ingenieros. En el Cozco creía él que no sería capaz de pasar el gran puente colgante del Apurimac y las historias extravagantes que allí oyó acerca de las dificultades y peligros de la travesía, excitaron a tal punto su aprensión, que desde entonces declaró su propósito de no intentarlo siquiera. En vano le instamos a que esperase llegar al puente antes de adoptar una solución tan decisiva, mostrándole que esas referencias eran sin duda exageradas, y que esta dificultad, como muchas otras que nos habían atemorizado, desaparecería probablemente en cuanto la afrontásemos. Pero él se aferró a su propósito y dijo que si no podía pasar el río a nado por Huaynarina, no seguiría adelante. Para cerciorarse acompañó a los viajeros en su expedición. Después de una descensión larga y difícil, pasando por un risco de sal de diversos colores, la partida llegó al río Apurimac, a un sitio donde la quebrada por la que corre se ensancha un poco deparando un angosto espacio cubierto de cactus espinosos y acacias achaparradas, cálido como un horno y enjambrado de mosquitos. El río estaba bajo, y C. lo pasó a nado sin dificultad llevando una cuerda para medir su ancho. El pueblo de Curahuasi, al otro lado del río encaramado a algunos miles de pies de altura y distante apenas tres millas, se veía de este punto. Fácil le hubiera sido a H....pasar el río con la ayuda de sus compañeros y llegar sin mucho esfuerzo a Curahuasi antes del anochecer, donde le hubiéramos encontrado al día siguiente. Pero por alguna razón inexplicable no lo hizo y volvió con la partida a la hacienda.

Entretanto mi visita a La Banca, fué irritante. Todos allí estaban borrachos, como en los días anteriores, y, como de costumbre, el dependiente de la casa de posta fué incoherente y no pude obtener de él ninguna información ni promesa alguna. Sus ojos de imbécil brillaron un momento

con un aire de desprecio cuando le presenté las órdenes del Gobierno a todos los Prefectos, Subprefectos y Gobernadores para apresar y encarcelar a todos los empleados incumplidos de las postas, que dejasen de proporcionarnos caballos y mulas conforme a la ley. Tampoco pude obtener ninguna información satisfactoria de los hombres y mujeres allí presentes. Uno dijo que no había bestias; otro, que estaban "*muy arriba*", proyectando sus labios en la dirección de los cerros de encima; un tercero dijo que estaban "*muy lejos*", y estiró sus labios río abajo. En lugar de apuntar un objeto con la mano o el dedo esta gente lo hace con los labios y con un movimiento de cabeza en la dirección que quieren indicar. Perdi media hora reconviniendo, amenazando y suplicando alternativamente sin conseguir nada satisfactorio, y volví a la hacienda con la triste convicción de que tendríamos que quedarnos por un tiempo indefinido, quizás hasta que comenzaran las lluvias y fuera imposible pasar los ríos cargados en nuestro camino. Pero nuestra buena hospedera vino en nuestro socorro y envió a su *mayordomo* con cuatro mozos intrépidos, a La Banca, en compañía de Ignacio, con orden de buscar las mulas y traerlas aquella noche, como en efecto lo hicieron por la fuerza.

En la mañana siguiente, el de la posta hizo su aparición, muy granado pero oficioso y obsequioso. Nosotros no le prestamos atención, rehusamos todos sus ofrecimientos de asistencia y rechazamos su petición de pago doble, fundada en nuestra promesa de dos días antes. Le abonamos el mínimo permitido por la ley y le confortamos asegurándolo de que daríamos cuenta estricta al subprefecto de Abancay.

H...se negó a acompañarnos e insistió en ir a Huaynarina y pasar allí a nado el río. Tampoco aceptó el guía y asistente que le ofrecimos. Le di un salvavidas de jebe, y, con la grata seguridad de que llegaría primero a Curahnasi, emprendió su camino. Nunca lo volvimos a ver.

Los grandes y hermosos caminos reales construidos por los Incas a través de todo el imperio que radiaban al Norte, al Sur, al Este, y al Oeste de la imperial ciudad del Cuzco, de los cuales nos hablan los cronistas y los historiadores que los siguen, si alguna vez existieron en el Centro y Sur del Perú, han desaparecido, dejando aquí y acullá sólo cortos tramos o fragmentos que apenas pueden justificar las alabanzas extravagantes de que han sido objeto. Las sendas modernas para mulas, mal llamadas caminos, deben seguir

necesariamente, si no del todo, casi las mismas rutas de los indios del Imperio. La configuración física del país es tal que la comunicación entre *puna* y *puna* y entre valle y valle tiene que hacerse pasando por las mismas abras. Todos estos pasos sobre las montañas están marcados por enormes montones de piedras como ocurre en Escocia y Gales, resultado de la contribución de los viajeros: cada uno de los cuales lleva una sola piedra como ofrenda a los espíritus de las montañas y como una invocación para que lo sostengan en las fatigas del camino. Estas grandes pilas de piedras existen todavía, y perdurarán por toda una eternidad, señalando por siempre las rutas de viaje en los días de los Incas.

Por consiguiente, por estos rudos monumentos, podemos conocer muy aproximadamente, las antiguas líneas de comunicación, las cuales están indicadas además por las ruinas de los tambos, situadas a intervalos en todo el país y principalmente en lugares privados de provisiones en las comarcas frías y desiertas, donde el viajero necesita más de alimento y albergue.

El viajero moderno se consideraría muy afortunado si pudiera hallar uno por ciento de estos tambos, pues los viajes en el Perú son hoy infinitamente más difíciles y peligrosos que lo eran en tiempo de los Incas. Más difíciles, porque las facilidades son menores; más peligrosos, porque las leyes son más laxas y el nivel moral del pueblo más bajo. La influencia de España en el Perú ha sido malsana; la civilización del país era muy superior antes de la Conquista.

Como tengo dicho, en el Sur del País, hay escasas huellas de los caminos incaicos tales como fueron descritos por los antiguos cronistas y como los vió Humboldt en el Norte del Perú; y como las sendas actuales deben seguir las antiguas rutas, infero que no existieron nunca tales caminos en esta parte, porque no hay razón para que hayan sufrido la acción del tiempo y de los elementos en una región más que en otra del territorio.

Entre el Cuzco y el delicioso valle de Yucay, quedan numerosos restos de un antiguo camino algunas de cuyas secciones se conservan en perfecto estado. Tales secciones coinciden en carácter con los largos tramos en la dirección de Quito. Son sendas de diez a doce pies de ancho, un tanto elevadas hacia el centro, empedradas y con los cantos delineados con piedras grandes, firmemente clavadas en el suelo. Donde este camino desciende de la elevada *puna* un descenso precipitoso de casi cuatro mil pies hasta el fondo del valle de Yucay-zigzagüea sobre una angosta repisa cortada en

la ladera, y sostenida aquí y acullá, donde no puede conseguirse paso de otra manera, por altos muros de retención de piedra labrada que parecen tan firmes y perfectos como cuando fueron acabados de construir hace varios siglos.

No eran las altas cadenas de montañas y los anchos y frigiditos desiertos, barridos por furiosos y fríos vientos, los únicos obstáculos para la intercomunicación en los Altos del Perú, y entre los gigantes coronados de nieve de los Andes y de las Cordilleras. Hay valles profundos, barrancos y quebradas entre las montañas o excavados en las llanuras que alternan con ellas, y en cuyo fondo corren ríos caudalosos o rápidos torrentes alimentados en tiempo de secas por el deshielo de las cumbres y por la lluvia en la época de aguas. Por lo general son invadibles, pero el viajero tiene que pasarlos de alguna manera. Los españoles construyeron algunos puentes de piedra inmediatamente después de la Conquista y unos cuantos han sido edificados por sus descendientes; pero por lo general, los ríos y torrentes se pasan hoy con la ayuda de dispositivos semejantes a los empleados por los Incas, ubicados en sitios escogidos por ellos mismos. Si el principio del arco hubiera sido bien comprendido por los antiguos habitantes, quienes dejaron algunas obras de piedra labrada, las más bellas del mundo, no hay duda de que el interior del Perú habría abundado en puentes que rivalizarían con los de Roma en perfección y dimensiones. Como que ocupaban un territorio escaso en maderas, apelaron a los puentes colgantes, sin duda no del todo iguales a los fabricados por sus descendientes y sucesores—puentes formados de cables de mimbres trenzados, tendidos de una a otra orilla y llamados *puentes de mimbres*. Donde los bancos eran elevados o los ríos estaban constreñidos entre muros precipitosos de roca, estos cables eran anclados en estribos de piedra. En otros sitios se llega a ellos por calzadas en declive elevadas para darles la altura necesaria sobre el agua. Tres o cuatro cables forman el piso o sostén principal del puente, y sobre ellos se fijan transversalmente pequeñas varillas, a veces de bambú o cañas, por medio de enredaderas, cuerdas o tiras de cuero sin curtir. Dos cables más delgados se estiran a los lados como protección y pasamanos. Por estos puentes frágiles y movedizos pasau los hombres y los animales, estos últimos, por lo general descargados.

Cada puente, por lo general, está a cargo de la Municipalidad del lugar más próximo; y como quiera que requiere

ser renovado cada dos o tres años, los indígenas están obligados a traer en períodos determinados cierto número de varillas de especies peculiares de madera resistente, por lo común de la variedad llamada lloque, las que son trenzadas por expertos, y en seguida, extendidas a través del río por los esfuerzos combinados de los habitantes. Algunas de las construcciones más grandes e importantes de esta clase son mantenidas por el gobierno y todos los pasajeros y mercaderías pagan un pontazgo fijo. Tal es el caso del gran puente sobre el río Apurímac en el camino real que conduce del antiguo Huamanga (hoy Ayacucho) al Cuzco (1).

El Apurímac es uno de los orígenes del Amazonas, y es un río largo (2) y rápido que corre en un valle profundo, o más bien, en una gigantesca quebrada, encerrada por montañas elevadas y precipitosas. En toda su longitud es cruzado por un sólo puente, entre dos enormes precipicios que se elevan vertiginosamente por ambos lados y forman las cumbres de lo que el viajero mira como un golfo obscuro. En el fondo brilla un hilo blanco de agua, de donde asciende un ruido bronco y fuerte, que da su nombre al río, pues, Apu—rímac, significa, en lengua quechua, el "gran hablador". Por encima, el puente, parece una simple cuerda y se llega a él por una senda que semeja una línea blanca en el corte de la montaña y por la cual vacila en aventurarse el más intrépido viajero. Al otro lado del puente, esta senda desaparece de repente de una repisa cortada en la roca, la que ofrece apenas el espacio necesario para la choza del cobrador del puente, y en seguida pasa por un oscuro túnel abierto en la roca del que emerge para ascender un áspero y tedioso zigzag por el flanco de la montaña.

Es costumbre de los viajeros calcular su tiempo a fin de llegar a este puente en la mañana antes de que comience el viento, pues, durante la mayor parte del día sopla éste hacia arriba del cañón del Apurímac con gran fuerza

(1) Hace muchos años que el puente colgante de que se trata, como el de Ollantaytambo y otros de su especie, ha sido reemplazado con otro de hierro, firme y seguro, y los accidentes que aquellos ocasionaban han pasado a la historia anecdótica y pintoresca. Es sabido que el 26 de marzo último (1927) han arribado a Ayacucho los raidistas que cinco meses antes pasaron por el Cuzco en un automóvil Ford, procedentes de Rosario (Argentina), señores Ramón Utges y Francisco Birke.—N. del T.

(2) En efecto, nace muy cerca del Pacífico y lleva sus aguas hasta el Atlántico.—N. del T.

y el puente se mece como una gigantesca hamaca siendo casi imposible pasarlo (1).

Fué un incidente memorable en mis experiencias de viaje, el paso del gran puente colgante del Apurímac. Nunca podría olvidarlo aunque no estuviera asociado a una circunstancia que por entonces me produjo mucha pena e inquietud.

El puente de Apurímac es famoso en todo el Perú y todos los que lo habían pasado conservaban recuerdos temibles: cómo la frágil estructura oscilaba a una altura vertiginosa en medio de gigantescos precipicios sobre un abismo oscuro lleno del rugido profundo y ronco del río; cómo se empañaban sus ojos; cómo desfallecía su corazón y temblaban sus piernas, en tanto que pugnaban para pasarlo sin atreverse a volver la mirada a uno ni a otro lado.

El camino al puente era precipitoso y zigzagueante y bajaba por el flanco más empinado del cerro de La Banca de donde parece apenas una senda para cabras. Era una sucesión de abruptos zigzags que alternaban aquí y acullá con un trecho de senda horizontal. Para ver nuestra cabalgata era preciso mirar arriba o abajo, no adelante o atrás. Era como descender las espiras de un tirabuzón aplanado. En ciertos sitios las rocas sobresalen de tal manera que es necesario agacharse sobre el arzón de la silla para pasar por debajo de ellas, o cargar el peso del cuerpo sobre el estribo hacia el declive de la montaña para evitar un choque. Los sitios más peligrosos, no obstante, eran aquellos donde habían ocurrido derrumbes y en los que era imposible construir una senda que no fuera susceptible de ceder en cualquier momento bajo los pies de nuestros ani-

(1) Mr. Bingham empieza así el primer capítulo de su excelente libro *Inca Land*: "Un amigo mío en Bolivia puso en mis manos un ejemplar de la interesantísima obra del finado George Squier, titulada, "Perú". "Incidentes de Viaje y Exploración en la Tierra de los Incas". En ese volumen hay un maravilloso dibujo del valle del Apurímac. En el primer plano se ve un frágil puente colgante que comienza en un túnel del precipitoso acantilado y se extiende en el aire a gran altura sobre las aguas arremolinadas de el "gran hablador". En el fondo y a gran distancia, atalayando enormes montañas se destaca un magnífico pico nevado. El deseo de ver el Apurímac y de experimentar el estremecimiento del paso del puente decidieron mi viaje a Lima".

"Como una consecuencia pasé al Cuzco, antigua capital del poderoso Imperio de los Incas, y fui invitado por las autoridades para visitar algunas ruinas incas recientemente redescubiertas. Como recordarán los lectores de "A través de Sud América", estas ruinas eran las de Choquequirau".—S. del T.

males. La quebrada se estrechaba conforme descendíamos hasta que quedaba literalmente cercada por precipicios de rocas estratificadas extrañamente plegadas, en tanto que enormes masas de piedra, hendidas y despedazadas como por un cataclismo de la naturaleza, se elevaban delante de nosotros como obstáculos aciagos en la quebrada umbría y amenazante, en cuyo fondo se agitaba el río con un roncó bramido entre los oscuros peñascos.

No había lugar para árboles ni arbustos y nuestras mulas buscaban paso cautelosamente, con la cabeza y las orejas gachas, entre los bloques rotos y angulares. Los gritos ocasionales de los arrieros sonaban ásperos y pericucientes y parecían apagarse en las paredes adamantinas. No había espacio para el eco. Finalmente la quebrada se hizo tan estrecha entre los flancos precipitosos de las montañas que apenas ofrecía paso para el río y nuestra pequeña partida. Aquí sentimos un rugido más áspero, más profundo y más fuerte que el del río que habíamos seguido. Era la voz del "Gran Mugidor". Un poco más adelante pudimos ver el río y dos o tres chozas construídas en el espacio circunscrito de la confluencia. Nuestros arrieros estaban ya ocupados en descargar nuestros equipajes para que fueran transportados sobre las espaldas cicatrizadas de los ocupantes de las chozas.

A la izquierda de las chozas, meciéndose maravillosamente en lo alto en graciosa curva, en medio de dos precipicios, frágil y semejante a una telareña, estaba el famoso puente del Apurímac. Una senda estrecha y empinada que seguía en parte una repisa natural, formada por la estratificación de la roca y cortada en parte en la cara misma, subía, por unos cien pies de distancia a una pequeña plataforma, labrada también en la roca, donde estaban remachados los cables que sostenían el puente. En la orilla opuesta había una plataforma algo más grande, techada en parte por la roca, donde estaba el torno para mantener tensos los cables y encaramados como cabras en alguna repisa de la montaña vivían los custodios del puente. La senda podía apenas desenbrirse dando la vuelta a una protuberancia de la roca, a la izquierda de esta repisa, reapareciendo después encima de ella, y en seguida, después de muchos zigzags perdiéndose en la boca oscura de un túnel.

No perdimos tiempo en sacar de nuestras *alforjas* las sogas y cintas de medir y a toda prisa trepamos la senda rocosa que conduce al puente. Estaba éste en malas condiciones. Los cables se habían alojado de tal manera que

el centro del puente colgaba de doce a quince pies más bajo que los extremos, y no se habían alojado igualmente, sino que los de un lado estaban considerablemente más bajos que los del otro. Los cables de cada lado destinados a servir al mismo tiempo de sostén y de baranda, no se habían bajado lo mismo que el puente y estaban tan altos que no podían alcanzarse sin dificultad; y muchas de las cuerdas que los unían al piso, colocadas muy separadas desde un principio se habían arrancado, así es que prácticamente no ofrecían seguridad ni inspiraban confianza.

Los viajes en los Andes curan pronto de cualquier nerviosidad debida a las alturas y las profundidades y son un específico contra los vértigos. Sin embargo, todos nosotros, dirigimos una mirada recelosa a la frágil construcción que teníamos delante, pero no nos fué difícil pasarla y repasarla, como lo hicimos varias veces, excepto al aproximarnos a los extremos, hacia los cuales trasladaba nuestro peso el hundimiento del puente, por lo que los últimos pasos resultaban un poco cuesta arriba. Una brisa persistente soplabá río arriba y mecía el puente de un lado a otro por lo menos seis pies. No obstante, el movimiento no producía una sensación de peligro.

Medimos cuidadosamente el largo y la altura del puente y encontramos que la longitud era de 148 pies de una amarra a otra y que la parte más baja estaba a 118 pies sobre el río. Mr. Marham que lo pasó en el año 1855 calculó la longitud en 90 pies y la altura en 300 pies. El teniente Gibbon que lo cruzó en 1857 estimó el largo en 324 pies y la altura en 150. No obstante, nuestras medidas son exactas. La altura podría aumentarse unos diez pies estando los cables bien tensos. Estos son en número de cinco, trenzados con la fibra de la cabuya o de la planta del maguay y tienen un grosor de unas catorce pulgadas. El piso es de pequeñas varillas y cañas amarradas transversalmente con tiras de cuero sin curtir. Los indios que vienen de Andahuaylas y otros distritos donde crece la cabuya, traen consigo cierta cantidad de hojas con las que pagan su pontazgo. Estas son preparadas y convertidas en maromas por los custodios del puente, quienes deben sentirse felices de tener alguna ocupación en su solitario y elevado albergue.

Nuestras cargas fueron trasladadas al otro lado del puente y en seguida fueron pasadas nuestras bestias una por una, y, cargadas las mulas, partieron cerro arriba. El espacio es muy reducido para admitir más de dos mulas carga-

das a un tiempo y en ciertos casos se desbarrancaron del precipicio por haberse amontonado. Nosotros guiamos nuestros caballos sin dificultad excepto para hacerlos entrar al puente; pero una vez sobre la estructura oscilante estuvieron tan sossegados como en tierra firme. Quizás aun para las humildes inteligencias de los animales resultaba claro que el centro del puente del Apurimac no era el lugar más propicio para cabriolas ecuestres o asnales.

Cabalgamos de nuevo, comenzamos la subida pendiente y dificultosa. En ciertos sitios el camino tenía un precipicio cortado a pico por un costado y una pared vertical por el otro; en seguida había una subida con escaleras, cortada en parte en la roca y construída en parte con piedras adosadas contra ella; más allá había una vuelta brusca con un parapeto en semicírculo en su contorno para impedir que los animales impulsados al bajar por su propio peso se precipitaran en el abismo. Nuestras mulas de carga ascendían trabajosamente por encima de nosotros, parándose a cada paso para tomar aliento, en tanto que los arrieros las ayudaban empujándolas por las ancas.

Habíamos recorrido apenas la mitad de la distancia a la entrada del túnel, que penetra en la montaña en la base de una gran masa vertical de roca, cuando fuimos alarmados por los gritos de nuestros hombres y el alboroto de los animales encima de nosotros. La causa era una piara de mulas cargadas que acababa de salir del túnel y se precipitaba cuesta abajo. La mula de la Sierra, cuando se encuentra con otro animal, trata siempre de pasar por el rincón, porque se da cuenta cabal del peligro de hacerlo por el borde de la senda, y ocurre a veces que ninguna cede el paso por la persuasión ni a fuerza de golpes. Los arrieros tienen que descargar los animales para que puedan proseguir su camino en tales casos. Una dificultad semejante ocurrió en el caso de que tratamos y el conductor de la recua que bajaba se adelantó a toda prisa para advertirnos que desmontáramos y buscáramos la parte más ancha de la senda o algún rincón para esperar allí el paso de sus mulas. No bién acabó de hablar cuando vimos una de nuestras mulas cargada con nuestros baules que bajaba corriendo por la senda zigzagueante, probablemente espantada, seguida desatinadamente por su conductor. En el preciso momento en que llegaba cerca de nosotros tropezó el animal cayendo literalmente patas arriba, y hubiera rodado hasta el río si el capataz de la recua, que venía, no la hubiera cogido por la pata delantera, evitándolo de este modo. Inmedia-

tamente la sujetó con todas sus fuerzas por las orejas impidiendo así que forcejeara y se matara, y mientras tanto nosotros la descargamos. Un paso más y la mula, se habría perdido irremediablemente.

No fué con poca satisfacción que vimos pasar la última de las mulas y reanudamos nuestra ascensión. El túnel era espacioso, de doscientas a trescientas varas de largo, con aberturas hacia el precipicio para la entrada del aire y de la luz. A través de estas vislumbrábamos las grandiosas montañas del otro lado del cañón y escuchábamos la voz ronca y tétrica del río. No sé hasta qué punto pueda este túnel, ser atribuido a los Incas, pero estoy seguro de que el puente que ellos construyeron sobre el Apurímac ocupaba el mismo sitio que el actual.

Empleamos dos horas en ascender la cuesta para llegar a la llanura circundada de montañas en que se encuentra la población desparramada de Curahuasi, una aldea bien irrigada, perdida entre árboles y matorrales. A pesar de que se encuentra a más de 8,000 pies sobre el nivel del mar, notamos varios campos de caña de azúcar cerca del pueblo. No teníamos recomendaciones para Curahuasi y nos encaminamos directamente a la casa de posta, una choza escudada, sin más que dos cuartos, uno de los cuales era a la vez cocina y dormitorio compartido por igual por la familia, los perros, las gallinas y los cuyes. El otro cuarto, destinado a los huéspedes, tenía por todo mueble una mesa destaralada y su piso de tierra estaba cubierto por trastos de toda clase empolvados y repugnantes dejando ver que no había sido ocupado desde hace mucho tiempo.

Nuestros hombres despejaron el espacio suficiente para nuestras camas y aquí esperamos la llegada de H. No nos sorprendió que aun no hubiera llegado a la posta puesto que era temprano todavía y también porque pudo haber encontrado un mejor alojamiento en el pueblo. Así es que nos pusimos a callejear preguntando por él a todo el mundo, pero nadie lo había visto. Vino la noche, encendimos nuestra última vela y lo esperamos sin cuidado, turnándonos en la calle. Ya era más de media noche cuando perdimos la esperanza de su arribo y nos retiramos a dormir con la seguridad de verlo temprano el día siguiente. Hacia el amanecer, pero todavía a oscuras, fuimos alarmados por fuertes golpes en la puerta. Suponiendo que fueran de nuestro compañero ausente, me levanté rápidamente, encendí una luz y quité la tranca de la puerta, cuando entró la más extraña figura que ví en mi vida. Era la de un hom-

bre alto y esquelético. Sus extremidades estaban desnudas y llenas de cicatrices y sus cabellos, largos y enmarañados, descoloridos por el sol y la intemperie. Debajo de su brazo izquierdo llevaba una colección rara de palos, huesos, pedazos de sogas y otros despojos, y en la mano derecha, un bastón largo y nudoso. Con los ojos profundamente hundidos, parecía, en conjunto, una de las brujas de Macbeth y no era por cierto una visión agradable para quien acababa de despertar. Noté inmediatamente que era un loco, pero como los locos tienen caprichos desagradables no fué poca mi satisfacción al ver que mis compañeros estaban también despiertos y a mi lado. Sin embargo, nuestro visitante no mostró violencia y solo comenzó a hablar rápida e incoherentemente.

Por un momento creímos que su intención era comunicarnos algo acerca de H. pero no pudimos entenderle absolutamente. Parece que él comprendió que éramos extranjeros, pues repitió frecuentemente la palabra "ingleses". Le dimos los restos de nuestra cena y se marchó. Al día siguiente nos cercioramos de que era un español, que en otro tiempo estaba empeñado en trabajos de minas en la vecindad y que se volvió loco hace algunos años a consecuencia de la muerte de su familia y de desastres en sus negocios.

La mañana no nos trajo nueva alguna del artista ausente. En vano ascendimos las colinas de detrás del pueblo para ver si descubríamos alguna silueta aproximándose por la dirección de donde era esperado. A las diez, después de mucho trabajo logramos encontrar al síndico y despachar correos indios al Huaynarimac, por donde H. se propuso cruzar el río, con instrucciones de recorrer las orillas hasta donde fuera posible e indagar en todas las chozas del camino. Otro correo fué enviado a Bellavista, para averiguar si, frustrado su empeño, se había regresado allí.

Era inútil para mis amigos quedarse esperando en nuestra miserable posada y se convino en que continuaran el camino a las doce y me esperaran en Abancay, distante nueve leguas. Pasé el día ansiosamente creciendo mis temores hora por hora, y cuando algunos de los enviados volvieron por la noche sin traer ninguna noticia del amigo perdido, mi alarma fué grande. La noche en la pequeña y sucia *posada* fué interminable y triste y mis penas no fueron de manera alguna aliviadas por la circunstancia de que mi sirviente Ignacio había aprovechado el día desocupado para pegarse una terrible borrachera.

Amaneció, y aun no teníamos ninguna noticia. A eso de las diez todos los indios habían vuelto sin haber obtenido la menor noticia ni la más ligera huella del hombre extraviado y muy a mi pesar se afirmó en mí la creencia de que había sido arrastrado por la corriente del río hacia el profundo cañón en que entra y donde era imposible seguirlo ni en botes. El síndico convino conmigo en que yo nada más podía hacer: y acordando con él que me enviaría un correo a Abancay, si lograba obtener alguna nueva de la suerte de mi amigo, resolví partir hacia aquel lugar para invocar el poder del subprefecto a fin de que se haga más amplias investigaciones. Yo me sentía casi impotente en Curahuasi, aún con la ayuda del síndico, sin poder interesar a los estólidos y adustos indígenas en el objeto de mis afanes.

El subprefecto de Abancay puso grande empeño en el asunto y dictó órdenes terminantes a todas las autoridades de su jurisdicción a fin de que no omitieran esfuerzo en la indagación del paradero del artista extraviado. Permanecí varios días en Abancay, pero no sabiendo nada acerca de mi amigo, me ví obligado a proseguir mi viaje a la costa por encima de las montañas, en la convicción de que había sucedido lo irreparable. Algún tiempo después de mi regreso a los Estados Unidos, recibí la siguiente carta, fechada en el Cuzco, del profesor Raimondi, quien fué mi compañero de viaje en la exploración en bote descubierto del lago Titicaca.

“Respecto a nuestro amigo señor H., tengo que comunicarle el más extraordinario relato. Parece que pasó un día sin novedad al Apurímac y encontrando el agua muy agradable, debido al calor ardiente de la quebrada, quiso darse un baño prolongado. Por desgracia, una súbita corriente de aire hizo caer al río el fío de sus ropas incluso de sus zapatos que había colocado sobre una roca sobresaliente. Sus esfuerzos para recobrarlo fueron inútiles y después de haber sufrido varios golpes fuertes contra las rocas en su empeño, quedó contento de ganar la orilla otra vez, desnudo como nuestro padre Adán. Aquí, en la orilla árida y sin árboles, en medio de las rocas cortantes, de acacias y cactus espinosos, bajo el sol calcinante rodeado de una nube de mosquitos venenosos, comenzó la exploración de algún lugar habitado. Pero pronto sus pies fueron lastimados por las piedras tajantes y su cuerpo se llenó de ampollas por el calor. Su único alivio consistía en echarse agua de cuando en cuando, hasta que llegaba la noche con su rocío y cubría

su desnudez. El calor en la profunda *quebrada* del Apurímac, aunque intenso durante el día, es seguido de un frío intenso después de la puesta del sol, y el señor H. se vió obligado a cubrirse con la arena caliente para pasar la noche. Al día siguiente prosiguió con su penosa tarea pero vino la noche una vez más sin que hubiera podido encontrar ninguna habitación humana. Durante tres días enteros anduvo errante en esta primitiva condición sin alimento de ninguna clase. Sus pies estaban destrozados y su cuerpo llagado por el calor, las picaduras de los insectos y las rasaduras de los espinales. Por fin encontró una choza miserable, pero sus padecimientos no acabaron aquí.

Debe tenerse en cuenta que esta quebrada es notable por su insalubridad. La fiebre hace aquí estragos y ha inspirado terror a sus habitantes indígenas, quienes no teniendo alcances para concebir cosas que no sean materiales han dado forma corporal inclusive a las enfermedades y atribuyen a la fiebre la figura humana. En consecuencia, cuando el señor H. se acercó a la choza, sus ocupantes se imaginaron que la temible fiebre hacía su palpable aparición. Algunos de ellos huyeron aterrorizados, pero otros más valientes, se armaron de piedras para atacar y poner en fuga la horrible visión. Así es que escapó con vida, mal que apenas. Después de mucha dilación y molestia los temores de los indígenas se calmaron y la víctima fué admitida a compartir del abrigo y el alimento que aquella miserable choza podía ofrecer. Aquí fué hallado después por los comisionados que lo buscaban, llevado a Curahuasi, y de allí a Abancay donde fué tratado con hospitalidad. No obstante fué ya después de algunos meses que estuvo en aptitud de caminar. Puedo aventurar la predicción de que nunca más se acabará con los imaginarios peligros de los puentes colgantes del Perú".

Como he dicho, no volví a ver a H. después de que nos separamos de la hacienda Relavista; pero muchos meses después de mi regreso a los Estados Unidos, me envió de Lima muchos dibujos y bocetos que había hecho después de nuestra separación. Reproduzco en seguida uno de ellos (1).

(1) El grabado representa al artista desnudo y a los indígenas armados de piedras y en actitud amenazante los unos y huyendo atemorizados los otros.

En Urubamba, en la fiesta del Rosario y otras, se podía ver no ha mucho, danzantes que parodiaban la terciaria o *chucchu*. En el Cuzco se bailaba asimismo el San Roque, para librarse de la sarna, entonando coplas más que picarescas. Los prejuicios relativos a las enfermedades y a la crianza de los niños son múltiples y muy extendidos.

De Curahuasi el camino continúa ascendiendo, hasta que tres leguas más adelante pasa por el punto más alto a partir del Cuzco. Desde allí comenzamos a bajar hacia la pequeña pero industriosa ciudad de Abancay, donde llegamos, en el momento mismo en que comenzaba una fuerte lluvia que duró toda la noche.

En el punto elevado y aislado llamado Concacha, cerca de Abancay, se encuentra una de las rocas esculpidas más notables del Perú. Es de piedra calcárea de cerca de veinte pies de largo, catorce de ancho y doce de altura. La parte superior está labrada en forma parecida a una serie de asientos a los que se llega por anchos escalones, a cuyo costado hay una pequeña escalinata, que no parece destinada a la ascensión, puesto que este objeto se consigue muy bien con los grandes escalones.

La superficie superior de la extremidad sur o menos voluminosa de la roca es unas cuantas pulgadas más alta que el nivel general de su cima y contiene cierto número de concavidades redondas en forma de escudilla, cuyos diámetros varían de cuatro a nueve pulgadas y sus profundidades de tres a seis. De la más próxima al borde sale un pequeño canal que se ramifica en el costado de la roca y entra en cuatro receptáculos excavados en la misma, a manera de bolsillos, de los cuales los dos mayores pueden contener medio galón cada uno. El agua vertida en la concavidad superior correría hacia estos raros receptáculos laterales. En vista de la descripción y de un dibujo de esta roca, no vacila M. Desjardins en relacionarla con los sacrificios humanos y cree que por la manera cómo la sangre de las víctimas, se derramaba hacia uno u otro de los receptáculos superiores o laterales; adivinaban los sacerdotes. Presume enteramente sin embargo el hecho de los sacrificios humanos, cuya existencia en el Perú no ha sido comprobada todavía (1). Yo me inclino más a creer que el objeto de

(1) Casi siempre es de admirar el criticismo del autor. Como un ejemplo contrastante puede verse en la página 566 del *National Geographic Magazine*, abril 1913, la curiosa interpretación que Mr. Bingham hace de los "*petroglifos*" de Maranijoc (Limatambo Cuzco-Perú). Dice: "es posible que represente la historia de un raid de los indígenas de las selvas del Amazonas hacia el corazón del país de los Incas". No obstante, la simple inspección de la fotografía de la misma página, tomada con mucho trabajo según su leyenda, no representa otra cosa que una iglesia aldeana con una cruz sobre la puerta central y dos torres laterales y otras figuras por el estilo esculpadas, seguramente, por algún pastorcillo ocioso. Para verlo no hay más que hacer girar la fotografía unos 45° hacia la derecha.—N. del T.

esta roca no era muy diferente del de la descrita del valle de Yucay; y que aquí como allí se hacían libaciones de chicha que los sedientos sacerdotes recogían muy de prisa de los diversos receptáculos, en tanto que los oferentes creían devotamente que era sorbida por el espíritu que habitaba en las rocas. Que algún sacerdote moraba aquí ocasionalmente es casi evidente, pues, puede verse un nicho profundamente excavado en la roca, suficiente para la entrada de un hombre, en la cara opuesta a las escaleras. La loza de piedra con que se cerraba el nicho, cuando era necesario, se encuentra hoy delante. Quedan aun señales de un antiguo edificio de piedra que rodeaba la roca y se encuentran en la vecindad gran número de ellas en que se labraron enormes asientos. Vemos que los sacerdotes Incas eran antes casi tan hábiles y taimados como sus colegas más refinados de allende los mares y que el gran negocio de explotar la ignorancia y credulidad de los humanos ha sido floreciente en todo tiempo, en todos los climas y que no es peculiar a ninguna época o pueblo.

A eso de una milla al Norte de Abancay hay una roca calcárea rodeada con un muro de piedra hasta la altura de veinticinco pies sobre los andenes. Se llama la fortaleza incaica pero no es en realidad sino un Intihuatana. Por el lado Noroeste hay una subida de fácil gradiente y de encima se ve muy bien el valle en todas direcciones, hay también allí restos de un pequeño edificio, de unos cincuenta pies por lado, en la parte más alta (1).

De Abancay el camino descende rápidamente, pasando por haciendas cañaverales, al río Pachachaca, que cruzamos por un hermoso puente de piedra, de un solo arco, que lleva la fecha 1564. Junto a él hay restos de un antiguo puente colgante, probablemente de origen incaico. Tardamos un día en Andahuaylas por la sencilla razón de que no teníamos mulas expeditas para proseguir nuestro camino. Aunque con dificultad nos fueron ofrecidos los animales indispensables para el día siguiente, domingo. Por la noche fuimos hospedados donde el subprefecto.

Aunque llovió en la mañana, emprendimos la marcha en cuanto él nos proporcionó las mulas, pues habíamos perdido mucho tiempo, y no podíamos detenernos en adelante. Notamos en el camino la amarilla flor del Inca. Pasamos por el pueblo de Talavera, y, si la fisonomía no

[1] Parece que el objeto principal de estos puestos dominantes era la transmisión de señales ígneas o sea la telegrafía óptica.—N. del T.

engaña, el aspecto de sus habitantes justificaba enteramente su mala reputación. Otra vez nuestro camino era ascendente, y, luego, a la distancia de cuatro leguas llegamos a Moyobamba, una pascana que se compone de dos casas rústicas de piedra completamente deshabitadas. Sin pérdida de tiempo encendimos fuego y enviamos a algunos de los compañeros a conseguir forraje para nuestros cansados animales. Todo en nuestro alrededor era frío y desolado, y, aunque nos parecía encontrarnos en completa soledad, aseguramos prudentemente la puerta con sogas, antes de acostarnos.

Gracias a nuestro albergue pasamos bien la noche ya que llovía incesantemente. Aunque seguía lloviendo, en la mañana, tuvimos que reanudar la marcha por aquel camino casi intransitable aun para nuestras experimentadas bestias. Conforme subíamos trabajosamente por aquella puna alta y helada, la lluvia se tornó en aguanieve, granizo y nevada que parecía envolvernos y venir de todas direcciones. Lo más que podían nuestras bestias era hacer frente a la tempestad; resbalaban medrosamente, pero avanzaban con paciencia hacia la puna de arriba. Aquí, por primera vez desde que salí de la llanura de Tiyahuanacu vi rebaños de vicuñas.

De estas alturas el camino descendía, empinado y resbaladizo, al Río Pampas. En las últimas horas de la tarde llegamos a la ruinoso población de Chinchero. Por supuesto, el gobernador, a quien nos había recomendado el subprefecto, estaba ausente, sin embargo nos dirigimos a su domicilio, situado en la plaza. Estaba éste cerrado a piedra y lodo y nos revestimos de paciencia para esperar. Dos horas agotaron toda la de que éramos capaces, así es que hicimos saltar la cerradura y entramos, pero después vimos que lo más prudente era vigilar nuestras bestias, lo cual hicimos por turno durante toda la noche. El tiempo se despejó ya avanzada la mañana y comenzamos a bajar con dificultad la larga cuesta hasta el Río Pampas, que corre por un valle algo ancho comparativamente con los que hemos visto en la sierra. Recorrimos el valle deshabitado en la extensión de una legua, por entre acantilados verticales de conglomerado, hasta el puente colgante, después de pasar el cual, acampamos. El puente sigue en interés al del Apurímac. El paisaje circundante si no tan grandioso es todavía magnífico. El puente está situado en un paraje pintoresco; su longitud es de 135 pies y su altura de 45, en su parte media, sobre las rápidas y tumultuosas

tuosas aguas del río. A la sazón el puente estaba un tanto ladeado, pero no tanto que ofreciera peligro, y nuestras bestias pasaron sin ninguna dificultad.

En la mañana pudimos tomar muy bellas vistas, pero no fué cosa fácil pasar el puente oscilante llevando nuestros aparatos fotográficos. A las diez estábamos otra vez montados y comenzamos a subir trabajosamente una cuesta de cuatro leguas. El paisaje era desolado y desierto sin más señales de la humana existencia que algunas huellas de la ocupación incaica. Cuando llegamos a la miserable población de Ocos, se nos ofreció una casa de posta llena de innumerables pulgas. Felizmente la lluvia no nos obligó a hacerles compañía, pero no puedo decir que pasamos una gran noche.

Con todo fué mucho mejor que la siguiente, en que tratamos de dormir detrás de una choza mal llamada casa de posta, pero de aspecto tan repulsivo, que no pensamos siquiera en entrar en ella y que no ofrecía alimento alguno para nosotros ni para nuestros animales.

La jornada del día siguiente fué a través de un país triste e improductivo con subidas pendientes y bajadas terribles. Fué sin duda la más penosa de las que habíamos hecho en el Perú, pero al final de ella, al cabo de dieciocho días de nuestra salida del Cuzco—días de aventuras y fatigas—llegamos a Ayacucho, ciudad notable de diez mil habitantes. Esperábamos recibir comunicaciones aquí y fué para nosotros una triste decepción el no encontrar ninguna.

Cerca de esta ciudad se encuentra el campo de batalla de Ayacucho, donde el virrey La Serna al mando de los realistas españoles combatió con las llamadas tropas libertadoras comandadas por el general Sucre. La batalla tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824 y terminó con la rendición de los realistas, en número de once mil, a los patriotas que eran siete mil. Esta derrota puso fin a la dominación de España en Sud América. Los primeros españoles llamaron Guamanga a esta ciudad, pero los republicanos la llamaron Ayacucho, en recuerdo de su decisiva victoria (1). Las casas son de dos pisos, con patio y grandes habitaciones. La ciudad entera, en efecto, está trazada y construída en grande escala pero hay signos inequívocos de un decaimiento gradual en riqueza y población. Ayacucho puede vanagloriarse de tener una catedral y veinte iglesias; pero

(1) Ambos nombres son de origen quechua.—N. del T.

la que más llamó mi atención fué la de San Cristóbal que guarda los restos del corregidor Holguín el que capturó a Guatemozín junto al lago de México. En la plaza, donde se puede comprar cebada, maíz, trigo y frutas, traídas por el otro lado de la cadena oriental hay una fuente, con una estatua de la Libertad, que tengo para mí es un emblema del País, sin una cabeza que dirija ni un brazo que obedezca y defienda.

Con respecto a las ruinas de la vecindad de Ayacucho, encontré el siguiente relato de uno de los cronistas más antiguos del país, cuya veracidad no pude comprobar por falta de tiempo, y la consigno únicamente como una curiosidad literaria y para lo que pueda servir.

“El año 1637 en la ciudad de Quínoa, a dos leguas de la antigua Guamanga, se descubrió casualmente un palacio subterráneo, con grandes portales de piedra y edificios sumptuosos. En este palacio se encontraron varias estatuas de piedra representando hombres con el sombrero colgado de los hombros a manera de los peregrinos y una piedra con una inscripción que no se pudo leer. Había una de un jinete con la lanza en ristre y un escudo en el brazo izquierdo. Esos restos fueron examinados con la ayuda de autorachas y llevando un hilo como guía desde la entrada para asegurar la salida. No puedo asegurar la existencia de este palacio por que no lo he visto: el testigo de esto es el señor Pinelo, quién afirma el hecho. Si el autor no vió lo que describe, o si fué engañado por otros, fácil sería averiguar en el pueblo de Quínoa, si el famoso monumento existió en realidad” (1).

Tardamos una semana en Ayacucho para reponernos antes de cruzar el Despoblado que se interpone entre la antigua e histórica ciudad y la costa, región cuya altitud no es en parte alguna menor de catorce mil ni mayor de dieciocho mil pies sobre el nivel del mar. El viaje es largo, fastidioso y agotador, y por muchos días después de la salida de Ayacucho, se hace sobre la ancha y elevada ola montañosa que se distingue de los Andes propiamente dichos, con el nombre de Cordillera de la Costa. En esta región fría, árida y desolada, no hay pueblos ni refugios.

(1) Tiene el relato algo del laberinto de Creta y del hilo de Ariadna y nos permitimos calificarlo como una de tantas supercherías, pues, por lo de la inscripción, la estatua ecuestre, la lanza en ristre, el escudo, el palacio, &c, suponemos que el señor Pinelo quiso hacer un libro de caballerías. —N. del T.

excepto las cavernas, ni madera, y en grandes distancias ni pasto ni agua. Ser alcanzado por la tempestad o perder las mulas a consecuencia de la fatiga o del temido soroche (1) trae consigo grandes sufrimientos y a menudo, la muerte, como muy claramente lo advierten al desventurado viajero, los millares de esqueletos y cadáveres disecados de hombres y animales, diseminados en esta *puna* salvaje y en los elevados pasos o puertos de las montañas.

Durante cinco días bregamos sobre estos cerros helados y llanuras desiertas, en un escenario salvaje que sólo el lápiz de Doré podría retratar; sin otro alimento que el que llevábamos con nosotros, la carne que podían proporcionarnos las pocas alpacas, vizcachas, llamas y huanaes, únicos animales que aquí se encuentran. La estación de lluvias había comenzado; los severos vientos rugían en nuestros oídos, y arrastraban la arena, cuyas partículas se clavaban como agujas en nuestros hinchados rostros; en tanto que la nieve circulaba en torbellinos en torno de los altos picos escarpados que elevan por doquier sus rescrebajadas crestas (2).

El sexto día después de nuestra partida de Ayacucho, el arriero nos dio el alto en la ceja de una formidable quebrada, cuya pared habíamos escalado con inminente peligro de nuestras vidas, durante dos horas. Como no eran más que las dos de la tarde, y aunque las mulas con las cabezas gachas, respiraban fatigosamente, me impacienté sobre manera con la parada, tanto más al ver que el arriero comenzaba a descargar las mulas con el visible propósito de acampar.

Por qué vamos a detenernos aquí tan temprano?, pregunté.

El arriero no me respondió con palabras, sino que agitó su sombrero en dirección de la llanura despejada, inmensa, desolada, desierta, terriblemente accidentada y al parecer interminable, que se extendía delante de nosotros; una llanura sin una brizna de hierba ni señal alguna de vida; helada y desnuda, como si los vientos arremolinados hubieran barrido el último grano de arena de las rocas que so-

(1) *Soroche* o *sorocheche* es una palabra quechua que significa mal de las montañas o anoxemia.—N. del T.

(2) En la sierra, las rocas pizarrosas, resquebrajadas por acción del hielo. (*sillac-rumi*) ruedan incesantemente como ríos secos, arrasan y cubren el terreno.—N. del T.

bresalían del suelo con sus bordes aserrados como colmillos decadentes.

—Si tenemos que atravesarla, ¿por qué no ahora?, insistí.
—“*No hay agua. No hay nada*”. No obstante, gané en la porfía (1). El arriero con mal disimulado disgusto y mascullando algunas palabras en quechua, que yo no comprendí, pero que eran bastante significativas, volvió a cargar las mulas y partió con ellas al trote, por la *puna* áspera y repulsiva.

No sé cómo pudo el arriero sostener la marcha de nuestros animales a tal paso a través de la *puna*. Sólo recuerdo de una carrera tras una vicuña herida al borde de la quebrada y de una que otra parada para entalegar alguna vizcachita descarriada. Empero, mucho antes de anochecer apenas podíamos distinguir nuestros animales como hormigas, a la distancia. El iba por delante con ellos. Como se iba haciendo tarde, cambiamos nuestras cabalgaduras y dirigimos una visual hacia nuestros compañeros antes de que se perdieran de vista.

E hicimos bien, pues, un minuto más tarde, desaparecieron detrás de una prominencia del suelo. Yo había cabalgado en “El Nevado” todo el día dejando caminar libre mi mula, en tanto que D... hizo lo propio con “Napoleón”, amarrando las sogas de las bestias de tiro a las gruperas de nuestras monturas. Pareciéndonos que era esta una precaución innecesaria y un obstáculo para ir de prisa, cargamos la vicuña muerta y las vizcachas en los animales libres y los dejamos caminar sueltos a paso ligero para alcanzar a nuestra caravana. “El Nevado” y su compañero se quedaron un poco atrás, pero no a tal distancia que pudiéramos alarmarnos; principalmente, por que ya íbamos pronto a juntarnos con los que iban delante. Por momentos, perdíamos de vista a los animales que iban en zaga, pero pronto los volvíamos a ver siguiéndonos, cuando ascendíamos alguna prominencia del terreno.

Anochecía, y difícilmente podíamos distinguir las huellas apenas visibles en el suelo pedregoso. Nuestros guías principales eran los blancos esqueletos de los animales que

(1) Fué esta una *gringada*. Tengo que recordar con agrado, escenas semejantes, de mis excursiones a Huelicabamba y Machu-Picchu, con Mr. Alberto A. Giesecke, mi rector en aquel entonces (1913) en la Universidad del Cuzco y hoy Director General de Instrucción Pública.—N. del T.

habían sucumbido y que habían sido abandonados a la vera del camino como pasto de los cóndores.

No podíamos dudar de que "El Nevado" nos siguiera, tanto más teniendo en consideración que su hermano de leche iba por delante. Tan pronto como obscureció por completo, aflojamos el paso y miramos hacia adelante procurando ver a nuestros compañeros, y hacia atrás para distinguir nuestros caballos, pero en vano. Habían desaparecido todos los rastros del camino. Literalmente, lo habíamos perdido y desmontamos. Apelé al recurso indígena de aplicar los oídos al suelo para escrutar las pisadas de los hombres o de los animales, pero igualmente sin resultado. Disparé un tiro de rifle, no me quedaba otra cosa que hacer.

Un segundo después, poco más o menos, escuché la respuesta claramente, tan claramente que me parecía el eco extinguido que salía de alguna profundidad a nuestra izquierda. Un momento más, y una segunda detonación sonó como del interior de un pozo.

Sucedió que nuestro arriero había descendido a una quebrada que podía bien llamarse un abismo, en busca de un poco de agua, de unas briznas de resistente ichu, y de lo que no importaba menos, o sea, de unos montoncitos de boñiga de vicuña que sirven de combustible. Después de una suntuosa cena de charqui y una taza de café, D. y yo volvimos a subir a la llanura a buscar aunque inútilmente nuestras bestias perdidas. Nos retiramos por fin a nuestras camas (si podía llamarse irse a la cama apelotonarse en el santo suelo) con la seguridad que nos infundió el arriero de que las *bestias* nos encontrarían antes del amanecer.

Amaneció. La mañana era fría y húmeda. Los caballos no aparecieron. Mientras se preparaba el almuerzo, D. y yo escalamos nuevamente los abruptos declives de la quebrada, admirándonos de cómo pudimos subir y bajar por ellos a oscuras.

Nos encaramamos en las rocas y miramos con nuestros anteojos en todas direcciones en un vano esfuerzo para descubrir nuestros animales. Descendimos otra vez al fondo de la quebrada; nos descargamos de nuestras *alforjas* y haciendo que se adelantaran nuestros compañeros con las cargas, para alcanzarlos antes del anochecer, regresamos para buscar en la llanura al "Nevado" y su compañero errante, sin otro equipaje que nuestras pistolas y ponchos de aguas.

Trotamos por espacio de dos horas, regresando por la llanura desierta en busca de las huellas de nuestros animales perdidos, y ya íbamos a abandonar nuestro empeño, cuando las descubrimos de súbito. Era pasado medio día, pero no podíamos retroceder estando ya en los umbrales del éxito. Subimos en la extensión de una milla hasta la cresta de un cerro pedregoso que parecía dominar un bosque de otros similares agrupados a su alrededor y que tenía un verdadero precipicio al otro lado, por donde nunca acaso habían pasado antes hombres ni caballos.

Seguimos por una senda estrecha, apenas desgastada por las laderas de las colinas desiertas, dando vueltas ya por las cabeceras de las quebradas laterales, ya por el fondo de los lechos pedregosos de los torrentes. De pronto, al voltear un recodo, alguien apareció por la senda de enfrente y comenzó a subir el cerro con ligereza de venado. Era un indígena vestido con pieles de vicuña y con una gorra de sedosa alpaca que caía para atrás como la gorra convencional de los payasos.

Le gritamos para que se detuviera pero no se dió por aludido hasta que D. disparó su revólver levantando el polvo unos pasos delante de él. Entonces bajó muy humildemente con su gorra de alpaca en ambas manos temblorosas.

Lo alentamos lo mejor que pudimos y nos alegramos de que supiera algunas palabras en castellano que nos dejaron entender que nuestros caballos perdidos estaban en otra *barranca* al otro lado de otro montículo. El nos sirvió de guía y después de una fuerte ascensión llegamos a ver una miserable choza de piedras, hundida en el suelo, con excepción de su techo cónico de ichu, apenas perceptible en el terreno áspero y desierto. Al instante, "Napoleón" lanzó un agudo relincho interrogativo que fué contestado por otro afirmativo de "El Nevado", seguramente atado detrás de la choza indígena, cuyos habitantes, una mujer y sus hijos igualmente desgreñados sacaron la cabeza súbitamente de un orificio bajo de la choza, como conejos, y se ocultaron inmediatamente. La india, que era pastora de unos rebaños de llamas y alpacas, que encontraban su escaso alimento en un valle cercano, había encontrado las bestias aquella mañana siguiendo trabajosamente la escondida senda que conducía a su choza y las había amarrado allí no sabiendo qué mas podía hacer con ellas.

Llegamos a saber que su sueldo era de ocho dólares al año y sus recursos alimenticios, las llamas y alpacas que

podieran morir y un poco de quinoa que cultivaba en una *quebrada* lejana. La vicuña y las vizcachas, que encontró, todavía encima de nuestras mulas, resultaban un generoso e inesperado regalo para su miserable despensa, y no dudo que ya hubiera ofrecido un bocado de coca en acción de gracias a la divinidad indígena correspondiente al dios de la fortuna. Remuneramos como pudimos a nuestra nueva amiga y ella nos sirvió de guía para volver al camino del que nos habíamos separado, algo más de una legua y media.

Recobramos nuestros caballos pero estuvimos en peligro de perder nuestras vidas. Ya era bastante tarde cuando llegamos al horrible desierto que antes habíamos cruzado dos veces. El cielo estaba sombrío y amenazador y todas las señales eran de frío y tempestad. La perspectiva no invitaba a la conversación y espoleamos a nuestros caballos que parecían comprender la situación y trotaban lo más que podían por la *puna* pedregosa. Inmediatamente comenzó la lluvia, convirtiéndose rápidamente en aguanieve que caía en hojas cegadoras que se congelaban sobre nuestros vestidos. Pronto desapareció toda señal del camino y una blanca sábana se extendió en torno de nosotros hasta donde alcanzaba nuestra vista. Detenerse era para congelarse y seguir adelante era vagar en un desierto desconocido.

Nos abandonamos por completo a ser guiados por nuestros animales y "Napoleón" tomó heroicamente la delantera. Seguimos, adelante haciendo crujir la nieve a nuestro paso, hasta que oscureció por completo, y entonces notamos que estábamos descendiendo rápidamente, por la manera de caminar en zigzag y para abajo de nuestros animales. Estos se detuvieron por fin y creímos haber llegado al sitio en que habíamos acampado la noche anterior. Pero a la luz de un papel retorcido que encendimos con el único fósforo que escapó de mojarse en el bolsillo de D. pudimos ver que nos encontrábamos en una quebrada llena de grandes rocas y que nuestros animales estaban en peligro de muerte si daban un paso más adelante. Las bestias se apiñaron junto a nosotros y pásamos de pie, apoyados a sus cuellos mojados, toda aquella noche interminable y horrosa. ¡oh, cuán larga y terrible! hasta que el sol apareció de entre las nubes, sobrecargado de nieve y reblandeció nuestros vestidos tiesos e inflexibles. Ya cerca del medio día llegamos, al camino que seguimos hasta la tarde, hora en que nos encontramos con un indígena que nos traía pañes y charqui y que era uno de los varios mensajeros que C.

nos había enviado desde su campamento al pie de la roca propicia que nuestro arriero con burda ironía llamó la "Posada de San Antonio". Encontramos a C. muy apesadumbrado por nuestra ausencia. Había pasado toda la noche despierto y había disparado su fusil repetidas veces para guiarnos al campamento.

Nos encontrábamos ahora a orillas de un pequeño riachuelo, el origen del río Pisco, y desde un punto alto, el más alto de las Cordilleras occidentales, alcanzamos la primera vista del Pacífico. El descenso de aquí fué muy rápido y en pocas horas nos encontramos en medio de bellos campos de alfalfa. A las 7 p. m. llegamos a la hacienda de La Quinya donde hospitalariamente se nos permitió dormir en el corredor.

Al día siguiente temprano llegamos a Pisco, después de haber sentido en la mañana el temblor de que ya hemos hablado en otra parte y que no duró sino unos pocos segundos. Habíamos empleado treinta días en nuestro viaje del Cuzco a Pisco, incluyendo cinco días que demoramos en Ayacucho (1). En Pisco recibimos cartas de bienvenida y otros papeles de nuestro País.

Por fin después de dos años de exploración en el país, durante los cuales pasamos y repasamos por encima de las Cordilleras y de los Andes (2) de los ríos del Pacífico a los del Amazonas, durmiendo en las chozas rústicas de los indios o al aire libre en las gélidas *punas*, en los valles ardientes o entre las nieves eternas, recogiendo con vehemente fervor toda clase de datos concernientes al país, sus habitantes, su presente y su pasado, me encontré rodeado de mis trofeos de viaje, sobre la cubierta de un vapor en el puerto

(1) No sólo por asociación de contraste, sino por entusiasmo científico y fervor patriótico debemos recordar junto a la hazaña de Squier, los raids aéreos del italiano Rolandi (Lima-Cuzco) y de nuestros paisanos Alejandro Velazco [Lima-Pisco-Cuzco y Cuzco-Puno] y Montoya (Lima-Puno) N. del T.

(2) Véase la nota de la página 10.

del Callao, con rumbo a la Patria, tostada la piel y retemplados los músculos. (1)

CAPITULO XXVII.

Conclusión.

La civilización incaica.—La población al tiempo de la llegada de los españoles.—Rapidez de sus conquistas.—La civilización del Perú es autóctona.—Naturaleza de la superioridad incaica.—Varias tribus en un principio.—Quechuas y Aymaras.—Sus diferencias no se deben exclusivamente al medio físico.—Curso probable de unión y desarrollo.—Nacimiento de varias leyendas históricas que se entremezclan.—Las leyendas transmitidas por Garcilaso y Montesinos.—Cómo se perpetuaron las tradiciones.—Los quipus fueron medios muy imperfectos de inscripción.—Importancia consiguiente de los *monumentos*.—Lo que ellos pueden enseñarnos.—Evolución probable del Imperio Incaico sin la Conquista española.—La edad de los monumentos incaicos es del todo incierta.—Algunos de ellos se cuentan entre los más antiguos que existen.—Razón por la cual no son más numerosos.—No hay pruebas de que los antiguos peruanos hayan inmigrado de ultramar.

En este capítulo presentaré un breve resumen de las conclusiones a que he arribado acerca de la antigua civili-

(1) No sin razón dijo el autor, en el capítulo primero: "probablemente recorrí el territorio en mayor extensión que ninguno de mis predecesores". Después de más de 60 años podemos repetir que nadie ha superado aún la empresa culminada por Squier. Según González de la Rosa es uno de los que mejor han estudiado las antigüedades del Perú. Debemos agregar que nadie le ha igualado en la descripción de monumentos y paisajes (todos vistos, dibujados, fotografiados y cartografiados por él, que era ingeniero) y que poco o nada se ha adelantado en la interpretación de las cosas y los hechos por él investigados, con un criterio de antiguo especialista en las dilucidaciones del pasado. Este libro en cualquier otro idioma y sobre todo en nuestro grandilocuente castellano, habría llevado un título pomposo y rimbombante como "El Perú Arqueológico Socio-lógico y Geográfico". Pero Squier le llamó sencillamente, "El Perú". "Incidentes de viaje y exploración en el país de los Incas", convencido, de que una obra como la suya no vale por el forro y "que no debe juzgarse tanto por la capacidad del individuo que la hizo, como por el número y calidad de los datos que aporta". Véase el Cap 1. y la nota biográfica de la página 70.—N. del T.

zación del Perú, en especial de los Incas, como resultado del estudio de sus monumentos aun existentes. Los conquistadores españoles encontraron en América naciones muy avanzadas en las artes, que construyeron grandes obras de utilidad pública, y que alcanzaron admirable organización política y religiosa. Entre éstas habían dos mucho más adelantadas que todas las demás: los mexicanos, que ocupaban la elevada meseta de Anahuac, y los Peruanos, diseminados en los valles y declives de los Andes. Prescott, siguiendo a los cronistas españoles, ha narrado la historia de la caída de estos imperios, pero este derrumbamiento fué tan repentino y tan completo, que los cronistas apenas tuvieron tiempo para relatar los acontecimientos de que fueron testigos presenciales y tuvieron poco sosiego o quizás inclinación para investigar cuidadosamente su política civil y religiosa. Esta labor les ha tocado a los estudiosos y arqueólogos posteriores.

Que la civilización de los antiguos peruanos fué autóctona, no admite duda razonable. Doquiera que encontremos sus vestigios, sea en los bolsones de la Sierra sea en los valles que descienden a la Costa, presenta caracteres peculiares y distintivos. Me he esforzado en mostrar hasta qué punto y de qué modo, estas peculiaridades fueron causadas por los caracteres físicos de la región. En la época en que los Incas estuvieron capacitados para comenzar el sistema de conquistas que dió por resultado el establecimiento de su imperio, parece que la civilización avanzaba casi igualmente en todas las regiones de Sud América donde las condiciones naturales no eran contrarias a su desarrollo. La superioridad de los Incas era más aparente que real, o mejor dicho, sus rasgos superiores eran el fruto de su nueva condición y relaciones más bien que el de una superioridad innata. La guerra no crea facultades militares que no preexisten en tiempo de paz; y los Incas no iniciaron su política de conquistas antes de mostrarse como hombres de Estado, y cuando se pusieron en contacto con las otras tribus, demostraron que ya se habían hecho fuertes.

No cabe duda de que en tiempos muy remotos, habían muchas pequeñas tribus aisladas—encaustradas como debían estar—en los valles angostos y bolsones (1) cerrados.

(1) Parece que es el autor quien ha introducido en el tecnicismo geográfico la palabra castellana "bolsón" para indicar los valles anchos, cercados por montañas como los del Cuzco, Anta, Abancay, etc.—N. del T.

Algunos autores han tratado de dividir estas numerosas tribus en Chinchas de la Costa y Quechuas, Huancas y Aimaras del Interior. D Orbigny, el mejor de estos autores, divide la población indígena de lo que fué el Imperio Incaico, en Quechuas y Aimaras; de los que los primeros ocupaban el territorio comprendido entre el río Andasmayo al norte de Quito y el río Maule en Chile, y los segundos una sección transversal que incluyendo la hoya del lago Titicaca llegaba hasta la Costa, separando así en dos el territorio de los Quechuas. Pero aun cuando hace la citada división, nos dice que los Quechuas y Aimaras, "considerados sus caracteres físicos y morales", pertenecen a una misma familia y que sus respectivas lenguas no son sino dialectos de un idioma común.

No estoy preparado para admitir la exactitud de tales generalizaciones, aun cuando reconozco las grandes diferencias que ciertamente existían entre ellos (1). Estas diferencias son tan grandes, que no pueden referirse únicamente a la influencia del clima y otras condiciones físicas; pueden muy bien remontarse a diferencias de raza. Los Quechuas y Aimaras eran, por cierto, indios, y ambos indios de Sud América, distintos de los aborígenes de la América del Norte. Pero diferían entre ellos tanto como los Franceses y Alemanes; y ambos diferían grandemente de los actuales indígenas degenerados de la Costa. Existía, ciertamente, alguna mezcla entre las varias razas y familias y cierto predominio del quechua que era la lengua de los Incas; pero esto no es bastante para conformarse con los relatos que tenemos de los persistentes esfuerzos de los Incas, para asimilar todos los pueblos que caían bajo su dominación. Podemos comprender cómo las varias leyendas históricas resultan contradictorias y aparentemente irreconciliables, si reconocemos el peso total de todas las condiciones que hemos indicado y presuponemos que las diferentes porciones que posteriormente constituyeron el Imperio Incaico, habían alcanzado independientemente cierto grado de desarrollo que con el transcurso del tiempo, reaccionó sobre las demás. Supongamos, por ejemplo, que una familia o tribu, establecida en el bolsón del Cuzco, consiguió un poder preponderante al mando de jefes locales, y que finalmente rebasó sus antiguas estrechas fronteras, sometió otras tribus a su gobierno y asumió la hegemonía sobre ellas. Evi-

(1) Ya se ha visto que el autor no es precipitado, ni mucho menos dogmático en sus juicios.—N. del T.

dentamente, en este caso, dos grupos de tradiciones habrían surgido en una población así constituida, y estas tradiciones se habrían localizado en dos distintas épocas. Aquellas, con el tiempo, tenderían naturalmente a confundirse, porque la raza predominante procuraría atribuirse los grandes hechos de las demás, y a la larga sería difícil decir dónde concluyó la historia de un pueblo y comenzó la de otro. De esta manera podemos explicar, siquiera en parte las contradicciones en la historia legendaria del Perú y las diferencias acerca de la sucesión de los Incas según las relaciones de Garcilaso de la Vega y Montesinos, el primero de los cuales enumera catorce soberanos Incas, cuya dinastía comenzó el siglo once; en tanto que el segundo menciona ciento y un señores que cifieron el *huato* imperial, cuyo reinado se remonta a quinientos años del Diluvio. En otras palabras, parece evidente que la historia legendaria de los varios principados, si así podemos llamar a los que constituyeron el Imperio incaico, es una cosa, y la del Imperio mismo, otra muy diferente. La primera es muy antigua y se remonta en el pasado tanto, probablemente, como la de otro pueblo cualquiera del globo, mientras que la segunda es comparativamente moderna.

Quizás las tradiciones de los Incas fueron conservadas con tanto celo como las de otra nación cualquiera que dependiese exclusivamente de los medios orales de perpetuación. Estaban confiadas al cuidado de los *amautas* o sabios que las enseñaban en las escuelas de Quito. Probablemente son correctas en lo substancial en cuanto se refieren a la historia comparativamente moderna de los Incas y su imperio propiamente dicho: la sucesión de los reyes y sus conquistas. Pero no es seguro de ninguna manera que ellas fueran relatadas con fidelidad a los cronistas españoles, a través de quienes han llegado a nosotros, o que estos cronistas se hubieran esmerado en consignar los hechos tales como les fueron transmitidos. No hay manera, por ejemplo, de saber con certidumbre que Garcilaso, quien es nuestra principal autoridad, haya tenido buenas fuentes de la pureza de los relatos que nos ha dado; porque debe tenerse presente que los *quipos*, o cordones anudados, que eran empleados para registrar los datos, eran un invento muy elemental e inadecuado para perpetuar fechas y números. Eran, a lo sumo, recursos nemotécnicos, auxiliares de la memoria, comparables al almanaque de muescas de Robínson Crusoe o a la cuenta en palotes de un mozo de cervecía analfabeto. Aunque tuvieran un significado numérico (o

cual no es evidente) eran en otros respectos inferiores a los símbolos pictóricos más rudos de los Indios Norteamericanos, y más aun a las inscripciones de los Mexicanos o los signos probablemente sílabo-fonéticos de los aborígenes Centro-Americanos.

Dada la ausencia virtual de todo documento escrito, el estudio de los monumentos arquitectónicos de los peruanos resulta de la más grande importancia para la investigación de su historia y civilización. Y por cierto, tales monumentos, son de un inmenso valor, pues, muestran claramente el progreso de las artes en casi todas sus ramas. Así existen restos que evidencian cuánto pudieron avanzar en la arquitectura. Sus reservorios y acueductos nos dan un conocimiento profundo del progreso de la agricultura (1). Sus puentes, caminos y tambos nos dicen de los medios de comunicación. Las fortalezas y otras obras públicas muestran que sus gobernantes disponían del trabajo de una población grande e industrial. Y la ausencia de restos de habitaciones de la clase popular nos revela concluyentemente cuál era la condición de las masas. Estos monumentos muestran igualmente el adelanto que puede llamarse científico. Tenemos, por ejemplo, los medios que empleaban para determinar los solsticios y el paso del sol por los cielos. De la situación y carácter de las grandes fortalezas, como las de Ollantaytambo y Pisac, podemos deducir mucho de la condición militar del imperio (2). Algunos relatos vagamente transmitidos por la tradición asumen un carácter histórico cuando descubrimos ruínas de esta o aquella población que tal o cual inca construyó o derribó y de las obras públicas que se les atribuyen. Las fortificaciones, siendo de primera clase, se encuentran naturalmente cerca de las fronteras del imperio o en la dirección de dónde podía esperarse un ataque. Las ruínas dan también mucha luz sobre la vida y costumbres y sobre la organización política, social y familiar. Sabemos cómo los criminales eran castigados por las cárceles artísticamente construídas; cómo se ejecutaba a los malhechores, por los restos que inequívocamente muestran el objeto de su construcción. (3) La ubicación de las ciudades y las señales de las man-

(1). Véase la nota de la página 89. N. del T.

(2). Véase la nota de la página 85. N. del T.

(3). En la plaza de San Cristóbal del Cuzco, puede verse unos monolitos que se dice son cepos o cangas. N. del T.

zanas de las mismas muestran cuán apiñada vivía la población en casas estrechas. Quedan restos que indican el carácter general del menaje doméstico y la estructura de sus tejidos. Las chulpas y las tumbas evidencian su creencia en una vida futura. En estas y otras mil materias, el Perú nos ofrece un ancho campo y confío en que mis estudios y exploraciones proporcionarán una valiosa ayuda para ulteriores investigaciones (1). No es demasiado esperar que una labor paciente en este terreno capacitará a un futuro estudioso para reconstruir el extinguido Imperio de los Incas. Cuanto ya sabemos es suficiente para despertar el deseo de conocer más.

Sería curiosa aunque quizás inútil una especulación acerca de cuál habría sido el futuro del Perú si el Imperio no hubiera sido destruido por la conquista Española. Los monumentos muestran que las fortalezas, ciudades, puentes y caminos estaban en plena construcción cuando ocurrió aquel funesto acontecimiento. Me llamo funesto porque en tiempo de los Incas el gobierno, la protección de la vida, las facilidades para la consecución de la felicidad, eran mejores que después de la Conquista y mejores que hoy. El progreso material estaba mucho más avanzado que ahora. Había mayores facilidades para la comunicación, la agricultura estaba más extendida, había más manufacturas, menos pauperismo y menos vicios y por qué no decirlo?, la religión era más pura y más útil. Mas, un hecho aciago entuló el porvenir del Imperio. En el reinado de Huayna Capac alcanzó aquél su más grande extensión. Pudo él decir, con más razón que Alejandro, "¡qué lástima, que no haya más mundos que conquistar"! Pero su sensible desvío de las prescripciones de sus padres, hizo que tuviera un hijo en la hija del rey sometido de Quito y otro en su esposa y hermana, en la ciudad sagrada y capital. Su vano empeño de dividir el gobierno del imperio entre el fruto de su amor y el heredero legítimo del *Hautu* escarlata, entre Atahualpa y Huáscar, desencadenó la guerra civil y facilitó una conquista que ni la aparición de los caballos ni el dominio aparente del trueno y del rayo hubieran logrado de otro modo.

Apenas si podemos conjeturar hasta qué punto esta guerra civil, sin la intromisión de los españoles, hubiera

(1) En efecto, han sido ampliamente utilizados y consultados por todos los autores extranjeros y en especial por los miembros de la expedición de Yale. Esperamos que la presente versión será igualmente aprovechada por los estudiosos de habla castellana.—N. del T

combiando la condición social y política del imperio. Parece probable que no habría terminado con algo peor que la división del largo y angosto territorio, el establecimiento de dos grandes principados, cada uno de los cuales habría evolucionado por sí solo en un grado tal, que si se tiene en cuenta el progreso alcanzado durante los tres siglos precedentes, habría colocado la civilización peruana en el primer lugar entre las aborígenes de América. Lo único que habría faltado habría sido un lenguaje escrito para colocar al Perú al nivel de las naciones más avanzadas de Oriente.

No es probable que el imperio hubiera podido extenderse considerablemente más allá de las fronteras que tenía en tiempos de Huayna Capac, a no ser que los Incas del Cuzco hubieran encadenado a los Chibchas y Muiscas de Colombia al carro de sus conquistas; porque parece que nunca pudieron guerrear con éxito contra los salvajes que habitaban los bosques al pie de los Andes o extender sus dominios en las vastas y fértiles llanuras más abajo de su país montañoso. El hacha yanqui que ha triunfado sobre los bosques de todo un continente fué una herramienta que ellos no alcanzaron. Cómo se hubiera desarrollado en estos llanos sin fin, tan próximos y tan remotos al mismo tiempo, un pueblo que surgió en regiones en que cada palmo de terreno capaz de producir una mata de maíz o un puñado de quinua no se desperdiciaba, es un problema que nunca tendrá solución.

Cabe preguntar, qué antigüedad debe atribuirse a los monumentos y restos que se han descrito? Quedan todavía vastas y primorosas construcciones, arruinadas, es verdad, pero que evidencian grande habilidad y trabajo. ¿De qué época datan? Fueron por supuesto, el resultado de una evolución gradual; fueron los últimos jalones del progreso. Pero, ¿dónde están los demás jalones, dónde los monumentos anteriores que marquen los grados antecedentes de la evolución? Y a falta de todo esto, puede interrogarse con aire de triunfo más aparente que real, "¿no fueron aquellas obras, edificadas, inspiradas o sugeridas, por un pueblo exótico plenamente desarrollado, por inmigrantes o maestros de centros de civilización distantes y más antiguos, de civilizaciones de las cuales no sería ésta más que una copia, un reflejo o una caricatura?"

Yo respondería a esto, sin adelantar aún una hipótesis ni mucho menos proponiendo una teoría, y ciertamente sin dogmatismo alguno, existen algunas evidencias aunque no muchas en el Perú de un pasado más antiguo y comparati-

vamente más rudo. Al par que los estupendos y maravillosos restos de Tiahuanaco—ruinas tan primorosas y admirables como las de Asiria, Egipto, Grecia o Roma—hay otras comparables con las de Stonehenge, y las de Carnac, en Bretaña, que son consideradas como las más antiguas en la historia de los monumentos.

Los rudos círculos solares de Sillustani, al pie mismo de algunos de los más bellos y arquitectónicamente más maravillosos monumentos aborígenes de América, son indistinguibles similares de los círculos solares de Inglaterra, Dinamarca y Tartaria. Trasládense a Escandinavia y será muy penetrante el ojo crítico que encuentre la más pequeña diferencia con los del lugar.

Es verdad que no hay sino pocas y escasas huellas de ciudades antiguas en el Perú y que podríamos generalizar que la civilización incaica, o aquella que la produjo, fué nueva o trasplantada. Pero debemos recordar que la extensión arable y cultivable del país, era, como es aún, escasa, y que bajo el benéfico gobierno de los Incas la población resultó superabundante. La extrema sabiduría de los Incas se esforzó para proporcionar terreno y sustento al número grande y siempre creciente de sus súbditos, y como ya lo hemos visto, economizaron en toda forma la preciosa tierra. Sólo una reverencia muy profunda, una superstición muy honda, pudo haber impedido a este pueblo, el más práctico y utilitario de América al mismo tiempo que el más progresista, que barrieran con las ruinas, rudas y extrañas, de un pueblo más antiguo, aunque fuera su progenitor, para dar campo y libertad al suyo propio, enseñándole a proporcionar al suelo agua y abonos, así como el padre Sol le envaiba luz y calor. La única nación moderna que por su política, su agresividad, su adaptabilidad, y sobre todo, su poder de asimilación, así como su completo desdén de tradiciones y vejees, en todo comparable al pueblo incaico, es el nuestro (1). ¿Están todavía los más antiguos cementerios atravesados en nuestro camino? ¿Respetaríamos los monumentos si estuvieran en pugna con nuestro concepto de la utilidad? Supongamos entoces que nuestro crecimiento fuera rápido o por lo menos gradual, pero que estuviera restringido por montañas y desiertos; ¿respetaríamos los monumentos públicos o privados de nuestros mayores? En el Perú sólo es extraño que se conserven

(1) El pueblo yanqui. No obstante, el misonismo, es un defecto que se atribuye, no sin razón, a los indígenas actuales de nuestro País.—N. del T.

aún tantos restos de una remota antigüedad, cuando allí, más que en ningún país del mundo, las necesidades de la población exigían la utilización de todo palmo de terreno apto para el cultivo o la construcción de habitaciones.

No me atrevería a señalar fechas, ni siquiera eras, para la civilización peruana, mucho menos para su origen. Pero sí puedo afirmar que existen en el Perú monumentos que coinciden en carácter aunque no en edad, con aquellos que por veredicto universal de la ciencia son considerados como los más antiguos del Viejo Mundo. Puedo agregar que si no existen hoy muchos más de éstos es porque la extensión habitable del territorio era tan reducida, que se impuso necesariamente su remoción y substitución por otros más apropiados para una población posterior y más numerosa. Todo lo que puede afirmarse hoy con seguridad es que estos monumentos son antiguos y muy antiguos; pero hasta qué punto, es algo que por lo menos al presente, no puede asegurarse. Además, que no hay dato alguno que valga sobre que en un período cualquiera conocido de la humana historia, hubieran los antepasados de los peruanos inmigrado de ultramar, o que su civilización hubiera sido importada por otra raza cualquiera. Aun presumiendo que la especie humana procediera de una pareja única y que su centro original estuviera en las mesetas de Armenia, y de ahí se hubiera dispersado por todo el globo, todavía permanecería evidente que el período de su llegada al Perú antecede a todo recuerdo humano. El esfuerzo por hacerlos hindúes, porque *inti* sea el nombre del Sol en quechua e *India* signifique lo mismo en hindostano, es simplemente absurdo. (1).

FIN DEL TOMO III.

(1). Entre estos esfuerzos pueden contarse los del padre Gregorio García en su voluminoso libro "Origen de los Indios de América". (Madrid, 1729), el del señor Loziza sobre que Manco Capac es japonés y otras tesis sobre "el mongolismo", sin que nosotros los creamos absurdos. Damos a continuación una lista de libros y monografías acerca de nuestro País, que por estar publicados en inglés y en revistas científicas, casi en su totalidad, son poco conocidos entre nosotros.—N. del T.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERTO A. GIESECKE. Guide of Cuzco. Lima 1924.
 J. FRIEL GARCÍA—A. A. GIESECKE. Guide of Cuzco. Lima 1925.
 SIR CLEMENTS MARKHAM. The Incas of Perú. London, 1912.
 Traducción de id. Lima, 1921.
 H. J. MOZANS. Along the Andes. Appleton & Co., 1911.
 HIRAM BINGHAM. Inca Land. New York, 1922.
 JAMES BRYCE. Impressions and Observations of a Trip
 Around South America. Mac Millan Co., 1913.
 E. A. ROSS. South of Panama. The Century Co., 1915.
 BIBLIOGRAFIA DE LAS EXPEDICIONES DE LA UNIVERSIDAD
 DE YALE AL PERÚ.—(Véase la pág. 110).
 THOMAS BARBOUR:
 Reptiles Collected by Yale Peruvian Expedition.
 Amphibians and Reptiles from Southern Peru.
 HIRAM BINGHAM:
 The Ruins of Choquequirau.
 Across South America.
 Inca Land.
 Preliminary Report of the Yale Peruvian Expedition.
 The Ascent of Coropuna.
 Vitcos, The Last Inca Capital.
 The Discovery of Pre—Historic Human Remains near
 Cuzco.
 A Search for the Last Inca Capital.
 The Discovery of Machu Picchu.
 In the Wonderland of Peru.
 The Investigation of Pre—Historic Human Remains
 found near Cuzco.
 The Ruins of Espíritu Pampa, Peru.
 Along the Uncharted Pampaconas.
 The Pampaconas River.
 The Story of Machu Picchu.
 Types of Machu Picchu Pottery.
 The Inca Peoples and their Culture.
 Further Explorations in the Land of the Incas.
 Evidences of Symbolism in the Land of the Incas.
 Lake Parimancochas and the composition of its water.
 ISAIAH BOWMAN:
 The Geologic Relations of the Cuzco Remains
 A Buried Wall at Cuzco and its Relation to the Question
 of a Pre—Inca Race.

The Cañon of the Urubamba
The Andes of Sothern Peru

LAWRENCE BRUNER:

Orthoptera (Acridiidae—Short Horned Locusts).
Orthoptera (Addenda to the Acridiidae).

A. N. CAUDELL:

Orthoptera (Exclusive of Acridiidae).

RALPH V. CHAPMAN:

The Distribution of Bird Life in the Urubamba Valley
of Peru,

O. F. COOK:

Quechua Names of Sweet Potatoes.
Agriculture and Native Vegetation in Peru
Staircase Farms of the Ancients.
Foot—Plow Agriculture in Peru
Domestication of Animal in Peru.
Polar Bear Cacti.

WILLIAM H. DALL:

Some Landshells Collected in Peru.
Reports on Landshells Collected in Peru.

HARRISON G. DYAR:

Lepidoptera.

GEORGE F. EATON:

Report on the Remains of Man and Lower Animals from
the Vicinity of Cuzco.
Vertebrate Remains in the Cuzco Gravels
Vertebrate Fossils from Ayubamba.
The Collection of Osteological Material from Machu
Picchu.

WILLIAM G. ERVING:

Medical Report of the Yale Peruvian Expedition.

ALEXANDER W. EVANS:

Hepaticae: Yale Peruvian Expedition of 1911.

HARRY B. FERRIS:

The Indians of Cuzco and Apurimac.
Anthropological Studies on the Quechua and the Ma-
chiganga Indians.

HARRY W. FOOTE:

The Composition, Structure and Hardness of some
Peruvian Bronze Axes.

HERBERT E. GREGORY:

The Gravels at Cuzco.
The La Paz Gorge.

A Geographical Sketch of Titicaca, the Island of the Sun.

Geologic Sketch of Titicaca Island and Adjoining Areas.

Geologic Reconnaissance of the Ayusbamba Fossil Beds.

The Rodadero: A Fault Plane of Unusual Aspect.

A Geologic Reconnaissance of the Cuzco Valley.

OSGOOD HARDY:

Cuzco and Apurimac

The Indians of the Departamento of Cuzco.

SIR CLEMENTS MARKHAM:

Mr. Bingham in Vilcapampa.

C. H. MATHEWSON:

A Metallographic Description of some Ancient Peruvian

Bronzes from Machu Picchu.

P. B. MYERS:

Addendum to the Hymenoptera—Ichneumonoidea.

S. A. ROHWER:

Hymenoptera, Superfamilies Vespoidea and Sphecoidea.

LEONHARD STEJNEGER:

Batrachians and Reptiles.

OLDFIELD THOMAS:

Report on the Mamalia.

H. L. VIERECK:

Hymenoptera Ichneumonoidea.

R. S. WILLIAMS:

Peruvian Mosses.

NOTA.—Todas estas obras están profusamente ilustradas. Nos hemos limitado a dar los nombres de los autores y los títulos de sus obras. Mayores referencias pueden verse en la tantas veces citada de Mr. Bingham: *Inca Land*. New York. Houghton Mifflin Company. 1922. Véase la nota de la página 110.—N. del T.

Fe de Erratas más Notables

Pág.	Donde dice:	Debe decir:
7	poderosamente, sobre sus antiguos habitantes,—Como...	poderosamente sobre sus antiguos habitantes como
8	de los tiempos	de los vientos
9	de los Andes Orientales se des- ciende a las anchas	de la Cordillera del Pacífico se extienden anchas
9	la masa gigantesca	la masa gigantesca
15	escapos de un agave	tallos del maguey
16	todos visitados por mí	todos vistos por mí
20	Apucumurami	Apu Cjunurami
24	refucilamos	refocilamos
24	no solo los viajeros	no sólo los viajeros
24	fueron construidos	fueron construidos
30	y no una puerta grande	y una puerta grande
32	los otros dos lados del	el tercer lado del
34	llueve rara vez, por	llueve rara vez. Por
36	Empero y, la traición,	Empero, la traición,
36	misericordioso. Saliendo	misericordioso.—Saliendo
41	Chinchas	Canehis
53	Oct. 1912.	Abril 1913.
68	su cabeza o sea	su cabeza ósea
71	Buscaderos de tesoros	Buscadores de tesoros
72	estribación monstruosa	estribación montuosa
78	se trata	se trata
81	en Estados Unidos	en Kentucky (E. E. U. U.).
85	peruanos sus construcciones	peruanos en sus construcciones.
88	En frente	Enfrente
90	17.—N. del T.	175.—N. del T.
91	referido formada	referido formado
94	(1) A través de esta	(1) A lo largo de esta
94	Pomatales. En ellas	Pomatales. En ella
95	la cual, encaramada	la cual, encaramadas
99	Salerno	Salerno
103	calles entumecidas	calles constreñidas
104	inestable	instable
106	Encaramadas	Encaramados
107	llegar el sitio	llegar al sitio
115	la mejor conservada	el mejor conservado
124	escalera que descendía	escalera que ascendía
129	El descanso	El descenso
134	una solución	una resolución
134	Huaynarina	Huayna Rimace
134	eldependiente	el dependiente
141	Marham	Markham
144	despiertes	despiertos
146	Belavista	Bellavista
146	núnca	nunca
148	Quedan aun	Quedan aún
151	y la consigno	y lo consigno
151	permitimos	permitimos
152	de las rocos que	de las rocas que

Y otras más de puntuación, acentuación, &c. que corregirá el inteligente lector.

INDICE DE LOS CAPITULOS

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Introducción.....	1
„ XXI.—Del Lago Titicaca al Cuzco.....	17
„ XXII.—Cuzco, la Ciudad del Sol.....	45
„ XXIII.—Sacsahuaman, antigua fortaleza del Cuzco.	71
„ XXIV.—El Valle de Yucay.—Ollantaytambo	86
„ XXV.—El Valle de Yucay.—Pisac.....	115
„ XXVI.—Del Cuzco a la Costa.—Transmontando la Cordillera.....	127
„ XXVII.—Conclusión.....	158

NOTAS.—En la página 60 de la presente traducción se ha omitido involuntariamente los párrafos del original relativos a las “Leyes sobre los Perros” a que aludimos en nuestra nota de la página 66. La humorística descripción acaba así: “los perros muertos son arrojados al Huatanay, que es el receptáculo de toda clase de basuras e inmundicias, y desde allí envenenan el aire con su podredumbre”. Como hemos apuntado en la misma página, todo esto ha pasado a la historia. Nuestro relativo progreso higiénico se debe a las severas críticas de nuestros visitantes extranjeros así como nuestro atraso en todo orden, a los espíritus chauvinistas que quieren hacernos creer que vivimos en el mejor de los mundos. No quiere esto decir que no debamos protestar contra esos viajeros que nos hacen víctimas de sus exageraciones, o de su miopía de su malevolencia. Menos mal que ciertas burlas son o inocentes o donosas. Así en 1877 por decir que las calles de Buenos Aires son horribles Walter O’Gorman escribió cortésmente: “En Buenos Aires los carruajes tienen las ruedas cuadradas”.— N. del T.

- 2).—El presente tomo contiene los capítulos relativos al Cuzco. Los otros dos comprenderán los que tratan de la Costa y de la región del Titicaca.
- 3).—El material de este volumen ha sido íntegramente insertado en la Revista Universitaria del Cuzco, por fascículos de 24 páginas.
- 4).—Sentimos no reproducir los valiosos planos y admirables dibujos del original.
- 5).—El tiraje de la presente edición es sólo de trecientos ejemplares.